



**Entre la desilusión y la esperanza:
jóvenes en una sociedad desigual**

Minor Mora Salas
Orlandina de Oliveira

EL COLEGIO DE MÉXICO

ENTRE LA DESILUSIÓN Y LA ESPERANZA:
JÓVENES EN UNA SOCIEDAD DESIGUAL

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

ENTRE LA DESILUSIÓN Y LA ESPERANZA: JÓVENES EN UNA SOCIEDAD DESIGUAL

*Minor Mora Salas
Orlandina de Oliveira*



EL COLEGIO DE MÉXICO

305.235097253
M8274e

Mora S., Minor

Entre la desilusión y la esperanza : jóvenes en una sociedad desigual /
Minor Mora Salas y Orlandina de Oliveira. – 1a ed. – Ciudad de México :
El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2022.

365 p. : il. ; 21 cm.

ISBN 978-607-564-370-0

1. Jóvenes – Condiciones sociales – Ciudad de México. 2. Jóvenes –
Condiciones sociales – Oaxaca (Estado) – Oaxaca. 3. Jóvenes – Condiciones
sociales – Nuevo León – Monterrey. 4. Jóvenes – Condiciones económicas
– Ciudad de México. 5. Jóvenes – Condiciones económicas – Oaxaca
(Estado) – Oaxaca. 6. Jóvenes – Condiciones económicas – Nuevo León
– Monterrey. 7. Jóvenes – Aspectos educativos – Ciudad de México. 8.
Jóvenes – Aspectos educativos – Oaxaca (Estado) – Oaxaca. 9. Jóvenes –
Aspectos educativos – Nuevo León – Monterrey. 10. Jóvenes – Empleo
– Ciudad de México. 11. Jóvenes – Empleo – Oaxaca (Estado) – Oaxaca.
12. Jóvenes – Empleo – Nuevo León – Monterrey. I. Oliveira, Orlandina
de, coaut. II. t

Primera edición, 2022

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Carretera Picacho Ajusco, núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN 978-607-564-370-0

Impreso en México

ÍNDICE

SIGLAS Y ACRÓNIMOS	II
INTRODUCCIÓN	13
Desigualdades sociales e itinerarios biográficos juveniles	13
Los referentes teóricos	17
El acercamiento biográfico a partir de relatos de vida.	19
Los contextos socioterritoriales observados	22
Organización del libro	26
I. Referentes analíticos	31
Introducción.	31
La posición social: el origen familiar.	33
Contextos, mercados, redes e instituciones.	38
Itinerario biográfico juvenil: un elemento crucial en el curso de vida	42
Puntos de inflexión y momentos críticos	46
Acumulación de ventajas o desventajas sociales	48
Agencia: aspiraciones, expectativas y planes futuros	51
II. Acumulación de privilegios: jóvenes de clase media-alta en Monterrey	57
Introducción.	57

Enfoques analíticos de la acumulación	
de ventajas sociales	58
Acumulación de ventajas sociales	60
La transición al mercado laboral	84
A manera de cierre	108
III. Rutas de riesgo de desafiliación social	115
Introducción.	115
Acumulación de desventajas sociales	118
Rutas de posible desafiliación social	122
A manera de cierre	147
IV. La educación como promesa de una vida mejor	155
Introducción.	155
Los factores de riesgo	160
Factores de protección: apoyos familiares	
e institucionales	178
La capacidad de sobreponerse a las dificultades	186
Los límites de la resiliencia y de la agencia individual.	189
A manera de cierre	196
V. La paradoja de la escolaridad	199
Introducción.	199
La promesa incumplida	203
Inserción profesional protegida.	205
Inserción profesional vulnerable	210
Inserción profesional flexible	214
Inserción profesional con precariedad extrema	221
Inserción desvinculada asalariada	227
Inserción desvinculada por cuenta propia	231
A manera de cierre	236
VI. La protección laboral anhelada	
y el sueño del trabajo autónomo	241
Introducción.	241
Nichos laborales en la ciudad de Monterrey	244
En busca de un nicho laboral en la ciudad de Oaxaca.	271
A manera de cierre	291

CONCLUSIONES	299
Acerca del papel de las familias	302
Los soportes sociales y la agencia humana	308
La centralidad del trabajo y las trayectorias ocupacionales	312
El trabajo independiente: aspiración común, racionalidades contrapuestas	319
A manera de cierre	321
BIBLIOGRAFÍA	323
ANEXO	353
LISTA DE BECARIOS DE INVESTIGACIÓN	365

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

APPO	Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca
CES	Centro de Estudios Sociológicos (Colmex)
Colmex	El Colegio de México, A.C.
Conacyt	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Conalep	Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica
Coneval	Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social
DEM	Diccionario del Español de México
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
ENIGH	Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares
Enjuve	Encuesta Nacional de la Juventud
ENOE	Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo
FES-Aragón	Facultad de Estudios Superiores-Unidad Aragón (UNAM)
Imco	Instituto Mexicano para la Competitividad
Inegi	Instituto Nacional de Estadística y Geografía
Infonavit	Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores

IPN	Instituto Politécnico Nacional
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos
OEA	Organización de los Estados Americanos
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PEA	Población Económicamente Activa
PIB	Producto Interno Bruto
PRI	Partido Revolucionario Institucional
SAT	Servicio de Administración Tributaria
Sedet	Secretaría de Economía y Trabajo (Nuevo León, México)
STPS	Secretaría del Trabajo y Previsión Social
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México

INTRODUCCIÓN

DESIGUALDADES SOCIALES E ITINERARIOS BIOGRÁFICOS JUVENILES

EL ESTUDIO DE las experiencias de vida de la población joven constituye un campo de investigación propicio para el análisis de los patrones de desigualdad social que en el presente siglo gobiernan los procesos de distribución de la riqueza y las oportunidades de vida en México.

Las personas jóvenes conforman un grupo numeroso y heterogéneo que transita por una fase crucial del curso de vida, experimentando cambios sociales, eventos contingentes y coyunturas críticas. Inmersos en este proceso y situados en contextos sociales específicos, planean, deciden y ejecutan acciones para encarar su vida cotidiana. Por esta vía, sin tener plena conciencia, moldean, de manera gradual, sus itinerarios biográficos.

Su *agencia*, entendida como la capacidad de actuar en el mundo para enfrentar situaciones adversas, sacar provecho de oportunidades emergentes, impulsar sus proyectos o afrontar eventos contingentes, está influenciada por su origen social, así como por los recursos a que tienen acceso, por medio de sus re-

des y de los vínculos que establecen con múltiples instituciones y actores sociales, tanto como por la visión de futuro que les es posible imaginar.

A lo largo de la fase juvenil, las personas adquieren, de manera gradual y diferenciada, control de sus vidas. El grado de dominio que se logra ejercer sobre la vida es siempre parcial. En parte, porque la vida en sociedad está siempre abierta a lo imprevisto. En parte, porque las múltiples interacciones sociales en que están inmersas las personas suelen producir resultados contingentes. Además, porque los individuos forman parte de un entorno social dinámico cuyas mutaciones —imperceptibles o abruptas— exigen de los sujetos el despliegue continuo de esfuerzos de adaptación e innovación social.

Al forjar sus vidas, mediante una agencia constreñida por sus circunstancias sociales e históricas, los acontecimientos van dejando estelas indelebles que condicionan sus recorridos futuros. En este proceso se fraguan constelaciones de ventajas y desventajas sociales que, una vez constituidas, influyen, de manera significativa, sobre las condiciones y oportunidades de vida, la percepción de los horizontes futuros y las capacidades agenciales que los sujetos pueden llegar a desplegar.

Por tal motivo, el análisis de esta etapa del curso de vida es central para esclarecer cómo y de qué manera las desigualdades estructuran la inserción social de la población juvenil, teniendo en cuenta su origen social, localización espacial, condición de género y situación étnica. Unos, los más acomodados, reproducen privilegios heredados, al acumular un sinnúmero de beneficios, lo cual los coloca en una condición muy favorable para ampliar sus horizontes de vida y realizar sus proyectos futuros. Otros, por el contrario, experimentan la acumulación progresiva de múltiples desventajas, lo cual los posiciona en una condición de suma fragilidad social. En tanto que un tercer contingente lucha por abatir las adversidades asociadas con su origen y ampliar sus oportunidades en un contexto poco propicio.

En efecto, desde hace varias décadas México ofrece limitadas, sino es que nulas, oportunidades a millones de jóvenes que

padecen condiciones muy precarias. Las posibilidades de inclusión social son exiguas y su distribución es muy desigual. La ausencia de políticas públicas redistributivas, capaces de garantizar el ejercicio de los derechos básicos de ciudadanía, junto con el pobre desempeño de los mercados de trabajo, durante las últimas décadas acentuó el déficit de bienestar en amplios segmentos de las clases trabajadoras.

Como contraparte de los procesos de pauperización crónica, se observan situaciones signadas por la acumulación de privilegios. Las clases altas disponen de un amplio espectro de capitales: económicos, sociales y culturales. Esto les abre múltiples oportunidades para favorecer el control y la reproducción intergeneracional de los privilegios.

Adicionalmente, en México, las desigualdades territoriales son agudas. Distintos niveles de desarrollo socioeconómico, sociodemográfico y sociocultural se expresan a lo largo y ancho del país en el siglo XXI. Estos entornos generan condiciones y oportunidades diferenciadas para la población joven, lo que torna más complejas las inequidades ligadas con su situación de clase. Tanto más al sur del país nos localicemos, más extenso y profundo es el grado de marginación de la población, especialmente la indígena. En tanto que, cuánto más al norte nos ubiquemos, las carencias sociales entre las clases trabajadoras muestran menor nivel de incidencia. Por lo tanto, el estudio de las poblaciones juveniles mexicanas no puede aislarse del entorno socioterritorial en que habitan. Por esa razón, se eligieron como escenarios de estudio las ciudades de México, Monterrey y Oaxaca de Juárez, entornos donde transcurre gran parte de la vida de la población considerada en este libro.

En un contexto de desigualdades sociales persistentes, adquiere relevancia un acercamiento microsocia para observar, desde una perspectiva diacrónica, la concatenación de factores sociales que moldean los itinerarios biográficos juveniles. Este enfoque metodológico posibilita, además, indagar las prácticas que desarrollan los individuos para sacar provecho de tales factores, cuando los mismos actúan en su favor o para contrarres-

tar su influencia negativa, cuando representan obstáculos que impiden su desarrollo.

Tres son las problemáticas que estructuran este libro. En la primera parte, nos centramos en el estudio de los procesos de acumulación de ventajas y desventajas sociales. Por un lado, abordamos los elementos que propician, en las clases medias-altas, la reproducción de privilegios; por otro, en el caso de las y los jóvenes que proceden de hogares con privación socioeconómica severa, nos interesa dilucidar cómo las adversidades confluyen para propiciar situaciones de riesgo de desafiliación social; así como observar los procesos mediante los cuales algunos jóvenes logran “salir adelante en la vida”.¹

En la segunda parte, examinamos la importancia de la educación como una posible vía para superar la convergencia de las desventajas de origen, o bien para preservar los beneficios heredados. Pero, a la vez, como contraparte, mostramos las dificultades que las y los universitarios afrontan para incorporarse exitosamente al mundo del trabajo.

En la tercera y última parte, destacamos que la creación de oportunidades de empleo con protección laboral es fundamental para lograr la inclusión social, especialmente para aquellos que tienen una extracción humilde. Empero, observamos que el acceso a los estándares laborales ha sido diezmado por las tendencias de flexibilización y precarización, lo cual, a la postre, genera sentimientos de frustración, insatisfacción y vulnerabilidad entre quienes no alcanzan un trabajo de calidad, circunstancia que los lleva a fantasear con la posibilidad de emprender un negocio propio y a exaltar, de manera acrítica, este tipo de participación económica.

¹ Ésta es la expresión más usada por los y las entrevistadas para hacer referencia al proceso de superación de las privaciones extremas experimentadas durante la niñez y la adolescencia. Consiste en lograr una situación laboral, social y familiar que permita afrontar las vicisitudes desencadenadas por la inseguridad económica, la desprotección y la ausencia de un mínimo vital de tranquilidad. Se alude a una condición que posibilita abatir el inmediatez de la lucha por la sobrevivencia cotidiana y brinda un mínimo de seguridad para sobrellevar la vida y encarar el porvenir.

Buscamos, a lo largo de este trabajo, dar visibilidad a cómo los caminos de vida —elegidos o inexorables— varían según una serie de elementos; entre ellos están presentes aspectos —contextuales, familiares e individuales— como el sexo, la posición de clase, la adscripción étnica, la socioterritorialidad, las instituciones a las que tienen acceso, el tipo de redes sociales en que están inmersos; así como la temporalidad en que acontecen los eventos vitales, los momentos críticos experimentados y las acciones emprendidas para afrontarlos.

LOS REFERENTES TEÓRICOS²

Retomamos en la elaboración de nuestra estrategia analítica abordajes teóricos provenientes de varias líneas de estudio, a las que nos referiremos con más detalle en el capítulo siguiente. Por ahora importa señalar que la *perspectiva del curso de vida* ha sido de utilidad para sistematizar los relatos e incorporar diferentes temporalidades. En concreto recuperamos:

- El *tiempo social*, aprehendido a partir de referencias sobre crisis económicas, huelgas universitarias, movilizaciones políticas y conflictos locales.
- El *tiempo familiar*, captado por medio del análisis de las vidas interrelacionadas entre padres, madres y hermanos; las separaciones o los divorcios de los progenitores; las enfermedades y muertes de parientes que marcan, con diferente profundidad, la existencia de los sujetos.
- El *tiempo individual*, reconstruido a partir de la sistematización de las trayectorias y transiciones vitales, así como de las acciones emprendidas en coyunturas críticas.

² Profundizamos sobre estos referentes en el capítulo uno, donde, además, se encontrarán las referencias a la bibliografía correspondiente.

Examinamos, de igual forma, las interrelaciones entre los trayectos educacionales, laborales y familiares, sus continuidades o rupturas. Por último, recuperamos la importancia de considerar los *contextos sociohistóricos* en los cuales transcurren las vidas referenciadas.

De los estudios sociológicos sobre *transición a la adultez* incorporamos las nociones de *momentos críticos*, *itinerarios biográficos* y *agencia situada*. Los primeros pueden ser resultado de eventos macrosociales, familiares o individuales que dan lugar a rupturas y a puntos de inflexión. Los segundos, por su parte, aluden al recorrido desde la infancia hasta los años de juventud, poniendo especial atención en las trayectorias y transiciones acaecidas en este lapso. Acerca de la agencia, tenemos siempre presente que se gesta y ejerce en entornos socioeconómicos y familiares delimitados, es decir, está sujeta a un conjunto de constricciones estructurales. Dilucidar esta dialéctica se torna central para explicar el tipo de acciones, elecciones, aspiraciones, expectativas y horizontes de vida que se observan. Por ello, buscamos evidenciar cómo los senderos transitados son el resultado del interjuego entre oportunidades y restricciones contextuales, la disponibilidad o carencia de recursos y de la agencia situada.

De la psicología del desarrollo recuperamos la noción de *resiliencia*, lo que coadyuvó a que los relatos se examinaran para detectar los distintos factores de riesgo y de protección que permiten —o no— organizar la existencia, particularmente cuando las realidades contextuales y familiares resultan ser muy adversas para el desarrollo personal.

De los estudios de desigualdad social adoptamos la noción de *acumulación de ventajas/desventajas sociales*, proceso que puede contribuir a exacerbar las inequidades presentes y futuras. En efecto, experimentar una situación desfavorable al inicio del curso de vida puede propiciar la ocurrencia de nuevas adversidades en las fases subsiguientes. No obstante, alcanzar ciertos logros abona a la superación de las restricciones heredadas. Esta noción nos llevó a estudiar privilegios y privaciones,

observar las desigualdades persistentes y reconstruir biografías de acumulación de beneficios, así como casos expuestos a una constelación dinámica de obstáculos que, con el tiempo, abren rutas que pueden desembocar en procesos de desafiliación social. Lo que subyace como elemento analítico es que los ejes de inequidad no actúan de forma aislada, sino que tienden a acoplarse.³ Esta imbricación potencia sus efectos, configurando patrones de diferenciación social, muy marcados desde la niñez, lo cual acentúa, con el paso del tiempo, las brechas entre individuos situados en diferentes sectores sociales.

EL ACERCAMIENTO BIOGRÁFICO A PARTIR DE RELATOS DE VIDA

Esta perspectiva brinda la posibilidad de aprehender las interrelaciones entre el conjunto de aspectos estructurales, institucionales, familiares y socioindividuales que moldean el curso de vida. Estos elementos no actúan de forma aleatoria, sino que convergen, de manera diferencial, formando configuraciones particulares según la posición de clase de las personas.

El análisis de los relatos de vida posibilita examinar la presencia, simultaneidad, interacción y concatenación de los beneficios o infortunios sociales a lo largo de los recorridos biográficos, así como valorar su influjo sobre el presente y el futuro previsible. Este último aspecto es clave para entender los procesos de inclusión y las amenazas de desafiliación social que afectan a los individuos. Permite sugerir posibles rutas futuras, pero sólo un análisis prospectivo posibilitará indicar en qué medida las experiencias transcurren, efectivamente, por los caminos propuestos. Trabajar con relatos retrospectivos impone esta restricción. Téngase presente que ésta es una limitación inherente a la técnica del relato de vida. En nuestro caso, por tratarse de entrevistas con jóvenes, la limitación es mayor, pues

³ El acoplamiento de diversos tipos de desigualdad es un tema abordado, con profunda agudeza, por Tilly (1998).

el tiempo de vida por transcurrir puede ser, en la mayoría de los casos, de gran amplitud.

También la reconstrucción de los relatos faculta ahondar en el estudio de las historias familiares, educativas y ocupacionales; entender los procesos de reproducción, acentuación o superación de desigualdades; tornar visibles las modalidades de precarización de los empleos, las prácticas de discriminación, explotación, humillación y acoso a que está expuesta la población joven. Las narrativas, a su vez, son elocuentes en la descripción sobre las condiciones de privilegio o carencias socioeconómicas y las formas de convivencia entre padres e hijos. De particular relevancia resultó el análisis de los momentos críticos y de los puntos de inflexión identificados en sus trayectorias, así como sus vivencias significativas y, en suma, el conjunto de elecciones que de manera libre o forzada han tomado.

Además de la dimensión objetiva de los relatos, recuperamos la percepción de los y las entrevistadas sobre las posibilidades y los constreñimientos que su entorno —familia, barrio, ciudad— ofrece para su desarrollo individual y social, así como su visión de futuro —aspiraciones, expectativas, planes—. Mediante el análisis del horizonte temporal de sus proyectos, identificamos diferentes tipos de acción desplegados para orientar y tomar control de sus vidas; valoramos la factibilidad de estos proyectos a la luz de los recursos con que cuentan para materializarlos. Adicionalmente, estudiamos el despliegue de la agencia humana, ya sea para sacar provecho del mayor acceso a ventajas heredadas entre las clases medias-altas, o para sobre llevar o intentar revertir cuadros agudos de pauperización en el caso de las clases trabajadoras urbanas más desprovistas.

Central en este acercamiento cualitativo es la posibilidad de analizar el sentido de la acción atribuido por los propios sujetos a sus experiencias, elecciones significativas y razonamientos. La lógica, la dinámica y el sentido de los acontecimientos son reconstruidos por el analista a partir de la información proporcionada por los entrevistados, con lo cual se evita tener

que imputar el sentido de la acción. Sin embargo, nuestra posición sobre el particular no es ingenua. Somos conscientes de que todo esfuerzo de interpretación del sentido implica operaciones de filtro y selección, tanto del entrevistado como del analista. No obstante, es diferente hacer esto a partir de relatos emanados desde el sujeto, que realizarlo bajo imputaciones derivadas de análisis sobre regularidades empíricas y tendencias estadísticamente observadas.

Los relatos estudiados fueron obtenidos mediante la realización de entrevistas abiertas a una muestra intencional y heterogénea, seleccionada con base en los siguientes criterios: sexo (hombres y mujeres), edad (15 a 17; 18 a 24; 25 a 35),⁴ estrato social (bajo, medio y medio-alto) y el cruce entre condición de actividad y asistencia escolar (sólo estudia, sólo trabaja, estudia y trabaja, ni estudia ni trabaja). Se consideró como trabajo extra doméstico las labores ligadas a la generación de ingresos en el mercado; mientras que aquellas relacionadas con la realización de los quehaceres de la casa y el cuidado de niños, ancianos o enfermos, las calificamos como trabajo doméstico y de cuidado. En total se recabaron 184 entrevistas biográficamente orientadas en las tres ciudades antes mencionadas.⁵

En la recolección de la información utilizamos una guía abierta de entrevista, se confirió importancia a la captación de varios eventos vitales y la edad de ocurrencia de cada uno de ellos. Se exploran, igualmente, elementos factuales referidos no sólo al entrevistado, sino a su unidad doméstica de origen, el ambiente social y comunitario, las relaciones con sus pares y otros grupos de referencia, así como con las instituciones y

4 Aunque la definición oficial de juventud en México sólo comprende a la población entre 15 y 29 años, decidimos entrevistar unos pocos casos en el rango etario de 30 y 35 años para tener un lapso temporal de mayor amplitud, a efectos de observar cómo los eventos acontecidos a temprana edad moldean el curso de vida en la adultez.

5 La muestra se distribuye en los siguientes términos: 61 entrevistas corresponden a la Ciudad de México, 62 a la ciudad de Oaxaca y 61 a la ciudad de Monterrey.

organizaciones en las que ha participado o con las que ha mantenido algún tipo de relación.

Como herramientas para la sistematización de la información utilizamos el programa Atlas-Ti, construimos matrices cualitativas en Excel y elaboramos una base de datos en SPSS, todo ello considerando las inquietudes de investigación y los referentes teórico-metodológicos anteriormente mencionados.

En la reconstrucción y el análisis de los itinerarios biográficos utilizamos, a partir de una lógica inductiva, diferentes estrategias de acuerdo con la problemática estudiada. En unos capítulos examinamos los relatos de las y los jóvenes con base en una serie de ejes analíticos: familia, educación, trabajo y redes sociales. En otros, elaboramos tipologías para rescatar la diversidad del fenómeno examinado, así como para observar diferentes regularidades biográficas. En este último caso, presentamos las historias de vida que mejor ejemplifican los diferentes tipos construidos, siguiendo la lógica del caso prototípico. Asimismo, cuando resulta pertinente, empleamos testimonios sobre la narrativa empleada por las y los jóvenes entrevistados para dar cuenta de sus vivencias.

LOS CONTEXTOS SOCIOTERRITORIALES OBSERVADOS

Examinamos las historias de un contingente numeroso de jóvenes radicados en tres contextos socioterritoriales contrastantes, tanto desde el punto de vista de su nivel de desarrollo como desde la configuración de su estructura productiva y la composición de su población. La selección de la Ciudad de México, Monterrey y Oaxaca intenta dar cuenta de las disparidades existentes a lo largo y ancho del país y de su imbricación con otros factores de inequidad: etnicidad, clase y género, para conformar constelaciones de ventajas o desventajas sociales que orientan las biografías juveniles.

Monterrey es la capital del estado de Nuevo León; se ubica en la zona norte del país. Esta ciudad exhibe, en el contexto

mexicano, un alto nivel de desarrollo económico y social.⁶ En términos económicos la ciudad se caracteriza por estar inserta en un entorno productivo dinámico. Cuenta con una economía de servicios modernos y una base industrial sólida. En el primer caso, prevalece la existencia de un núcleo de actividades ligadas a la economía del conocimiento de alto valor agregado, como mecatrónica, nanotecnología, biotecnología, diseño industrial, software, servicios médicos y servicios financieros (Gil Antón *et al.*, 2009). El sector manufacturero, a su vez, sigue ejerciendo un gran influjo en la economía regional, al representar, en el 2018, poco menos de una cuarta parte del producto interno bruto (PIB) de Nuevo León.⁷

La presencia de estos sectores explica la existencia de un mercado de trabajo que confiere especial importancia al desarrollo de capacidades laborales de orden técnico. La industria local ha experimentado, desde hace cuatro décadas, un intenso proceso de reestructuración empresarial y productivo, a raíz del cambio de modelo económico mexicano y de las tendencias de globalización industrial (Pozas, 2002, 2006).

Por su parte, la ciudad de Oaxaca de Juárez constituye la capital del estado de Oaxaca, localizado en el sur del territorio nacional.⁸ Esta entidad se distingue por ser una de las más po-

⁶ Según datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2018), Nuevo León se distingue por ser la entidad con la menor proporción de pobres en México (14.5%) y con una fracción ínfima de casos en pobreza extrema (0.5 por ciento).

⁷ Según datos de la Secretaría de Economía y Trabajo (Sedet) de Nuevo León, para 2018, esta entidad es responsable de 10% del total de exportaciones manufactureras de México y su PIB per cápita es 78% más elevado que la media nacional (consúltese: <<http://datos.nl.gob.mx/>>). De hecho, el sector manufacturero es el principal generador de empleos en la entidad, al contribuir con 37%, seguido del comercio con 22% y con 18% el sector de servicios a las empresas (Sedet, 2019).

⁸ Según datos de la Encuesta Intercensal 2015 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), es la ciudad más poblada del estado de Oaxaca. En ella reside 5.7% del total de la población de esta entidad federativa. Una tercera parte de su población es hablante de alguna lengua indígena, razón por la cual se le considera como uno de los tres estados con mayor presencia de población hablante de lengua indígena en México.

bres del país.⁹ También se caracteriza por presentar una fuerte emigración —internacional—, lo cual la sitúa en el décimo lugar en el índice de intensidad migratoria México-Estados Unidos (Conapo, 2012).

La ciudad de Oaxaca muestra una estructura productiva terciarizada. Más de dos tercios del PIB estatal es generado por el terciario; una cuarta parte por el secundario, y la proporción restante por el sector primario.¹⁰ Su economía gira en torno a los servicios en pequeña escala, muchos de ellos gravitan en torno a las actividades turísticas. La ciudad carece, por completo, de una base industrial moderna. En sentido estricto, las industrias existentes son escasas y de tamaño reducido. Su principal fuente de empleo protegido se localiza en el sector público.

La actividad productiva del municipio de Oaxaca de Juárez se basa mayoritariamente en las ramas de comercio y servicios.¹¹ Sobresalen el comercio al por menor, los servicios de alojamiento, información en medios, el comercio al por mayor y el sector bancario. El motor de la economía del municipio (IPN, 2014) se deriva en gran parte de los ingresos generados por la burocracia asalariada del sector público, principalmente empleados de gobierno y del sector educativo. Los servicios turísticos también constituyen una fuente importante de generación de empleos, especialmente para el sector de alimentos y bebidas.

Desde el conflicto de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), la convivencia en la ciudad se vio seriamente alterada por movilizaciones sociales de alcance estatal (Estrada,

⁹ Según las estimaciones oficiales de pobreza multidimensional del Coneval, en 2018, 66.4% de la población que mora en el estado de Oaxaca se considera pobre. Oaxaca es la tercera entidad federativa más pobre del país.

¹⁰ En 2017 la aportación del estado de Oaxaca al PIB nacional fue de 1.5%, ubicándose en el lugar 22 entre el total de entidades federativas del país. Adicionalmente, el desempeño económico de Oaxaca en los últimos años no ha sido favorable. En 2017, el PIB de la entidad experimentó un descenso de 3.5%, siendo el tercer estado con el peor desempeño económico del país (Inegi, 2018).

¹¹ De acuerdo con un estudio del Instituto Politécnico Nacional (IPN), unidad Oaxaca (2014), este sector cuenta con alrededor de 20 000 unidades económicas que corresponden a 92% del total del municipio.

2016). La ciudad, además, refleja una gran pluralidad sociocultural y exhibe la fuerte presencia de población indígena, cuya influencia cultural y social se deja sentir en todos los espacios urbanos. En síntesis, se trata de un área urbana representativa de una de las regiones más pobres y de menor desarrollo del país. Su economía y sociedad presentan un bajo nivel de articulación con los procesos de globalización en curso, la excepción la constituye la actividad turística y los procesos migratorios.

La Ciudad de México, por su parte, es una megalópolis. De hecho, es la mayor concentración urbana y el centro del poder político y económico del país en tanto que capital de la federación.¹² Esta urbe muestra, además, una gran diversidad socioproductiva, con la presencia de un núcleo industrial concentrado en la zona norte de la ciudad (Garza y Cruz, 2014), aunque su economía está centrada en torno al sector servicios.¹³ Sin embargo, un rasgo que diferencia a la Ciudad de México es el control político, ejercido por los gobiernos de izquierda a partir de 1987. Estos gobiernos han dejado una honda huella en términos del desarrollo de una agenda política con marcada orientación social y en pro del ejercicio de derechos ciudadanos básicos. En la capital del país se ha legislado en favor de la despenalización del aborto, se aprobó la Ley de Sociedad de Convivencia y, de forma pionera, se han adoptado programas sociales de gran trascendencia para la población, como, por ejemplo, la pensión universal para adultos mayores y el seguro de desempleo.

Se trata, por decirlo en pocas palabras, de una ciudad compleja y diversa, tanto con niveles de desarrollo social altos como con importantes núcleos de marginación social persistente

¹² La Ciudad de México es la más poblada del país. Según el último censo de población (Inegi, 2015) en ella habitan 8 918 653 personas, distribuidas en dieciséis alcaldías.

¹³ Las actividades de servicios —incluyendo el comercio— constituyen 90% del PIB de esta ciudad; la industria genera 9.9% del PIB. La Ciudad de México aporta 17% PIB nacional, lo que la constituye como la “entidad” con mayor participación en la generación del PIB del país, según el Sistema de Cuentas Nacionales de Inegi (2013).

(Pérez y Santos, 2011; Rubalcava y Schteingart, 2012). La heterogeneidad social salta a la vista en cualquier recorrido por la ciudad.¹⁴ De modo que los avances en materia de política pública y cambios en la legislación no se acompañan de alteraciones sustantivas en los patrones de desigualdad existentes.

ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

El libro incluye seis capítulos y unas consideraciones finales, además de esta introducción. En el primer capítulo presentamos los referentes teóricos en que sustentamos nuestra perspectiva analítica. Se ofrecen herramientas conceptuales e hipótesis de trabajo que permiten reconstruir diferentes itinerarios biográficos, clasificarlos en posibles rutas de vida y destacar elementos explicativos de la diversidad encontrada. Las trayectorias/rutas son presentadas en detalle a lo largo de este volumen.

Los capítulos dos y tres constituyen una primera unidad que busca enseñar los contrastes entre sectores de clase alta en comparación con grupos de clases populares sometidas a marcadas privaciones socioeconómicas de larga data. En el capítulo dos, a partir de un análisis detallado de los relatos de vida de jóvenes de clase media-alta, residentes en la ciudad de Monterrey, destacamos el papel de las familias en la reproducción de las ventajas de clase. Se trata de hogares que actúan como factor de protección, material y emocional, y que no dudan en movilizar sus activos —económicos, sociales y culturales— para ampliar las oportunidades de sus descendientes. Se examinan los trayectos escolares y laborales y los horizontes de vida de los jóvenes de clase media-alta, con el fin de observar las vías mediante las cuales sus familias buscan propiciar condiciones favorables para el pleno desarrollo de sus hijos e hijas, así como propiciar el disfrute de un alto nivel de bienestar en su adultez.

¹⁴ Las estimaciones de pobreza multidimensional del Coneval reportan que, en 2018, 30.6% de los habitantes de la Ciudad de México era pobre.

Con el propósito de mostrar la otra cara de los procesos de acumulación de privilegios, en el capítulo tres abordamos los casos caracterizados por la acumulación, concatenación o simultaneidad de privaciones que podrían desembocar en situaciones de marginación social crónica. En este caso, las familias actúan, con frecuencia, como factores de riesgo por la presencia de situaciones de conflicto, violencia e incluso abandono de las y los hijos. Los relatos recolectados en las tres ciudades permiten identificar y caracterizar probables rutas futuras que sintetizan, en gran medida, los itinerarios de los sectores urbanos más pauperizados en el México contemporáneo.

Los capítulos cuatro y cinco conforman un segundo bloque temático en el cual la atención se centra en el logro educacional, abordado a partir de una doble lectura: primero como promesa de cambio y posteriormente como paradoja de estancamiento social, debido a la existencia de una estructura de oportunidades adversa para los nuevos entrantes en el mercado de trabajo. Por ello, con base en los relatos de mujeres jóvenes de las ciudades de Oaxaca y México, analizamos en el capítulo cuatro una ruta de posible superación de las carencias heredadas entre jóvenes de clases trabajadoras pauperizadas, vía la obtención de estudios universitarios. En este entorno, los padres y las madres actúan como factor de estímulo y protección. La valoración de la escolaridad por parte de los progenitores ocupa un lugar estratégico. Para quienes aún no se han graduado, la escolaridad es una promesa para lograr una inserción laboral satisfactoria. Subrayamos los factores de riesgo que han encarado y los factores de protección que les han permitido superarse. En este caso, la agencia y los comportamientos de resiliencia asumen una gran relevancia, siempre y cuando encuentren los soportes sociales, familiares e institucionales indispensables para su despliegue constructivo.

A efectos de profundizar en el papel de la escolaridad como un recurso necesario, pero insuficiente para contrarrestar el peso de las desventajas heredadas y las tendencias de la precarización del trabajo, en el capítulo cinco analizamos las desi-

gualdades ocupacionales entre los profesionistas graduados en las tres ciudades consideradas. Evidenciamos que la educación constituye un vehículo de inclusión social sólo cuando convergen múltiples elementos. A partir de las condiciones de trabajo de las y los profesionistas, elaboramos una tipología de inserción laboral. Mediante sus relatos reconstruimos la confluencia de aspectos contextuales, familiares e individuales que abrieron o cerraron el camino hacia inserciones protegidas, vulnerables, flexibles o desvinculadas.

En una tercera sección, en el capítulo seis examinamos otras vías de la superación de carencias que no pasan por la obtención de estudios universitarios. Se trata de individuos que, aunque no tuvieron acceso a altos niveles de escolaridad, encontraron, después de un largo camino, nichos ocupacionales de cierta protección relativa. Se comparan las experiencias laborales de las y los jóvenes en Monterrey y Oaxaca, urbes con mercados de trabajo contrastantes. En este capítulo utilizamos los relatos con un doble propósito. Por un lado, para observar cómo los mercados de trabajo con rasgos polares moldean, de forma diferenciada, las carreras laborales; por otro, para señalar cómo éstas dan visibilidad a situaciones de explotación y discriminación de la mano de obra joven en un contexto marcado por una fuerte asimetría de poder. Este capítulo revela, con toda claridad, la importancia estratégica que posee el trabajo protegido, como vía de inclusión, en sectores de extracción social baja.

Finalmente, el libro cierra con un apartado de conclusiones en el que subrayamos los elementos analíticos con mayor potencia heurística empleados, su pertenencia teórica y metodológica, así como sus principales limitaciones. Adicionalmente, retomamos los principales hallazgos de investigación mediante la recapitulación de las lógicas que organizan los procesos de reproducción, acentuación o superación de ventajas y desventajas sociales observados en los relatos de vida de la población joven estudiada.

Agradecemos a las y los becarios que a lo largo de los años de investigación nos brindaron su apoyo. Asimismo, estamos en

deuda con las y los colegas del Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México, y de otras instituciones universitarias, quienes comentaron, en diversos momentos, nuestros avances. De igual manera, dejamos asentado nuestro más sincero agradecimiento por sus comentarios críticos, observaciones y sugerencias a las y los dictaminadores anónimos que evaluaron esta obra. También extendemos nuestra gratitud a El Colegio de México, institución que nos ha brindado condiciones inmejorables para realizar nuestro trabajo, y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), por el financiamiento brindado para realizar el trabajo de campo que empleamos en nuestro análisis.

I. REFERENTES ANALÍTICOS

INTRODUCCIÓN

ANALIZAR EL INTERJUEGO entre las constricciones estructurales y la agencia humana constituye la preocupación teórica subyacente en el intento por comprender cómo las desigualdades sociales moldean y orientan el curso de vida de jóvenes de diferentes sectores sociales.

En nuestro acercamiento hemos privilegiado un enfoque microsociaL. Nos centramos en la reconstrucción de los itinerarios biográficos para esclarecer las conexiones entre procesos micro y macrosociales,¹ específicamente, adoptamos esta perspectiva metodológica para examinar las vías por las que acontece, en la vida cotidiana, la reproducción de procesos estructurales relacionados con la apropiación y distribución de los recursos socioeconómicos y las oportunidades de vida, en el México contemporáneo,² teniendo presente que la matriz dis-

¹ Para una mejor comprensión de la importancia sociológica del método biográfico y de los alcances y límites de los relatos como fuente de análisis longitudinal, véanse: Balán, Angell y Nasn (1974), Jelin (1976), Jelin, Llovet y Ramos (1986), Pujadas (1992), Bertaux (1993), Kornblit (2004) y Bolívar (2012).

² Devine (2004) emplea este tipo de enfoque para estudiar la reproducción social intergeneracional entre jóvenes de clases medias en Inglaterra.

tributiva vigente en el país es no sólo inequitativa, sino también excluyente, como mostraremos en este libro.

Es necesario subrayar, en este punto, que nos distanciamos de un enfoque centrado en atributos individuales para explicar procesos sociales. Aunque nuestra fuente principal de información son relatos biográficos individuales, los mismos están inmersos en contextos sociales e históricos. Para conferir inteligibilidad a estas historias es necesario situar los casos en su entramado social y, muy particularmente, tener presente la imbricación de diferentes ejes de inequidad, como la clase social, la etnicidad, el género y la socioterritorialidad. Los relatos, al tratar sobre el acceso o la privación a recursos y oportunidades vitales, desde una perspectiva diacrónica, permiten comprender cómo la desigualdad social institucionalizada incide, no sin resistencia, en el curso de vida de las personas.

Retomamos un conjunto de referentes analíticos de la bibliografía sociológica, nacional e internacional, para el análisis de las historias de jóvenes con posiciones sociales contrastantes. Organizamos la presentación en torno a cuatro ejes temáticos: origen social, curso de vida, procesos de acumulación de ventajas/desventajas sociales y agencia humana.

Destacamos la importancia del eje temporal para distinguir entre: la procedencia familiar, las trayectorias personales y la visión de futuro. Al igual que Casal *et al.* (2006), pensamos que la dialéctica del tiempo permite tejer las conexiones entre las experiencias vividas (pasado), las que están en transcurso (presente) y las previsibles (horizonte futuro). La interrelación entre estas tres temporalidades posibilita construir una visión más compleja sobre los caminos transitados por las y los entrevistados. En esta perspectiva, el pasado, reconstruido desde el “aquí y el ahora”, es un elemento clave para comprender la configuración de las situaciones en curso. Mas el presente también es una temporalidad abierta al futuro, expresado en los horizontes de vida que las personas van ideando y forjando durante su recorrido biográfico. De igual manera, los horizontes futuros visualizados expresan posibles cursos de acción y están

condicionados por los recursos heredados del pasado, tanto como por la situación social presente. En consecuencia, pasado, presente y futuro son temporalidades que se definen por sus vínculos dialécticos y están sujetas a procesos de reelaboración en el devenir del curso de vida de las personas.³

LA POSICIÓN SOCIAL: EL ORIGEN FAMILIAR

Varios son los argumentos que dan relevancia a la familia de origen como un *locus* para la producción de ventajas/desventajas sociales, las cuales pueden acumularse a lo largo de las trayectorias personales. En primer lugar, esta institución forma la unidad básica de reproducción social (Jelin, 1998; Oliveira y Sallés, 2000). Los medios que sus integrantes poseen determinan, en gran medida, su nivel de bienestar y sus oportunidades de vida en el corto, mediano y largo plazo (Gorman, 1988; Lareau, 2002; Kaufman, 2005).

Estamos frente a uno de los soportes sociales básicos disponibles para sobrellevar las dificultades, generar o ampliar opciones y superar obstáculos (Lomnitz y Pérez, 1993; Dias y Campos, 2008). Esa protección no es sólo material, como ya indicamos, sino también socioemocional (Paugam, 2012); es decir, entre sus integrantes se brindan o no afectos, se canalizan apoyos y se comparten recursos, pero también se plasman diferentes formas de violencia. El núcleo doméstico no está orientado exclusivamente por prácticas de solidaridad (Jelin, 1998; González de la Rocha, 1999). Los recursos disponibles no se distribuyen de manera equitativa entre sus integrantes (Chant, 2003; Tepichin, 2011). En su seno se gestan y materializan conductas de violencia social con marcado sesgo de género (González y Mojarro, 2011) y generacional (Assis, 1999).

³ Holland y Thomson (2009) han observado, mediante análisis prospectivos, que la identificación y el significado atribuido por personas jóvenes a epifanías, quiebres biográficos y momentos críticos cambian a lo largo del tiempo; estos hitos biográficos, tanto como el significado que se les confiere, son provisionales.

Los estudios sociológicos han observado, en el nivel internacional, el influjo que tienen las familias en la transmisión intergeneracional de las desigualdades sociales. Nolan *et al.* (2011) hacen una excelente sistematización de los hallazgos de investigación más relevantes en torno a cómo la procedencia social de los individuos incide en sus trayectos escolares y laborales y en sus oportunidades vitales en diferentes fases del curso de vida. Investigaciones en México ponen en evidencia una estructura social con una reducida movilidad social intergeneracional: los estratos pobres difícilmente dejan de serlo a lo largo de sus vidas y los sectores más privilegiados reproducen, de igual forma, su situación de clase.⁴

La bibliografía especializada ha documentado cómo la familia de origen asume un papel preponderante en la acumulación de privilegios o privaciones sociales. No obstante, no hay consenso acerca de los mecanismos mediante los cuales acontece este proceso. Algunos autores confieren mayor centralidad a la socialización y al papel de los padres en la transmisión de disposiciones, comportamientos, aspiraciones, valores y aprendizajes culturales (Gorman, 1988; Bourdieu y Passeron, 1995; Scherger y Savage, 2010; Lareau, 2015; Barrett y Edgerton, 2016; Souza, 2017). En tanto que otros acentúan la importancia de la disponibilidad de recursos materiales y las redes sociales (Lin, 2000; Furstenberg, 2006, 2008; Bäckman y Nilsson, 2011).

Nosotros consideramos que ambas posturas son conciliables. La influencia de los progenitores sobre la trayectoria de hijos e hijas puede darse mediante diversas vías, a saber: la abundancia o escasez de activos económicos, el clima escolar familiar, la socialización cultural, así como el ambiente y las formas de convivencia en el hogar (Mayer, 1997; Bynner, 2001; Wiborg y Hansen, 2009).

4 Según datos de Delajara *et al.* (2018), 70% de las personas que nacen en el hogar de menores activos económicos del país no logra cambiar su posición social al llegar a la edad adulta. En contraste, 90% de las personas que nacieron en los hogares de mayores recursos del país nunca experimentará una reducción drástica en su nivel socioeconómico.

Lareau (2002) se pregunta sobre las prácticas que los hogares de clases medias emplean con el propósito de dotar a sus hijos e hijas de los capitales —económicos, sociales y culturales— que, en la adultez, les permitirán acceder a posiciones sociales privilegiadas, en contraste con las modalidades de socialización de los sectores más pobres. Esta autora destaca la importancia de la “lógica cultural” del proceso de crianza. Su argumento señala que los progenitores de clases medias, desde las fases tempranas del curso de vida de hijos e hijas, promueven el desarrollo de competencias emocionales, sociales y culturales, debido a que disponen de los ingresos para financiar, por un periodo prolongado, el fortalecimiento de cualificaciones que en la actualidad gozan de una alta valoración social.

La autora sostiene que, en entornos competitivos, el capital cultural deviene en un recurso estratégico para acceder a las posiciones socio-ocupacionales típicas de clase media. Igualmente, es importante para que los individuos amplíen su capacidad de adaptación al cambio y muestren dominio sobre las cualificaciones laborales y sociales a las que se confiere mayor importancia por parte de los empleadores en el contexto de economías globalizadas. Lareau asocia el capital cultural con el desarrollo de competencias, capacidades y destrezas para desenvolverse de manera competente en el medio social, así como sacar provecho de los beneficios y las oportunidades que pueden brindar diferentes instituciones sociales.

Además, la influencia del entorno familiar está entrelazada con su contexto social y el conjunto de elecciones que, durante la fase juvenil, toman hijas e hijos (Du Bois-Reymond, 1998; Shanahan, 2000; Vinken, 2007). Como bien expresan Haveman y Wolfe (1995), el mayor o menor logro social de la descendencia depende, en gran medida, de tres factores: las políticas orientadas hacia la niñez y la juventud; el tipo y cantidad de activos que los progenitores disponen para invertir en el desarrollo de sus hijos, y las elecciones que las y los jóvenes toman, considerando el marco de restricciones estructurales, los capitales a los que pueden acceder y el contexto institucional en el que están insertos.

Sobre el último factor, Du Bois-Reymond (1998) propuso el concepto de *biografía elegida* para llamar la atención sobre el influjo de las elecciones individuales en la orientación del curso de vida de las personas jóvenes, en particular las de mayores ingresos.⁵ La relevancia de este enfoque radica en conferir centralidad a la agencia individual para entender por qué sujetos localizados en la misma posición social pueden dar lugar a trayectorias biográficas disímiles.

Por su parte, Evans (2007) acuñó la noción de *agencia situada* (*bounded agency*) para hacer explícito los límites de la agencia del sujeto juvenil, así como sus posibilidades electivas. Concordamos con esta autora cuando subraya la importancia de los factores económicos, sociales y culturales que impiden a las personas tener control sobre sus vidas, influenciar su capacidad de responder a las oportunidades emergentes, así como gestionar las consecuencias de las elecciones tomadas (Evans, Schoon y Weale, 2010). Empero, reconocer estas constricciones estructurales no debe llevar a ignorar la centralidad de la agencia humana. En sentido estricto, lo anterior nos advierte sobre la dialéctica entre los poderes agenciales de las personas y las constricciones de las estructuras sociales. Es precisamente mediante el análisis de este interjuego que es posible entender cómo los individuos forjan sus cursos de vida en situaciones sociales e históricas particulares.

La relevancia del contexto y la dinámica familiar

Al sistematizar la incidencia del origen en los itinerarios biográficos juveniles consideramos, por un lado, diversos elementos vinculados con las características propias de las unidades domésticas, a saber: las condiciones materiales de existencia, las formas de convivencia y los rasgos sociodemográficos; por

⁵ Una visión crítica de este enfoque ha sido formulada por Furlong, Cartmel y Biggart (2006).

otro, contemplamos el análisis de los recursos externos al hogar a los que se puede tener acceso, como las redes sociales y los soportes institucionales.

Las condiciones materiales de existencia del núcleo familiar-doméstico, como ya hemos visto, tienen repercusiones decisivas sobre la orientación del curso de vida de sus integrantes. La procedencia de clase condiciona, en gran medida, el acceso a capitales económicos, sociales y culturales.⁶ Las unidades domésticas con abundantes capitales desempeñan un papel clave en la reproducción de los privilegios heredados. En contraste, en presencia de escasez crónica, las y los jóvenes enfrentan un conjunto de privaciones que suelen afectar sus trayectorias. En contextos donde el estado de bienestar es débil o inexistente, estas carencias forzadas propician situaciones de pauperización endémica. En condiciones extremas, desencadenan dinámicas de aguda marginación social.

En lo relativo a las formas de convivencia en el hogar, debe subrayarse que un ambiente familiar donde se brinda a los individuos afecto, apoyo emocional, seguridad y respaldo puede contribuir a contrarrestar, en parte, el impacto desfavorable de las privaciones socioeconómicas, o bien, en el caso de los sectores de altos ingresos, potenciar la transmisión de beneficios sociales a la descendencia, actuando como un soporte social de primer orden (Paugam, 2012). El amparo afectivo por parte de los progenitores es fundamental para fomentar, entre niñas, niños y adolescentes, la confianza y la autoestima necesarias para enfrentar obstáculos a lo largo de la vida. Esto de ninguna manera significa que es suficiente para revertir espirales de acumulación de infortunios o simplemente para superar las carencias de primer orden. Lo anterior no impide reconocer que las influencias familiares también operan en sentido contrario. Las relaciones al interior de las unidades domésticas,

⁶ En la asignación del estrato socioeconómico se considera la ocupación y la escolaridad de los padres, así como la valoración por parte de los sujetos de la situación económica del hogar en su infancia y a lo largo de su curso de vida.

como ya apuntamos, no siempre son solidarias y armoniosas, y con frecuencia están cargadas de tensiones, conflictos y violencia (García y Oliveira, 1994, 2006; Jelin, 1998; Ugarte, 2001; Casique y Castro, 2012).

Las repercusiones del ambiente doméstico, el tipo de interacciones sociales y las prácticas de socialización, así como aquellas orientadas a sumar recursos materiales están cargadas de ambigüedades. Por tal motivo, el entorno y la dinámica familiar pueden constituir, según el caso, un factor de riesgo o protección. Con independencia de su papel, no cabe duda sobre la centralidad que tiene la dinámica familiar en la orientación del curso de vida de las personas.

De manera similar, los rasgos sociodemográficos de las unidades domésticas adquieren importancia al tener consecuencias múltiples sobre la existencia de sus miembros. El tamaño, la composición de parentesco, el tipo de hogar, la posición de los hijos entre los hermanos y el rol de otras figuras significativas, como abuelas y abuelos en el caso de los hogares extensos, son aspectos a tener en consideración.

CONTEXTOS, MERCADOS, REDES E INSTITUCIONES

Con el propósito de enfatizar la importancia del contexto macroestructural en el análisis de las trayectorias biográficas retomamos el principio de *tiempo y lugar* (Elder, Johnson y Crosnoe, 2003). Este principio analítico recalca que el curso de vida está sujeto a un tiempo histórico y a la localización espacial de las personas. Enfatizamos los recursos que son susceptibles de movilización por parte de los individuos en los entornos —sociales, locales y familiares— que habitan. Adquieren relevancia las oportunidades educativas y laborales, el acceso a los programas sociales, así como las iniciativas de integración social generadas por la Iglesia y las organizaciones no gubernamentales (ONG), tanto como las redes de apoyo al alcance de la población joven.

La consideración de los mercados de trabajo es fundamental para entender las posibilidades de logro ocupacional de la mano de obra joven. En el caso de los sectores pauperizados, la inserción laboral constituye un factor crítico de primer orden en la orientación de sus trayectorias, ya que el bienestar del hogar y el personal dependen, en gran medida, del tipo de incorporación ocupacional (Furstenberg, 2008; Pérez Islas, 2017; Pérez, 2018). Este factor adquiere mayor centralidad en sociedades con regímenes de bienestar familíaristas, segmentados y excluyentes (Barba, 2004; Martínez, 2007; Ordóñez, 2009).

La participación ocupacional en la población económicamente activa (PEA) es resultado de un interjuego entre mercados de trabajo, empleabilidad y redes sociales. Por un lado, las dinámicas de especialización de los mercados, su capacidad de generación de empleos y el tipo de flexibilidad predominantes en los contextos locales condicionan las modalidades de inserción de la mano de obra joven. Por otro lado, los aprendizajes que logran acumular los propios sujetos por medio de su trayectoria escolar, el acceso a programas de formación técnica y, en particular, su experiencia ocupacional, repercuten sobre el tipo de incorporación y sus trayectorias laborales. Finalmente, el círculo lo cierra el universo de redes sociales a que tienen acceso. La incorporación a trabajos de calidad está condicionada por factores asociados con la estructura y dinámica de los mercados de trabajo, también por las credenciales educativas y el capital social de la mano de obra. A mayor reconocimiento del mercado de los recursos laborales de la mano de obra —por ejemplo, credenciales educativas, experiencia, formación técnica— y a mayor amplitud y poder de sus redes sociales, mayores son las posibilidades de acceder a trabajos mejor remunerados y de mayor protección (Granovetter, 1974; Lin, Ensel y Vaughn, 1981; Araujo *et al.*, 2012).

Cabe añadir que en el análisis de las redes sociales, resulta relevante tener en cuenta el tipo de vínculo establecido, su significado, solidez y duración (Pearlin, 2010). Granovetter (1974) tiene razón al resaltar la importancia de contar con una am-

plia red de contactos sociales que favorezcan la circulación y obtención de información y realicen labores de intermediación (contactos, recomendaciones). No obstante, en otros contextos —como analizaremos más adelante—, importa tener vínculos sociales fuertes, con personas con influencia o poder de decisión en la contratación de recursos humanos. En ese caso, lo clave no es tanto el contar con una red social amplia, sino más bien tener los contactos “correctos”. Esto lleva a observar no sólo la extensión de las redes sociales, sino a subrayar, como bien apunta Lin (2000), la desigual distribución del “capital social”, lo cual vincula, de manera significativa, el acceso a los mejores trabajos con la posición social de los sujetos (DiMaggio y Garip, 2012).

Al contemplar la relevancia de las redes sociales, resulta pertinente recuperar el principio de vidas entrelazadas antes mencionado (Elder, 2002). Además de lo apuntado previamente, es preciso anotar que este postulado enfatiza el carácter relacional de los individuos, al llamar la atención sobre los núcleos de interacción social en los que están inmersos. Por lo general, estos entramados se establecen en torno a la proximidad socio-territorial, tejiendo historias interconectadas y constituyendo redes sociales que modulan las consecuencias de los eventos macrosociales sobre sus vidas.⁷ Sin embargo, el ámbito escolar, en particular el nivel superior, también puede resultar de gran trascendencia entre quienes logran acceder a la enseñanza universitaria en instituciones académicas de reconocido prestigio social.

Es de suma importancia considerar los diversos tipos de soportes que se logran movilizar a lo largo del tiempo. El apoyo de amigos, compañeros, maestros y, en algunas ocasiones, de patrones, así como el acceso a recursos institucionales, se tornan fundamentales para continuar estudiando, conseguir

⁷ Análisis acerca de la centralidad de las redes sociales vecinales sobre el curso de vida de jóvenes pobres en barriadas populares urbanas pueden consultarse en Saraví (2004), Espíndola (2013) y Chaves, Fuentes y Vecino (2016).

un trabajo, contar con un lugar donde vivir o acceder a medios para sobrellevar realidades tan adversas como las situaciones de calle.⁸

Las instituciones públicas o privadas, así como las ONG y religiosas pueden, asimismo, llegar a ser un “soporte vital” en situaciones de marginación social al constituirse en respaldos fundamentales para “dejar la calle”, recuperarse de problemas de alcoholismo o drogadicción, lograr capacitación en algún oficio, obtener una recomendación de trabajo o conseguir una beca escolar. Tener acceso a algún programa social del Estado, organización gubernamental o religiosa puede constituir un recurso de primer orden para reorganizar la existencia. En su ausencia, las fuerzas que operan del lado de la marginación social llegan a robustecerse. Por tal motivo, estos apoyos son conceptuados como verdaderos factores de protección que buscan atenuar, anular o revertir las dinámicas de desafiliación social en curso.⁹

La importancia de las políticas sociales de salud, vivienda, familia y seguridad social para ampliar las posibilidades de ascenso social está muy fundamentada en la bibliografía sociológica (Esping-Andersen, 1993; Martínez, 2007; Nolan *et al.*, 2011). En particular, se ha subrayado la relevancia de focalizar la protección institucional en la infancia, a efectos de aumentar las oportunidades y mitigar las desigualdades de aprendizaje en las fases sucesivas (Nolan *et al.*, 2011; Dornan y Woodhead, 2015; García y Weiss, 2017).

⁸ Por *situaciones de calle* nos referimos a las experiencias de personas que han quedado en el absoluto desamparo familiar e institucional y que, sin condiciones básicas de sobrevivencia, han tenido que organizar su vida en “la calle”. Carecen, por lo general, de una vivienda, de un trabajo estable y de los más elementales medios de subsistencia, aunque rara vez están solos. Establecen un complejo entramado de vínculos sociales con otras personas que comparten su situación de vida, así como con instituciones y organizaciones sociales, por lo general no gubernamentales y religiosas, que les brindan asistencia. Véase Del Monte (2018).

⁹ Retomamos el enfoque de desafiliación social propuesto por Castel (1997).

ITINERARIO BIOGRÁFICO JUVENIL: UN ELEMENTO CRUCIAL EN EL CURSO DE VIDA

En una línea del tiempo, el desplazamiento horizontal, el movimiento desde el pasado hacia el presente, plantea la relevancia de examinar el recorrido biográfico juvenil que engloba múltiples dominios sociales. El examen de las trayectorias, de acuerdo con la perspectiva del curso de vida, permite enlazar biografía e historia, confiriendo importancia a las condiciones familiares, sociales e históricas en las cuales se encuentran inmersos los individuos. Además, posibilita dar visibilidad a procesos que ocurren en el seno de los hogares y en el entorno residencial, escolar y laboral que, casi siempre, dejan huellas, algunas veces indelebles, en el curso de vida (Elder, 1985, 1991).¹⁰

Según Elder (1991), la trayectoria debe entenderse como una línea o un camino a lo largo de la vida; ésta transcurre en varios ámbitos de lo social y puede cambiar de dirección de acuerdo con las circunstancias y los contextos estudiados. Nosotros empleamos la noción de *trayectoria* para referirnos al camino recorrido por los sujetos. Adicionalmente, incorporamos la de *ruta de vida* como el camino más probable por el que transitará el itinerario biográfico en el futuro próximo.¹¹ Aunque los derroteros se nos presentan como lineales, lo cierto es que un mismo recorrido puede dar lugar a múltiples rutas de vida. No obstante, no todas ellas tienen la misma probabilidad de ser transitadas. El influjo del pasado y la fuerza del presente marcan los rumbos de vida más probables.

El concepto de *transición* hace referencia a los cambios de estado o la posición a lo largo de las trayectorias, tanto como a

¹⁰ Una síntesis de este enfoque ha sido elaborada por Blanco (2011), quien además presenta una revisión de trabajos que sobre el particular se han producido en México con este tipo de perspectiva metodológica.

¹¹ Hemos retomado el núcleo central de esta idea de la obra de Casal *et al.* (2006), aunque, a diferencia de estos autores, nosotros empleamos las nociones de *itinerario* y *trayectoria biográfica* para aludir a la experiencia vivida, y recurrimos la noción de *ruta* para referirnos al recorrido de vida previsible.

la entrada o salida de roles institucionales (Ferraro, 2001). Las transiciones no están predeterminadas, pueden ocurrir en diferente orden y momentos en el tiempo, en forma secuencial o simultánea. Implican asumir nuevos roles, nuevas obligaciones, pero de igual forma pueden dar lugar al ejercicio de derechos (Elder, Johnson y Crosnoe, 2003).

Considerar la temporalidad de algunas transiciones vitales apunta a tomar en cuenta el principio del *momento-sincronización* formulado por Elder, Johnson y Crosnoe (2003). Según este precepto metodológico, la ocurrencia de un evento/proceso tiene repercusiones diferenciales según el momento del curso de vida en que acaece, los recursos disponibles y las decisiones tomadas por el individuo para encarar las situaciones desencadenadas. Tales repercusiones, en algunos casos, pueden perdurar por el resto de la existencia.

Desde una perspectiva sociológica se acentúa el carácter procesual de los “eventos/transición”, se incorpora la importancia del significado que las personas les atribuyen y las acciones que despliegan en tales coyunturas biográficas. Es importante subrayar que, con esta óptica, se estudian los procesos que gobiernan las posibilidades de acción; el progresivo control que las personas pueden llegar a ejercer sobre sus vidas y el acceso al bienestar que una sociedad puede ofrecer a los grupos juveniles en su camino hacia la adultez (Casal, 1996; Evans, 2002; Furlong *et al.*, 2003; Machado Pais, 2007). Adicionalmente, se enfatiza cómo las transiciones vitales conllevan cambios en la condición de las personas, confiriéndoles nuevas responsabilidades —muchas veces cruciales para el funcionamiento de la unidad familiar—, que pueden constituirse en una fuente de maduración emocional, autonomía y control sobre sus acciones.

Desde nuestro punto de vista, los años de la adolescencia y la juventud constituyen un periodo clave en el curso de vida, puesto que en él se deben realizar elecciones críticas, se construyen vínculos y se elaboran —se revisan y ajustan— proyectos de vida que influyen de manera significativa en la orientación de

las fases de vida subsiguientes. Durante ese periodo las desigualdades entre distintos sectores se acentúan, las distancias sociales se hacen más pronunciadas y las rutas de vida se tornan más contrastantes entre jóvenes con diferente extracción social, adscripción étnica, sexo o localización socioterritorial. Se trata, por tanto, de una fase de gran relevancia para observar la cristalización de las desigualdades sociales que, una vez fraguadas, son de difícil remoción.

Mediante la reconstrucción de los trayectos biográficos observamos cómo se van gestando y ensanchando las inequidades entre distintos sectores de la sociedad. La temporalidad y secuencia de los eventos vitales, los puntos de inflexión, los momentos críticos, tanto como las elecciones que los jóvenes toman frente a ellos, las experiencias vivenciales que procesan, junto con el análisis de los beneficios familiares, sociales e institucionales a los que tienen acceso, nos permiten dar visibilidad a marcas de diferenciación social, así como poner en discusión los procesos de acumulación de ventajas o desventajas sociales y su influjo sobre el curso de vida de las y los jóvenes.

Acerca de los ámbitos educacional, laboral y familiar

En el ámbito educacional, en un contexto de acentuadas desigualdades sociales y regionales, los caminos recorridos dependen de la disponibilidad de la oferta educativa en el lugar de residencia, la calidad de la enseñanza, los apoyos familiares e institucionales, así como de la valoración conferida a la educación en el ámbito doméstico. Aspectos como la edad de salida de la escuela, el hecho de haber concluido o truncado su nivel de enseñanza y el acceso a estudios universitarios, al igual que la carrera elegida, están relacionados con el proceso de acumulación de ventajas/desventajas sociales.

En el ámbito laboral, la edad y el tipo de inserción al mercado de trabajo, el número y tipo de empleos desempeñados, la modalidad de inserción —asalariada o no asalariada—, así

como la calidad y la duración de estas ocupaciones, constituyen aspectos centrales en la caracterización y diferenciación de las trayectorias ocupacionales de la mano de obra joven; cuestión que ha sido centro de interés de varios autores y a la cual nosotros otorgamos primacía en el análisis (véanse De la O y Medina, 2008; Longo, 2011; Araujo, Marteleto y Alves de Brito, 2018; Roberti, 2012; Muñiz *et al.*, 2013).

Importa estudiar la secuencia de los trabajos, los cambios entre ocupaciones y sectores de actividad, la alternancia entre ocupación y desempleo, la duración y vivencia de este último y las vías de acceso al trabajo. Asimismo, la consideración de los niveles de ingreso, del acceso a prestaciones establecidas por la ley, la existencia de contratos de trabajo y la cobertura del seguro social permiten valorar el mayor o menor grado de protección o precariedad laboral al cual está expuesta la mano de obra juvenil. Los itinerarios transitados dependen, en gran medida, de la estructura de oportunidades de los mercados de trabajo locales, la magnitud del excedente de fuerza laboral y las políticas de contratación y gestión de la mano de obra, tanto como el nivel de organización, negociación colectiva y posibilidades de resistencia existentes en los mercados de trabajo locales.

En el ámbito familiar resulta pertinente fijarse en lo ocurrido tanto en relación con el hogar de origen como con el de procreación, cuando este último ha tenido lugar. Importa reiterar que situaciones caracterizadas por privaciones extremas, a lo largo del tiempo, pueden dar lugar a patrones de “adultez forzada”. Esto es la asunción precoz de roles propios de las y los adultos, tales como responsabilidades domésticas y de cuidado, en el caso de las mujeres, o de manutención económica del hogar, entre los varones. En estas situaciones no se trata de una elección, ni de una contribución complementaria, sino de un imperativo de subsistencia del hogar derivado de las privaciones o de eventos catastróficos que pueden cambiar el curso de vida de las familias y de sus integrantes. Cuando la adultez forzada emerge se suprime la niñez y la fase de juventud ni siquiera

tiene chance alguno de materializarse. El individuo deviene un adulto a edad temprana, cambiando sus responsabilidades y roles sociales, tanto como la manera en que él/ella se percibe a sí mismo y la posición que ocupa en la dinámica familiar.

PUNTOS DE INFLEXIÓN Y MOMENTOS CRÍTICOS

Retomamos la noción de *punto de inflexión* que se refiere a cambios de dirección o virajes en las trayectorias individuales. Estas permutas muestran que los “camino de la vida” no son lineales, presentan discontinuidades, rupturas; se asocian con importantes eventos personales, familiares y contextuales (Elder, 1985, 1991). Cuando los acontecimientos son vistos como significativos por los sujetos, se les denomina puntos de inflexión “subjetivos” (Hareven y Masaoka, 1988); cuando se identifican con independencia de la apreciación/valoración del sujeto, se les denomina “objetivos”. Para diferenciar las dimensiones objetivas y subjetivas de los puntos de inflexión, Reimer (2014) distingue entre las investigaciones sobre cursos de vida que enfatizan los elementos factuales y los estudios biográficos que tratan de captar la dimensión subjetiva. En nuestros análisis combinamos ambas perspectivas.

El concepto de *punto de inflexión* engloba el de *momentos críticos*, central en nuestro enfoque. Incorporamos la definición propuesta por Thomson *et al.* (2002) quienes consideran como *momento crítico* a todas aquellas coyunturas que tienen hondas repercusiones en los itinerarios y las identidades de los sujetos. Nuestra mirada se centra en eventos, acontecimientos, circunstancias familiares o individuales que, según las y los entrevistados, dejan rastros persistentes en sus biografías o incluso llegan a modificar sus condiciones y senderos de vida, su forma de ser y pensar, sus condiciones materiales de vida y sus vínculos sociales significativos. En cierta medida, el concepto de *momento crítico* utilizado en nuestro análisis se asemeja al de *punto de inflexión subjetiva* propuesto por Hareven

y Masaoka (1988).¹² En no pocas situaciones, estas experiencias se transforman en verdaderos *puntos de quiebre* en el itinerario biográfico; vivencias que desencadenan lapsos temporales en los cuales el ritmo de vida se acelera. Estas “coyunturas biográficas” abren o cierran, según sea el caso, posibles caminos que, en unos escenarios, pueden desencadenar experiencias de vértigo y pérdida de control y, en otros, permiten poner a prueba el dominio efectivo que las personas han logrado sobre su vida.

Diferenciamos tres tipos de momentos críticos. Primero, los vinculados a eventos familiares que no dependen de las elecciones y decisiones personales aluden a ocurrencias que ejercen un gran influjo en los cursos de vida y que están fuera del control de los y las jóvenes, como separación, divorcio, enfermedad crónica, muerte o abandono de los progenitores, o una situación de violencia extrema que compromete la integridad física y emocional de las personas.

El segundo tipo resulta de decisiones y acciones de los individuos, libres o forzadas, que pueden llegar a trastocar sus trayectorias, a saber: embarazo o formación de uniones conyugales a edades tempranas, interrupción de la trayectoria escolar, inicio precoz de la actividad laboral, ruptura con la familia de origen, conflictos con la autoridad que pueden derivar en la privación de la libertad, elección de una ocupación o área de estudios.

El tercer tipo está relacionado con procesos socioeconómicos o políticos de carácter macrosocial. En sentido estricto, están allende el dominio del ego y de su entorno familiar. Se trata de *imperativos circunstanciales*, como crisis económicas o políticas, conflictos locales, desarrollo de políticas públicas que muchas veces llegan a alterar la existencia de los individuos de manera significativa (Elder, 1994).

¹² Para una discusión acerca de la importancia de los momentos críticos y puntos de inflexión en el estudio del curso de vida, véanse Hareven y Masaoka (1988), Elder (1994), Thomson *et al.* (2002), Furlong *et al.* (2003), Reimer (2014).

Las repercusiones de los procesos macrosociales sobre la población joven pueden estar mediadas por la condición social de la unidad doméstica y los vínculos existentes entre sus integrantes. En estos casos, la noción de *vidas entrelazadas* propuesta por Elder (1994), como ya indicamos, permite mostrar cómo lo que afecta a unos miembros del hogar tiene efectos sobre los demás. Sin embargo, debe tenerse la cautela de no asumir impactos directos, pues tales efectos no son homogéneos, ni automáticos, ni tienen las mismas consecuencias entre los distintos integrantes del núcleo doméstico. El individuo siempre modula tales efectos, aunque ello puede implicar la acentuación o disminución de los efectos de cambios en su entorno social inmediato, pero rara vez su anulación.

En suma, los momentos críticos, con independencia del tipo, constituyen coyunturas específicas en las cuales los sujetos están impelidos a movilizar los recursos a su alcance, con el fin de superar las dificultades, o aprovechar las oportunidades, que se generen. En consecuencia, posibilitan analizar los distintos tipos de agencia que se despliegan en estas coyunturas biográficas (Emirbayer y Mische, 1998; Berger, 2008).

ACUMULACIÓN DE VENTAJAS O DESVENTAJAS SOCIALES

En el estudio de los procesos de reproducción o ruptura de los patrones de inequidad social con base en relatos de vida, nos ha resultado de utilidad el enfoque de acumulación de ventajas/desventajas sociales (Dannefer, 2003; DiPrete y Eirich, 2006). Desde esta perspectiva se sostiene que el acceso a los privilegios o las privaciones sociales heredadas es: *procesual*, en tanto que su desarrollo acontece a lo largo del tiempo; *persistente*, sus efectos perduran a través del curso de vida; *secuencial*, implica la presencia de una causación temporal; *acumulativo*, forman múltiples configuraciones que se materializan en espirales de ascenso o descenso social, según sea el caso, y propician la am-

pliación de las brechas de inequidad social.¹³ La espiral descendente resulta difícil de contrarrestar cuando el entorno social y doméstico está expuesto a privaciones severas (Ferraro y Shippee, 2009). En contraste, la acumulación de privilegios puede ser neutralizada cuando las elecciones individuales conducen a desaprovechar las oportunidades y los acervos derivados de la posición social (Devine, 2004) o en coyunturas de crisis que impactan, de manera particular, a los estratos medios (Newman, 1999).

Otras posturas remarcan el carácter transitorio de las carencias de origen, argumentan que las situaciones de pobreza se asocian a eventos particulares y momentos específicos de las biografías (Kohli, 1988; Leisering y Leibfried, 1999). Esto deja entrever que estamos en presencia de explicaciones en disputa: las estructurales *versus* las biográficas (Layte y Whelan, 2002; Vandecasteele, 2011). Concordamos con Vandecasteele (2011) quien sostiene la complementariedad de estas posturas. Algunos autores reafirman la importancia del curso de vida en el estudio de la acumulación de privilegios/privaciones sociales, ya que permite rescatar su carácter dinámico. Reconocer las diferencias entre estos enfoques no debe soslayar los elementos compartidos. Como menciona Hatch (2005) —al retomar a Pearlin y Skaff (1996)—, ambas perspectivas enfatizan la pertinencia de considerar las circunstancias históricas, donde ocurren las experiencias individuales; la temporalidad y la secuencia de las transiciones; los recursos personales y sociales disponibles, y las implicaciones de los procesos de larga duración.

En este sentido, resulta de interés la diferenciación que Hatch (2005) establece entre los diversos procesos que llevan a la acumulación de adversidades sociales. Según este autor, se puede distinguir entre tres procesos yuxtapuestos. En primer lugar, el infortunio puede resultar de un solo problema que tiene un *carácter persistente y un efecto continuo* en el tiempo.

¹³ Para profundizar en estos planteamientos véanse Paugam (1996), Kleinman (1998), Layte y Whelan (2002), Ferraro y Kelley-Moore (2003), Hannon (2003).

En segundo, puede tratarse de una *cadena de contingencias*,¹⁴ en la cual cada problema es superado por otro en un despliegue de infortunios, en un lapso temporal acotado. En tercero y último, se está en presencia de una superposición de efectos de una dificultad que sigue a otra en una *secuencia en cascada*. En este último caso se habla de una *concatenación* a lo largo del tiempo, de una serie de pequeños efectos con grandes consecuencias.

Para evitar lecturas reproducionistas, en las cuales origen es destino, que anulan el componente de la agencia, constitutivo de la condición humana (Archer, 2001; Giddens, 2006), es pertinente atender la distinción elaborada por Korpi, Ferrarini y Englund (2013). Estos autores identifican tres posturas: *las deterministas*, las cuales asumen que un problema lleva a otro de forma no controlada en una espiral ascendente o descendente; *las probabilísticas*, para las que una situación puede llevar a otra con cierto grado de posibilidad; y *las condicionales*, en las cuales un obstáculo puede ocasionar otro, sólo en determinadas condiciones especiales; además, se reconoce que los efectos adversos pueden ser revertidos.

Nosotros nos alejamos de las interpretaciones deterministas. Analizamos la presencia de ventajas/desventajas a lo largo del curso de vida teniendo en cuenta que la capacidad de movilizar capitales de diversa índole, así como la puesta en marcha de distintos tipos de agencia, puede contribuir a cambiar los recorridos biográficos (Ferraro y Shippee, 2009). No obstante, somos cautos frente a planteamientos voluntaristas que sobreestiman la capacidad de acción individual, al no considerar las restricciones en que la misma acontece. De ahí la centralidad que conferimos a la noción de *agencia situada*, es decir, de aquella que toma en cuenta la posición social, la adscripción étnica y el sexo de las personas, tanto como las oportunidades y restric-

¹⁴ Se trata de lo imprevisto, lo inesperado. En el lenguaje cotidiano de las y los jóvenes entrevistados, la contingencia suele aparecer con referencia al azar y se expresa mediante alusiones a la buena o mala suerte.

ciones derivadas del contexto socioespacial en que transcurre su experiencia vital.

AGENCIA: ASPIRACIONES, EXPECTATIVAS Y PLANES FUTUROS

En el estudio de la agencia humana es importante no restringir el análisis a las elecciones y acciones individuales, también debe conferirse importancia a las aspiraciones, expectativas, los planes y proyectos (Archer, 2003). La incorporación de estos elementos permite caracterizar diferentes tipos de agencia (Emirbayer y Mische, 1998). Además posibilita observar cómo el futuro proyectado delinea posibles rutas de vida que las y los jóvenes pueden seguir. El tipo de rutas y su factibilidad está condicionado por los recursos que las personas puedan movilizar al procurar la realización de sus proyectos, así como de las constricciones estructurales que deben superar de cara al logro de su acometido. Mas también el tipo de proyectos de vida que las personas tienen posibilidad de elaborar está influenciado por sus recorridos biográficos y por sus circunstancias actuales.

La dialéctica entre los condicionantes estructurales y la acción humana está implícita en la noción de agencia situada (Shanahan, 2000; Evans, 2002). Esto posibilita enfatizar que el control efectivo que los sujetos ejercen sobre su existencia y la capacidad de decisión y acción que desarrollan, toma en cuenta los recursos disponibles y los potencialmente accesibles, tanto como las barreras sociales e institucionales que constriñen, y a veces impiden, la concreción de sus elecciones, planes y acciones. Esta noción involucra tanto capacidades y recursos como la percepción que se tiene sobre éstos. Su dimensión subjetiva implica una concepción de actor social que, de forma reflexiva y en sus propios términos, busca moldear su existencia. Conceptos como *autoeficacia* (percepción de capacidades), *control personal* (convencimiento en la capacidad del individuo para orientar su propia existencia), *dominio* (convicción según la cual las oportunidades dependen más del sujeto que de elementos

externos), *reflexividad* (facultad de pensar críticamente sobre sí mismo, sus acciones y sus circunstancias), *intencionalidad* (capacidad de encauzar conscientemente las acciones realizadas de cara a la conquista de un fin o propósito) y *previsión* (aptitud de pensar y planear el futuro a partir de indicios o señales presentes) adquieren centralidad (Pearlin *et al.*, 1981; Bandura, 2001, Archer, 2003; Hitlin y Johnson, 2015).

Elaborar proyectos y vencer los obstáculos que se presentan de cara a su consecución constituye un elemento importante para diferenciar la agencia en diversos tipos. Las expectativas y los planes a corto, mediano y largo plazo encauzan elecciones y acciones que coadyuvan a la construcción de posibilidades en el presente, dirigidas a lograr lo planeado. Las orientaciones futuras pueden ser diferenciadas analíticamente. Los planes de vida pueden priorizar el logro educativo, la formación de la familia de procreación, la obtención de empleos estables y bien remunerados o del negocio propio, el desarrollo de la autonomía decisional, la emancipación económica y residencial o la atención de las necesidades de subsistencia personales y familiares.

En casos extremos, las orientaciones futuras son anuladas. En estas situaciones los sujetos no tienen condiciones ni posibilidades de concebir proyectos de largo plazo. El futuro se percibe como incierto, lejano e imprevisible. Se trata de una temporalidad inimaginable en tanto que todas las energías se depositan en el presente para resolver la sobrevivencia cotidiana; o bien la elaboración de proyectos de vida de mediano y largo plazo es reemplazada por representaciones fantasiosas que de forma alguna constituyen guías para orientar la agencia individual de cara al futuro. Al adoptar la clasificación propuesta por Emirbayer y Mische (1998) y utilizada por Berger (2008), podemos adjetivar este tipo de agencia como *iteraccional* (habitual). En contraste, cuando el individuo cuenta con los recursos para planear su futuro, trazar metas en el corto y mediano plazo, y movilizar los recursos a su alcance en afinidad con tales planes, se puede considerar que se está frente a una agencia de tipo *proyectivo*. Finalmente, cuando además de tener proyectos

claros, se evalúan varias alternativas en función de los medios disponibles en el presente y se ajustan los planes con base en un principio de realidad y según las circunstancias, para conferirles viabilidad, se podría hablar de una agencia de tipo *práctico-evaluativa*.

Esta diferenciación vincula cada tipo de agencia con distintos horizontes temporales. En la agencia *iteraccional-habitual* el actor hace una reactivación selectiva de patrones de pensamiento y acción del pasado, son incorporados, de forma rutinaria, a la actividad práctica, para lograr estabilidad, orden y el sustento de identidades e interacciones a lo largo del tiempo. La *proyectiva*, a su vez, se refiere a la capacidad de imaginar acciones que reconfiguran el presente a partir de esperanzas, anhelos y planes orientados hacia el futuro. Por último, la *práctica-evaluativa* conlleva la capacidad del sujeto para llevar a cabo evaluaciones prácticas y normativas entre los posibles caminos de acción futura, con base en demandas emergentes, dilemas y ambigüedades existentes en situaciones presentes. Se trata de una diferenciación analítica, puesto que un mismo individuo puede desplegar diversos tipos de agencia a lo largo del curso de vida, en la medida en que se modifican las condiciones del contexto personal, familiar, social.

En el estudio de los recorridos biográficos juveniles, la consideración de la agencia situada resulta de utilidad para estudiar las acciones realizadas en busca de aminorar o revertir las privaciones, potenciar los privilegios sociales, sacar provecho de las oportunidades emergentes y encarar las contingencias que acontecerán en diferentes momentos de la vida.

De conformidad con los postulados analíticos planteados, las ventajas/desventajas iniciales que un joven experimenta aumentan la probabilidad de estar expuesto a oportunidades/riesgos adicionales que, a su vez, llegan a reforzar las inequidades sociales presentes. En los sectores económicamente favorecidos, el cúmulo de beneficios y los soportes institucionales y familiares contribuyen a maximizar el efecto de la acción humana para enfrentar situaciones adversas en condiciones más

favorables, tanto como sacar provecho de las oportunidades de vida emergentes (Furstenberg, 2008). Mientras que, en situaciones de carencias severas, las privaciones sociales pueden sobrellevarse y, en algunos casos, atemperarse gracias a la movilización de apoyos institucionales y la acción humana (Ferraro, Shippee y Schafer, 2009). Sin embargo, también pueden acoplarse y potenciarse mutuamente, lo que da lugar a la formación de espirales de desventajas (González de la Rocha, 2006) cuyos efectos adversos se refuerzan mutuamente y crean escenarios favorables para su reproducción a lo largo del tiempo.

Asumimos, hipotéticamente, que la agencia de tipo proyectivo y la práctica-evaluativa favorecen los comportamientos de resiliencia, los cuales, como sostiene Rutter (2006), pueden en ciertas condiciones contrarrestar la vulnerabilidad frente al riesgo, superar las adversidades y lograr resultados positivos. La resiliencia es vista no como un rasgo personal, sino como un proceso que implica riesgos, recursos y protecciones; puede presentar modalidades distintas a lo largo del tiempo y estar presente sólo en unos ámbitos de la experiencia social.

El desarrollo de comportamientos de resiliencia involucra atributos individuales, rasgos familiares y características del contexto social (Masten y Garmezy, 1985; Werner y Smith, 1982, 1992). Además, si bien constituye un factor clave para entender por qué las mismas condiciones estructurales pueden generar respuestas diversas y diferencias sustantivas en la experiencia de desarrollo humano, se debe ser cauto frente a las interpretaciones voluntaristas que tienden a sobredimensionar el peso de los factores individuales, al analizar los comportamientos resilientes de cara a la superación de las privaciones severas. Por lo general, estos resultados acontecen, sí y sólo sí, los comportamientos resilientes se acoplan con un sistema de apoyos económicos y sociales propicios para la superación de las trampas de marginación.

Como veremos en los siguientes capítulos, la interrelación de los distintos ejes analíticos descritos posibilita comprender los procesos de reproducción o superación de los privilegios y

las privaciones sociales heredadas. Las concatenaciones entre los elementos analíticos reseñados hacen posible identificar trayectorias biográficas disímiles y proponer rutas de vida hipotéticas de cara al futuro. Subyace a este ejercicio la búsqueda de explicaciones que lleven a entender, por un lado, cómo y por qué los jóvenes de diferentes estratos sociales tienden a reproducir la posición social de sus progenitores, y, por otro, cómo y por qué quienes comparten la misma extracción social desarrollan recorridos de vida contrastantes y formulan proyectos disímiles.

II. ACUMULACIÓN DE PRIVILEGIOS: JÓVENES DE CLASE MEDIA-ALTA EN MONTERREY

INTRODUCCIÓN

EN ESTE CAPÍTULO analizamos rasgos sobresalientes de la biografía de un grupo de jóvenes de clase media-alta en la ciudad de Monterrey para mostrar cómo sus familias movilizan un vasto conjunto de recursos económicos, sociales y culturales con el propósito de ampliar las oportunidades de vida de sus descendientes y generar condiciones para el logro de una posición social de privilegio durante la adultez. Examinamos cómo la acumulación progresiva de ventajas sociales constituye un factor clave para explicar su éxito ocupacional al momento de incorporarse en el mercado de trabajo.

Primero, situamos teóricamente la problemática analizada. En seguida, nos centramos en la composición del núcleo doméstico, sus recursos y las decisiones que orientan los itinerarios educativos y la formación extraacadémica de hijos e hijas. Asimismo, señalamos el tipo de acompañamiento que activan padres y madres cuando sus descendientes enfrentan crisis que ponen en riesgo su trayectoria escolar y su inserción ocupacional. Finalmente, mostramos cómo acontece el proceso de

integración de estos jóvenes al mercado laboral, poniendo particular énfasis en los obstáculos que enfrentaron para acceder a un puesto de trabajo que brinda posibilidades de realizar una carrera profesional al tiempo que garantiza una retribución alta y el cumplimiento con los estándares laborales vigentes.

ENFOQUES ANALÍTICOS DE LA ACUMULACIÓN DE VENTAJAS SOCIALES

En las últimas décadas, diferentes estudiosos han volcado su interés al análisis de los procesos microsociales para entender cómo las familias movilizan los recursos a su disposición para encauzar la trayectoria de sus hijos e hijas, influyendo, por esta vía, en la conformación de sus horizontes de vida (Lareau, 1987, 2000, 2015; Gorman, 1988; Brown, 1995; Chin y Phillips, 2004; Devine, 2004; Kaufman, 2005; Sherger y Savage, 2010; Carlson, Gerhards y Hans, 2017; Barrett y Edgerton, 2016; Lungo, 2017).

Una de las hipótesis en boga indica que las unidades domésticas más afluentes promueven prácticas de socialización encaminadas a promover, desde la niñez, el desarrollo de un amplio número de capacidades: cognitivas, emocionales y sociales. Mediante estas prácticas posibilitan la acumulación de un conjunto de ventajas sociales que tendrá hondas repercusiones en el curso de vida de sus hijos e hijas. En ello se encontraría una de las claves para entender el éxito que tienen estos sectores para asegurar la reproducción intergeneracional de los privilegios sociales que caracteriza el estilo de vida de las clases medias-altas.

Una segunda hipótesis sostiene que estos hogares, mediante sus prácticas de socialización, dotan a sus hijos e hijas de una mejor comprensión del funcionamiento de las instituciones, por ejemplo, la educativa; aspecto que les confiere ventajas adicionales para negociar y acomodar sus intereses y necesidades personales, alinear sus conductas de conformidad con las normas y los requerimientos institucionales, y obtener mayor provecho

de los beneficios y las oportunidades que ofrecen. La activación de estos recursos culturales permitiría a las y los jóvenes de clases medias-altas mejorar sus rendimientos y maximizar sus posibilidades de logro en diferentes ámbitos sociales (Khan y Jerolmack, 2013; Carlson, Gerhards y Hans, 2017; Lareau, 2015; Tholen, 2016; Ruggera y Barone, 2017; Törnqvist, 2019).

Otros analistas sostienen que en el contexto de la globalización la reproducción de las clases medias se ha tornado más incierta. El origen de esta incertidumbre se localizaría en dos procesos. Por un lado, la ruptura del monopolio de acceso a la educación universitaria del que gozaron las clases medias y altas en el pasado. La masificación de la educación superior habría abierto las puertas a sectores de clases trabajadoras para acceder a un título universitario, lo que desencadenó una intensa disputa por el acceso a las ocupaciones típicas de clase media.¹ Por otro, la reestructuración de los mercados de trabajo, asociados con el cambio tecnológico, la apertura comercial y las políticas de flexibilidad laboral en las empresas, tanto como con el auge de las políticas neoliberales, redujo el ritmo de expansión de las posiciones ocupacionales de clase media-alta.

En conjunto, estos cambios sociales estarían forzando a las clases medias-altas a buscar y poner en práctica nuevos procesos de diferenciación social, a tono con los nuevos tiempos, con el fin de apertrear a sus hijos e hijas con ventajas competitivas que ofrezcan acceso a las mejores posiciones ocupacionales, una vez que inician su vida laboral.² Esto conlleva a conferir gran centralidad a una serie de rasgos que operan como verdaderos marcadores de clase. La bibliografía especializada alude a un

¹ En México, según Estrada (2011), a mitad del siglo xx ser profesionista era un privilegio. “Según el censo de 1950, apenas un poco más de cien mil mexicanos contaban con estudios superiores —el 0.4% de la población mayor de 25 años—. En contraste, en 2018, la tasa bruta de cobertura de educación superior era de 37.3% (Mendoza, 2018).

² Barrett y Edgerton (2016) recuperan el concepto de *parentocracia*, propuesto por Brown (1990), para caracterizar el conjunto de prácticas que desarrollan padres y madres de clase media-alta sustentado en un enfoque cuasi-empresarial de la formación y el desarrollo de los hijos.

conjunto de factores como, por ejemplo, poseer un título profesional de una universidad de élite, dominar dos o más idiomas, desarrollar una visión cosmopolita, tener un amplio dominio de elementos tecnológicos, acumular experiencia académica internacional, mostrar habilidades de aprendizaje continuo, así como un paquete básico de competencias socioemocionales: actitud proactiva, personalidad asertiva, liderazgo, facilidad de comunicación, sociabilidad, trabajo en equipo, orientación al éxito, entre otros.³

A juicio de otros autores (Kaufman, 2005; Lareau, 2015), dichos enfoques continúan poniendo el acento en factores estructurales al enfatizar la movilización de capitales asociados a la posición de clase. Adicionalmente, presentan la limitación de no considerar el rol activo que los sujetos deben asumir para convertir los medios que sus progenitores ponen a su disposición en beneficios efectivos que les permitan realizar sus proyectos personales. Desde esta perspectiva, la reproducción intergeneracional de clase no es un proceso automático, ya que se requiere de una dosis importante de agencia humana, lo cual exige (como planteamos en el capítulo uno), la necesidad de desarrollar un enfoque que considere el interjuego entre la constelación de recursos que poseen los sectores de clase media-alta, las condiciones institucionales que regulan las biografías de sus descendientes, así como las elecciones, las acciones y los horizontes de vida de los sujetos (Du Bois-Reymond, 1998).

ACUMULACIÓN DE VENTAJAS SOCIALES

La composición del grupo y sus familias

El grupo bajo análisis está conformado por una docena de individuos: siete varones y cinco mujeres, residentes en la ciudad de

³ Sobre el particular véanse Loomis (2005), Carlson, Gerhards y Hans (2017), Tholen (2016), Jarness (2017) y Törnqvist (2019).

Monterrey. Diez nacieron y han habitado en esta ciudad toda su vida. Los dos restantes corresponden a mujeres nativas de los estados vecinos de Chihuahua y San Luis Potosí. Ellas se mudaron a esta urbe a los 18 años, con el fin de cursar sus estudios universitarios. Posteriormente, al finalizar la licenciatura, decidieron establecerse en esta ciudad debido a la existencia de mejores oportunidades laborales y al entramado de relaciones sociales que forjaron durante su educación terciaria.

Las edades de quienes integran este grupo oscilan entre los 23 y 30 años, el promedio es de 25 años. Sus unidades domésticas son nucleares de tipo biparental, integradas, en su mayoría, por padres y madres profesionistas. Sólo dos entrevistados reportan el divorcio o la separación de sus progenitores. En estos casos, ese evento aconteció cuando las y los jóvenes eran adolescentes y no parece haber mermado ni la situación económica ni el vínculo afectivo de los entrevistados con los padres. De hecho, ninguno se refiere al divorcio como un acontecimiento que haya marcado negativamente su vida.⁴ Esto puede deberse, en parte, a que las madres, quienes asumieron a partir de ese momento la jefatura de sus hogares, eran mujeres profesionistas que se encontraban insertas en el ámbito laboral. Cabe añadir que los padres, según los entrevistados, ejercieron una paternidad responsable, es decir, mantuvieron las aportaciones económicas para la manutención de sus hijos y buscaron formas de preservar el vínculo afectivo con ellos, acompañando y guiando su desarrollo escolar y, cuando fue requerido, apoyando su incorporación al mercado de trabajo (véase cuadro 1 en el anexo).

El relato de Leonardo (25 años) muestra cómo el padre, pese al divorcio, continuó siendo una figura central para él: “Con mi papá siempre nos llevamos muy bien. Platicamos y de repente

4 Nuestro interés no se centró en indagar sobre formas de convivencia familiar que, probablemente, indicarían la existencia de múltiples disputas y tensiones entre los cónyuges de estas unidades domésticas. No se trata de anular la presencia de conflictos en su seno, sino de reconocer que no poseemos información para dar cuenta de esta realidad.

nos damos nuestras citas para ver cómo van las cosas, para pedirle un consejo o algo”. Comenta, además, que su padre ha sido clave para impulsar su carrera, como veremos más adelante.

En promedio, estas unidades domésticas tienen dos o tres hijos, lo que reproduce los patrones típicos de fecundidad de las mujeres profesionistas de clase media, quienes reportan un menor número de hijos nacidos vivos (Juárez, Quilodrán y Zavala, 1989; Welti, 2012; Páez y Zavala de Cosío, 2017). Estamos ante hogares de profesionistas cuyos campos de formación son variados. Algunos padres tienen licenciaturas en el área de las ingenierías, otros en ciencias de la salud, también hay especialistas de las ciencias económicas, sociales y humanidades. Entre las madres predominan las áreas relacionadas con las ciencias de la educación, humanidades y las artes. La mayor presencia de madres profesionistas en campos con menor protagonismo de mercado era esperable. Esto es atribuible al sesgo de género en las preferencias académicas de las mujeres (De Garay y Del Valle, 2012), también como resultado de la consabida segregación ocupacional de la mano de obra femenina. Estos patrones se tornan más rígidos conforme nos remitimos al pasado, precisamente, a los periodos en que estas mujeres realizaron sus elecciones de carrera profesional (Pedrero, Rendón y Barrón, 1997; Rendón, 2003; Ariza, 2006). Debe señalarse que, en su mayoría, los hogares de procedencia de nuestros entrevistados reportan doble proveeduría. Este rasgo fue posible porque esas familias siempre contaron con los servicios de una trabajadora doméstica, lo cual permitió a las madres mantener su participación en la fuerza de trabajo.

Al contar con estudios universitarios, se reporta que los padres ocupan cargos altos, ya sea que se desempeñen como directivos en instituciones públicas federales o estatales, o laboren como gerentes o administradores en consorcios empresariales privados con amplia reputación en el contexto local. La minoría reportó que eran dueños de empresas. No estamos, en ningún caso, en presencia de la poderosa élite empresarial regiomontana o de algún empresario de renombre regional. Se

trata más bien de dueños de empresas de tamaño medio, ligadas al ejercicio profesional en sus campos de especialidad.

Algunas madres se desempeñaron como profesionistas asalariadas en el sector público y privado, algunas en cargos directivos, en tanto que otras laboran como profesionistas independientes, establecieron negocios propios o compartieron la responsabilidad de coadministrar empresas familiares, ya sea que fuesen propiedad de sus respectivos padres o de sus esposos.

Lo anterior explica por qué estos hogares disfrutaban de un nivel de vida alto en el contexto mexicano. Las y los entrevistados relataron que sus familias eran propietarias de una vivienda, localizada en zonas residenciales de alta plusvalía; disponían de al menos un automóvil —la mayoría dos o más—, televisión de paga, internet de banda ancha y disfrutaban, con mucha frecuencia, de vacaciones en México o en el extranjero, Estados Unidos era el principal destino turístico familiar. Adicionalmente, con independencia del número de miembros del hogar, los progenitores optaron por inscribir a sus hijos e hijas, desde preescolar hasta la universidad, en instituciones privadas de elevado costo y reconocido prestigio social.

En los relatos se sostiene, sin excepción, que la vida los ha tratado “muy bien”, “superbién” o “increíble”. Resaltan los privilegios a los que han tenido acceso: buenas escuelas, viajes al extranjero, turismo en el país, ropa de marca, clubes privados, automóvil personal, aparatos electrónicos de última generación, entre otros.⁵

Camila (24 años), hija única, padre de profesión odontólogo, pero con carrera política, y madre administradora de negocios familiares, recuerda que: “cuando niña teníamos una casa grande” y que la “situación económica era muy buena”. Mi papá “tenía varias vecindades y comercios. Entonces nos fue muy bien”.

⁵ No exploramos en este estudio tópicos asociados con conductas de riesgo: adicción, conflictos de autoridad, problemas de personalidad, que suelen caracterizar a los jóvenes de clases medias-altas. Asimismo, el grupo observado no reportó eventos de este tipo que hayan marcado de manera significativa sus experiencias de vida.

Ingrid (30 años), hija de un ingeniero mecánico con maestría en administración de empresas y madre licenciada en contabilidad, relata que: “tuvimos todo lo que necesitamos y un poquito más”. Ese “poquito más” se refiere a que: “nunca me faltó nada. Al contrario, tuve la oportunidad de viajar por casi toda la República con mis papás. Conocí Disneylandia y varias ciudades de Estados Unidos”.

En los relatos recabados se constata que, hasta el momento de la entrevista, la biografía de los casos analizados ha transcurrido en condiciones de marcada solvencia económica, aunque una minoría recuerda algún episodio de “crisis económica” transitoria relacionada con dificultades con las empresas o los negocios paternos. También se alude a efectos coyunturales de crisis nacionales, como el *crack* económico acontecido entre 1994-1995.⁶

El único que expresa haber vivido una situación de menor solvencia, mas no de privaciones, fue Wilson, quien señaló que su padre, ingeniero mecánico, fue despedido y, por la misma época, su madre dejó de trabajar. Superaron esa coyuntura gracias a que su padre inició un negocio propio. Wilson enfatiza que esta situación no les significó cambios abruptos en su estilo de vida. Él y sus tres hermanos continuaron estudiando en colegios privados, continuaron viviendo en la casa que su padre había adquirido años antes en una zona residencial para familias de clase media acomodadas y no tuvieron que poner en venta ninguno de los activos del hogar: propiedades, carros.

En síntesis, estamos frente a un grupo de jóvenes que ha disfrutado, desde la niñez, de un estilo de vida prohibitivo que caracteriza a las familias localizadas en los estratos superiores de la distribución del ingreso en México.

⁶ Para un análisis acerca del impacto de la crisis económica de mediados de la década de 1990 sobre las clases medias en México, véanse Cortés y Rubalcava (1991) y Gilbert (2007).

Acumulación de recursos culturales

Las familias de este grupo de jóvenes no han escatimado esfuerzos para ampliar las oportunidades de vida actuales y futuras, y fomentar el desarrollo personal de nuestros entrevistados. Se ha podido observar, en los relatos recabados, esfuerzos encauzados a brindar acceso a instituciones educativas de gran prestigio; ampliar sus horizontes culturales mediante viajes y estancias académicas internacionales desde antes de ingresar a la universidad; estimular su participación en actividades artísticas, deportivas o en grupos asociativos desde temprana edad; promover el aprendizaje y dominio de varios idiomas, más allá de asistir a instituciones educativas bilingües; incentivar la realización de cursos de especialización o de posgrado, una vez concluida la licenciatura. En general, en los casos estudiados sostienen que sus padres/madres tenían altas expectativas respecto a su futuro, daban por sentado que cursarían estudios universitarios y tomaron todas las previsiones a su alcance para asegurar que estos jóvenes transitaran por este sendero. Incluso pensaban que, una vez concluido su ciclo formativo, lograrían acceder a un empleo que les permitiría, durante su adultez, disfrutar de un nivel de bienestar social más alto.

En cuanto a la *formación escolar*, los padres y las madres se preocuparon por otorgar a sus hijos e hijas una educación de mayor calidad y atención individualizada, cuando lo ameritaba, para superar posibles problemas de aprendizaje. También seleccionaron ambientes escolares que reforzaban la importancia del estudio y fomentaban entre su alumnado la prosecución de metas académicas ambiciosas como horizonte de vida futura. Encontraron en las instituciones escolares de élite este tipo de clima escolar y no dudaron en movilizar recursos familiares para que las y los jóvenes cursaran sus años de educación en ellas.

Es importante tener presente que este tipo de entornos escolares acentúa las desigualdades educativas desde temprana edad (Tapia y Valenti, 2016) y refuerza la interacción entre personas de la misma posición social (Estrada, 2011). Tales re-

laciones, tejidas desde la niñez, constituyen un valioso capital social, susceptible de ser activado en las fases sucesivas del curso de vida, ya sea en la búsqueda de pareja o en el terreno ocupacional.⁷ Estos ámbitos escolares propician un proceso de diferenciación social que se torna visible para estos jóvenes al reflexionar críticamente en torno a sus vivencias. Dos testimonios transmiten con gran nitidez este punto. Por un lado, Wilson (28 años), odontólogo, narra haber sido expulsado de la escuela privada a la que asistía durante su segundo año de secundaria⁸ (lo que nos interesa recalcar aquí es su percepción sobre el contraste social y la extrañeza que experimentó al interactuar con adolescentes de extracción popular, con quienes hasta ese momento no había tenido contacto alguno): “Por calificaciones y conducta me tuve que ir de un colegio particular a una escuela pública ya que no me aceptaban en ninguna privada. Tuve que ir a una clase muy muy distinta. Entonces todo era distinto: el ambiente, los gustos, los compañeros”. Aunque el relato referido no da cuenta del asombro y la carga simbólica con que Wilson narra esta experiencia, sí expresa la distancia social que estos sectores sociales se esfuerzan en construir y preservar respecto de la interacción con las clases subalternas y los espacios de socialización en donde transcurre la vida de los últimos (Saraví, 2015).

Por otro lado, Arturo (25 años), ingeniero en sistemas, cuenta que, en su ambiente escolar, predominaban personas de orígenes privilegiados, quienes se diferenciaban de otros por asumir prácticas de distinción social, lo que los lleva a asumir conductas engreídas. A su entender, ésa fue una de las experiencias que más lo marcó. En sus propios términos: “Me ha dejado huella

⁷ Investigaciones sobre el proceso de elección de parejas entre personas de clase media-alta en México han observado un marcado patrón de endogamia. Véase sobre el particular, Rodríguez (2016). A una conclusión similar arriba Lungo (2017) al estudiar jóvenes de clases medias-altas en El Salvador.

⁸ Este caso pone en evidencia que la vida de estos jóvenes no está exenta de problemas. Cuando éstos se manifiestan, pueden poner en riesgo el recorrido ideal que los progenitores han delineado para ellos.

en la vida el haber estado en una escuela bilingüe, conviviendo con chavos, digamos, un poco medio fresas.⁹ Algunos creídos. Tal vez, en algún momento, también yo fui creído”.

Este último testimonio introduce otro de los rasgos de las instituciones educativas a las que tuvo acceso el grupo examinado.¹⁰ Todos cursaron estudios en colegios bilingües, acumulando una ventaja que sólo los grupos de mayor poder adquisitivo pueden costear. Se trató, por tanto, de dotarlos con competencias lingüísticas que les conferían ventajas, no sólo para aspirar a mejores posiciones ocupacionales, sino también para ampliar sus horizontes de vida.

El testimonio de Arturo es invaluable para referirse tanto al privilegio y las ventajas como a los beneficios que conlleva el dominio del inglés, así como el valor simbólico atribuido a poseer este recurso. Él refiere la importancia de hablar este idioma con fluidez:

La oportunidad de platicar con cualquier persona de otra cultura, de otro idioma, siempre es un placer, más que nada si lo puedes hablar como un americano o como un inglés. [...] Es importante conocer otro idioma para darse cuenta de muchas cosas. Me ha abierto las puertas porque, de repente, una que otra vez ha venido algún americano, de estudiante, y yo he podido hablar con él. He estado en centros de conferencias, he conocido investigadores, gente que sabe mucho [y que se comunica sólo en inglés].

⁹ En el imaginario popular mexicano, el término “fresa” se emplea para referirse a sectores privilegiados que buscan distinción social mediante un estilo de vida suntuoso, gustos estéticos y pautas de consumo guiados por la moda, marcas de reconocido prestigio y un estilo de habla particular. Su antónimo es el término “naco”, vocablo despectivo mediante el cual se hace alusión a los sectores subalternos, en especial a los jóvenes de extracción popular, cuyas preferencias estéticas, pautas de consumo y condiciones de vida constituyen la antítesis del “fresa”. Sobre el particular, véanse Urteaga y Ortega (2004), Martínez (2014) y Chaparro (2016).

¹⁰ De los doce casos tan sólo dos no cursaron sus estudios superiores en universidades privadas de élite. Se trata de Ingrid y Wilson, quienes estudiaron la carrera de odontología, la cual, cuando ellos ingresaron a la universidad, sólo se impartía en la universidad pública de la entidad federativa donde vivían.

Otros, como Ismael, licenciado en diseño gráfico y publicitario (23 años), agrega: “tengo un inglés perfecto, ya que estudié inglés como unos diez años” y “todo lo que veo en la televisión es en inglés”. De nueva cuenta, esta referencia es indicativa de una marca de distinción social que da cuenta de su extracción social y de algunas preferencias electivas de los grupos que comparten su misma posición social.

Sus progenitores, concededores de los cambios sociales en curso, no se restringen a fomentar el dominio del inglés. Realizan esfuerzos adicionales para ampliar los recursos culturales al impulsar el aprendizaje de otros idiomas. Es importante resaltar que estos procesos formativos acontecen desde la niñez. Leonardo reporta haber tomado lecciones de francés, al igual que Camila y Antonia, desde que cursaban la primaria. Ernesto hizo lo propio tomando lecciones de italiano. Alfredo ha cursado, sistemáticamente, lecciones de alemán, japonés y francés. Él relata su marcada inclinación por el aprendizaje de idiomas en los siguientes términos: “Hay gente que le da por el deporte, por la música. Yo le di más por los idiomas, entonces, aprender un idioma, también conlleva aprender un poco la cultura de donde se hable ese idioma”.

Igualmente, los progenitores emprendieron acciones para fomentar otras actividades culturales. Sonia, por ejemplo, ha recibido clases de danza en una academia privada desde que era muy niña. Antonio relata que “siempre llevaba un chorro de cursos, así de clases extracurriculares”. Camila asistió a talleres de teatro y pintura. Ismael, a clases privadas de fotografía. Vania comenta que su participación en diversos talleres artísticos la marcó de tal forma que, al ingresar a la universidad, quería estudiar una carrera afín a las artes. Alfredo comenta que: “más pequeño, llevaba música, como formación extraescolar. Yo tocaba el piano”. Ernesto también refiere haber tomado clases de música, por cuatro años, “cuando estaba chico”. Mientras que Arturo recuerda que participó, durante 15 años, en grupos de asociacionismo juvenil, en los que llegó a ocupar posiciones de alta responsabilidad y reconocido liderazgo, vincula esta

experiencia con el desarrollo de cualidades como liderazgo, trabajo en equipo, asertividad, responsabilidad y aprendizaje continuo.

La investigación especializada ha documentado la centralidad que tiene este tipo de experiencias de cara a la formación de habilidades sociales, comunicativas y emocionales que, en el contexto de la economía digital, gozan de un gran valor de mercado, en tanto que, se presume, amplían los recursos laborales indispensables para desempeñarse con solvencia en el mundo del trabajo (Lareau, 1987, 2000, 2015; Loomis, 2005; Barg, 2015; Khan y Jerolmack, 2013; Carslon, Gerhads y Hans, 2015; Törnqvist, 2019). De igual forma, es conocida la creciente importancia que poseen los saberes no-cognitivos aprendidos en las fases tempranas del curso de vida como un factor generador de desigualdades sociales cuando las personas alcanzan la fase juvenil (Corneus, Gernandty y Saam, 2009; Brunello y Schlotter, 2011; Anger y Schnitzlein, 2017).

Es importante subrayar que el desarrollo de capacidades cognitivas y no cognitivas, de carácter extracurricular, que amplían los recursos de las y los jóvenes, no siempre responde a una acción deliberada. En gran medida, sus progenitores buscan generar espacios artísticos, deportivos, recreativos que permitan a sus hijos e hijas disfrutar de una existencia plena, contribuir a su formación integral y fomentar su desarrollo humano. En otros casos, se trata simplemente de actividades extracurriculares que llenan el horario.

Sin embargo, con independencia de la intención de los padres, como ha mostrado Lareau (1987), mediante las actividades extracurriculares se amplían los recursos culturales de los sujetos, los cuales, en una fase más avanzada del curso de vida, contribuyen a su logro académico y ocupacional al tiempo que refuerzan los patrones de sociabilidad con personas de su misma extracción social. Como bien lo han formulado Khan y Jerolmack (2013), mediante esas prácticas, no sólo se desarrollan competencias con un valor instrumental para el porvenir, sino también un acervo de esquemas culturales y pautas de compor-

tamiento que moldean las visiones de mundo y los patrones de interacción distintivos de los estratos de altos ingresos.

Dos testimonios resultan relevantes para visualizar los beneficios que forjan este tipo de experiencias, cuando se sostienen por un tiempo significativo. En el primer caso, Sonia comenta: “Yo, además de ser abogada, soy bailarina. Toda la vida he bailado. Y, desde hace siete años, empecé a bailar flamenco y doy clases. Soy maestra. Tengo una compañía”. En el segundo, Arturo indica: “En los *Scouts* estuve como diez años. Me salí como a los 13 años y volví a entrar a los 15. A los 17 entré a otro grupo, el Escuadrón, y estuve hasta los 21. [...] Llegué a estar de dirigente. Estuve a cargo de un grupo como de doce personas”. En tanto que el primer testimonio señala el desarrollo de habilidades artísticas que generan competencias diferentes al campo de especialidad profesional, el segundo apunta al desarrollo de temas relacionados con la autodisciplina, la responsabilidad y el liderazgo, aspectos que, a entender de Arturo, le han permitido plantearse metas académicas altas y tener un proyecto de vida ambicioso.

Este grupo de jóvenes también tuvo acceso a ambientes culturales cosmopolitas por medio de los viajes internacionales que, con frecuencia, realizaban con sus familias. Para la mayoría, este tipo de actividades se inició en la niñez y continuó en la juventud. Fue durante el periodo universitario cuando las mismas parecen haber dejado una huella más profunda. Antonia reporta haber viajado sola por Europa a los 21 años. Camila narra irse de paseo, con mucha frecuencia, a Estados Unidos, en compañía de amigas. Sonia comenta haber vivido un año en Estados Unidos, después de su titulación. Leonardo, haber visitado Estados Unidos y Francia mientras cursaba la universidad. Ismael, por su parte, viajó por varios países de Europa. Alfredo estudió un año en Canadá y comenta haber viajado con fines turísticos a Chile, Argentina y Bolivia cuando aún era universitario.

Este patrón revela que, en efecto, los viajes fueron forjando una amalgama de disposiciones que en la fase juvenil se expresan con gran fuerza, dando lugar a un estilo de vida que va-

lora el conocimiento de otros países y otras culturas. Carslon, Gerhards y Hans (2017) sostienen que este tipo de prácticas, con los intercambios académicos internacionales, dan lugar a la conformación de un “capital cultural transnacional” que, actualmente, goza de alta valoración entre las corporaciones multinacionales.

Para otros jóvenes las estancias en el extranjero fueron resultado del propio diseño institucional de las facultades a las que asistieron e implicaron cursar materias, durante uno o dos semestres, en universidades localizadas en Estados Unidos, Europa o América del Sur. Reconocen que estas experiencias son costosas, razón por la que agradecen a sus padres/madres haberlas financiado. Su relevancia es tal que Gerardo, con una familia numerosa, indica que él y sus hermanos participaron en este tipo de intercambio: “Yo fui a Houston. Enrique va a ir a Brasil. El que me sigue a mí, Vicente, fue a Francia. Mi hermana, a Canadá”.

Los intercambios académicos internacionales son muy valorados por este grupo de jóvenes por tres razones. Primero, posibilitan ampliar el dominio del inglés, convertido ahora en su segunda lengua; adicionalmente, en algunos casos los obliga a aprender con fluidez un tercer idioma, para lo cual empiezan la preparación de manera anticipada; segundo, ensancha sus horizontes de vida, permitiéndoles plantearse proyectos allende las fronteras nacionales; y tercero, los confronta, por primera vez, a asumir un rol activo en el control de sus vidas, haciéndose cargo de administrar un presupuesto restringido, tomar decisiones por sí mismos y gestionar tareas cotidianas que antes recaían en sus madres. Afirman que este tipo de experiencias les permite acelerar su proceso de maduración personal.

El relato de Arturo, sobre las enseñanzas que le deparó un viaje a Finlandia, refleja el sentir del grupo, al enfatizar la necesidad de valerse por sí mismo, lograr cierta autonomía decisional e independencia respecto de los padres, y aprender a convivir con personas de otros entornos culturales:

Me sirvió mucho porque pues me hizo un poco más independiente, el que no estuvieran mis papás y yo tuviera que valerme por mí mismo. Había muchas personas de diferentes países y entender cómo cada una era distinta y tenían necesidades distintas, tanto de espacio como en formas de pensar. No a todos les podías tocar el hombro así nomás para platicar porque se sentían incómodas, preferían que no les hicieras eso porque no les gustaba.

Alfredo (23 años) tuvo dos intercambios académicos. El primero, a los 15 años, lo realizó en Canadá, donde fue enviado por sus padres para cursar su último año de secundaria. El segundo, a los 20 años, tuvo lugar en Alemania. Él relata que ambas experiencias lo cambiaron: “Vivir en el extranjero, aislado de la familia, otra cultura, otro idioma. [...] Viajar te permite ver la perspectiva de otras personas. Por ejemplo, cómo se mira a México desde fuera, qué ve la gente desde fuera de México”. Camila y Sonia cursaron al menos uno o dos años de estudio en Estados Unidos. Camila para concluir la primaria y Sonia durante la preparatoria. Leonardo reportó que cuando cursaba la universidad tuvo la oportunidad de viajar a Estados Unidos para realizar cursos especializados en cinematografía y mercadotecnia. Él comenta, además, que tuvo otras experiencias semejantes: “me fui a aprender idiomas a Francia, a estudiar un rato, un semestre. Y realicé un cursillo intensivo de inglés en Los Ángeles durante un verano”. Sonia, a su vez, cuenta que su familia le financió una estancia en las oficinas centrales de la Organización de los Estados Americanos (OEA), en Estados Unidos, donde trabajó como voluntaria para conocer la labor que realizaba este tipo de organismo internacional.

La trayectoria escolar

El nivel de logro escolar de este grupo es el esperado según su extracción social. A lo largo de sus años de vida, ellos fueron forjando, guiados por su familia y la influencia de sus

entornos escolares, un imaginario futuro asociado con una carrera profesional. Asimismo, como ya hemos señalado, tuvieron el apoyo emocional, la orientación escolar y el financiamiento requerido para cursar una carrera universitaria. En consecuencia, todos reportan haber realizado estudios de licenciatura, aunque algunos tuvieron que bregar con inicios problemáticos, derivados de la incertidumbre asociada con la elección de carrera. Pese a ello, todos lograron graduarse entre los 22 y 23 años.

Sus trayectos escolares no presentan interrupción alguna. Esto les permitió adquirir una ventaja adicional al vincularse al ámbito profesional con mayor rapidez que otras cohortes de jóvenes con los cuales compiten por un puesto de trabajo. De igual forma, esto los situó en una posición más favorable para planear la continuidad de su formación profesional, ya sea mediante la realización de cursos de especialización o para iniciar sus posgrados.

Empero, una trayectoria escolar continua no es sinónimo de ausencia de dificultades académicas. Ya comentamos el caso de Wilson, quien en la secundaria, por problemas de rendimiento académico y de conducta, tomó un camino alternativo por un año para luego reincorporarse al sendero compartido. Otros, ya en la universidad, se equivocaron con su primera elección de carrera y experimentaron la frustración de sentirse académicamente desorientados en su primer contacto con la universidad. Sin embargo, quienes tuvieron esta experiencia, lograron modificar su elección profesional. Dos factores les permitieron hacer ese ajuste en su trayectoria. Por un lado, contar con una familia dispuesta y en posibilidad de sufragar los costos asociados con el cambio de carrera. Por otro, estar inscritos en universidades privadas que permiten tales permutas, siempre y cuando se cubran todos los costos que ello acarrea. Un tercer grupo tuvo incluso la oportunidad, gracias a la buena situación económica de sus familias, de cursar una segunda carrera universitaria para revertir los obstáculos con que se toparon en su primer intento de incorporación laboral.

Pese a lo anterior, vale la pena resaltar que la conclusión exitosa de sus estudios universitarios está relacionada con una serie de factores. Nos interesa resaltar tres. Primero, como ya anotamos, las familias de estos jóvenes disponen de suficiente solvencia económica, lo cual les permite dedicarse de manera exclusiva a las actividades educativas. En esto coincidimos con Souza (2017: 96), quien argumenta que uno de los principales privilegios de la clase media-alta es disponer de suficientes activos económicos para comprar el tiempo libre de sus hijos, eximiéndoles del trabajo durante un periodo largo de su vida. En México, datos de la Encuesta Nacional de la Juventud (Enjuve) (2010) dan veracidad a esta tesis, al mostrar que la mitad de la población joven (56% de los varones y 47% de las mujeres) combina, cotidianamente, trabajo y estudio.

Segundo, en este grupo se observan las huellas indelebles de procesos de socialización dirigidos a generar una valoración positiva de los estudios y a fomentar la importancia de obtener un título profesional. Esto se percibe, por un lado, en la atención que sus familias confieren a la educación, y por otro, en la centralidad que estos jóvenes otorgan a su formación universitaria.

En relación con la creación de un “*habitus* académico”, estos jóvenes han disfrutado de la ventaja de vivir en hogares con un clima propicio para el desarrollo de este tipo de comportamiento escolar. El mismo no se reduce al hecho de que los padres y la gran mayoría de las madres son profesionistas, sino a que sus hermanos y hermanas mayores también lo son, en tanto los menores se encuentran cursando carreras universitarias o planean hacerlo.

Sonia, la mayor de tres hermanas, por ejemplo, comenta que sus dos hermanas menores están estudiando, una la universidad y la otra la preparatoria. Vania, comunicadora (23 años), la menor de tres hermanos, relata que su hermana mayor es arquitecta y su otro hermano es comunicador. Gerardo, el segundo hijo de la única unidad doméstica numerosa, señala que entre sus hermanos, “el mayor es comunicador. El que me

sigue a mí es ingeniero mecánico. El siguiente también es ingeniero. Mi hermana está terminando de estudiar trabajo social. Y el más chico acaba de ingresar a la carrera de ingeniería en sistemas”.

Este clima familiar propicio, incluye, además, de manera preponderante, el acompañamiento para desarrollar hábitos de estudio desde la primera infancia. Estas actividades, según lo consignado en los relatos, suelen recaer en la figura materna, quien tiene a su cargo estimular prácticas de lectura en la infancia, supervisar las tareas escolares, así como organizar y dar viabilidad a las actividades extracurriculares de sus hijos. Gerardo, por ejemplo, ilustra este tipo de formación de hábitos escolares en los siguientes términos:

Yo me acuerdo que yo estaba chiquito en el kínder, y tenía uno que hacer planas de eso de bolitas y palitos. Y yo tengo muy mala letra. Pero mi mamá el día que los hacía muy feo, me los borraba y las tenía que volver a hacer. Entonces tenía que hacer un esfuerzo en hacerlas bien. [...] Y, de alguna manera, ella estaba al pendiente todos los días de que hiciéramos la tarea, y así, nos empezamos a valer por nosotros mismos, a responder por lo que hacemos, a ser responsables, a cumplir con lo que teníamos que hacer. Y, ese hábito de la responsabilidad, después me sirvió en muchos aspectos en mis estudios y en el trabajo. Son cosas que se me dieron en mi casa y que de alguna manera formaron en mí ciertos valores que ahorita ya los tengo bien impregnados.

De los doce casos que integran el grupo, el único que refiere no haber desarrollado una inclinación positiva hacia el estudio es Wilson, quien expresa tener una relación instrumental respecto de las instituciones escolares. Comenta: “jamás me ha gustado la escuela. Nunca me ha gustado estudiar”, y agrega: “el estudio, en mi caso, es como prepararte para ganar dinero y mantenerte. No es ni mi vida ni mi principal prioridad”. Sin embargo, a pesar de este posicionamiento, logró concluir su licenciatura de odontología a los 23 años y cursó, posteriormente, una especialidad en ortodoncia; es decir, pese a su actitud

crítica respecto de la educación, su relato retrata a un estudiante que logra culminar sus estudios.

Tercero, la mayoría de los jóvenes moldeó su formación académica con el horizonte de obtener un título universitario que abriera la puerta para incorporarse al mercado como profesionalista. De hecho, en sus relatos, este elemento aparece naturalizado. Ninguno comentó tener alguna duda sobre esta ruta de vida. La aspiración de cursar una carrera profesional parece estar inmersa no sólo en un entorno familiar propicio, donde, sin duda, este tipo de proyecto se fragua, sino también en un medio social e institucional que favorece este tipo de aspiraciones. La interacción con pares de la misma extracción social, así como con otros parientes y con instituciones escolares proclives a promover el éxito profesional, son elementos que coadyuvan a encauzar y naturalizar esta ruta de vida.

Tampoco resultó problemática la selección de la institución académica en la que cursaron sus carreras, pues realizaron una búsqueda acotada entre un número muy limitado de universidades de élite. El propio diseño institucional de estas casas de estudio ha desarrollado mecanismos de atracción y facilidades de admisión para jóvenes de un origen social favorecido. Por ejemplo, ninguno de los que estudió en colegios privados se sometió a algún tipo de filtro o concurso académico para ingresar a la universidad escogida; en tal sentido, este tránsito no constituyó, al menos en lo que al acceso se refiere, un obstáculo. Lo que para algunos sí dio lugar a alguna incertidumbre, como ya hemos mencionado, fue la elección de carrera. En estas situaciones juega un rol clave la orientación de los progenitores, aunque no siempre para facilitar espacios de autonomía decisional, sino al contrario, para trazar una ruta viable. Esto fue particularmente crítico para algunas mujeres, quienes reconocieron haber sufrido presiones, por razones de género, por parte de sus padres para modificar sus preferencias electivas originales.

Sobresalen aquí dos situaciones: Camila, licenciada en ciencias políticas y administración, inicialmente pensaba cursar la

carrera de derecho. No obstante, su padre la “convenció” para que buscara otra opción al comentarle que el derecho era una profesión muy saturada y problemática. “Mi papá me hacía el comentario de que primero tienes que defenderlos [a los clientes] y luego te andas peleando con ellos para que te paguen”.

Vania, comunicadora, por su parte, quería estudiar una licenciatura en artes fuera de la ciudad de Monterrey. Sin embargo, no recibió la autorización de sus padres para llevar a cabo este proyecto, pues tenían temor de que ella, por ser mujer, comprometiera su futuro al alejarse del ambiente familiar y de su ciudad natal. Esto la forzó a buscar una segunda alternativa. Al respecto, su relato es indicativo de esta restricción cuando advierte: “yo siempre quise estudiar algo relacionado con el arte. Pero no se pudo. Aquí [en Monterrey] no hay nada. Mis papás no me iban a dejar irme [a vivir en otra ciudad]”.

Pese a que estos dos testimonios sugieren una restricción que limita la autonomía decisional de las jóvenes, no se puede generalizar. Los otros tres casos, Ingrid, Sonia y Antonia, no reportan haber experimentado este tipo de situación. No obstante, no deja de intuirse un sesgo de género, ya que ningún varón reportó haber modificado su elección profesional debido a desacuerdos con sus padres.

Para otros, la selección de la carrera resultó una decisión difícil, pues aconteció a temprana edad, en torno a los 17 años, cuando aún no tenían claras sus inclinaciones profesionales. Antonia (24 años), menciona: “estaba por terminar mi preparatoria, mi último semestre, y no tenía ni la menor idea de qué quería estudiar. Nada me gustaba”. Por su parte, Ismael comenta la desafección con los estudios cursados, pues, a su entender, tuvo que elegir su carrera de manera prematura: “estaba muy chico como para pensar bien en mi futuro. Entonces, ahora siento que no me conviene mucho la carrera que elegí”. Finalmente, Ernesto (25 años), cuya primera decisión fue influenciada por sus pares, narra: “Yo me fui a ingeniería porque todos mis amigos se fueron por ese lado. Yo creí que me iba a gustar. Pero la verdad, a mí nada más me gusta jugar con la computa-

dora. No me gustaba programar ni hacer bases de datos”. Dos años más tarde se percató de que había cometido un error y cambió de carrera, no sin antes consultar con sus padres y solicitar su respaldo.

En contraposición, están quienes cursaron una carrera universitaria siguiendo el patrón familiar. Sobresale la situación de Ingrid, odontóloga, quien afirma haber descubierto su vocación desde la niñez, gracias a la interacción con sus tíos, quienes ejercían esta profesión y a quienes ella desde niña observó en su trabajo. Por esta vía, ella logró adquirir conocimientos de esa carrera: “tengo tres tíos dentistas. Entonces yo ya sabía a lo que me acercaba”. Su horizonte profesional se forjó a una temprana edad: “yo empecé a decidir que quería ser dentista desde los cinco años”. Ella nunca dudó de esta elección, pese a que su madre le recomendaba tener una mente abierta.

Ya sea que escogieran libremente sus profesiones, recibieran asesoría o coacción, o continuaran la tradición familiar, la constante fue el apoyo irrestricto de sus progenitores a lo largo de su trayecto escolar. Este respaldo resultó ser particularmente importante en situaciones críticas, como cuando los jóvenes deciden cambiar de carrera por razones de interés propio, o iniciar un nuevo programa de licenciatura después de haber concluido su primera opción. Como bien lo muestran Ismael, Ernesto y Gerardo, la flexibilidad, la comprensión y el apoyo de sus progenitores les brindó una segunda oportunidad educativa. En México, las segundas oportunidades educativas parecen ser otro de los privilegios reservados para los sectores de extracción social alta.

Al final, pero no menos importante, la mayoría de estos jóvenes, una vez concluida sus licenciaturas, manifiestan una marcada inclinación por continuar estudios de posgrado. Los de mayor edad, Ingrid y Wilson, 30 y 28 años, ya han realizado especialidades en su campo profesional, la odontología. Otros como Alfredo, Ernesto e Ismael, ya iniciaron sus posgrados. Leonardo, Ernesto y Arturo, con 25 años, al igual que Camila, Vania y Antonia, con 23-24 años, tienen como prioridad realizar la maestría,

aunque por ahora están en una fase de acumulación de experiencia laboral, con la expectativa de que esto les permitirá un mejor desempeño en la posgraduación, en tanto que podrán tener más elementos para elegir su área de especialización.

Algunos se plantean realizar sus posgrados en México, mientras otros prefieren estudiar en el extranjero, en “universidades del primer mundo”. No está dentro de sus planes buscar algún financiamiento (becas) para llevar a cabo este proyecto. Confían en que sus familias puedan cubrir los costos asociados con ese tipo de estudios. Por ejemplo, Camila planea viajar a Europa para continuar su formación: “mi plan siempre ha sido, desde que empecé la carrera, quiero irme a París a la Sorbona y hacer ahí la maestría. [...] dijo mi papá que él me apoyaba para que me fuera a la maestría, pero dijo ‘déjanos descansar, aunque sea un semestre’”. La joven se refiere a que su familia está dispuesta a financiar sus estudios de maestría en el extranjero, pero que le han solicitado un tiempo para planear los gastos financieros en que estarían incurriendo.

Con independencia de si los posgrados se realicen en México o en el extranjero, lo central aquí es resaltar que, en el horizonte de vida de estos jóvenes, la formación universitaria en el nivel de licenciatura es insuficiente para dotarlos de ventajas competitivas necesarias para acceder a un “buen puesto”. Para obtener una mejor posición ocupacional, visualizan como indispensable ampliar las credenciales educativas que poseen. Confían que, de lograrlo, esto les permitirá adquirir los conocimientos y las certificaciones indispensables para competir con éxito en un mercado laboral globalizado.

Postergar la salida de la casa paterna/materna

Estamos ante jóvenes solteros, con excepción de Sonia, abogada de 28 años, oriunda de Chihuahua, casada con un joven regiomontano de la misma profesión. Los demás conceden a la soltería un gran valor. Esta condición, a su entender, les permi-

te acumular experiencias, mantener una sociabilidad activa con sus pares y tomar decisiones encaminadas al logro de proyectos personales no compatibles, desde su perspectiva, con el inicio de una relación conyugal. Este resultado es consistente con los hallazgos de la investigación especializada en México, la cual observa que, en promedio, entre las personas de clase media-alta, la primera unión conyugal es más tardía (Mier y Terán y Rabell, 2004; Echarri y Pérez, 2007; Oliveira y Mora, 2011).

Pero no debemos equivocarnos. Quienes conforman este grupo tienen una alta estima de la institución matrimonial, aunque hayan decidido postergar ese compromiso. De hecho, sólo Ernesto, psicólogo, y Wilson, dentista, tienen una relación de pareja estable y planes matrimoniales futuros. Pero, incluso en estos dos casos, el matrimonio no es un proyecto de corto plazo. Ambos indican que primero deben consolidar su posición ocupacional y generar ingresos para sufragar los costos vinculados a este tipo de compromiso. Sólo piensan dar este paso cuando su situación social sea estable y acorde con su nivel de vida.

Para el resto del grupo la formación de un hogar es un proyecto situado en un universo temporal de mediano plazo (10 años). Además, su concepción del núcleo familiar no deja de estar inmerso en los cánones tradicionales de la clase media-alta. Está presente, en todos los relatos, la figura del matrimonio heterosexual legalmente constituido. Cabe añadir que se visualiza la presencia de un número pequeño de hijos (dos sigue siendo el ideal). Las mujeres dejan entrever una imagen conservadora, asentada en cánones tradicionales de género en este campo. Ellas dan por sentado que, en el futuro, deberán compatibilizar su actividad productiva con las tareas de cuidado y crianza de sus respectivas descendencias.

Es interesante apuntar que estas jóvenes, en sus narrativas, no confieren centralidad a los quehaceres domésticos. Sobre el particular es posible plantear dos conjeturas: o bien han naturalizado estos quehaceres al punto de no poner en cuestión su distribución tradicional en sus eventuales hogares de pro-

creación; o, siguiendo su propio patrón de crianza, tienden a desentenderse del mismo, al delegar esta tarea por medio de la contratación de trabajadoras del hogar. Esto último derivaría de la proyección de lo acontecido en sus vidas, pues en sus hogares de origen se reporta la presencia de servicios domésticos para realizar esta labor. Sin embargo, a diferencia de sus madres, ninguna de las jóvenes se imagina interrumpiendo y sacrificando su recorrido ocupacional una vez iniciada su fase reproductiva.

Con excepción de Sonia y Camila, el resto del grupo no ha alcanzado su *emancipación residencial*, razón por la cual aún habitan en la casa paterna/materna. Sonia dejó de vivir con su familia de origen cuando, después de finalizar sus estudios de licenciatura, a los 24 años, contrajo matrimonio y rentó una vivienda. Mientras que Camila lo “logró” cuando migró a Monterrey para realizar sus estudios universitarios, aunque esta conquista es relativa. Ella reconoce que, hasta la fecha, sus padres cubren el alquiler del apartamento en el que actualmente vive, así como la mayor parte de sus gastos de manutención, pese a que ella está laborando de tiempo completo.

Para este grupo de jóvenes morar en la vivienda de sus progenitores no constituye una condición negativa. Aunque reconocen que ello les resta grados de autonomía decisional y que conlleva prolongar una relación de subordinación respecto a sus padres/madres, a quienes deben continuar obedeciendo, no obstante, piensan que estas limitaciones son superadas por los beneficios que obtienen. Varias son las prerrogativas resaltadas en los testimonios. Por un lado, les permite hacer un uso activo de los recursos familiares y, muy particularmente, mantener su estilo de vida, el cual no podrían sostener si tuvieran que financiarlo con el ingreso que obtienen a cambio de su trabajo. Sobre el particular, Vania sostiene: “me hago responsable de mis gastos, pero hay ciertos gastos en los que ellos todavía me ayudan”. Esta misma idea se reitera entre quienes están solteros y dependen de sus padres para cubrir parte de sus gastos de manutención. Por otro lado, posibilita movilizar la totalidad

de sus ingresos para la consecución de proyectos personales: académicos, profesionales o empresariales, y financiar el consumo de bienes y servicios de alto costo (viajes internacionales, compra de automóviles, computadoras, equipos electrónicos y teléfonos inteligentes de última generación, ropa de marca, etcétera). Sobre el particular, Leonardo sintetiza la opinión del grupo al señalar: “como te digo, no pago renta, no pago casa, no tengo deudas, no mantengo a nadie. Pago mis cosas. O sea, si me cargo mis tapones [se refiere a su auto], pues lo arreglo. La gasolina, yo la pago. Si quiero salir de vacaciones, por ejemplo, ir a la boda de alguien en Cancún, yo me la pago, u otro viajecito, yo me lo pago”.

Permanecer en la casa paterna/familiar hace posible prolongar el periodo formativo mediante la realización de estudios de posgrado, lo cual es tan valorado como estimulado por sus progenitores. Adicionalmente, permite generar ahorros que esperan invertir, en el futuro, en la compra de una casa propia o en algún negocio, cuya viabilidad económica se pondría en entredicho si tuvieran que asumir un rol protagónico en la manutención de sus respectivos hogares. Las referencias de Gerardo e Ingrid condensan, respectivamente, este comportamiento. Él afirma: “Yo prácticamente no ayudo en mi casa. Colaboro con lo mínimo, pero no tengo responsabilidad. Lo que gano lo pienso ahorrar para comprar una casa, para vivir por mi propia cuenta”. En tanto que ella sostiene que, en su profesión, quienes logran tener un consultorio independiente, al inicio de su vida laboral, “viven con sus papás y sus papás les siguen proveyendo de todo. El chavo que vive sólo y que tiene sus gastos y que aparte tiene que guardar para el consultorio, la tiene muy difícil”.

Sólo Ingrid, Arturo y Ernesto reportan realizar, con alguna periodicidad, algún aporte económico al hogar, pero son contribuciones menores, como ellos mismos indican, encaminadas a “pagar el recibo del teléfono”, “comprar una cafetera”, “pasar al súper y comprar algunos alimentos”. Ingrid recalca que sus contribuciones son voluntarias. En su casa no le exigen que rea-

lice ningún aporte al hogar. Ernesto, probablemente el que más contribuye a la economía del hogar, sintetiza su cooperación en los siguientes términos: “pago parte del salario de la muchacha que nos ayuda en la casa. A veces, si hace falta comida, la compro. Si uso la camioneta de mi mamá, le pongo gasolina. Cosas así. No un gran aporte”. Arturo, por su parte, es el único a quien su padre le exigió, con un propósito formativo, que asumiera la responsabilidad de “pagar el agua y la luz”, exigencia que él vivió con disgusto, pues “quería ahorrar más rápido [para realizar planes personales]”.

Retardar la emancipación residencial refuerza el interés por maximizar el nivel de vida que les ofrecen sus familias. Por ello, la mayoría de los casos analizados no se visualiza dejando la casa de sus progenitores. No parece tener deseos, ni prisa, ni intención, ni presión alguna para acelerar esta decisión. Debe subrayarse, además, que ninguna/o de las y los jóvenes refiere haber recibido algún tipo de presión o insinuación por parte de sus progenitores en lo referente a promover su independencia residencial.¹¹ Esto indicaría que estamos frente a un modelo de familia donde sus integrantes pueden permanecer en la casa de padres/madres periodos muy prolongados de su vida.

Es probable que, al ampliarse el periodo de convivencia residencial con la familia de origen, se estrechen los vínculos afectivos, reforzando la solidez de los lazos sociales primarios. Otros estudios han demostrado que este tipo de vínculos perduran durante las fases subsiguientes del curso de vida de las personas y que constituyen una fuente importante de recursos para garantizar el bienestar futuro, sortear periodos de crisis —económicas, existenciales y afectivas— y dan lugar a la conformación de un entramado sólido de afinidades socioafectivas para la organización de proyectos futuros, como indican Lomnitz y Pérez (1993). Estas autoras sostienen que, contrario a lo que se suele pensar, el núcleo familiar mexicano no se restringe

¹¹ Sobre la investigación de este tema en México, véanse Navarrete y Román (2019), Vázquez y Ortiz (2018) y Solís (2016).

al hogar nuclear, sino que integra, al menos, tres generaciones (abuelos, padres y nietos) y una amplia red de otros parientes (tíos, tías, primos, primas, sus respectivas parejas y descendencias); red que se extiende tanto por la línea familiar paterna como por la materna.

LA TRANSICIÓN AL MERCADO LABORAL

Los primeros contactos con el mundo del trabajo

La reconstrucción del itinerario laboral de este grupo de jóvenes muestra que la mitad reporta algunas experiencias previas a la conclusión de sus carreras universitarias. Éstas constituyen los primeros contactos con el mundo del trabajo. El patrón típico es el desarrollo de algunos empleos en las temporadas vacacionales. Para ninguno, este tipo de actividad comprometió o modificó su trayectoria académica. Tampoco se observaron experiencias que combinaran el trabajo y el estudio. En sentido estricto se trató de trabajos temporales.

Las vías de incorporación laboral están ligadas al acceso que ofrecen sus propias redes familiares y sociales, constituyéndose en el vehículo principal para obtener empleos estacionales. Alfredo apunta: “cuando estaba en la prepa, trabajé, durante las vacaciones, en un *Call Center*. El trabajo lo conseguí por medio de amigos que trabajan ahí”. Para otros, como Leonardo, son los propios padres quienes propician este tipo de participación, moviendo sus relaciones para generar alguna oportunidad a sus hijos. Él narra que empezó a trabajar cuando tenía 16 años, pero aclara: “sólo durante las vacaciones”. Repitió a los 18 años cuando laboró como mesero, también durante el periodo vacacional, y a los 20 cuando realizó un trabajo temporal en el Instituto Federal Electoral (IFE), su papá fue quien lo recomendó. Sonia, por otro lado, recuerda que estuvo trabajando como voluntaria, durante periodos vacacionales, en el banco donde su papá era gerente, para adquirir “experiencia y conocer el medio”. Su inserción fue

promovida por su padre para que ella se familiarizara con el derecho financiero y estableciera relaciones que podrían serle de ayuda, en el futuro, para conseguir un buen trabajo.

La lógica subyacente en estas incursiones se organiza en torno a dos racionalidades. Algunos buscan agenciarse ingresos adicionales, sin que en ello medie el imperativo de la necesidad económica, o bien el inicio del proceso de acumulación de destrezas y construcción de redes. Sus retribuciones económicas son empleadas con fines de ampliar el consumo personal o generar ahorros. Para otros, el móvil fue familiarizarse con lo que en sus relatos se denomina como “cultura del trabajo”, es decir, interiorizar una serie de normas y códigos de conducta tales como: “ser puntual”, “ser responsable”, “aprender a recibir órdenes”, “aprender a trabajar con otras personas”, entre otras.

Los trabajos a los que se accede son diversos, pero casi todos lo hacen como asalariados. Entre quienes se vinculan a empresas, destacan cargos como vendedores en tiendas exclusivas y “asistentes” en bares o “antros” frecuentados por jóvenes de su misma extracción social. Además, hay quienes laboran como empleados en *Call Centers* o son subcontratados por una institución pública.

A diferencia de los varones, las mujeres que cuentan con este tipo de experiencia (Sonia e Ingrid) reportan que se iniciaron desde la niñez en negocios familiares, pero pronto se apresuran a aclarar que “no era obligación”, lo hacían porque “les gustaba” o para “ayudar a sus padres” con la administración de alguno de sus negocios. Trabajaban sin percibir remuneración alguna. Por esta vía, comentan, fueron adquiriendo conocimiento sin mayores responsabilidades. También las motivó una razón de género, en este caso, la búsqueda de autonomía respecto al control que sobre ellas ejercían sus familias. Al igual que entre los varones, estas actividades se realizan durante el tiempo libre o en las vacaciones. Su ejercicio no pone en riesgo su prioridad en la vida: “el estudio”, y no se las concibe como un trabajo formal. Se las define, más bien, como una “forma de ayuda” o como una vía para “romper la monotonía”.

Con independencia de la modalidad de inserción desarrollada hay referencias a lo que se aprecia y aprende en esas primeras experiencias laborales. El trabajo asalariado tiene lugar al margen de la ley. Los contratos son de palabra, no incluyen seguridad social ni prestaciones laborales y la jerarquía de mando está bien definida. Entre quienes han participado en negocios familiares, se impone la lógica del aprendizaje y el trabajo no remunerado, pero ¿qué es lo que se aprende de manera explícita y qué está implícito en este tipo de experiencia?

Estas primeras actividades son indicativas de varios procesos. En algunos casos, son fomentadas por los progenitores, como espacios que permiten el proceso de crecimiento y formación de sus hijos e hijas —autonomía, responsabilidad, independencia—. En otros, son entendidas como oportunidades para forjar una ética de vida que valoriza el trabajo y, muy especialmente, la administración de los ingresos propios, como aspecto central en el proceso de maduración. Téngase presente que, en la ideología empresarial regiomontana, la apelación al *ethos* laboral constituye un referente de primer orden (Smith, García y Pérez, 2008).

De igual manera constituyen prácticas que posibilitan entrar en contacto con jerarquías sociales, toda vez que los trabajos que se realizan suelen estar en entornos laborales muy estratificados. Se trata probablemente del aprendizaje, en particular, de las desventajas que conlleva el ocupar posiciones subordinadas. Este tipo de circunstancias sirvió para reforzar la importancia de lograr un título profesional como vía para obtener un mejor empleo. En ningún caso alentó la suspensión temporal de su formación escolar, quizá, porque sus progenitores siempre ejercieron una estricta supervisión sobre el particular y fijaron con claridad los límites de este tipo de experiencias.

Las expectativas laborales: nociones del buen trabajo

Al concluir sus estudios universitarios, las y los entrevistados tienen la expectativa de lograr una buena inserción ocupacional. Anhelan desarrollar una trayectoria profesional afín a su campo de formación y procuran su pronta incorporación al mercado de trabajo, aunque los caminos visualizados para alcanzar este resultado son diversos.

Primero, la mayoría prioriza, en una primera etapa, una actividad asalariada y con buena remuneración. Cabe destacar que prefieren vincularse, inicialmente, a contextos formativos que favorezcan la acumulación de experiencia y propicien un clima de respeto a las y los trabajadores, el aprecio de sus conocimientos, el aprendizaje continuo, el fomento de sus potencialidades y el disfrute del tiempo libre. En ellos predominan valores de trabajo de tipo expresivo, aunque reconocen la importancia de los valores materiales o instrumentales.¹²

Segundo, una minoría busca inserciones autónomas, como profesionistas independientes, ya sea mediante el ejercicio liberal de su profesión, o bien por la vía del desarrollo de empresas de consultoría profesional. El anhelo de una carrera profesional exitosa es muy acentuado. Entre este subgrupo son más pronunciados los valores como la autonomía y la libertad para la organización del calendario de trabajo.

Es importante resaltar que ambos grupos convergen al sostener que, en su horizonte a mediano plazo, el negocio propio es la meta por lograr. Sin embargo, el significado de este término es variado. Para unos, como Ingrid y Wilson, se aspira a consolidar la modalidad de actividad profesional independiente. Lo central

¹² Seguimos aquí la diferenciación básica que Vinken (2007) establece entre los valores expresivos y los valores materiales o instrumentales. Los primeros enfatizan el desarrollo profesional, la independencia, la capacidad para tomar iniciativas, la responsabilidad individual, el aprendizaje continuo, y el trabajo es percibido como desafío. Los segundos ponen el énfasis en la seguridad y la estabilidad laboral, en las condiciones de trabajo, en la regulación de la jornada y el periodo vacacional; el trabajo es percibido como un recurso instrumental.

aquí es la modernización del consultorio privado, ampliar el portafolio de clientes e incrementar la rentabilidad de sus consultorios (recuérdese que ambos son odontólogos). El relato de Ingrid sintetiza la aspiración de ambos en los siguientes términos:

Me gustaría quedarme aquí [se refiere a la localización de su consultorio], tener más pacientes. Comprar aparatos nuevos, de los que están saliendo [al mercado] más modernos. En cuestión de aparatos, de equipo, equiparlo más. Comprar la anestesia por computadora, que está carísima, y no la he podido comprar. Cosas así [...] Siempre he deseado tener más pacientes, más dinero, más trabajo. Nunca me he puesto un tope.

Otros, como Leandro, Arturo y Alfredo, tienen como finalidad principal el establecimiento de una empresa, moderna y dinámica, que constituya una fuente para la acumulación de riqueza personal. Los dos primeros relacionan este proyecto con firmas de consultoría, *marketing* político, el primero, e ingeniería en sistemas, el segundo. En tanto el tercero, lo liga a la constitución de una empresa de base tecnológica, enfocada a la innovación en el campo de su especialidad. Las formas de acercamiento a estos proyectos varían. El primero escogió la ruta de la consultoría independiente desde el inicio de su carrera, en tanto que los otros emplean una estrategia de aproximación progresiva. Inician laborando como asalariados en empresas del campo, con el fin de adquirir experiencia y contactos. Posteriormente, realizan posgrados en sus campos de especialización, con el fin de ampliar sus conocimientos. Finalmente, lanzan su propia iniciativa. El relato de Alfredo sintetiza la estrategia que han seguido estos y estas jóvenes:

Quiero un negocio propio. Pero sé que, para llegar a ese punto, todavía me falta más, hacer más [experiencia, conocimiento y contactos]. Ahorita estoy tratando de hacer un proyecto fuera de mi horario de trabajo. Crear un sitio para otra empresa. Ya agarré a otras dos personas con maestría y les pedí que me apoyaran. Ya presentamos una cotización. Ya nos aprobaron el proyecto.

A la vez, encontramos a Camila, Adam y Vania, quienes provienen de un contexto ligado al mundo empresarial. Para iniciar su trayectoria laboral escogieron actividades asalariadas vinculadas con su campo profesional, con el fin de acumular conocimientos. Empero, su visión futura apunta a incorporarse a la empresa familiar, o bien como Camila, hija única, quien sabe que heredará los negocios paternos. Sus relatos dejan ver con claridad esta orientación. Vania, licenciada en comunicación, sostiene:

Quiero tener mi negocio propio, ligado a lo que ellos hacen [padres dueños de una imprenta] porque al final de cuenta me gusta. Lo he platicado varias veces con mi papá. De hecho, últimamente, lo platicamos mucho. Él me pregunta “y qué has pensado” “no te gustaría una agencia de publicidad”. Sí, la verdad que sí. [...] Yo creo que la idea me ha venido mucho por mis papás, porque tienen el negocio. No sé, siempre lo he visto de esa manera, porque crecí con ellos.

Por su parte, Camila, licenciada en ciencias políticas y administración pública, relata: “Bueno, he estado ahorrando. Entonces, voy a poner ahí una franquicia de tiendas. Ahorita es lo que estoy viendo. Y los negocios de mis papás están a mi nombre. [...] El negocio, tenerlo siempre, para de ahí tener un flujo de dinero constante”.

También es posible ubicar a Ismael en este grupo. Su familia de origen también está ligada a la actividad empresarial. Su padre, recién fallecido, heredó una empresa industrial y, hasta la fecha, esa empresa constituye la principal fuente de recursos económicos familiares. Ismael confía en que, en un futuro, al concluir una maestría en fotografía publicitaria y diseño animado en tercera dimensión en Canadá, podrá colaborar en la dirección de la empresa “para ayudar a su hermano mayor”, que se hizo cargo de ella. El caso de Sonia, abogada, también es convergente con este subgrupo, empero, ella decide emprender un negocio con su esposo y prioriza la flexibilidad horaria, ya que

su objetivo principal es conciliar la actividad extradoméstica con las tareas de cuidado de su futuro hijo.

En tercer lugar, se encuentran quienes no tienen como meta el establecerse por cuenta propia. Gerardo, Ernesto y Antonia han optado por desarrollar una trayectoria profesional como trabajadores asalariados. Ellos estiman la estabilidad, la protección social y la seguridad que puede dar lugar esta modalidad de incorporación laboral. Aspiran a desarrollar trayectos profesionales ascendentes y llegar a ocupar puestos directivos de alta jerarquía. Gerardo desea realizar una carrera en el sector público, ámbito donde actualmente trabaja. Mario buscará incorporarse al sector académico, por lo que después de concluir la maestría, planea realizar un doctorado. Antonia considera que su ruta estará ligada al desarrollo de fundaciones privadas, donde espera ocupar un cargo directivo, hasta llegar a dirigir su propia fundación. El testimonio de Gerardo es ilustrativo de lo que este grupo valora. “Me gustaría hacerme cargo de alguna institución pública, algo que tenga que ver con desarrollo social”, y agrega una visión crítica sobre los emprendimientos juveniles:

El negocio propio no es mi opción. Lo que pasa es que ahí hay una falacia. Yo siento que es un engaño. Ahorita todo mundo dice que es que los jóvenes tienen que iniciar un negocio y ser emprendedores para generar oportunidades y demás. Pero la realidad que yo percibo es otra. Mi papá se encargaba de los jóvenes empresarios y me dijo en alguna ocasión, “¿sabes cuántos de los jóvenes empresarios que yo atendía continuaban con la empresa que empezaron?, ¿qué porcentaje te imaginas?” Y yo, pues no sé. “Ninguno. Cero”. Todos tronaron. Entonces, la realidad es que un negocio propio suena muy bonito, pero en la práctica necesitas ciertas condiciones. Si no tienes una clientela grande, ya amarrada y asegurada, estás bailando y puedes perder lo poquito que ya tenías y que invertiste.

Pero con independencia de la ruta anhelada, lo cierto es que al valorar las expectativas laborales, emerge un conjunto de

coincidencias que, a la postre, termina formando una especie de imaginario colectivo en torno al mundo del trabajo. Cinco son los elementos más significativos como rasgos compartidos:

Primero, la aspiración a desarrollar una *trayectoria exitosa*. Esto se traduce, en unos casos, en desempeñar posiciones directivas en los ámbitos en los que están insertos. En otros, en vincularse a alguna empresa corporativa internacional, la cual ofrece, además de remuneraciones altas, la posibilidad de realizar una carrera profesional. Otros más, como ya vimos, asocian el éxito al logro de emprendimientos empresariales o la consolidación de su actividad como consultores independientes o al ejercicio liberal de su profesión. Quienes estudiaron ciencias políticas, como Gerardo y Camila, aspiran no sólo a ocupar puestos directivos, sino también a “un cargo de elección popular”, “diputado, por ejemplo”, lo cual está asociado a que ambos eran militantes del partido político que gobernaba la ciudad de Monterrey al momento de la entrevista. Ellos son los únicos jóvenes con militancia partidaria. Paulina, licenciada en relaciones internacionales, también participa en agrupaciones políticas juveniles, pero de orientación ambientalista y sin afiliación política.

Segundo, tener la posibilidad de desarrollar una *carrera profesional*. Esto está asociado con el acceso a un empleo afín al campo de especialización. Lo central, según esta perspectiva, es poner en práctica los conocimientos aprendidos durante su formación universitaria. Valoran las inserciones laborales que constituyan experiencias de aprendizaje para el desarrollo profesional. Suponen que esto último es clave para “adquirir experiencia”, “aprender, “establecer contactos”, “desarrollarse”, también para “hacer lo que me gusta”, “que me llene”, “que te permita realizarte”, “que sea versátil”. Las funciones monótonas y sin desafíos, aunque estén bien remuneradas, no son de su agrado; manifiestan un sentimiento de rechazo respecto a este tipo de quehacer profesional.

Tercero, todos relacionan un buen cargo con una *remuneración alta*. Éste es uno de los valores de trabajo instrumental

que aún conservan, pues la mayoría no se muestra preocupada ni por la seguridad ni por la inestabilidad. Gerardo es el único que sí manifiesta una preocupación sobre el particular, pero se debe a que estuvo desempleado por un año. Los más “modestos” aspiran, para empezar, a una remuneración igual o superior a cinco salarios mínimos. Otros esperan ganar entre diez y veinte salarios mínimos. Con independencia del monto referenciado, todos tienen expectativas muy altas. Esto queda bien representado porque, según datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE, 2017), tan sólo 3,5% de la fuerza laboral femenina percibe ingresos por encima de los cinco salarios mínimos; entre los varones este guarismo asciende a 5,2%. Las y los entrevistados aspiran a ubicarse en esta selecta franja de trabajadores con altas remuneraciones.

Leonardo expresa con nitidez el sentir de los demás, al señalar que un sueldo de cinco salarios mínimos constituye, para él, un salario modesto, en sus palabras, “patético”. A su entender, es un “sueldo pensado para quienes viven con los papás. Para gastárselo en la pachanga y ya todo el mundo está feliz. O que ahorren y que cambien de carrito”. El joven señala que su remuneración de referencia es de veinte salarios mínimos. Si bien cree que sólo estará satisfecho “cuando logre unos ciento cincuenta mil pesos al mes [75 salarios mínimos al momento de la entrevista]. Cuando logre eso, ya estoy digamos bien. Ya con eso logro la casa que quiero, el carro que quiero, los viajes que quiero”. Este testimonio transparenta la aspiración a conservar un estilo de vida ligado al confort y al disfrute de múltiples satisfactores, tanto como bienes simbólicos exclusivos y dispendiosos, los cuales también operan como marcadores de distinción social. En palabras de Wilson, se aspira a “tener dinero suficiente para mis gastos, para mis lujos, para viajar”.

Cuarto, tienen la expectativa de acceder a un trabajo con un buen *ambiente*, lo cual es asociado con el trato respetuoso por parte de los empleadores y con la existencia de un clima fraterno entre las y los colegas. Lo primero es resaltado debido a la existencia de un modelo de relaciones laborales caracterizado

por marcadas asimetrías de poder y tendencias autoritarias por parte de los empleadores. En sus primeras ocupaciones, en sus periodos vacacionales, presenciaron diversas prácticas de abuso y maltrato laboral del que son objeto los trabajadores subordinados. Wilson, quien ha tenido varias experiencias, señala que en uno de sus empleos: “Ahí sí me gustaba trabajar. Me trataban con dignidad. Además, me pagaban bien. Y, había clima [aire acondicionado]”. Contrasta esta situación con su experiencia de trabajo en el sector de *Call Center*, donde afirma con sorna: “Ahí tenía vacaciones. Claro, seis días al año. Una patada en la cara”. Ismael subraya la centralidad que tiene el ser tratado con respeto por parte del sector patronal. Él comenta haber renunciado a un trabajo vinculado profesionalmente, bien remunerado y con todas las prestaciones de ley, por el maltrato cotidiano del cual eran objeto sus compañeros de trabajo. Refiere esta circunstancia en los siguientes términos: “[renuncié] porque trataron muy mal a un compañero de trabajo. Era de los que chambeaban más. Y de repente, por un problemita mínimo, lo empezaron a tratar mal. Lo corrieron. Renuncié porque no quería estar trabajando para una empresa que no valora a las personas”.

Quinto, este grupo también considera que un trabajo debe *dar tiempo* para el descanso, para disfrutar de vacaciones, para continuar formándose. Por ello, tienen gran aprecio por las empresas o instituciones que ofrecen a sus trabajadores estas posibilidades, lo cual definen como parte de un “buen ambiente laboral”. En sus vidas, desean disfrutar de tiempo libre para socializar con sus pares, compartir con sus familias o realizar sus pasatiempos. De nueva cuenta, Ismael indica que prefiere un puesto con “un horario flexible”; piensa que “la vida no se hizo para estar trabajando todo el día, todos los días, nada más para poder vivir”. Wilson enfatiza la misma idea afirmando que es importante tener una ocupación “que te dé tiempo para vivir”, lo cual asocia con “tener tiempo para estar con tu familia, para descansar, hacer otras actividades”. Por su parte, Ingrid, propietaria de su propio consultorio, señala que entre las cosas

más valoradas de su trabajo es “poder administrar el tiempo a mi gusto”. Disponer de tiempo para atender las contingencias: “por ejemplo, operaron a mi papá y yo estuve en el hospital con él todo el día, porque no cité pacientes”, “que me invitan a una fiesta. Canelo las citas y me voy a mi fiesta”, “que me invitan a McAllen, cierro ese día y me voy a McAllen”.¹³ Sólo Leandro, con una marcada vocación empresarial, afirma que, por ahora, trabaja todos los días. Reporta no descansar, no tener tiempo libre. Atribuye esto al hecho de estar empezando su función como consultor independiente, por lo cual debe priorizar esta actividad por encima de cualquier otra. Pero éste parece un caso atípico entre estos jóvenes, aunque afín a la ideología individualista de corte empresarial de la cual él es un ejemplo notable.

Modalidades de inserción ocupacional postitulación

El periodo clave en la trayectoria de las y los jóvenes bajo análisis lo constituye la transición escuela-trabajo, el cual marca el primer intento de vinculación profesional con el mercado de trabajo.¹⁴ Es precisamente en esta transición cuando se pone a prueba si los recursos laborales y las credenciales educativas que acumularon durante su etapa formativa constituyen activos estratégicos para garantizar acceso a un empleo de calidad, en los términos antes definidos por ellos mismos, es decir, un trabajo vinculado profesionalmente, con alta remuneración, con posibilidad para desarrollar una carrera profesional ascen-

¹³ McAllen es la ciudad estadounidense más próxima a Monterrey. Según las y los entrevistados, es un destino muy frecuentado por las personas de clase media de esta ciudad, en particular para ir de compras. Realizar esta actividad exige tener una visa estadounidense. Eso es una trivialidad para estos jóvenes, empero una barrera cuasi infranqueable para las clases subalternas en México.

¹⁴ Sólo dos de los varones reportaron haber tenido alguna actividad laboral durante el periodo universitario. Se trató de experiencias en *Call Centers*. Aconteció al inicio de sus estudios y el vínculo con el trabajo fue propiciado por convenios entre la universidad en que cursaban la licenciatura y la empresa que los contrató. En ambos casos se trató de experiencias laborales de carácter temporal.

dente, que estimule, de aprendizaje continuo y en un ambiente respetuoso.

Algunos autores sostienen que la importancia de esta transición se asocia con el inicio de la vida adulta (Furlong, Cartmel y Biggart, 2006); otros, que es un hito clave en la formación de la identidad de las personas (Taylor *et al.*, 1992). Incluso, hay quienes argumentan que el tipo de inserción que acontece en esta transición puede tener efectos de larga duración en los trayectos ocupacionales de los jóvenes (Casal, 1996; Machado Pais, 2007; Blossfeld, 2008). Otros más enfatizan que constituye un espacio para el ejercicio de la posibilidad de elección reflexiva (Du Bois-Reymond, 1998) o de la agencia limitada (Evans, 2007).

En el grupo observado se puede identificar, siguiendo a Furlong, Cartmel y Biggart (2006), dos modelos prototípicos de transición escuela-trabajo: el lineal y el no-lineal. Empero, a diferencia de estos autores, no sólo conferimos centralidad al desempleo prolongado como elemento clave para definir el segundo tipo, sino que también incorporamos situaciones de precariedad laboral y despidos inducidos por el ejercicio de la maternidad/paternidad.

La mayoría del grupo experimentó una transición fluida, tersa y acorde con sus expectativas. Quienes transitaron por este sendero no enfrentaron problemas de desempleo ni de desvinculación profesional. Al contrario, después de titularse accedieron a un puesto profesional acorde con su carrera. Sin embargo, un pequeño grupo padeció un proceso de transición problemático, turbulento, con exposición a periodos de desempleo, precariedad y múltiples permutas de actividad.

Si observamos con detenimiento lo acontecido durante esta transición, se observan cuatro modalidades de vinculación con el mercado laboral. La primera pone el acento en la intervención de instituciones educativas como factor organizador de la transición escuela-trabajo. La segunda resalta la importancia de las redes sociales como mecanismo de asignación de individuos a posiciones ocupacionales. La tercera enfatiza la incorporación guiada por los progenitores, por introducir a los individuos a las

empresas u oficios familiares. Finalmente, la cuarta está regida por la competencia directa en el mercado, es decir, intervienen los mecanismos mercantiles de intermediación laboral (Araujo, Alves de Brito y Da Silva, 2010; Araujo, 2016). Veamos con más detalle cada una de estas modalidades.

La *transición institucionalmente dirigida* se refiere a una modalidad en que la conexión entre individuo y mercado está establecida por la existencia de un conjunto de dispositivos institucionales como bolsas de empleo, prácticas profesionales en empresas y convenios entre empresas y universidades para favorecer contratación de egresados. Estos “mecanismos” sirven para establecer un primer vínculo entre estudiantes titulados y empleadores. Constituyen, como bien se constata en los relatos, espacios institucionales mediante los cuales las universidades de élite movilizan recursos, influencias y su prestigio para colocar a sus egresados y egresadas en firmas privadas. Al movilizar este recurso, algunos logran evadir las zozobras, incertidumbres y frustraciones asociadas con situaciones de desempleo, desvinculación profesional o itinerarios signados por procesos de precarización laboral.

Es claro que estamos frente a un mecanismo selectivo e inequitativo. Éste opera en favor de quienes poseen los medios económicos para estudiar en universidades que ofrecen este tipo de relación con el mundo empresarial. También es claro que en este modelo de transición hay varios ganadores: las instituciones educativas que al prestar estos servicios de enlace se tornan más atractivas para los estratos de altos ingresos; las familias, que intentan eludir las amenazas que la transición escuela-trabajo podría representar para sus hijos e hijas al concluir la universidad; las empresas, que logran reducir los costos de intermediación, al tiempo que realizan un reclutamiento selectivo, favoreciendo la contratación de individuos de clases medias-altas, y por último, los propios jóvenes, quienes, al seguir esta ruta, evaden la competencia en el terreno laboral.

Debe reconocerse que la existencia de este tipo de dispositivo no siempre garantiza el acceso a un puesto para quienes

concluyen la carrera en las universidades privadas. Por lo general, las mejores oportunidades son para graduados de profesiones con alta demanda —como ingenierías, las tecnologías de información y administración de empresas—, a decir de nuestros entrevistados. Esto constituye también un principio de diferenciación entre las y los jóvenes que asisten a este tipo de instituciones. Sin duda, carreras con alta demanda de mercado brindan mayores oportunidades para acceder a un buen trabajo.

Vania, comunicadora, ejemplifica el rol de intermediación que realizan las universidades a las que este grupo de jóvenes asistió. Ella reporta que al concluir su formación no tenía idea alguna de cómo obtener un empleo profesional. Por este motivo recurrió al servicio de orientación de la universidad, pues “no sabía por dónde buscar empleo”. Allí la asesoraron y la pusieron en contacto con “una revista de arte”. La referencia institucional fue central para garantizar su contratación. En esta empresa laboró como asistente de diseño durante cuatro meses: “Después me pidieron que me quedara como encargada de la guía cultural”, cargo que desempeñaba cuando la entrevistamos.

Alfredo, ingeniero en sistemas inteligentes, se ha beneficiado de las prácticas profesionales en empresas, mecanismo instituido para posibilitar a los estudiantes universitarios la puesta en práctica de sus conocimientos profesionales y que, al mismo tiempo, sirve como vía para establecer enlaces entre la oferta y la demanda laboral. Al concluir su práctica profesional la firma ofreció contratarlo, con todas las prestaciones de ley y un salario competitivo. Él no dudó en tomar esta oferta, pues satisfacía sus expectativas salariales y profesionales.

Ernesto, psicólogo empresarial, también consiguió su primer empleo profesional por esta vía. Nos comentó que “la universidad tiene una base de datos con la información de los estudiantes que cursan su último semestre de estudio”, que es compartida con un grupo selecto de empresas. Éstas, a su vez, utilizan esa información para organizar procesos de selección de personal cuando lo requieren. Ernesto comenta: “mis datos

estaban dados de alta en la base de datos de la universidad. Me hablaron. Me contactaron. Me ofrecieron trabajo”. Él ni siquiera tuvo que llenar una solicitud de trabajo. Tan sólo se presentó a una entrevista donde le comunicaron en qué consistía la oferta, que aceptó sin ningún reparo, pues estaba por encima de sus expectativas salariales.

La segunda modalidad de incorporación muestra una *transición* orientada por la familia. Se refiere a profesionistas cuya inserción ocupacional se resolvió en el entorno de las empresas familiares. Como tal, las y los jóvenes que alimentan este subgrupo tampoco se enfrentaron al desafío de buscar un empleo por los conductos de mercado e, incluso, no precisaron de la movilización de los recursos institucionales.

En esta modalidad un primer subgrupo lo constituyen aquellos que habiendo estudiado una profesión liberal —por ejemplo, derecho, medicina, arquitectura— ingresaron a laborar en los consultorios propiedad de algún pariente, con lo cual aprovecharon los recursos familiares. Para los más favorecidos, esto se traduce en la herencia de todos los activos, incluyendo el portafolio de clientes, lo que dio pie al inicio de un “negocio propio”. Ingrid, joven odontóloga, ejemplifica esta primera ruta. Al concluir su especialidad en ortodoncia, a los 27 años, logró instalar su propio consultorio gracias a que su tía, también odontóloga, le cedió todo su equipo de trabajo cuando se “autojubiló”. Ella comenta: “prácticamente no tuve que comprar nada”. Además, sus progenitores le facilitaron la planta baja de su casa para instalar su consultorio. Wilson, también odontólogo, siguió un patrón similar. Sus padres le ayudaron a comprar el equipo de trabajo y le facilitaron un espacio de la vivienda familiar para instalar su consultorio, aunque como comentaremos más adelante, su negocio es menos próspero que el de Ingrid.

El segundo subgrupo está integrado por profesionistas cuya estrategia de vinculación es incorporarse en las empresas familiares para coadyuvar con las tareas de dirección o emprender algún plan de modernización. Ismael ha acordado integrarse a la industria familiar, cuando concluya la maestría que pronto

cursará en Canadá, la cual ha seleccionado pensando en las posibilidades de modernización de la empresa. A Vania sus padres le han ofrecido financiar una agencia de publicidad para promover una nueva línea de negocios ligada a la empresa familiar. Camila, hija única, sabe que heredará todos los negocios familiares; anticipando ese momento, ha decidido acumular experiencia emprendiendo un negocio propio financiado por su padre. Sobre su preferencia laboral, expresa que ella busca combinar su carrera profesional con la administración de los negocios familiares.

La tercera modalidad de transición escuela-trabajo muestra la importancia de las *redes sociales* como vehículo de inserción ocupacional. Se trata de redes densas, con lazos fuertes, que se hilan a partir de la familia ampliada, se proyectan hacia los núcleos de sociabilidad de mayor proximidad —compañeros/as de estudio, novios/as, amigos/as cercanos— y se extienden a profesores y profesoras con quienes se estableció una relación positiva durante el periodo universitario, gracias al buen desempeño académico. Los y las jóvenes que siguieron esta ruta obtuvieron su primer empleo profesional por medio de la recomendación directa de una persona con posibilidad de influir en el proceso de contratación, evitando así la competencia con otros contingentes juveniles. De esta manera, alcanzaron a convertir sus redes sociales en un poderoso activo, al ampliar sus ventajas posicionales en el mundo del trabajo.

Sonia también ejemplifica la movilización de influencias a partir de la gestión paterna. Abogada de profesión e hija de un padre banquero, narra que, al concluir su universidad, consiguió su primer trabajo en un banco. Obtuvo ese trabajo gracias a las gestiones que realizó su padre con sus conocidos. Arturo, ingeniero en sistemas, por su parte, enseña el camino de acceso por medio de redes sociales más amplias. Se tituló a los 24 años y de inmediato logró colocarse en la empresa donde continúa laborando. Un profesor lo recomendó y la empresa lo contrató. En la actualidad, ocupa un puesto directivo como jefe de sistemas. Desde el inicio gozó de un contrato formal, prestaciones

de ley y un salario elevado. Relata que cuando terminó su licenciatura no estaba buscando un cargo. Él no tenía prisa. Confía en que, por haber cursado una carrera con alta demanda y haber sido un estudiante de elevado rendimiento, conseguiría empleo cuando se lo propusiera: “yo sabía que cuando quisiera pedir trabajo lo iba a conseguir. Se oye como engreído, pero si sales de buen promedio de la carrera tienes muchas oportunidades”. Su inserción laboral aconteció cuando “un maestro me mandó un correo, diciendo que estaba una oportunidad. Fui a la entrevista. Fui a un lugar donde organizan eventos. Fui de encargado de los portales [páginas de internet] de la empresa. Ahí mismo me contrataron”.

Otra variante acontece cuando los jóvenes deciden emprender negocios de consultoría profesional. Estos emprendimientos se tornan viables gracias a la movilización de influencias familiares, que brindan acceso a proyectos de forma directa evadiendo la competencia de mercado, lo que propicia un “arranque” ventajoso. Leonardo, con estudios de ciencia política y mercadeo, hijo de un alto directivo de una institución pública federal, es uno de los casos que mejor representa esta modalidad. Comenta que los trabajos que ha conseguido, con posterioridad a su graduación, los obtuvo gracias a las “influencia de su padre y los amigos de su padre”. Leonardo labora como “consultor independiente” en “marketing político”. A su juicio, su padre ha sido una “ayuda fundamental” para ponerlo en contacto con sus clientes. Indica: “lo que me gusta es que me estoy lanzando como independiente”, y refiriéndose a la importancia de las redes de apoyo para ampliar sus servicios de consultoría, comenta: “estoy vendiendo. Me estoy acercando a mucha gente. Gente que conoce otra gente. Conocen la reunión, la presentación. Me meten a proyectos”. No tiene duda al señalar que las relaciones sociales y empresariales de su padre le abrieron la puerta para emprender su negocio de consultoría.

La cuarta modalidad de incorporación observada describe la *utilización de mecanismos de mercado* en pro de un empleo profesional. Constatamos que tan sólo una minoría intentó

resolver su transición escuela-trabajo siguiendo este sendero. Antonia, licenciada en relaciones internacionales, es el caso prototípico para dar cuenta de esta modalidad de inserción. Al titularse, como resultado de presiones familiares, emprendió la búsqueda de trabajo por medio de agencias privadas de intermediación laboral. En concreto, ingresó su *curriculum vitae* en una “bolsa de empleo virtual”, lo cual le permitió, después de un corto tiempo de espera, acceder a un puesto relacionado con su campo profesional en una fundación privada, ocupando el cargo de asistente general. Su empleo es estable, con contrato escrito, jornada de tiempo completo, prestaciones y un salario cinco veces superior al mínimo de ley.

Este escenario pone de manifiesto que cuando estos jóvenes recurren a los mecanismos descritos pueden salir airosos debido a los medios que poseen. Sin embargo, como veremos a continuación, el camino al “éxito” ocupacional puede verse comprometido por factores contextuales o elecciones personales. Dichos elementos pueden obstaculizar, mas no impedir, el logro de una buena posición ocupacional.

Piedras en el camino: los privilegiados frente a la precariedad laboral

Las circunstancias más traumáticas, de cara a la incorporación de jóvenes profesionistas de clases medias-altas, acontecen cuando los recursos sociales, institucionales y personales son insuficientes para enfrentar un mercado restrictivo. Aquí emergen el desempleo y los sentimientos de frustración, angustia y situaciones de crisis emocional. Con frecuencia, se perfila un recorrido posgraduación caracterizado por trabajos temporales, mal remunerados, sin ningún tipo de protección y desvinculados de su campo profesional. Esto último es indicativo del grado de extensión de la precariedad laboral en México, al punto de que incluso los jóvenes más favorecidos pueden verse afectados por estas tendencias.

Gerardo, graduado en ciencias políticas y administración pública, se enfrentó a este tipo de experiencia. Relata que al concluir su carrera miraba con gran optimismo su futuro laboral, pero “después de un año de francos fracasos” se deprimió. “De nada sirvió ser el mejor estudiante de mi promoción”. Su activa búsqueda de trabajo, por medio de mecanismos de intermediación de mercado, desencadenó una ruta de alta inestabilidad, pasando de una actividad precaria a otra igual. “Primero fui asesor de un diputado por cuatro meses”, su sueldo mensual correspondía al de un trabajador manual sin ningún tipo de cualificación ni escolaridad, 1.5 salarios mínimos, y no tuvo ni estabilidad ni prestaciones; su contrato fue verbal. Después “fui maestro de una preparatoria”, recibía 1.3 salarios mínimos mensuales como sueldo; tampoco tuvo contrato escrito ni prestaciones. Luego “estuve en un *Call Center* de ventas”. Él narra que el desempleo y la precariedad desencadenaron un sentimiento de profunda frustración: “me sentía muy mal. Sentía que todo el esfuerzo que había hecho por mis estudios no servía para nada. Era una desilusión tremenda. Y, aparte, una desesperación. Decía y ahora cómo le voy a hacer para conseguir un trabajo. Ni por dónde saliera una oportunidad”. Gerardo concluye que esta experiencia fue aleccionadora. Le convenció de la necesidad de abrir nuevas perspectivas. Para ello decidió estudiar una segunda carrera universitaria, de igual manera, en una escuela privada, pero ahora optó por “contaduría pública”, una profesión con alta demanda de mercado. “Tenía que tener algo que me diera certidumbre, seguridad”. A su juicio, esta salida se tornó viable gracias al apoyo de sus padres, quienes asumieron los costos económicos de su manutención y volvieron a cubrir el costo de sus estudios.

Finalmente, al concluir su segunda licenciatura, Gerardo accedió a un empleo de alto rango en el gobierno municipal. Aquí inició una trayectoria profesional hasta ocupar el puesto de “director”. En este cargo tiene un salario muy alto y todas las prestaciones de ley. Sabe que su puesto no es seguro pues está expuesto a los “ciclos políticos”. Reconoce que no lo consiguió

por una vía de mercado, sino por sus redes políticas, factor que considera clave para colocarse en el campo profesional:

No entré [a este trabajo] por ser politólogo, ni por ser muy bueno, ni por haber sido el primer lugar [récord de excelencia académica en sus dos carreras]. Llegué por recomendación de una persona. Una amistad que tenía un cargo aquí en el municipio. Me conocía muy bien. Él me recomendó y me ayudó para que entrara como promotor.

La biografía de Gerardo revela, por un lado, los riesgos a que están expuestos los contingentes juveniles cuando confían en los mecanismos mercantiles de búsqueda de empleo y han estudiado carreras con poca demanda en el mercado o saturadas por la sobreoferta de profesionistas; por otro lado, el rol estratégico que cumplen las familias de clase media-alta, mediante apoyo emocional, orientación profesional y movilización de recursos financieros, para contrarrestar los riesgos laborales que amenazan con comprometer la posición social de sus hijos e hijas.

A su vez, la historia de Sonia, abogada, casada y en espera del nacimiento de su primer hijo, pone de manifiesto las dificultades que enfrentan las mujeres profesionistas cuando tienen que conciliar la actividad remunerada con las responsabilidades del hogar. En específico, cuando la vida matrimonial y reproductiva está inmersa en relaciones de género tradicionales. Su caso pone en evidencia cómo hasta las mujeres más privilegiadas pueden sacrificar su desarrollo profesional, anteponiendo la realización profesional de sus maridos, reforzando, por esa vía, las dificultades de inserción ocupacional como resultado de la interrupción de la búsqueda activa de trabajo y el debilitamiento de sus redes sociales. Sonia, al concluir la licenciatura de derecho, contrajo nupcias con un joven abogado nativo de Monterrey y migró a Nueva York, debido a que ofrecieron a su esposo un empleo en un “despacho de abogados”. Vivió allá un año y seis meses, periodo en el cual trabajó como “voluntaria” en una dependencia de la Organización de las Na-

ciones Unidas (ONU). Después, retornó a Monterrey, cuando su esposo obtuvo una mejor oferta en esta ciudad.

A partir de su regreso a Monterrey, Sonia estuvo desempleada durante ocho meses. En este periodo mantuvo una búsqueda activa de empleo: “empecé a buscar trabajo”, “de tocar puertas y buscar trabajo en todos lados”. En esa búsqueda activó sus redes y las de su marido, y recurrió a los mecanismos típicos de mercado: “Buscaba en la bolsa de trabajo de la universidad [de la cual egresó], con compañeros de trabajo de mi esposo, de todo, con todos los que podía. Y, no salía nada. Fui a miles y miles de entrevistas. Yo creo que iba a dos o tres por semana”.

Es plausible atribuir sus dificultades para conseguir un trabajo a tres factores. Primero, el costo de la hiperespecialización. Ella se concentró en el ramo del derecho bancario, mas en el mercado local requerían profesionistas con otro perfil. Segundo, la existencia de un gran número de graduados universitarios jóvenes y competentes en su campo de estudio, lo que sumado a una demanda restrictiva de profesionales tornaba difícil su reinserción laboral. Tercero, el distanciamiento de sus redes sociales, refiriéndose a sus compañeros y compañeras universitarias, derivado de su decisión de migrar a Estados Unidos. Reestablecer estos contactos le tomó tiempo y mucho esfuerzo.

Finalmente, logró un empleo en el sector bancario, estable, buen salario, prestaciones y jornada de ocho horas, cinco días a la semana. Sonia afirma, de manera enfática, que tuvo acceso a este puesto por medio de sus redes sociales. “Fue por una conocida. O sea, no fue por medio de la bolsa de empleo, ni periódico, ni nada, sino que me lo ofreció alguien, quien le preguntó a una amiga quien mandó mi currículum con el de varias conocidas de ella, y me hablaron a mí y me quedé al final”.

No obstante, después de trabajar durante tres años en ese cargo, Sonia renunció. El motivo: su primer embarazo. Decide, entonces, priorizar la maternidad. Empieza a buscar empleos con horarios flexibles que le permitan atender sus nuevas responsabilidades y conciliar las obligaciones del hogar y de cuidado de su futuro hijo, con su actividad remunerada. De nueva

cuenta, enfrenta problemas de desempleo. A la fecha de la entrevista, no había conseguido una ocupación que se ajustara a sus expectativas: salario elevado y horario flexible. Cuenta que, de no lograr un empleo con esas características, ha contemplado iniciar un negocio propio. Por ahora, labora sólo algunas horas al día impartiendo clases de danza en una academia privada, pues también es bailarina.

Su caso, además de reiterar los límites de los mecanismos de mercado para garantizar acceso a cargos profesionales de calidad y la importancia de las relaciones sociales en la búsqueda de empleo, pone de manifiesto otros factores que limitan la participación de mujeres profesionistas en el mundo del trabajo. Se observa que sus decisiones laborales están mediadas por la aceptación de roles de género que condicionan y limitan el desarrollo de una carrera profesional. Máxime cuando el matrimonio y la maternidad son asumidos bajo los cánones tradicionales, lo que, en los hechos, puede propiciar el abandono de la profesión en aras de satisfacer las demandas de reproducción social del hogar. En el relato de Sonia es claro que su marido es el jefe proveedor y que ella asume con naturalidad los roles domésticos tradicionales. Asimismo, desde el matrimonio, las decisiones familiares críticas han privilegiado el desarrollo de la carrera profesional de su esposo, al tiempo que el trayecto profesional de Sonia ha pasado a ocupar un segundo plano en el esquema de decisiones de la pareja.

Esping-Andersen (2009), Gerson (2010) y Andres y Wyn (2010) han mostrado, estudiando otras realidades, que las prácticas de conciliación entre familia y trabajo suelen tener un marcado sesgo de género. Sus hallazgos muestran que, cuando las mujeres con elevado grado de escolaridad no logran resolver de manera satisfactoria esta tensión, se ven obligadas a escoger entre la maternidad o el desarrollo de una ruta profesional. El caso de Sonia es congruente con ese patrón.¹⁵

¹⁵ En un análisis sobre mujeres diputadas en México, De Barbieri (2003: 207) observó que unas permanecen solteras, otras viven solas y otras más han “disuel-

Por su parte, Wilson, odontólogo, presenta también una trayectoria con dificultades para alcanzar una incorporación profesional satisfactoria. Sus problemas están relacionados con la precariedad y el pluriempleo. Este resultado es producto de elecciones personales que lo llevaron a experimentar un estilo de vida contrastante con su origen. Como resultado de tales elecciones dejó en segundo plano el ejercicio de su carrera y puso en riesgo sus ventajas acumuladas. La transición escuela-trabajo de Wilson fue diferente a la del conjunto de jóvenes privilegiados. Él decidió, al concluir su universidad, hacer un alto en el camino. Migró a la Ciudad de México, donde laboró, durante seis meses, en la actividad de venta de libros: “Vivía en un templo. Vendía libros de filosofía y religión”, es decir, se desvinculó por completo de su campo profesional. Su decisión no fue resultado de conflictos familiares, sino de una elección personal, en su caso, resultado de una conversión religiosa. De hecho, refiere que la vida lo ha “tratado bastante bien”, pues “tengo a mis papás. Los dos están juntos. Me han educado bien. Mi mamá me ha dedicado tiempo. Mi papá nos ha mantenido. No nos ha faltado nada”.

Posteriormente, emigró a Estados Unidos, donde ingresó con una visa de turista, pero se quedó laborando, sin permiso, por otros seis meses. En ese país se empleó en “trabajos informales”. Primero en Austin “con un amigo” y después en Pensilvania “en una granja. Ordeñaba vacas, limpiaba, ayudaba”. Un año y medio después regresó a Monterrey a vivir con su familia. Su trayectoria laboral, en un inicio no cambió sustantivamente, alternando periodos de desempleo con trabajos precarios. “He tenido así muchos trabajos pero que no han sido un gran trabajo. Como trabajos, así, mugrosos. Entonces, yo saco lo que necesito y gracias”. Narra que ha tenido experiencias, por más de un año, en varios *Call Centers*. Señala que actualmente labora en un *Call Center* en los turnos de la mañana, tiene contrato y

to sus parejas por las dificultades de sus maridos para aceptar la pertenencia de ellas a la Honorable Cámara de Diputados”.

prestaciones. Sin embargo, no lo califica como una buena ocupación. Señala que el único requisito para laborar en estas empresas es “hablar inglés”, ya que ofrecen el servicio de atención al cliente para estadounidenses.

Wilson combina esta actividad con su profesión, la odontología. Hace dos años, con ayuda de sus padres, abrió un consultorio dental localizado en su vivienda; por las tardes labora en el consultorio. Considera, sin embargo, que no le va bien “porque necesita un segundo trabajo”. Si bien su familia ha sido un soporte, al ofrecerle una segunda oportunidad para que oriente su vida, no deja de ejercer presión para que intente consolidar su consultorio dental. “Mi mamá me dice que debería estar ganando mucho dinero. Que ya terminé mi carrera. Que ya debería estar ganando treinta mil pesos”,¹⁶ lo que pone de manifiesto que las altas expectativas de remuneración de este grupo de jóvenes también tienen un referente familiar.

La trayectoria biográfica de Wilson expone cómo algunas elecciones de jóvenes, vinculadas con el cambio en sus aspiraciones y proyectos, aunadas a las restricciones existentes en los mercados de trabajo, pueden complicar sus itinerarios laborales, lo que da lugar a formas de precariedad asociadas al pluriempleo y la desvinculación profesional. Adicionalmente, su caso muestra cómo la familia de origen interviene en los momentos críticos: crea segundas oportunidades, invierte recursos adicionales y ofrece apoyo y ejerce presiones para que sus hijos puedan reorientar su trayectoria y sacar el mayor provecho de su formación profesional.

La trayectoria ocupacional posgraduación de estos tres casos muestra que, cuando la precariedad laboral tiende a generalizarse, incluso los más privilegiados pueden ser afectados por este proceso. Empero, estos jóvenes, por lo general, logran enfrentar exitosamente esos episodios, al movilizar los recursos que su posición de clase les ofrece. De particular importancia resulta la intervención de sus familias, quienes no sólo otor-

¹⁶ Equivalente a 15 salarios mínimos, al momento de la entrevista.

gan apoyos económicos para generar segundas oportunidades —educativas u ocupacionales—, sino también ofrecen contención y apoyo emocional. De igual forma, se observa que estos jóvenes buscan activar su capital social para lidiar con situaciones desfavorables, lo cual resulta ser el recurso más valioso para lograr su reinserción laboral. Mención aparte merece el caso de las mujeres de origen social alto. Este subgrupo puede enfrentar mayores adversidades si después de contraer nupcias asumen roles tradicionales de subordinación de género, lo que pone en riesgo el desarrollo de su carrera profesional. La tensión entre las demandas de la carrera profesional y las tareas de reproducción social del hogar muestran la extensión y la persistencia de inequidades de género que traspasan, de manera transversal, la estructura social mexicana, incluso entre las generaciones jóvenes.

A MANERA DE CIERRE

El análisis realizado nos ha permitido constatar que las familias de clase media-alta realizan ingentes esfuerzos para fomentar el desarrollo de sus hijos e hijas, ampliar sus oportunidades de vida y expandir sus horizontes de elección futura. Movilizan, sin miramientos, los recursos a su alcance para que su descendencia logre, cuando menos, preservar su posición social. Con este propósito toman decisiones sobre sus trayectorias educativas, asesoran y guían a sus hijas e hijos en el terreno académico, y favorecen y estimulan la formación de expectativas y aspiraciones altas para su porvenir. Asimismo, su propio estilo de vida apuntala estas prácticas con experiencias, como los viajes al extranjero, para ensanchar los horizontes de vida y los universos culturales de sus hijos.

En el campo educativo tampoco escatiman recursos para proveer a su descendencia el acceso a escuelas, colegios y universidades de elevado costo y alta reputación. De estas ofertas educativas estiman no sólo su calidad, sino también el

ambiente, en tanto que propicia la interacción con personas de su misma extracción social. Buscan colegios bilingües que favorezcan un amplio dominio del inglés. Cuando tienen la oportunidad, no dudan en enviar a estudiar a sus hijos e hijas al extranjero, ya sea por periodos cortos, durante las vacaciones, algún curso de especialización, o durante un año escolar completo. Adicionalmente, en la fase universitaria, financian intercambios académicos en otros países con el mismo propósito, pero, además, para fomentar una cultura cosmopolita y propiciar vivencias que permiten obtener mayor control sobre sus vidas, autonomía decisional y alguna independencia del entorno familiar.

Estos jóvenes, por su parte, no tuvieron que trabajar para costear su trayectoria escolar, aspecto que les permitió gozar del beneficio de dedicación exclusiva al estudio y de tiempo libre para el ocio o para expandir sus universos culturales, ampliar sus conocimientos y desarrollar habilidades de diverso tipo, altamente valoradas en los mercados de trabajo globales. Aunque algunos incursionaron en el mundo laboral durante los primeros años de su juventud o estando en la universidad, estas experiencias fueron siempre transitorias y de corta duración, por lo general acontecieron en los periodos vacacionales y estuvieron bajo la tutela paterna y/o materna. Gracias a que la mayoría desarrolló un marcado *habitus* escolar, no tuvieron problemas con su rendimiento académico y lograron terminar su formación, incluyendo la universidad, en las edades esperadas.

También han postergado algunas transiciones vitales como la independencia residencial, la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo, entre otras. Pareciera que todos siguen el típico patrón de transición a la adultez de las clases medias altas, al tiempo que intentan sacar el máximo beneficio personal de su posición social. Logramos observar que estos y estas jóvenes no tienen prisa alguna en materializar su independencia económica ni la residencial. Tienen claro que su nivel de vida está atado a gozar de los privilegios que les confieren sus familias. Además, residir en la casa paterna/materna les brinda

la oportunidad de ahorrar para el futuro o financiar un estilo de vida suntuoso.

A pesar de las ventajas sociales con que estos jóvenes han contado, también han debido enfrentar coyunturas críticas. Algunas desencadenadas por eventos familiares como la muerte de un pariente con el cual mantenían un fuerte vínculo emocional —abuelos, tías—; en algunos casos la separación o el divorcio de sus progenitores. Otras ligadas a las fuertes presiones familiares en busca del acopio de ventajas educativas y culturales que les brinden mayores posibilidades de reproducir una posición social ventajosa en el futuro. No menos relevante resultó ser, para muchos, la elección de una carrera profesional. En ese terreno, las presiones familiares se hicieron presentes cuando las y los jóvenes se mostraron ambivalentes o cuando su decisión no fue del agrado de su padre o madre. Algunas jóvenes vieron restringidas, por consideraciones de género de sus progenitores, sus posibilidades de elección cuando la oferta educativa local no satisfacía sus intereses, por lo que buscaron opciones allende la ciudad en la que residían. En estos casos, sus padres terminaron imponiendo su parecer coartando la autonomía decisional de las jóvenes. De igual forma, algunos jóvenes vivieron con mucha angustia y temor su primer contacto con el mercado de trabajo, el cual, en algunos casos, dejó caer sobre estos jóvenes el peso de la falta de oportunidades y de la flexibilidad laboral. Empero, todas estas experiencias críticas, aunque dejaron huellas indelebles en sus vidas, no constituyeron obstáculos graves de cara a su desarrollo personal.

Por otro lado, debe subrayarse que el curso de vida de este grupo de jóvenes no es lineal. Están dispuestos a retirarse, temporalmente, del mercado de trabajo con el fin de realizar estudios de posgrado para buscar una mejor posición ocupacional en el futuro. Quienes toman esta decisión retornan al estatus de estudiante de tiempo completo, motivo por el cual su manutención, tanto como el financiamiento de su especialización, vuelve a recaer sobre sus progenitores, privilegio que está reservado para muy pocos jóvenes en México.

La apuesta estratégica de financiar trayectorias completas en establecimientos académicos privados, pese a sus elevados costos, tiene propósitos adicionales. Por un lado, conferir mayor valor de mercado a las credenciales educativas formales, en tanto que se trata de instituciones que gozan de un amplio prestigio social. Por otro, acceder a la educación superior evadiendo la competencia con jóvenes de origen más humilde, pero académicamente competentes. También buscan aprovechar los vínculos que estas universidades han establecido con el sector privado para favorecer procesos de intermediación laboral una vez concluida la fase escolarizada de sus programas de estudio. Finalmente, y no menos importante, procuran aprovechar la conformación de una densa red de lazos sociales que, posteriormente, podrán movilizar para ampliar las posibilidades de acceso a buenas oportunidades de empleo.

Conocedores del entorno laboral profesional, por su propia actividad, padres y madres no dudan en complementar la formación académica de sus hijos e hijas con el desarrollo de conocimientos, habilidades y competencias de orden social. Para ello, desde la niñez, fomentan prácticas artísticas, el desarrollo de aptitudes culturales, la capacidad de liderazgo y el aprendizaje de otros idiomas. Todo con el fin de moldear sujetos proactivos, dotados de un mayor arsenal de recursos que les permita encarar, con éxito, los desafíos de un entorno social dinámico.

Es importante observar que los espacios de sociabilidad de este grupo de jóvenes dan lugar a una fuerte endogamia basada en su extracción social. Esto dio pie, en la mayoría de los casos, a la construcción de vínculos fuertes, producto de la interacción, a lo largo de muchos años, con las mismas personas y en múltiples ámbitos: escolar, residencial, recreativos, deportivos y culturales. Además, es muy probable que, en razón del alto nivel de violencia observado en México, estos lazos se hayan tornado más estrechos y restrictivos, con el fin de disminuir la exposición de estas poblaciones a los efectos perversos de la violencia criminal.

Finalmente, en cuanto a las trayectorias laborales, se observó un elevado nivel de logro, tanto entre quienes optaron por una ruta asalariada (la mayoría) como entre los que transitaron por la vía profesional independiente. El núcleo principal de los casos examinados experimentó una transición escuela-trabajo fluida, accediendo, en sus primeros intentos, a empleos protegidos, bien remunerados, aunque lejos de sus excedidas expectativas.

Si bien algunos experimentaron al inicio de su vida ocupacional coyunturas críticas, por razones atribuibles a la configuración y dinámica de los mercados locales de trabajo, las mismas se superaron recurriendo a la movilización de los recursos familiares, sus relaciones sociales o ampliando sus competencias laborales. La inversión de recursos, orientación y apoyo paterno/materno resultaron cruciales para generar segundas oportunidades educativas, o para abrir espacio al ejercicio profesional independiente. No menos relevante fue el rol de sus redes sociales para revertir posibles rutas signadas por la precariedad laboral.

La existencia de una diversidad de modalidades de acceso a buenos empleos no acontece, en la mayoría de los casos, por medio del mercado. Esta vía es sustituida por procesos institucionales de intermediación laboral, que tienen lugar en las universidades donde estudian o por medio de la movilización de redes sociales fuertes: parientes, amigos, conocidos y profesores. Estas redes parecen seguir ocupando un lugar central en la asignación de individuos a las mejores posiciones ocupacionales, razón por la cual podrían estar operando como un mecanismo de cierre social. Tal parece que, entre las y los jóvenes de clases medias-altas, la existencia de lazos fuertes constituye un recurso que amplía sus horizontes de vida y contribuye a la transmisión intergeneracional de los privilegios de clase.

Finalmente, las desigualdades de género continúan ejerciendo un fuerte influjo al interior de este grupo de jóvenes. Esto se torna patente en dos terrenos. Por un lado, la menor autonomía decisional de algunas jóvenes para elegir sus carreras profesionales. El tutelaje familiar parece ejercerse, entre ellas,

con mayor rigor que entre los varones. Por otro, en las prácticas y los imaginarios asociados con la formación de sus propios hogares. Aunque no puede argumentarse que estas jóvenes reproducen, sin cambio alguno, los patrones tradicionales de género, se constató que sus imaginarios y prácticas tienden a perpetuar inequidades asociadas con la distribución de las tareas domésticas y del trabajo de cuidado.

III. RUTAS DE RIESGO DE DESAFILIACIÓN SOCIAL

INTRODUCCIÓN

EL PATRÓN DISTRIBUTIVO mexicano puede caracterizarse con relación a dos de sus rasgos más prominentes: aguda concentración de la riqueza entre sus élites y marginación del bienestar social entre amplios contingentes poblacionales.

Sobre la concentración de la riqueza entre las élites, la información disponible es limitada e imprecisa, pero suficiente para ilustrar su profundidad. Las estimaciones de Campos, Chávez y Esquivel (2014) muestran que, en 2012, 1% de la población más favorecida controlaba 21% del ingreso total del país. Esquivel (2015) estima que, tan sólo en cinco años —de 2007 a 2012— el número de millonarios mexicanos creció 32%. El coeficiente de Gini, empleado para medir la desigualdad en la distribución del ingreso, se ubicó arriba de 0.45 en 2014. Cuando se estima la distribución de la riqueza con otras fuentes de información, este coeficiente asciende hasta 0.63, según Bustos y Leyva (2016), y a 0.70 en la estimación de Del Castillo (2015).

En contraste, la estimación sobre procesos de pauperización social es abundante. El Coneval, con datos de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2018,

reconoce que 52.4 millones de mexicanos viven en situación de pobreza multidimensional. Adicionalmente, estima que 8.6 millones más son “vulnerables por ingresos”, en tanto que 36.7 millones más son “vulnerables por carencias sociales”. Según esta información, 78% de las y los mexicanos experimenta alguna carencia social básica o insuficiencia de ingresos, lo cual impide disfrutar de un piso mínimo de bienestar social (Coneval, 2018).

Frente a la situación privilegiada del grupo de jóvenes de clases medias-altas en Monterrey, nos detendremos ahora en el análisis del proceso de acumulación de desventajas sociales de jóvenes de los sectores pobres residentes en la Ciudad de México, Monterrey y Oaxaca. En este capítulo, centramos la mirada en un grupo de jóvenes que durante su infancia y adolescencia experimentó severas penurias socioeconómicas; sus progenitores casi nunca contaron con los ingresos para adquirir una canasta alimentaria básica, al igual que los 25,5 millones de mexicanos que, en 2018, reportaron tener carencia alimentaria, según las estimaciones del Coneval.¹

Estos datos permiten intuir que, a diferencia de los casos que tuvieron el privilegio de heredar múltiples ventajas, quienes nacieron en hogares pauperizados han afrontado numerosas dificultades en su esfuerzo por *salir adelante en la vida*. Inmersos en una dura realidad, el conjunto de casos que analizamos en este capítulo refleja la trayectoria típica de las clases trabajadoras pauperizadas, pues han quedado atrapadas en condiciones de privación crónica que, en los casos extremos, desencadenan riesgos de desafiliación social.

Al examinar el proceso de acumulación de privaciones heredadas, entre las y los hijos de trabajadores manuales empobrecidos, nos preguntamos: ¿cuáles han sido los obstáculos enfrentados a lo largo de sus biografías?, ¿qué tipo de apoyos sociales han recibido?, ¿con qué recursos cuentan?, ¿qué tipo de

¹ Para un análisis cualitativo sobre las experiencias alimentarias entre los hogares que padecen condiciones extremas de privación socioeconómica en la Ciudad de México, véase Villagómez (2019).

acciones desarrollan para resistir e intentar revertir los estreñimientos a los que han estado expuestos? En la búsqueda de respuesta a estas preguntas se estudian los relatos biográficos de diecisiete jóvenes (once hombres y seis mujeres), quienes reportan haber sufrido necesidades socioeconómicas extremas durante su infancia/adolescencia. Se sistematizan experiencias vitales, para mostrar los posibles factores que propician una presencia creciente de adversidades que puede dar paso a situaciones límite de precariedad (véase cuadro 2 en el anexo).

A partir del análisis de los itinerarios educacionales y ocupacionales, así como de las vivencias de los casos considerados, reconstruimos tres *rutas* que marcan distintos senderos, en las cuales la *desafiliación social* constituye una amenaza latente.² Empleamos los términos “esperanzados”, “rescatados” y “atrapados” para referirnos a los casos que transitan por estas rutas. Posteriormente, se identifican circunstancias, eventos y decisiones que hacen posible entender los caminos recorridos.

Para iniciar, retomamos algunos referentes teóricos y de investigación que resultaron de utilidad en el análisis y la sistematización de los diferentes tipos de desventajas que han afrontado los individuos analizados. Dichos referentes nos han orientado para identificar los apoyos y recursos que han alcanzado a movilizar para lidiar con las adversidades que han sellado sus itinerarios biográficos. En seguida, analizamos las tres rutas probables amenazadas por dinámicas de marginación. Mostramos el conjunto de rasgos asociados con los factores de protección/riesgo que comparten las personas inscritas en una misma trayectoria/ruta. Para cimentar nuestra argumentación y presentar, desde una mirada longitudinal, la convergencia, concatenación y agregación de desventuras, así como destacar los apoyos y soportes, escogimos para cada trayectoria/ruta identificada un *caso típico*, para el cual reconstruimos su histo-

² Casal (1996), al construir una tipología de trayectorias de transición a la adultez, denomina estas rutas como “trayectorias en desestructuración” y sostiene que en ellas convergen situaciones de riesgo y de exclusión social.

ria. Por último, presentamos algunas reflexiones generales que surgieron a partir del análisis de los relatos referidos.

ACUMULACIÓN DE DESVENTAJAS SOCIALES

El riesgo de desafiliación social es visto como un proceso que implica la persistencia crónica y simultánea de carencias vitales en varias esferas involucradas en la reproducción cotidiana de los individuos, como empleo, educación, economía, vivienda, salud, seguridad y alimentación, entre otras. Estas privaciones pueden estar interrelacionadas, reforzarse mutuamente y tienden a acumularse, lo que propicia una espiral de desventajas a lo largo del curso de vida (Bäckman y Nilsson, 2011).

Como hemos señalado anteriormente (capítulo uno), el estudio de la acumulación de desventajas ha recibido una gran atención en la bibliografía especializada, tanto en ensayos teóricos como en investigaciones empíricas.³ Se trata de un proceso que puede agravar las desigualdades sociales en la medida en que las privaciones heredadas, esto es, la constelación de necesidades que enfrentan los individuos en su niñez y adolescencia derivadas de la falta de recursos, pueden llevar a nuevas desventajas, las cuales se van concatenando y acumulando con el paso del tiempo. Así, por ejemplo, las carencias derivadas del origen social condicionan la alimentación y la salud, las cuales, a su vez, influyen sobre el logro educativo; lo que, a la postre, constriñe las oportunidades de empleo y la disponibilidad de recursos en la adultez. En otras palabras, las adversidades crónicas durante la infancia pueden perdurar en el tiempo limitando el desarrollo de las personas e interactuar con la emergencia de nuevos elementos de rezago social que afloran a lo largo de la biografía individual (Layte y Whelan, 2002; Bäckman y Nilsson, 2011).

³ Véanse las siguientes investigaciones sobre el tema en América Latina: Kaztman (2001), Saraví (2005, 2008), González de la Rocha y Villagómez (2006), González de la Rocha (2006), Bayón (2009), Rodríguez y Valdivieso (2008) y Espíndola (2013).

La noción de acumulación de desventajas, como ya hemos señalado, tiene un carácter dinámico. Su estudio permite aproximarse a un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo, aspecto que contribuye a que el análisis sea enriquecido al considerar la perspectiva longitudinal (Hatch, 2005). La ocurrencia de circunstancias desfavorables en el recorrido biográfico puede llegar a potenciar las dificultades de origen, como señala Vandecasteele (2011). Este autor sostiene que la perspectiva de la estratificación social, así como la que señala la importancia de los eventos vitales en la explicación de la pobreza, no son opuestas, sino que se complementan. La interacción entre las explicaciones estructurales y biográficas enriquecen los análisis. Abusos físicos, emocionales y sexuales, abandono de padres, eventos catastróficos —como la muerte o enfermedad de algún miembro del núcleo doméstico—, ocurrencia precoz de algunas transiciones —embarazo temprano, interrupción de la formación escolar, inserción laboral en la niñez— pueden llegar a constituirse en infortunios adicionales que alimentan la espiral de desventajas (González de la Rocha y Villagómez, 2006).

Se han identificado múltiples obstáculos que suelen afectar el desarrollo de las personas. En el nivel macro, están, a modo de ejemplo, las crisis económicas y políticas, así como un patrón distributivo de carácter regresivo y las limitaciones de diseño, operación y cobertura de las políticas sociales. En el nivel meso, destaca la falta de soportes institucionales y la conformación de redes sociales circunscritas a los circuitos de interacción más próximos. En el nivel micro, sobresalen las interrelaciones personales conflictivas (Dannefer, 1987).

Sin embargo, hay que evitar la adopción de una interpretación esencialista, pues como bien señala O'Rand (1996), los arreglos institucionales pueden actuar como ventajas/desventajas, según las experiencias individuales y las diversas condiciones de existencia. Dannefer (1987) destaca la importancia de considerar, en el análisis de estos fenómenos, elementos de diferente nivel tales como: regímenes de bienestar y mercados de trabajo en el nivel macrosocial, instituciones como la escuela y las organiza-

ciones sociales en el nivel meso, y la familia y las redes sociales en que están inmersas las personales en el nivel micro. O'Rand (1996), a su vez, señala la importancia de considerar los contextos históricos en que se desarrolla la vida de las personas.

Disponer de relatos de vida y examinarlos con una perspectiva diacrónica, nos ha permitido estudiar las adversidades —su simultaneidad, concatenación y agregación— a lo largo de las historias familiares, educacionales y ocupacionales de los sujetos. El examen de las transiciones, momentos críticos, así como las vivencias y los recursos disponibles, constituyen una pieza clave del ejercicio de reconstrucción analítica que realizamos. Examinamos, con detalle, el conjunto de aspectos desfavorables: privaciones severas, tensiones y conflictos familiares, eventos catastróficos y situaciones inesperadas y no deseadas, que dificultan sortear las amenazas de desafiliación social.

Tratamos, asimismo, de indagar cómo los individuos responden ante esos hechos, los medios que movilizan, las posibles ayudas que están a su alcance y las elecciones críticas que toman para encarar las circunstancias restrictivas. Adicionalmente, observamos la temporalidad y secuencia de los eventos/transición que ejercen un influjo significativo en la orientación de sus cursos de vida.

En la sistematización del proceso de acumulación de adversidades observamos cinco aspectos. Primero, partimos de la consideración del entorno familiar en la infancia/adolescencia, incluyendo tanto aspectos materiales como formas de convivencia. Es importante destacar que la escasez de medios económicos se asocia con otros rasgos. Por ejemplo, Mayer (1997) sostiene que el desarrollo de una actitud pasiva ante la vida puede ser resultado del ajuste de expectativas ante la imposibilidad de modificar los aspectos estructurales que restringen las oportunidades de elección. Segundo, examinamos la ocurrencia y temporalidad de un conjunto de eventos sociodemográficos comúnmente utilizados en el estudio de la transición a la adultez. Nos referimos a la primera unión, nacimiento del primer hijo, salida de la escuela, ingreso al mercado laboral y

la independencia residencial. Empero, no nos restringimos al análisis del calendario de ocurrencia y el ordenamiento de estos eventos, como en el enfoque sociodemográfico, sino que observamos cómo estos “eventos” modifican las condiciones de vida de las personas y cómo son encarados por los sujetos. Tercero, nos enfocamos en los “momentos críticos” reportados por los y las entrevistadas. Cuarto, destacamos la presencia o ausencia de soportes familiares, sociales e institucionales que, en alguna circunstancia, ellos y ellas pudieron o no recibir. Quinto, damos atención a sus elecciones, expectativas y planes futuros, así como a los obstáculos que manifiestan haber encarado para solventar sus carencias o proseguir sus planes. Estudiar los proyectos de vida, tal cual son formulados por los propios jóvenes, y analizar las elecciones tomadas de cara al futuro —teniendo en cuenta las restricciones del contexto en que acontecen dichas elecciones— permite vislumbrar los distintos tipos de agencia que logran desplegar en su cotidianidad (Emirbayer y Mische, 1998; Archer, 2007; Berger, 2008).

Concebimos los proyectos de vida como orientaciones generales que definen los cursos de acción futura de los agentes humanos. Estas guías están abiertas a la redefinición, en función de los obstáculos que las personas enfrentan en su prosecución, de las coyunturas biográficas y contextuales, tanto como de los efectos no esperados de la agencia humana. Pero, en general, estas orientaciones siempre condensan y expresan lo que realmente importa a las personas en la vida, aquello por lo que están dispuestos a emprender un conjunto de acciones específicas (Archer, 2007).

Las conjeturas en torno a la acumulación de desventajas apuntan hacia la heterogeneidad de las biografías debido a una exposición diferencial a factores de riesgo/protección, organizados en torno a transiciones clave que contribuyen a aumentar las inequidades conforme avanza el curso de vida de los individuos (Dannefer, 1987).

El estudio de estas esferas analíticas y sus interrelaciones permite visualizar y delinear el haz de obstáculos, contingen-

cias, soportes, constreñimientos y acciones que dan lugar a las tres rutas de riesgo de desafiliación antes mencionadas. También posibilita prestar atención a cómo este tipo de situaciones puede asumir diferentes modalidades y tener desenlaces contrastantes, pese a la similitud de la posición social y las historias de los sujetos analizados.

RUTAS DE POSIBLE DESAFILIACIÓN SOCIAL

Nuestra perspectiva en torno a las nociones de trayectorias y rutas de vida se inspira, como fue mencionado en el capítulo uno, en la diferencia sugerida por Casal *et al.* (2006) entre tiempo recorrido —lo que dichos autores denominan “itinerario”— y el tiempo por recorrer —denominado como “trayectoria”—, pero, a diferencia de ellos, nombramos *trayectoria* al tramo biográfico recorrido por los entrevistados y *ruta* al probable rumbo de cara al futuro próximo. Al igual que dichos autores, pensamos que el interjuego entre tiempo recorrido y el tiempo por recorrer permite comprender los sucesos acontecidos en la biografía y los que probablemente ocurrirán en el futuro próximo. Es necesario subrayar el carácter probabilístico de esta conjetura. Debemos reconocer que las rutas biográficas son siempre algo incierto, sujeto a la acción humana, tanto como a la contingencia y a los cambios acontecidos en la estructura de oportunidades del entorno local y nacional en que están inmersos los individuos. Además, como la historia nos ha enseñado una y otra vez, hay futuros imprevisibles e inesperados. Reconocemos que las múltiples rutas venideras son el resultado de la articulación entre el pasado, el presente y el futuro probable. Por ello es necesario tomar en cuenta, como lo indican los autores citados, que “cada itinerario puede apuntar hacia distintos rumbos (probabilidades) y decantarse hacia uno u otro en función de factores en favor o en contra que tienen que ver con la persona (sus elecciones racionales y las constricciones sociales); a veces esta variabili-

dad puede ser eminentemente azarosa, a veces condicionada, a veces determinada” (Casal *et al.*, 2006: 11).

Nuestro propósito es mostrar cómo cada una de las tres posibles trayectorias/rutas antes referidas se torna más o menos factible debido a la convergencia de diferentes adversidades y factores de protección.⁴

Los esperanzados: cuando las aspiraciones podrían abrir nuevos caminos

Este sendero es protagonizado por un conjunto de jóvenes que, pese a sufrir penurias sociales crónicas, intentan *salir adelante* asumiendo una visión optimista sobre su porvenir, movilizándolo ayudas clave por parte de empleadores y parientes para encarar, mas no superar, sus privaciones, y desarrollando una agencia proyectiva, lo cual les permite elaborar planes de largo plazo, ya sea de tipo educativo o laboral. Por momentos, en sus relatos su visión de futuro se torna voluntarista. Quizá recurren a este tipo de narrativa para relativizar el lastre que sobre su accionar cotidiano impone una biografía marcada por la privación extrema, pero también, para no cancelar la posibilidad de un futuro diferente, lo cual constituye un motor que alimenta la tenacidad con que encaran un presente poco promisorio.

Se trata de cinco hombres y tres mujeres que residen en su mayoría en el Área Metropolitana de la capital del país. Algunos nacieron en otras entidades —Estado de México, San Luis Potosí y Veracruz—, pero migraron a la capital del país solos o con sus parientes; únicamente dos residen en Oaxaca. Para quienes han experimentado solos la migración, la experiencia de asentarse en la ciudad resultó difícil al implicar el distanciamiento del hogar.

⁴ Estudios sobre transición a la adultez, biografías de desafiliación social y trayectos laborales seguidas por las y los jóvenes fueron de gran utilidad en la elaboración de nuestra estrategia analítica, véanse Casal (1996), Pérez Islas y Urteaga (2001), Soto y Dávila (2005), Saraví (2006), Machado Pais (2007) y Espíndola (2013).

Celeste (20 años), hija de campesinos, a los 14 años salió de la casa de los padres en Xocotepec, Veracruz, para trabajar como empleada doméstica en la Ciudad de México. Su relato revela las dificultades emocionales que experimentó: “dejé prácticamente a mi familia, este, empecé a trabajar pues aquí, ya sabes, este, siempre he sido doméstica... lloraba mucho y no comía, extrañaba mucho a mi familia... he estado sola acá y, este, empecé a ayudar a mi familia con mi trabajo”.

El tamaño de las unidades domésticas —la mayoría cuenta con tres o más hijos— contribuyó a agravar la precariedad socioeconómica de este grupo de jóvenes. Sus padres, de procedencia humilde, eran trabajadores del campo, albañiles, hojalateros, vendedores ambulantes o “milusos”.⁵ Algunos emigraron a Estados Unidos en búsqueda de mejores oportunidades. Con el paso del tiempo, rompieron sus vínculos con la pareja y abandonaron a su familia. Sus progenitoras se dedicaban a los quehaceres del hogar o eran trabajadoras de limpieza con baja escolaridad.

En resumen, todos los integrantes de este grupo sufrieron agudas necesidades socioeconómicas desde que tienen recuerdos. Los relatos son claros. Alejandro (17 años), oaxaqueño, hijo de un vendedor ambulante, menciona: “pues [la situación era] mala, ¿no? Porque pues cómo le digo, ¿no?... mi papá... no pudo darnos todo... el ingreso fue muy poco el que traía mi papá, ¿no?” Para Emiliano (17 años), de la Ciudad de México, las condiciones eran de igual forma difíciles: “Cuando era chico sí estaba muy, muy mal la situación económica... muchas carencias”.

Todos han pasado por momentos críticos que han dejado marcas profundas en sus biografías: migración forzada, abandono paterno, muerte o enfermedad del padre o madre. Todo ello contribuyó a tornar aún más extremos los ambientes señalados por la pauperización. Aunque, pese a todas las restricciones

⁵ De acuerdo con el *Diccionario del Español de México* (DEM), “milusos” es la “persona que se presta y busca llevar a cabo cualquier clase de trabajo para poder sobrevivir”.

y contradicciones, el entorno familiar continuó siendo, según sus relatos, su principal y casi único recurso para sobrellevar la vida y sus adversidades.

Frente a la pérdida de al menos uno de los progenitores, o debido a las penurias de los hogares de origen, todos tuvieron que interrumpir sus estudios; es decir, la desafiliación escolar a temprana edad, por razones de falta de medios económicos, es una realidad compartida por el grupo. Lucio (18 años), de la Ciudad de México, con padre “comerciante informal”, sintetiza este hecho. Él se vio forzado a desvincularse, de manera definitiva, de la institución escolar, a los 11 años, cuando apenas iniciaba el primer año de secundaria. Su testimonio ejemplifica este patrón, al relatar: “no teníamos recursos económicos para seguir estudiando la secundaria y aparte, pues, como pedían tantas cosas, ya ves que piden muchos trabajos, y esto y el otro, por eso mejor me salí. [...] Nada más estudié cinco meses de la secundaria”.

De manera adicional, todos los casos agrupados en esta ruta iniciaron su trayectoria laboral a temprana edad, aunque no todos al mismo tiempo. Algunos lo hicieron en la niñez, antes de los 10 años, otros, en la adolescencia. La fuerza motriz que explica su temprana inmersión laboral es la misma: generar ingresos para apoyar en el sustento propio y de sus hogares. Al igual que otras personas de ascendencia pobre, ellos vivieron una *adulthood forzada*, es decir, en sus biografías se yuxtaponen niñez, adolescencia, juventud y adultez. Son, en sentido estricto, niños y niñas adultas. La precariedad social y el imperativo de la sobrevivencia los obligó a asumir un rol protagónico en sus hogares, ya sea en la búsqueda de ingresos adicionales o haciéndose cargo de los quehaceres domésticos y de cuidado de sus hermanos menores.

En el caso de Gloria (21 años), de la Ciudad de México, este escenario se originó a raíz de la muerte de su padre, albañil de oficio y único proveedor del hogar. Este evento, inesperado y catastrófico, implicó la carencia absoluta de ingresos en la familia. En consecuencia, forzó el fin de su trayectoria escolar y

precipitó el inicio de su biografía laboral a los 13 años. El móvil: ayudar a la madre en la manutención de la unidad doméstica. Ella comenta esta vivencia, de manera dolorosa, en los siguientes términos:

pues fue algo muy grueso, nada más así de la noche a la mañana, [... el padre] se murió en un accidente, es algo que... cambia tu vida radicalmente porque como dicen, ya no tienes el apoyo de tus papás, tienes que trabajar para seguir adelante, [...] y pues la verdad... sí estuvo grueso, me cambió la vida... y lo más cañón fue que tuve que dejar de estudiar porque a mí sí me gustaba estudiar [...] como mis hermanas más grandes estaban casadas, pues entonces ya no ayudaban a mi mamá, entonces yo tuve que trabajar para ayudarla a pagar lo que teníamos que pagar, la renta, el agua, la luz y para que mis hermanos más chicos pudieran seguir estudiando.

Las repuestas frente a la pérdida de uno de los progenitores han sido diversas. Unos han contado con el auxilio de abuelos y tíos que los han acogido en sus casas; otros, al realizar labores domésticas, viven en la casa de los patrones; algunos más, en ausencia del padre, se quedaron a vivir con la madre y los hermanos y al menos uno vive solo, aunque reporta contar con la ayuda materna. Aquí, lo importante a destacar es el respaldo de parientes o patrones que se constituyen en referentes para hacer frente a escenarios difíciles, lo que evidencia la importancia de los soportes sociales allende la familia de origen (Paugam, 2012).

Estos y estas jóvenes al iniciar su recorrido ocupacional, a temprana edad y habiendo interrumpido su formación escolar prematuramente, carecen de credenciales y recursos laborales para buscar trabajos de calidad. Esto se ve agravado, pues ninguno de ellos/ellas contaba con algún tipo de capacitación para ejercer algún oficio. Consecuentemente, sus itinerarios ocupacionales se distinguen por ser tanto inestables como precarios. Por su baja empleabilidad y el alto nivel de desregulación existente en el mercado de trabajo, han encontrado dificulta-

des para conseguir un empleo con contrato, prestaciones y seguridad social. Han laborado en lo que pueden. Su actividad ocupacional no está orientada por una lógica de aprendizaje, sino por el imperativo de generación de ingresos. La necesidad de medios económicos socava las posibilidades de capacitación laboral, pese a su manifiesto interés.

Los varones parecen tener un rango ocupacional más diverso, empleándose en actividades del comercio y servicios: vendedores en panaderías, pastelerías, puestos de tacos, cremerías, ayudantes de cocina o costureros, meseros, trabajador de estética, entre otros. Las mujeres tienden a reproducir modelos de participación económica donde la segregación ocupacional exhibe un marcado sesgo de género. Ellas han trabajado como empleadas domésticas, niñeras o trabajadoras de limpieza. Sus ocupaciones son de tiempo completo, lo cual constituye, para la mayoría, un obstáculo insalvable para retomar sus trayectorias escolares.

A pesar de la extrema precariedad socioeconómica y la falta de mecanismos institucionales de contención y apoyo, estos jóvenes tienen a su favor el deseo y la aspiración de lograr una vida mejor. En sentido estricto, puede decirse que miran el futuro con optimismo y el presente con la entereza de quien, a pesar de todas las carencias que le rodean, encuentra la forma de dar sentido a su existencia.

A diferencia de las otras dos rutas que analizaremos posteriormente, en el caso de este tipo, el futuro no está cancelado, por el contrario, se asume una actitud reflexiva respecto al mismo. Esto permite elaborar planes ambiciosos, llevándolos a imaginar un porvenir que no es la mera proyección del presente. Unos aspiran a retomar sus estudios y realizar una carrera universitaria. Otros, quizá más realistas, tratan, a pesar de las dificultades, de capacitarse en un oficio o una carrera técnica —cultura de belleza, costura o sastrería— para mejorar sus oportunidades laborales. También están los que aspiran a emprender un negocio propio, después de culminar su aprendizaje práctico de un oficio. En este último caso, no se trata ni

de sueños ni de ilusiones, sino de planes de vida que están ya encaminados.

En sus relatos se transparentan rasgos de autoeficacia, control personal, reflexividad y previsión del futuro. La precariedad socioeconómica, pese a su dureza, todavía no les ha destituido socialmente. Por el contrario, parece operar como acicate que les motiva a buscar, recurriendo a múltiples vías, formas para *salir adelante*. Esto último tiene un sentido muy preciso para este grupo. Se trata de alcanzar una vida sin restricciones socioeconómicas severas; se anhela vivir sin privaciones sociales, con la seguridad económica que nunca han tenido. La clave para lograrlo la localizan en el trabajo, de ahí la centralidad que confieren al aprendizaje de un oficio técnico.

Lo anterior no es un asunto trivial. Varios de ellos/as crecieron en entornos barriales no sólo marginados, sino también violentos. Como resultado, muchos de sus pares han recurrido a formas ilícitas de generación de ingresos, ya sea por la vía del narcomenudeo o el robo, lo cual, según los entrevistados, resulta más rentable. Esta vía, de igual forma, ha estado a su alcance. No obstante, este grupo optó por poner distancia de estos patrones de comportamiento, alejándose de sus “cuates” en el barrio. Como resultado, reforzaron sus vínculos filiales y adquirieron mayor protagonismo en la reproducción de la unidad doméstica.

Sus aspiraciones, su voluntad y planes de superación personal, aunadas al hecho de estar solteros y sin hijos, así como contar con el soporte de padres y/o madres, constituyen elementos clave para afrontar la concatenación de obstáculos que tienden a orillarlos hacia la marginación social. Aunque quizá sus aspiraciones resulten inalcanzables, particularmente para quienes planean ingresar a la universidad, debido a las severas restricciones socioeconómicas que los aquejan, no hay duda de que configuran un aliciente para luchar en pro de un futuro mejor.

La historia de Paulina (joven oaxaqueña de 18 años con padre campesino y albañil) nos permite mostrar cómo, frente al cúmulo de desventajas, los factores de protección tienen un pa-

pel importante al abrir nuevas opciones que, en cierta medida, posibilitan afrontar situaciones difíciles. Además de carencias económicas, Paulina y su familia han vivido conflictos en su lugar de origen, por lo que tuvieron que abandonar su pueblo y perdieron, por esa vida, su escaso patrimonio. Han sufrido las dificultades de los migrantes rurales para adaptarse al entorno urbano, tanto como la explotación extrema a que están expuestos los jornaleros agrícolas. Desventuras que han contribuido al retraso escolar de Paulina, aspecto que ha conseguido sobrepasar, en parte, gracias a su fuerza de voluntad y al amparo de sus patrones.

Durante su infancia sus padres se dedicaban a las labores del campo. Cuando ella tenía alrededor de 7 años, todos —los padres y los cinco hijos— tuvieron que huir de su pueblo porque estaban amenazados: “algunas personas malas digamos quisieron dañar a mi familia, entonces tuvimos que cambiar drásticamente nuestro mundo, ¿no? Porque nosotros vivíamos en el campo”. Para Paulina esta migración forzada “nos impuso mucho sufrimiento”, constituyendo una primera experiencia traumática. Al llegar a la ciudad no tenían nada. Ni dinero, ni trabajo, ni lugar dónde vivir. Un pariente los alojó en su casa. Vivían, en palabras de la joven, “arrimados”. Su padre se desempeñó en lo que pudo hasta que surgió una oportunidad de trabajo como jornalero en los campos de Jalisco, recolectando distintos tipos de productos agrícolas. Como les ofrecían empleo y transporte gratuito toda la familia migró. Las penurias fueron muchas debido a las condiciones laborales extremas. Las palabras de Paulina son elocuentes: “llegan unos carros que nos transportan digamos gratis, recogen gente y nos llevan, así pues nosotros nos fuimos con una señora, pero allá era muy duro el trabajo porque trabajábamos cortando tomate, chile y todo lo que había allá desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche más o menos, todo el día y todos días”.

Esta experiencia tuvo un gran impacto en su vida, no sólo por tener que realizar, a sus 9 años, una extenuante y mal pagada labor, sino porque tuvo que abandonar la escuela. En ese

momento Paulina estaba cursando el segundo año de primaria. No obstante, fue hasta año y medio después, cuando regresó a Oaxaca, que ella, con cerca de 12 años, reinicia sus estudios, situación que significó un retraso escolar considerable. Al percatarse de que al interior del estado de Oaxaca contaba con pocas oportunidades, decidió migrar sola a la capital del estado para trabajar como empleada doméstica. Esta ocupación le permitía apoyar económicamente a su familia y reanudar sus estudios. Su padre, mediante un conocido, le consiguió el trabajo. La ayuda de sus patrones fue crucial para terminar la primaria y la secundaria: “terminé mis estudios, como ellos [mis patrones] sabían que quería seguir estudiando me dieron esa oportunidad... Pues en las noches me ponía a estudiar porque la señora me daba permiso”.

El salario obtenido era muy bajo. Como hija mayor todo lo enviaba a su madre para contribuir a la manutención de sus hermanos. En su trabajo tenía alojamiento y alimentación garantizados. Paulina sentía satisfacción de ayudar a su familia, pero su situación era difícil, sentía tristeza y extrañaba a sus padres. Era consciente de que la necesidad de trabajar le había hecho madurar a muy corta edad: “Pienso que desde muy chiquita empecé a trabajar, pues uno va madurando, ¿no?, de alguna forma... saber lo que es ganarse la comida... trabajar y ser responsable en el trabajo”. Ella tenía un propósito claro. Le gustaría seguir estudiando, ser educadora. Valora la educación como un recurso necesario para “salir más rápido adelante”. Su fuerza de voluntad es visible, como ella misma comenta: “A veces... me levanto y digo pues sí puedo... y me levanto y digo... si quiero tal vez sí lo puedo lograr”.

En el corto plazo, ha trazado una ruta intermedia para la consecución de su meta principal. Por ahora, realiza un curso de capacitación en “cultura de belleza”, que tiene una duración de dos años. Espera aprender un oficio que le permita regresar a su pueblo, con su familia, y abrir su propio negocio, pero su anhelo mayor está en cursar una carrera universitaria. A su juicio, podrá lograrlo si, primero, logra independizarse laboralmente.

No sabemos si Paulina podrá concretar sus planes, pero lo cierto es que, con esfuerzo, dedicación y la ayuda de sus patrones ha logrado, por lo menos, terminar la secundaria y capacitarse en un oficio. A diferencia de los otros casos de este tipo, ella cuenta con otros dos elementos favorables que, aunados a los anteriores, pueden contribuir a contrarrestar, en parte, la amenaza de desafiliación. Primero, estabilidad en su trabajo como empleada doméstica, lleva cinco años laborando para los mismos patrones, y, segundo, aunque vive lejos de sus padres y hermanos, disfruta del sostén emocional que ellos le brindan. Este vínculo de filiación representa el referente vital que organiza su relato. Lo anterior corrobora lo planteado por Paugam (2012) al argumentar que, en casos como éstos, la familia “constituye el fundamento absoluto de pertenencia social, otorga al individuo protección, cuidado, reconocimiento y seguridad” (2012: 5).

En suma, Paulina, al igual que los demás jóvenes que tienen aspiraciones de superarse, se ha esforzado para concretar sus planes. El origen social con privaciones aunado, en algunos de los casos, a entornos disruptivos: abandono, migración o muerte de uno de los padres, los forzó a interrumpir su formación escolar y precipitó su incorporación a la esfera laboral. La baja empleabilidad y los itinerarios sinuosos, con una numerosa sucesión de empleos sin prestaciones y con bajos salarios, generan pocas oportunidades para obtener una mejora en las condiciones de vida. En efecto, en esta ruta las restricciones son muchas y los recursos escasos. Sin embargo, las ayudas recibidas por amigos, patrones o parientes, los deseos de alcanzar mayores niveles de estudio, y la agencia orientada a concretar sus planes, definidos de forma realista, podría, en un futuro, generarles nuevas oportunidades. A pesar de ello, la amenaza de marginación está latente, aunque en grado diferencial según el caso, ya que el nivel de precariedad que caracteriza sus condiciones de existencia es extremo. Si sus planes de superación personal no logran materializarse, lo más probable es que se queden atrapados en una condición de vulnerabilidad social

y alta fragilidad laboral. Esto pondría al descubierto que, cuando las desventajas sociales acumuladas son muy profundas, la agencia individual puede resultar infructuosa para revertir las constricciones estructurales que favorecen dinámicas de marginación social.

Los rescatados: cuando los apoyos institucionales son decisivos

En la ruta de los “rescatados” nos encontramos ante jóvenes que, después de haber protagonizado conductas de transgresión, parecen haber encontrado una vía para revertir el proceso de desafiliación por el cual transitaban. La restitución mediante el amparo institucional aparece como una posibilidad de integración social. Gracias a la intervención de instituciones religiosas, programas gubernamentales o a la acción de las ONG, ellos se encuentran inmersos en un proceso de recuperación de adicciones o comportamientos delictivos.

Esta ruta está conformada por cinco varones. Tres residen en Oaxaca, uno en Monterrey y otro en la Ciudad de México. En la mayoría de los casos, las privaciones extremas y vivencias difíciles los llevaron a situaciones límite. El delito apareció como una posibilidad para sobrellevar las carencias cotidianas e incluso para tornar viable su trayectoria escolar. Uno de estos jóvenes, Rodolfo (18 años), oaxaqueño, hijo de una lavandera y un padre ausente, relata cómo se inició cuando era niño en este tipo de actividades, forzado por condiciones de vida de extrema precariedad: “a veces yo tenía que ir a robar a las tiendas para llevarle a mi mamá para que nos diera [comida] para la escuela y pues era una situación crítica”.

Los “rescatados” enfrentaron un ambiente familiar marcado por el abuso del alcohol, las drogas y la violencia. Las formas de convivencia en el hogar, imbuidas en el conflicto y el maltrato, verbal y físico, los forzaron a huir de sus casas. La ruptura precoz con su núcleo doméstico los dejó en el desamparo, ante la ausencia o ineficacia de espacios de protección social, insti-

tucionales o comunitarios. La “salida” fue vivir en la calle. En este contexto empezaron a consumir y vender sustancias ilícitas para sobrellevar la vida.⁶ Pablo (28 años), oriundo de Oaxaca, padre zapatero, narra el episodio que lo obligó a romper los vínculos con sus progenitores:

fue a raíz de que, pues... me acuerdo muy bien y de... quedé marcado porque ese día me dieron una santa tunda, eh... que... prácticamente desquitaron toda su furia conmigo, y todo por una cosa de nada, ¿no?, y que no era cierto, ¿no?, y lo que hice fue irme a la casa de una tía mientras tanto ¿no?... eso fue unos días porque después yo me salí del lugar [se fue a vivir a la calle].

Los conflictos en la unidad doméstica y la necesidad de buscar alguna forma que les permitiera sobrevivir propiciaron la interrupción definitiva de los estudios a muy temprana edad. Tampoco contaban con capacitación alguna, lo cual dio lugar a inserciones ocupacionales esporádicas, como venta de periódico, mensajero, ayudante de mecánico, chalan de albañilería, empacador de alimentos, lavado de autos y músico ambulante en camiones. La mayoría son empleos temporales que no requieren ningún tipo de capacitación, por el cual perciben retribuciones monetarias muy bajas. En algunos casos, como en el de “empacador de alimentos” o el de “músico ambulante”, no tienen salario, perciben por su quehacer las propinas que los clientes les otorgan voluntariamente. La inseguridad económica y la vulnerabilidad laboral siempre han formado parte de la vida cotidiana de este grupo de jóvenes.

Varios eventos vitales, a edades tempranas: interrupción escolar, abandono de la casa familiar, trabajar o delinquir, los han

⁶ Bäckman y Nilsson (2011), en un estudio sobre los caminos hacia la exclusión social en Suecia, han encontrado que los problemas experimentados por los padres, como comportamiento criminal, alcoholismo, enfermedades mentales, se asocian con abuso de droga o comportamiento delictivos por parte de las y los hijos. En tanto que la escasez de medios económicos, en ausencia de trayectorias familiares delictivas, propicia el bajo logro educacional y la inserción laboral a temprana edad.

expuesto a una fuerte amenaza de marginación. En sus casos esto supuso un abierto proceso de destitución social por la vía del consumo sin límite de sustancias ilícitas y/o la prosecución de conductas delictivas. Sobre este particular, Rodolfo comenta: “mi mentalidad era pues seguir en las calles, perder, perderme más en lo que es en las drogas, seguir experimentando cosas feas...”. Comenta que, conforme más se sumergía en el mundo de las drogas, más tenía que recurrir a la generación de recursos económicos por vías ilegales.

Pese a estos infortunios, ellos lograron vislumbrar alguna posibilidad de salir de la situación de desafiación social en que estaban inmersos gracias a tres tipos de soportes. Primero, en algún momento de su biografía, ya inmersos en rutas transgresoras, pudieron vincularse a programas de asistencia social dirigidos por ONG, instancias religiosas o por instituciones públicas. Por esa vía obtuvieron un techo, alimentación e ingresos para la sobrevivencia. Asimismo, iniciaron terapias grupales que les permitieron recuperarse física y emocionalmente, reconstruir su autoestima, replantear metas personales y redefinir sus vínculos sociales. En sentido estricto, lograron conformar una comunidad de apoyo mutuo que actuó como un soporte vital para iniciar el proceso de recuperación personal, como ellos denominan a este tipo de experiencias.

La recuperación de Rodolfo fue posible gracias a la ayuda de una institución religiosa. Como sostiene Hatch (2005), la religión puede otorgar al individuo un sentimiento de pertenencia, contención emocional y lazos sociales fuertes, resultado de la interacción y el apoyo que actúan como factor de protección.⁷

7 Brenneman (2014) y Orellana (2017) han analizado la importancia de la religión, específicamente, de la conversión por medio de iglesias pentecostales como ruta de salida para jóvenes que forman parte de alguna de las pandillas violentas en Centroamérica.

Yo entré a este Alcance Victoria⁸ aquí, hace cuatros años, a la edad de 14 años yo me vi involucrado en lo que es... el alcoholismo, un poco de drogadicción... yo a mi madre... la empujaba, le faltaba al respeto hasta que un día una persona se me acercó de Alcance Victoria, que aquí había jóvenes que podían cambiar de vida, jóvenes que antes anduvieron peor y que el día de hoy pues ya no están haciendo algo malo.

Segundo, y no menos importante, algún pariente —madre, hermanos, tíos o abuelos— les “extendió la mano”. Esto les permitió tener un lugar donde vivir, conseguir trabajo o enfrentar sus adicciones. Este apoyo aconteció en momentos críticos de sus recorridos biográficos, precisamente, cuando habían perdido el control de su vida y se encontraban inmersos en el consumo de sustancias ilícitas, o porque su trayectoria delictiva había llegado a un punto abierto de confrontación con la autoridad o con grupos rivales.

Finalmente, ellos manifiestan una marcada fuerza de voluntad orientada a superar el abuso de sustancias ilícitas, detener sus acciones delictivas, obtener estabilidad económica y emocional, vivir en familia y sortear las adversidades. Esta actitud se ve reforzada mediante su participación en grupos de apoyo mutuo, las comunidades religiosas que los acogieron o los programas sociales que les brindan una segunda oportunidad, así como el rol de contención emocional y soporte económica de sus entornos familiares: familia ampliada.

Sin estos tres factores de protección, seguramente la permanencia en la marginación extrema habría sido inevitable, máxime en un contexto como el mexicano donde las organizaciones del crimen organizado llevan a cabo prácticas de reclutamiento entre la población juvenil expuesta a situación de riesgo (Zamudio, 2013; Torres, 2018; De la O y Flores, 2012). Sin embargo,

⁸ Alcance Victoria es una iglesia evangélica cristiana de carácter misionero; tiene presencia en varias ciudades mexicanas, su sede se localiza en Estados Unidos. Como parte de su misión evangelizadora labora con población en situación de calle, problemas de alcoholismo y drogadicción.

sus vidas no están resueltas. Deben lidiar con una estructura de oportunidades muy limitada. Mientras están ligados a las instituciones tienen un espacio de contención social, pero, una vez iniciados, por cuenta propia, los intentos de inserción social, emergen las desventajas acumuladas y las constricciones contextuales, sometiéndolos a fuertes tensiones, quizá la más crítica es la que se constituye en el plano laboral. Estos jóvenes no poseen ningún tipo de cualificación y su escolaridad es muy baja, en consecuencia, su nivel de empleabilidad es casi nula. Para ellos agenciarse un empleo estable y con prestaciones básicas que les posibilite consolidar sus logros en materia de integración social, constituye un desafío de primer orden. La dialéctica entre fuerzas de inclusión y las dinámicas de marginación está siempre presente. La fragilidad de su situación social es un hecho manifiesto.

La historia de Antonio, joven de 19 años, nacido en Puebla, quien migró solo, a los 14 años, a la Ciudad de México, ejemplifica la importancia del amparo institucional cuando los sujetos experimentan una multiplicidad de infortunios durante su trayectoria de vida. El joven, al momento de la entrevista, residía con los abuelos. Él vivió su infancia en un ambiente hostil y violento. Su padre, alcohólico y drogadicto, lo violentaba al extremo de manera constante. Su madre estuvo en prisión algunos años y lo abandonó cuando tenía 3 años. Por los abusos y maltratos sistemáticos por parte de su padre, decidió abandonar su casa cuando tenía 11 años. Pasó unos meses con unos tíos y otro tanto con los abuelos. Después de estar transitando de “casa en casa”, terminó en la calle, viviendo como indigente. Cuando dejó la casa paterna, interrumpió sus estudios, cursaba el quinto de primaria.

A partir de los 11 años, para sobrevivir, empezó a realizar varios tipos de actividades, donde los límites entre trabajo y mendicidad son difusos. Se desempeñó barriendo microbuses, cantando en el metro, aventando fuego, acostándose sobre vidrios, limpiando parabrisas, lavando carros, actividades que tipifican modelos de autoempleo desarrollados por personas

en busca de medios de sobrevivencia, en particular niños y jóvenes con biografías de marginación social. Algunas de ellas, como aventar fuego, acostarse sobre vidrios y cantar en el transporte público, representan formas modernas de mendicidad. Fue entonces cuando Antonio generó una fuerte dependencia del consumo de sustancias ilícitas y se involucró en conductas delictivas.

En efecto, su infancia y adolescencia estuvo marcada por coyunturas traumáticas que muestran muy bien el proceso de concatenación de desventuras, en el cual las privaciones heredadas se suman a eventos vitales críticos, lo que da lugar a una cadena de contingencias, en la que, como señalamos en el capítulo uno, cada problema es superado por otro mayor, y desencadena una espiral de desventajas difícil de detener y revertir. En su caso: primero, la madre lo abandona; segundo, el padre lo maltrata físicamente; tercero, huye de la casa paterna; cuarto, inicia su periodo de vida en la calle, que dura, aproximadamente, cinco años; quinto, genera una fuerte dependencia de sustancias psicoactivas, y sexto, enfrenta situaciones de exclusión laboral. Aunque en varias ocasiones intentó romper su ciclo de adicción, no tuvo éxito. En sus propias palabras:

quise vivir independientemente, ya que así no se podía, anduve de casa en casa, con mis tíos, mis abuelos... en la calle [estuve] como cuatro años o cinco años... desde los 13, es malo, sí es malo la verdad, ¿no?, porque te perjudicas mucho... yo le metía puro activo, después con marihuana, no puedes conseguir trabajo, [...] pero pus sí es difícil porque muchas veces dices: quiero salir, quiero salir, y, al contrario, más te vas hundiendo.

Antonio deambuló por los estados de Guerrero e Hidalgo, siempre en situación de calle. Ya en la Ciudad de México, él comenta que vivía en la calle con un grupo de chavos que “para ser exactos, eran como treinta y dos, mujeres y hombres, y hasta madres solteras con sus hijos”. Después de pasar un tiempo durmiendo en el metro, en los parques y bañándose en las fuen-

tes, ingresó a uno de los programas de Casa Alianza,⁹ donde algunos de sus amigos ya habían estado recibiendo asistencia.

El respaldo institucional ha sido fundamental para abrirle una ruta alternativa. Él narra que, al inicio, jóvenes que laboraban en esa institución iban a jugar con los niños en situación de calle y los llevaban al Centro de Salud. Después de un proceso de acercamiento diario, le preguntaron si no quería tener la oportunidad de cambiar su vida; le indicaron que la institución estaba interesada en apoyarlo. El joven optó por aceptar esa oportunidad y a partir de entonces su proceso de recuperación ha sido gradual. Por medio de los programas implementados por esa institución retomó sus estudios, superó su problema de adicción y obtuvo un empleo asalariado: “Ahí me enseñaron, ahí acabé mi primaria... estudiaba también y hubo un tiempo en el que trabajé, pues sí era un profesor bien chido... Sí, me dio la oportunidad [de trabajar]... yo la verdad, que entré sin papeles y me dieron la oportunidad, me hicieron la prueba, después fueron consiguiendo mis papeles...”.

Actualmente, cuenta, además, con la ayuda de los abuelos con quienes reside. Él quiere vivir con su novia, formar un hogar, tener un hijo. Fantasea con la posibilidad de formar el hogar que nunca tuvo. Reconoce que tener el amor y el amparo de los padres es algo muy importante. “Pus ojalá Dios me dé la oportunidad de tener un hijo, ¿no?, y cuidarlo y estar con mi esposa y vivir como una familia...”. Piensa que la vida le ha dado una primera oportunidad para salir adelante y tiene que aprovecharla.

Cuando entrevistamos a Antonio tenía siete meses de participar en el programa de Casa Alianza. Se sentía orgulloso por haber superado la vida en situación de calle y sus adicciones. Consideraba que “cuando uno se propone hacer las cosas sí las puede hacer”. Era consciente de que los cambios no se alcanzan

⁹ Fundación Casa Alianza México es una institución de asistencia privada que apoya a niños, niñas y adolescentes, entre 12 y 18 años, que viven en situación de calle, a víctimas de abuso y de explotación sexual.

de la noche a la mañana; pensaba que el camino de recuperación es lento y difícil, con altibajos, dudas e incertidumbres. El riesgo de retornar a una situación de calle y a la adicción a sustancias ilícitas está latente. Por ahora sabe que, de consolidar su situación laboral y mantener el apoyo de sus abuelos y de la institución que lo orienta, podrá enfrentar las coyunturas difíciles.

No sabemos si Antonio, en un futuro, tendrá otra recaída. Aquí nos importa destacar que él ha demostrado capacidad para recuperarse frente a las dificultades, utilizando los recursos y apoyos a los que tiene acceso. Sus logros son resultado de la sinergia entre voluntad personal, soporte institucional y apoyo familiar. Sin estos dos últimos elementos, muy probablemente, como él mismo reconoce, todavía seguiría en situación de calle, pues la voluntad personal, desprovista de asistencia y orientación social y carente de soportes sociales, resulta insuficiente, como él mismo lo experimentó en varias oportunidades. Antonio representa aquellos casos que mediante sus elecciones y acciones demuestran una agencia orientada por la sobrevivencia, donde “todo se vale” para enfrentar las formas más extrema de marginación, pero también muestra un posible camino de salida de las rutas más extremas de destitución social.

En suma, todos los jóvenes que transitan por la ruta de la “recuperación” han vivido uno u otro tipo de escenarios críticos, asociados con la drogadicción, alcoholismo, la venta de sustancias ilícitas y hasta la privación de libertad. Estos entornos, aunados a las penurias económicas y a la violencia prevaeciente en sus hogares, han contribuido a la salida a temprana edad de la escuela y de la casa de los padres, lo que a su vez se asocia con sus bajos niveles de escolaridad y empleabilidad. Ellos utilizan a fondo los escasos recursos que tienen a su alcance, fantasean con el futuro, pero no consiguen elaborar un plan estructurado, pues carecen de los medios para realizarlo.

Estos jóvenes aumentaron sus posibilidades de desmontar las formas más extremas de marginación social gracias a los apoyos institucionales, lo cual constituye, sin duda, un punto de quiebre en sus biografías. Como sostiene Bynner (2001), nunca

es tarde para intervenir. Los factores de protección pueden revertir recorridos de marcada precariedad social, pero la amenaza de recaída es latente. El “rescate” no está garantizado. El futuro es incierto. Estos jóvenes están, de una u otra forma, atrapados en el presente, pues viven al día. Si se pierde la asistencia institucional, se erosionan los vínculos familiares y no se logra una inserción laboral favorable, pueden desencadenarse, de nueva cuenta, las dinámicas que favorecen la destitución social.¹⁰ Cabe añadir que las experiencias de este tipo son muy recurrentes entre sujetos pauperizados, cuyas vidas son proclives a quedar atrapadas en el “vórtice de precarización” que, por lo general, caracteriza las trayectorias de indigencia (Del Monte, 2018).

Los atrapados: cuando los apoyos institucionales son inexistentes

Al no contar con recursos personales, familiares ni sociales y al estar desprovistos de una red de soporte social, un grupo de jóvenes ha quedado “atrapado” en contextos de pauperización crónica. En varios de estos casos, la marginación constituye un hecho cotidiano. Aquí, el presente ofrece pocas oportunidades y el futuro está cancelado. Ellos/as parecen haber renunciado, a temprana edad, a un mejor porvenir. *Salir adelante* es algo que se transfiere a otros. La esperanza es depositada en hijos e hijas. Se anhela que ellos sí puedan superar su condición social.

Cuatro entrevistados, tres mujeres y un hombre, quienes residen uno en Monterrey y tres en la Ciudad de México, compar-

¹⁰ Entendemos la *destitución* como la forma extrema de la marginación social. Se trata de un estadio en el cual las personas experimentan un proceso de deterioro sostenido de su condición humana, producto de formas extremas de adicciones, el abandono social o la explotación sexual. Por lo general, conlleva la pérdida progresiva de la capacidad de pensar y actuar en el mundo sin comprometer la integridad personal. Supone, además, la ruptura de los soportes sociales básicos entre el individuo, su familia e instituciones, indispensables para la convivencia social. Así, cuando se alcanza este estadio, el entorno social es percibido como hostil, las privaciones sociales se tornan extremas y la agencia humana queda comprometida.

ten el riesgo de desafiliación social. Sus edades abarcan un rango que va de los 23 a los 31 años. Están casados o son solteros con hijos. Además, han estado envueltos en un torbellino de desventuras y prácticamente no disponen de medios económicos ni emocionales para contrarrestar los obstáculos que afrontan, lo cual retrata, con precisión, dinámicas asociadas con procesos de entrapamiento social (Bowles, Durlauf y Hoff, 2006).

Las privaciones extremas son una constante, desde la niñez hasta el presente. Dos testimonios revelan la severidad de tales carencias a temprana edad. Nadia (29 años), de la Ciudad de México, ama de casa, con secundaria incompleta, padre ausente y madre cocinera, nos comparte, refiriéndose a la situación de su familia de origen, que “la economía era muy... muy escasa porque a veces teníamos [comida], a veces no”. Las palabras de Lucelia (23 años), de la Ciudad de México, vendedora ambulante sin estudios, con padre campesino, son aún más elocuentes:

pues a veces era un poco triste, digo pues no había de que comer, y, este, a veces mi mamá estaba moliendo los nixtamales y estaba haciendo las tortillas y a veces que no... mi papá también trabajaba pa' nosotras y a veces alcanzaba, y a veces no, y nosotros somos, como somos muchos y ya como que no nos alcanzaba para todos en familia...

El curso de vida de los y las jóvenes que conforman este tipo están signadas por las desdichas múltiples y persistentes. En su mayoría —al igual que en el caso anterior— han vivido entornos familiares conflictivos, marcados por ausencia de uno o de ambos progenitores, ya sea por muerte, abandono o alcoholismo. En el caso de las mujeres, se suma el abuso sexual de algún familiar cercano. La mayoría se vio forzada a truncar su formación escolar sin siquiera concluir la secundaria, lo cual los posiciona en una situación de gran rezago educativo y limita sus oportunidades laborales, en contextos laborales altamente credencializados (véase capítulo cinco).

Todos han transitado muy precozmente por eventos vitales críticos, como desafiliación escolar, inicio de la actividad laboral, salida de la casa de los padres, embarazo y nacimiento de hijos. La presencia creciente de adversidades, aunada a la entrada o salida a temprana edad de roles institucionales, como sostienen Pearlin y Skaff (1996), pueden acelerar y acentuar sus efectos perjudiciales en situaciones de precariedad crónica. Sus itinerarios ocupacionales han sido extremadamente precarios, que garantizan únicamente ingresos de subsistencia en ocupaciones como niñeras, vendedoras ambulantes, empleadas domésticas, limpiaparabrisas en vía pública o realizando una multiplicidad de “chambas” diarias.

Esta ruta se asemeja a una calle sin salida, en la cual los individuos se encuentran “atrapados”, en tanto que no visualizan caminos alternos, ni disponen de recursos para emprenderlos cuando emergen, a cuentagotas, algunas oportunidades. A diferencia de los “rescatados”, en este caso, los soportes familiares han sido escasos y los institucionales inexistentes. No hubo en sus biografías un punto de quiebre en la espiral de desventajas sociales. Al contrario, se fueron desplegando bajo la lógica de secuencia en cascada, lo que dio lugar a una concatenación de eventos adversos cuyos efectos negativos se entrelazan, dando lugar a la formación de una constelación dinámica de desventajas que, al interactuar entre sí, potencian sus efectos adversos.

En su experiencia, la familia de origen actuó como un factor de riesgo, desprotección y un ámbito generador de vulnerabilidades. Ante ese hecho y la ausencia de una red de contención social, estos y estas jóvenes tuvieron que hacerse cargo de su propia sobrevivencia a muy temprana edad. Su realidad se ubica en los bordes de la destitución social y su agencia se despliega, en su totalidad, en la búsqueda permanente de medios para la manutención cotidiana. Ellos y ellas recurren, con mucha frecuencia, a la generación de ingresos combinando tanto actividades legales como ilícitas. En su lógica de acción, la transgresión es legitimada siempre y cuando se torne efectiva para el propósito subyacente: obtener ingresos para satisfacer nece-

sidades vitales de primer orden de la unidad doméstica. En este sentido, es muy similar a lo que Kessler (2010) denomina como “la lógica del proveedor”. Ésta legitima el ingreso en función de su uso y no de su origen. El ingreso se considera legítimo, con independencia de la forma en que se obtuvo, si contribuye a la satisfacción de necesidades básicas del sujeto proveedor y de su familia.

El relato de María José, una joven de 31 años, quien reside en Monterrey, con estudios de secundaria inconclusos, jefa de hogar, con una hija adolescente, nos permite visibilizar la constatación de desventajas que, una vez en marcha, resulta muy difícil de superar a pesar de los esfuerzos, expectativas, sueños y fantasías que puede plantearse el sujeto. Sus infortunios han sido numerosos. Además de las necesidades económicas y del abandono del padre, en su infancia, ella habla de varios momentos de inestabilidad en su vida. María José enfrenta una *cadena de contingencias*, para utilizar la expresión propuesta por Hatch (2005), en la cual cada problema es ultrapasado por otro en un despliegue creciente de desdichas.

Hasta los 6 años, María José vivió con sus abuelos, pues su madre no la podía cuidar porque trabajaba vendiendo comida en un mercado; las jornadas eran extensas y los ingresos magros. Su abuelo tenía un taller de pintura y la abuela se dedicaba a las tareas del hogar. Su padre fue una figura ausente. Ella lo conoció, por primera vez, cuando tenía 13 años, trabajaba como vigilante. Nunca la reconoció como hija ni le brindó algún tipo de apoyo. La situación económica siempre fue muy difícil. Su progenitora, con gran esfuerzo, cubría sus gastos de alimentación, “pero lo demás sólo cuando el dinero alcanzaba”.

Años más tarde, su madre se vuelve a casar y María José regresa a vivir con ella. En su nuevo ambiente doméstico, fue víctima de abuso sexual por parte del padrastro, lo cual le deja profundas huellas en su vida. La joven comenta: “¿Lo peor que me ha pasado?, el abuso de mi padrastro, la incomprensión de mi mamá...”. De hecho, narra que su madre reaccionó en su contra cuando le comentó el abuso sexual del que fue víctima,

retirándole su protección, lo cual la expuso a múltiples formas de violencia doméstica. Ninguna persona o institución la apoyó ni orientó para sobrellevar esta experiencia traumática. La herida aún no está obturada. Sin ningún tipo de atención especializada, el daño permanece activo y se deja entrever a lo largo de su relato.

La trayectoria escolar de María José es corta. Se interrumpió al concluir la secundaria por razones imputables a la organización y el funcionamiento del sistema escolar mexicano. Su intención era seguir estudiando la educación media superior, pero restricciones de oferta (la falta de cupo) no le permitieron ingresar oportunamente, teniendo que retardar la entrada programada durante un semestre. En este ínterin, a la edad de 15 años, se embaraza e interrumpe de forma definitiva su trayectoria escolar. Su historia empieza a transcurrir por nuevos senderos. Un año después, decidió vivir en unión libre con el padre de su hija. Así logra la tan anhelada independencia residencial respecto a la casa de su madre y padrastro. Por un tiempo vivió con su suegra, después rentó un cuarto en la casa de unas tías de su pareja. Casi de inmediato, su compañero es privado de libertad por cometer delitos graves; su condena fue de siete años. Durante su ausencia, ella asume, sin apoyo alguno, la crianza de su hija, haciendo lo que podía para sobrevivir, combinando actividades lícitas e ilícitas de generación de ingreso. Finalmente, cuando su pareja es liberada, la abandona. La separación aconteció cuando su pareja se enteró de que ella, para sobrevivir, se dedicó al trabajo de sexoservidora. Ella se sintió sola, desprotegida y traicionada.

A lo largo de su recorrido laboral María José ha combinado jornadas diurnas y nocturnas, cambiado constantemente de empleos y diversificado sus ocupaciones en búsqueda de mejores salarios. A los 18 años, cuando su hija tenía 2 años, empezó a trabajar como empleada doméstica, con el fin de asumir la manutención de su hogar. Después, fue vendedora de diversos productos. En seguida, laboró en una maquiladora, pero fue despedida por “recorte de personal”, en el contexto de procesos

de reestructuración industrial guiados por la introducción de sistemas flexibles de gestión de la mano de obra. También se empleó como demostradora, puesto en el que no estuvo mucho tiempo debido al carácter esporádico de las promociones. Posteriormente, trabajó como ayudante en un taller de tornos, viéndose forzada a renunciar al ser víctima de acoso sexual por parte del patrón.

Finalmente, se dedicó al oficio de “fichera”.¹¹ Esta ocupación, que empezó a los 22 años, la realizaba, en un inicio, sólo los fines de semana, después todas las noches y, por último, tres noches por semana. Su remuneración varía según el número de clientes y del tipo de servicio. María José relata que a una fichera los clientes le pagan diez pesos por canción bailada y cien pesos por la hora de compañía en la mesa. Indica que puede ganar cerca de 1 200 pesos por tres noches. Cuando se acepta salir con el cliente se puede ganar entre trecientos y quinientos pesos. Ella es consciente de que su oficio porta un estigma social, que la expone a ambientes de riesgo, tanto como a condiciones desgastantes de trabajo nocturno.

Al momento de la entrevista, además de este oficio, ayudaba a una señora haciendo limpieza. No tenía prestaciones ni estabilidad en ninguno de sus trabajos. Su porvenir es incierto. Ella cree que a base de sacrificios ha conseguido sacar adelante a su hija. Se siente vulnerable, teme ser discriminada en un futuro, a medida que avanza su edad: “los clientes prefieren mujeres jóvenes”. Además, juzga difícil conseguir empleo en las fábricas por la importancia que se le confiere a la edad como criterio de contratación.

A lo largo de su curso de vida, María José no ha contado con protección, ni familiar ni institucional. Sólo los abuelos la acogieron, en su niñez, en su casa y, años más tarde, al establecer una unión libre, estuvo un tiempo viviendo en la casa de su

¹¹ Según el DEM, “fichera” es una “mujer que se dedica a acompañar a los clientes de un bar, a bailar y a beber con ellos, a la que entregan una ficha por cada periodo de tiempo o por cada bebida ordenada”. En la práctica, esta actividad puede ser el prelude de la prestación de un servicio sexual.

suegra. Fuera de esto, se ha sentido desamparada, abusada por el padrastro, violentada por su madre y acosada sexualmente, en varias ocasiones, por sus empleadores.

Ella sueña con formar un hogar, entablar una relación con una pareja responsable, que la acepte, esté a su lado y la apoye; tener casa propia y otro hijo. Igualmente fantasea con la posibilidad de tener su propio taller de costura, “hacer vestidos de novia y de fiestas de quince años”, añorando lo que le fue privado en su juventud, pero sabe que estos sueños están lejos de su alcance. En la práctica, concentra toda su energía en gestionar los medios indispensables para brindar a su hija mejores condiciones y mayores oportunidades de vida. Si lo logra, comenta, se sentirá realizada. No tiene un plan a futuro. Deja al azar la realización de sus sueños y anhelos. Su prioridad es velar por el bienestar y desarrollo de su hija, su desarrollo y bienestar personal han sido relegados a un segundo plano.

La joven ha ejercido, a lo largo del tiempo, una agencia adaptativa, orientada a la sobrevivencia cotidiana. Ha utilizado los pocos recursos que tenía en sus manos: la capacidad de lucha, su juventud y habilidades aprendidas en su proceso de socialización, como saber realizar los quehaceres domésticos, conocer algo de costura y tener facilidad para el baile, para su manutención y la de su hija. Intentó otra ruta de vida, ligada a trabajos en otras actividades productivas, mas no lo logró. En algunas oportunidades fue por razones imputables a la organización y dinámica de los mercados de trabajo; en otras, por las prácticas de acoso sexual de los empleadores que ella no tolera. De ahí que se tornará “fichera” por necesidad. Hoy en día, aunque le gustaría redefinir su inserción ocupacional, lo considera inviable. Carece de un buen nivel educativo, cualificaciones laborales, apoyos familiares o institucionales y sus redes sociales están acotadas al giro nocturno.

Al igual que María José, los otros jóvenes que transitan por esta ruta han padecido múltiples carencias extremas, abusos, maltratos y violencia en el seno de sus hogares. No contaron con el soporte de sus familias, por problemas de abandono, muer-

te o enfermedad de sus padres o madres. Tampoco han tenido acceso a programas sociales por parte de instituciones públicas, privadas o no gubernamentales. Han encarado los problemas a partir de la movilización de su capacidad de actuar en el mundo con sus escasos recursos. Adicionalmente, asumieron responsabilidades en el terreno de la maternidad o paternidad siendo adolescentes, lo cual los y las ha obligado a velar por el bienestar de sus hijos e hijas, en quienes depositan la esperanza de un mejor futuro. La constante lucha por generar recursos para su subsistencia truncó sus trayectorias escolares y les imposibilitó aprender un oficio. La inestabilidad laboral y la inseguridad económica han marcado sus trayectorias de vida.

Se trata, en síntesis, de sujetos que fueron abandonados, desde temprana edad, a su propia suerte. En estas circunstancias, es comprensible que hayan recurrido a generar recursos por medio de la combinación del trabajo remunerado con comportamientos de transgresión económica. Sus caminos trazan una estela biográfica que va de la precariedad hacia la marginación y donde la constelación de problemas es de tal magnitud que se sienten asolados. El futuro, a decir de uno de ellos, es un lujo que no pueden darse. Está fuera de su alcance.

A MANERA DE CIERRE

El análisis realizado permite identificar, en el plano conceptual, un conjunto de elementos críticos asociados con la acumulación de desventajas que, en su forma extrema, pueden desembocar en procesos abiertos de desafiliación social.

En el conjunto de los casos analizados se observa cómo la *exposición prolongada a situaciones de pauperización crónica* durante la infancia y la adolescencia causa efectos negativos en las oportunidades reales que los sujetos tienen para planear su porvenir, definir un sendero de vida constructivo y desarrollar acciones de cara al logro de las metas trazadas. Predominan, en los relatos, circunstancias asociadas con la reproducción intergene-

racional de las desventajas e incluso con dinámicas de mayor deterioro que abren las puertas a probables senderos de marginación. En este sentido, nuestros hallazgos son consistentes con una amplia bibliografía especializada en la materia (Duncan y Brooks-Gunn, 1997; Assis, 1999; Esping-Andersen, 2004; Yaschine, 2015; Bowles, Durlauf y Hoff, 2016; Gorman, 2017).

En cuanto al *rol de la familia*, el análisis muestra el papel ambivalente del entorno familiar: no es homogéneo. Por el contrario, desempeña acciones complejas y contradictorias. En unos casos, como los analizados en el capítulo previo y en el próximo, constituye un verdadero soporte; un recurso vital para *salir adelante en la vida*. En otros, como los analizados en este capítulo, por el contrario, se erige como un espacio propicio para el ejercicio de la violencia y la desprotección. Éste parece ser el patrón típico de los sujetos atravesados por dinámicas de destitución social que sobrepasa su agencia individual.

Para “los rescatados” y “los atrapados”, la familia de origen no sólo impuso condiciones muy precarias, lo cual limitó sus posibilidades de desarrollo, sino que constituyó una fuente generadora de mayores obstáculos. El abandono, la violencia física extrema y el abuso sexual constituyen elementos presentes en los patrones de convivencia en el hogar. Como resultado, casi siempre aconteció una ruptura precoz con el núcleo doméstico de referencia, perdiendo la única fuente de apoyo a su alcance.

Cuando la mirada se amplía a otros parientes —tíos, abuelos, primos— emergen posturas contradictorias. Para unos casos, los parientes cercanos, en especial las abuelas y los abuelos, constituyen un recurso de sostén emocional y material al que se acude para enfrentar circunstancias de apremio. Sin embargo, se observaron escenarios donde la presencia de estos parientes, en particular de varones adultos, tiene consecuencias negativas, ya sea porque exponen a las y los jóvenes a climas sociales adversos como la violencia, introducen elementos de socialización que ponen en riesgo su desarrollo a temprana edad como el alcoholismo, la drogadicción y los conflictos con las autori-

dades, o porque fueron protagonistas de abusos severos como el maltrato físico y la agresión sexual.

Téngase en consideración que, ante la debilidad del sistema institucional de protección social en México, la unidad doméstica, tanto de origen como la extensa, constituye el único recurso de cobijo. Su pérdida implica, en los hechos, quedar expuesto a un entorno que es no sólo indiferente, sino también hostil ante la presencia de estas poblaciones. Cuando esta desvinculación acontece en la niñez o adolescencia, implica el desamparo. Por lo general, como hemos mostrado, esto da lugar al surgimiento de una cascada de eventos críticos, cuyo desenlace produce la presencia progresiva de vivencias negativas que trascienden, con creces, las formas más extremas de pauperización. Si ello acontece, las necesidades socioeconómicas severas se transforman, con rapidez, en biografías signadas por la dependencia de sustancias psicoactivas ilícitas, el involucramiento en actividades ilegales para generar ingresos, combinado con la mendicidad y el trabajo ocasional; en el caso de las mujeres, se suma, además, la prostitución inducida por razones de subsistencia.

En el *campo educativo* se observa que las y los sujetos con privaciones extremas quedaron marginados del sistema educativo a temprana edad. En consecuencia, su nivel de escolaridad es muy bajo y no los habilita para lograr un buen trabajo, en un contexto laboral con escasas oportunidades para este tipo de población. Esto constituye, sin duda, un hecho que limita su desarrollo personal, restringe sus posibilidades para ejercer sus derechos ciudadanos y reduce sus oportunidades ocupacionales presentes y futuras.

Cabe añadir que la desafiliación escolar de este grupo es el resultado de la convergencia de varios aspectos. Por un lado, las severas privaciones socioeconómicas están presentes como móvil de la finalización prematura de la formación educativa. Por otro, un evento catastrófico inesperado que implica una abrupta pauperización familiar, lo cual impide continuar los estudios, por ejemplo, la muerte, el abandono o la privación de la libertad del principal proveedor de la unidad doméstica. Ade-

más, algunos padres/madres mostraron tener una valoración muy baja de la institución escolar como un factor relevante en la vida de sus hijos e hijas. Finalmente, también hay quienes se enfrentaron a problemas de acceso a la escuela producto del propio diseño institucional.

En ninguno de los casos analizados, la pérdida del lazo institucional con el sistema educativo fue resultado de una acción intencional. Siempre medió en esta ruptura un factor estructural que, en la práctica, impuso una restricción insalvable para estos y estas jóvenes. La pérdida de este vínculo institucional no sólo implicó una baja formación educativa, también conllevó la desaparición de un ámbito de protección social. La desafiliación escolar implicó la oclusión de un entorno cuya dinámica posibilita el desarrollo humano, un sentido de identidad, el reconocimiento social positivo y un vehículo para canalizar acciones redistributivas centradas en el bienestar del individuo.

El tipo de intervención que se suele priorizar en las políticas públicas para romper los procesos de transmisión intergeneracional de la pobreza, a saber, la inversión en capital humano, muestra sus límites en los casos analizados. Vale la pena tener presente el recuento crítico que hace Esping-Andersen (2005) sobre los límites de las políticas sociales que buscan promover mayor equidad social por la vía de la ampliación de las oportunidades educativas de los estratos de menores recursos. Sus principales hallazgos resaltan la importancia de realizar inversiones en las familias en fases previas al inicio de la formación escolar de las personas jóvenes. En casos extremos, como los aquí observados, esta estrategia basada en la formación de recursos humanos podría resultar insuficiente por las razones antes expuestas. Para que este tipo de intervención alcance el propósito buscado se requiere que los individuos, al igual que en la ruta denominada “los esperanzados”, tengan amplias expectativas de seguir con sus estudios y cuenten con los recursos que les permita retomar sus trayectorias escolares y vivir en un núcleo doméstico que actúe como factor de protección. Esto

último, como hemos visto, para “los rescatados” y “los atrapados” constituye un evento poco probable ya que muchos se vieron forzados a romper los vínculos familiares en busca de la autoprotección. Mientras que, en otros casos, el ambiente de socialización al que están expuestos, la imperiosa necesidad de colaborar en la generación de ingresos para la manutención del hogar y la convivencia en localidades con alto grado de marginación social definen un contexto adverso a las trayectorias escolares prolongadas.

En relación con los *mercados de trabajo*, sus itinerarios dejan ver cómo la nota predominante es la inserción precoz en actividades precarias que dan lugar, en la mayoría de los casos, a itinerarios caracterizados por la inestabilidad, inseguridad y desprotección que no propician la acumulación de conocimientos, habilidades y destrezas susceptibles de aumentar los bajos niveles de empleabilidad que, a duras penas, han logrado agenciarse. En ninguno de los casos se reporta el trabajo como un ámbito que posibilita superar las privaciones socioeconómicas de origen, incluso como un espacio de satisfacción y desarrollo individual. Su relación con el mundo del trabajo es instrumental. Éste constituye un medio para la generación de ingresos indispensables para vivir, lo que resulta fundamental, pues su agencia se organiza en torno a la sobrevivencia. Trabajar es, en la mayoría de los casos, hacer lo que se puede, y, en las situaciones más extremas, incluso la transgresión es considerada como una forma de trabajo legítima.

Pocos son los que han podido superar esta visión instrumental del trabajo, para pensar en otras posibilidades, como la de capacitarse en un oficio, iniciar un negocio por cuenta propia o acceder a un programa de capacitación para el empleo. Sus escasos recursos y su precario recorrido ocupacional los posicionan en una condición de alta fragilidad en el mercado laboral. Sin intervenciones externas su condición de mano de obra excedentaria y en varios casos redundante, difícilmente será revertida. Por tal razón, es probable que sus biografías sigan transitando por los senderos de la marginación social.

El *papel de las instituciones sociales* no es menos relevante en el proceso de producción, reproducción o superación de las adversidades acumuladas. Al respecto, el análisis permite concluir que, en el caso de los sujetos que estuvieron expuestos a cuadros crónicos de pauperización durante la niñez y la adolescencia, las instituciones públicas y privadas pueden ser trascendentales. Cuando estas instituciones proporcionan apoyo, recursos y orientación, su influencia resulta positiva para fomentar procesos de inclusión social. En ausencia de apoyos institucionales, los relatos demuestran que, las y los jóvenes no lograron contrarrestar sus adversidades y entran en derroteros de franco deterioro social. Éstos desembocan en dinámicas autodestructivas, como lo constatan los casos con problemas agudos de adicciones o quienes sufrieron privación de la libertad por desarrollar actividades ilícitas para generar ingresos.

Al final, la reconstrucción de los relatos evidencian que, para los individuos que proceden de hogares pauperizados de las clases trabajadoras, la ocurrencia de *eventos-transición vitales* a edades muy tempranas puede contribuir al incremento de dificultades. De manera tal que el ingreso precoz al campo laboral, la paternidad o maternidad a temprana edad, la “autonomía residencial” en la niñez o en la adolescencia constituyen eventos vitales difícilmente remontables en fases posteriores. La acumulación de tales desventajas puede marcar completamente el curso de vida de las personas. En ausencia de acervos económicos, sociales y culturales para sobrellevar las adversidades heredadas, las posibilidades de *salir adelante* disminuyen de manera notable.

Sin embargo, no sólo los eventos-transición sociodemográficos pueden tener una marcada importancia al definir los caminos por los que transitan las y los jóvenes de extracción popular que han vivido procesos de adultez forzada. Además, acontece lo mismo cuando ocurren *eventos familiares catastróficos* que minan el exiguuo patrimonio familiar. Entre ellos destaca la pérdida inesperada del proveedor o la proveedora principal de la familia.

A modo de cierre, debe subrayarse que los casos analizados han enfrentado a lo largo de sus vidas una constelación de desventajas, sin embargo, han seguido caminos distintos que podrán o no llevarles a alcanzar una mejor condición social en la adultez. Esto va a depender de las oportunidades que la sociedad les brinde, así como de la protección familiar e institucional a que tengan acceso, de sus decisiones y de las acciones que lleven a cabo en el presente para encarar el futuro.

En el caso de la ruta de los “esperanzados” el futuro dependerá, en gran medida, de sus posibilidades para retomar y culminar sus proyectos escolares y a partir de allí agenciarse un empleo que brinde estabilidad laboral, seguridad económica y protección social. Si ello no se concreta, su trayectoria, muy probablemente, desembocará en una situación similar a la observada entre los “atrapados”. En la ruta de los “rescatados” la clave se centra en lograr una inserción ocupacional que les ofrezca posibilidades de inclusión social. De no ser así, la amenaza de la recaída podría tornarse, de nueva cuenta, en un proceso con consecuencias aún más graves. La situación para quienes dan vida a la ruta de los “atrapados” podría ser más desfavorable aún. Carecer de sostenes sociales: familiar, institucional o comunitario, y continuar con privaciones socioeconómicas severas los pone en circunstancias de mayor apremio. Su baja empleabilidad y sus responsabilidades familiares los obligan a trabajar en lo que se presente. A diferencia de los otros dos grupos, su edad, ya más avanzada, no augura que tendrán la posibilidad de revertir una inserción ocupacional que, hasta la fecha, ha sido muy precaria. Todo parece indicar que “los atrapados” renovarán, en el siglo XXI, la iconográfica representación de la marginación social que, de forma magistral, nos legó Luis Buñuel en *Los olvidados*.

IV. LA EDUCACIÓN COMO PROMESA DE UNA VIDA MEJOR

INTRODUCCIÓN

LA EDUCACIÓN ES considerada como un factor estratégico del desarrollo y uno de los principales campos de intervención de la política pública para fomentar una mayor igualdad de oportunidades (Carnoy, 2004; Tedesco, 2004; López, 2007).¹

En México, lograr un alto nivel de escolaridad goza de un amplio reconocimiento social. Se sostiene que esta condición constituye una llave para acceder a puestos situados en las posiciones altas de la pirámide ocupacional y, por medio de ellos, lograr trayectorias profesionales exitosas y una vida digna, libre de privaciones sociales e incertidumbres económicas. Se trata, desde esta perspectiva, de un ámbito con potencial para el abatimiento de las desigualdades heredadas.

Muchos jóvenes de orígenes modestos reconocen que los estudios universitarios son el principal vehículo de superación

¹ Para un análisis crítico sobre la noción de igualdad de oportunidades y las políticas que la fomentan en sociedades con marcadas desigualdades de clase, véase Dubet (2011).

personal a su alcance. En su imaginario social, la obtención de un título universitario representa la promesa de un futuro mejor (Rubio, 2006). No obstante, estas expectativas pueden no verse satisfechas para el conjunto de universitarios que logran culminar una carrera profesional, en particular para quienes proceden de clases subalternas, familias indígenas y contextos locales con alto grado de marginación social y bajo nivel de desarrollo económico.

Los cambios desencadenados por las políticas de liberalización económica, privatización y apertura comercial, así como las prácticas de flexibilización de los procesos productivos y de las relaciones laborales, han generado nuevas situaciones de mercado. Éstas no siempre asignan recompensas altas y homogéneas al logro educativo. Por el contrario, pueden distribuir de manera diferencial las oportunidades de empleo, tanto para ocupar trabajos de calidad como para ingresar en rutas ocupacionales profesionalizantes (Estrada, 2007).

El esfuerzo educativo, de cara a obtener un título universitario, puede no rendir los frutos esperados. Al concluir sus licenciaturas, se supone que los individuos contarían con mayores recursos para acceder a empleos de calidad. Sin embargo, esto no siempre acontece. La investigación especializada ha constatado que las oportunidades laborales para las y los jóvenes profesionistas dependen del prestigio de la institución de la que egresan, la calidad de la educación recibida, el reconocimiento de mercado de la profesión elegida, el tipo de redes sociales, la estructura de oportunidades ocupacionales del entorno local y la adecuación de sus conocimientos y las competencias profesionales con las demandas de la economía globalizada (Muñoz Izquierdo, 1998; Rubio, 2006; Burgos, 2008).²

² Para una discusión sobre los factores sociales que pueden limitar la conversión de la educación superior en un recurso transable en los mercados de trabajo locales en México, véanse Muñoz Izquierdo (2001, 2006), Hernández (2004, 2012), Rubio (2006), Burgos (2008), Burgos y López (2010), Muñoz y Silva (2013) y OCDE (2019).

En este capítulo analizamos relatos de un grupo de jóvenes universitarias procedentes de familias que disponen de recursos socioeconómicos muy limitados. Se trata de seis mujeres jóvenes residentes en la ciudad de Oaxaca y una más que habita en la Ciudad de México. Estamos frente a un grupo selecto (véase cuadro 3 en el anexo). Es importante tener presente que, en México, solamente 5% de los hijos con padres sin escolaridad logra acceder al nivel de educación superior (Delajara *et al.*, 2018). Para estas jóvenes es más difícil concluir su formación universitaria, ya que muchas deben combinar trabajo y estudio para coadyuvar con la manutención de sus familias y autofinanciarse los costos asociados con la educación superior.³

El examen detallado de las narrativas de las jóvenes oaxaqueñas nos ha permitido dar visibilidad a un conjunto de aspectos que les ha posibilitado acceder a la educación superior, lo cual constituye un evento poco probable debido a su origen social: a) clima escolar en el hogar que fomenta una actitud favorable hacia la institución educativa como vía de superación personal; b) movilización de recursos de distintas fuentes —familiares, institucionales y personales— para tornar viable la formación escolar; c) capacidad de encarar y superar las adversidades personales, en gran medida, debido a que la familia actuó como espacio de protección y contención emocional; d) elaboración de planes orientados hacia un futuro mejor basado en la realización de una carrera profesional, y e) actitud positiva ante la vida y una agencia proactiva de cara al logro de las metas trazadas y para enfrentar las constricciones estructurales.

Estas jóvenes al ingresar a la universidad y cursar gran parte de la carrera elegida, obtuvieron un logro importante considerando su extracción social. Ellas han puesto de manifiesto un comportamiento resiliente al sortear múltiples obstáculos. En palabras de Rutter (2006), la *resiliencia* puede ser definida como la capacidad de reducir la vulnerabilidad frente a situaciones de

³ Un análisis pormenorizado del perfil de estudiantes universitarios con origen social semejante puede consultarse en De Garay y Del Valle (2012).

riesgo, superar la adversidad y obtener un resultado favorable. Nosotros argumentaremos que, para jóvenes de orígenes humildes, este comportamiento es favorable si y sólo si se combina con el acceso a una red más amplia de protección social.⁴ Por medio de la última se crean las condiciones indispensables para acceder a recursos que permiten dar viabilidad al esfuerzo individual de cara a la realización de las metas educativas personales. En su ausencia, este tipo de agencia rara vez logra alcanzar su cometido, lo que desencadena frustraciones crecientes, en particular cuando los sujetos ignoran las constricciones estructurales que actuaron en su contra.

Un patrón de resiliencia se manifiesta en presencia de atributos como el optimismo, la competencia intelectual, la introspección, el autocontrol, la perseverancia y la motivación orientada a la resolución asertiva de los problemas que afloran en el transcurso de la vida. De igual forma, es importante contar con un ambiente familiar y social propicio que permita al individuo sobreponerse a las experiencias desfavorables. Un hogar unido, solidario, afectuoso que, a pesar de sus privaciones socioeconómicas, ofrece contención y orientación emocional a sus hijos e hijas, sin duda, constituye un factor clave en el incremento de la autoestima y la seguridad personal; aspectos indispensables para el desarrollo de comportamientos resilientes (Masten y Garnezy, 1985; Werner y Smith, 1992).

Varios elementos señalados por Becoña (2006) han orientado nuestro análisis. Primero, la resiliencia no es conceptualizada como un atributo estático, sino como un proceso, un patrón de comportamiento que puede variar en el tiempo y en diferentes momentos del curso de vida (Luthar y Zelazo, 2003). Segundo, para gestar un patrón de resiliencia se requie-

⁴ Somos conscientes de los riesgos que conlleva el análisis unilateral de la resiliencia como recurso individual para sobreponerse a las adversidades de la vida, en particular en contextos de pauperización crónica, tal como lo ha argumentado González de la Rocha (2020). Empero, este elemento de la agencia humana no puede ser ignorado. Lo que se requiere, sostenemos, es evitar el riesgo que conlleva una mirada unidimensional y unilateral de esta temática.

re la presencia tanto de factores de riesgo como de protección que contribuyan a la obtención de un resultado positivo, o que eviten un resultado negativo (Fergus y Zimmerman, 2005). Tercero, entre los eventos vitales adversos que han sido estudiados se hallan el divorcio de los padres, su muerte o enfermedad discapacitante, el abuso sexual, la violencia doméstica, el abandono, las condiciones de pobreza y los conflictos sociales (Garmezy y Masten, 1994). Cuarto, la interacción entre diversos elementos de riesgo puede llevar a potenciar sus efectos de forma exponencial (Fergusson y Lynskey, 1996). Quinto, entre los elementos de protección se identifican el respaldo de los padres o de otras personas, como maestros o mentores,⁵ así como el auxilio proveniente de organizaciones comunitarias o programas sociales (Garmezy, 1993). Sexto, la resiliencia puede estar presente en un dominio de la vida, pero no en otros. Por esta razón, algunos autores distinguen entre varias formas de resiliencia: educativa, emocional o conductual (Luthar, Cicchetti y Becker, 2000).

A partir de estos señalamientos organizamos la sistematización y el análisis de los relatos de las jóvenes oaxaqueñas en torno a los *factores de riesgo* que fueron superados y a los *factores de protección* vinculados a los apoyos familiares, comunitarios e institucionales. Asimismo, destacamos algunos rasgos individuales que propiciaron sus conductas de resiliencia. El caso de la joven residente de la Ciudad de México lo presentamos al final para mostrar los límites de los comportamientos resilientes cuando los soportes sociales se erosionan, evidenciando el peso de los constreñimientos sociales.

⁵ Véase Lareau (2015) para un análisis del rol estratégico que cumplen los mentores en la transmisión de conocimientos sobre las normas y formas de operación de las instituciones educativas, así como en la apertura del rango de oportunidades educativas y laborales para jóvenes de extracción popular.

LOS FACTORES DE RIESGO

Los riesgos sociales engloban rasgos, eventos, circunstancias o contextos que pueden llevar a incrementar la probabilidad de resultados negativos o no deseados; constituyen obstáculos que impiden o dificultan al individuo alcanzar sus metas o atentan contra su desarrollo pleno (Masten, 1994). Ningún factor de riesgo es intrínsecamente una amenaza, ello dependerá del entorno social y cultural, de las situaciones particulares y de los recursos del individuo (Ungar, 2013).

Inicialmente, abordamos los riesgos relacionados con las condiciones de privación económica, la dinámica familiar y la precariedad laboral. Asimismo, examinamos cómo la imbricación de las inequidades étnicas con las carencias económicas y los roles de género contribuyen a potenciar los obstáculos que enfrentan las jóvenes indígenas para proseguir su trayectoria escolar.

Posteriormente, nos referimos, brevemente, a los riesgos relacionados con aspectos derivados del sistema escolar, como la escasa oferta educativa en las áreas más pobres, la deficiente calidad de la enseñanza y el ausentismo de los maestros. Asimismo, en algunos casos, los usos y las costumbres prevalecientes en las comunidades indígenas y la socialización orientada a la reproducción de los roles de género crean obstáculos adicionales con un marcado sesgo en contra de las mujeres. Por último, los conflictos sociales locales pueden constituir obstáculos al restringir el acceso a los centros de enseñanza y atrasar el calendario escolar. Sin embargo, estas trabas pueden ser contrarrestadas o sus efectos atemperados por la presencia de otros elementos que ejercen un rol protector.

Experiencias de riesgo vinculado a la familia, el trabajo, el origen étnico y el género

Las seis jóvenes oaxaqueñas cuyos relatos examinamos provienen de núcleos domésticos inmersos en situaciones de

pauperización extrema agudizada por la presencia de eventos catastróficos, como la enfermedad o muerte del principal proveedor, dinámicas asociadas con el abandono paterno, la pérdida de los vínculos primarios acontecidos por la migración hacia las ciudades y la discriminación por razones étnicas y de género.

Las hondas carestías sufridas en la infancia forzaron a estas jóvenes a iniciar, a temprana edad, su participación económica. Sus trayectos escolares y laborales están superpuestos desde la niñez. Además, ellas se vieron forzadas, por circunstancias familiares y patrones culturales, a asumir la responsabilidad de las tareas domésticas y de cuidado de otros miembros del hogar. Por lo general, desempeñaron un rol protagónico en la crianza de sus hermanos menores. Al incursionar en el mundo del trabajo, sus itinerarios ocupacionales se caracterizaron por las formas más extremas de precariedad, transformándose así en un obstáculo para superar las adversidades resultantes de las escasas opciones y las pésimas condiciones de trabajo prevalentes en sus entornos laborales.

Las jóvenes, al carecer de experiencia y capacitación, fueron utilizadas como mano de obra barata, quedando expuestas a situaciones de explotación por parte de sus patrones. En ninguno de los casos analizados firmaron un contrato, accedieron a las prestaciones básicas, gozaron de seguridad social o percibieron una remuneración acorde con lo establecido por la ley en la mayoría de sus empleos. Asimismo, la mayoría de los relatos visibilizan que, en varios empleos, ellas fueron objeto de discriminación, acoso sexual y maltrato por parte de sus empleadores. Las asimetrías de poder existentes en este ámbito les impidieron resistir y modificar tales abusos.

Ellas han tenido ocupaciones de campesinas, empleadas domésticas, dependientas de papelerías o cafeterías, niñeras, meseras, auxiliares de oficina, edecanes. Muchas de estas actividades acontecieron los fines de semana, durante las vacaciones o en jornadas de medio tiempo, para obtener recursos económicos indispensables para aportar a la escuálida economía del hogar y atender algunas necesidades propias.

Empero, pese a los rasgos compartidos, estas jóvenes se distinguen porque unas provienen de familias de clases trabajadoras pauperizadas, mientras que otras proceden de familias indígenas en pobreza crónica, radicadas en localidades con alto grado de marginación social. Para resaltar las especificidades de cada uno de estos subgrupos, los examinamos de forma separada.

Las jóvenes de familias de clase trabajadora

Las historias de las tres jóvenes oaxaqueñas de origen de clase trabajadora permiten mostrar cómo el deterioro de las condiciones de vida derivado de eventos familiares, como el abandono, la muerte o enfermedad de un progenitor, conduce al incremento de las necesidades económicas del núcleo familiar, aspecto que, a su vez, ejerce una presión hacia la inserción precoz en la fuerza laboral de las jóvenes. Se trata de riesgos que se concatenan generando una amenaza a la continuidad de la formación escolar. Las biografías de Samanta (20 años), Paula (22 años) y Casandra (25 años) dan visibilidad a distintas circunstancias familiares y laborales que propiciaron la acumulación de diversos tipos de desventajas que ellas han encarado para proseguir con sus estudios.

Los relatos de Samanta muestran que las relaciones en su casa eran conflictivas. Su progenitor, un hombre violento y alcohólico, golpeaba a la madre y no siempre aportaba ingresos para sufragar los gastos del núcleo doméstico. La situación empeoró durante su infancia después del fallecimiento de su padre. En seguida, los escuálidos ingresos familiares se vieron aún más diezmados a raíz de que su madre enfermó. Por estas razones, desde su niñez, la joven tuvo que combinar sus estudios con el desempeño de un papel protagónico en las tareas del hogar. Su ingreso a la fuerza de trabajo inició a los 14 años. Desde entonces ha transitado por un camino laboral empedrado, en el que la única constante ha sido la precariedad de las diversas ocupaciones en que se ha desempeñado. Trabajó como niñe-

ra los sábados y domingos, y como vendedora en una dulcería durante los periodos vacacionales. A los 18 años fue contratada en un despacho contable, pero tuvo que “renunciar” por el acoso de su jefe. Posteriormente, se empleó, durante tres años, en una bodega de fertilizantes. En una ocasión vio un anuncio para una vacante de auxiliar de oficina con un mejor salario. Se interesó y recabó información. Infelizmente se trataba de un fraude mediante el cual les pedían dinero a los postulantes, pero el empleo ofrecido era inexistente.

Al momento de la entrevista ella había conseguido un puesto como auxiliar contable. Tuvo acceso a ese empleo gracias a que cursaba el sexto semestre de contaduría en una institución pública. Pese a que su unidad doméstica experimentó dificultades económicas muy agudas, ella nunca suspendió su trayectoria escolar. Logró, con gran esfuerzo personal, combinar el trabajo extradoméstico, los quehaceres del hogar y su formación educativa.

Por su parte, la condición económica de Paula también se fue haciendo más difícil con el pasar de los años. Sus padres, quienes vivían en un pueblo de la sierra, decidieron comprar un terreno y construir una casa en la ciudad de Oaxaca, pero los recursos disponibles para emprender ese proyecto fueron insuficientes. Como consecuencia, la familia tuvo que destinar una proporción significativa de sus ingresos, durante muchos años, a la construcción progresiva de la vivienda. Los ingresos familiares eran insuficientes para cubrir los costos de la educación de Paula. Para evitar que Paula interrumpiera sus estudios, sus progenitores decidieron, sin consultarle, enviarla a un internado, ya que ahí esos costos serían cubiertos por una orden religiosa. La joven tuvo que migrar, a los 15 años, a la ciudad de Reynosa, a vivir en un internado de monjas. En el internado ella tuvo que sobrellevar una carga excesiva de trabajo, al grado que, según relata, estuvo a punto de truncar su trayectoria escolar. Tenía que levantarse a las cuatro de la mañana para limpiar todas las instalaciones, incluyendo las aulas. Después de las clases tenía que realizar múltiples quehaceres

domésticos, en el mismo internado, para cubrir los costos asociados con sus estudios.

De regreso a su pueblo ingresó a trabajar, por un año, como empleada doméstica, donde percibe, además del salario, casa y comida. Renunció a ese empleo al entrar a la universidad en la ciudad de Oaxaca. Con el fin de sufragar sus gastos, por las tardes labora como empleada en una papelería y los fines de semana hace lo propio en una cafetería. Cuando la entrevistamos seguía despachando en la cafetería y, además, era ayudante en una galería de arte. Pese a sus precarias condiciones laborales, su trabajo ha sido fundamental para cubrir sus costos escolares, de manutención y contribuir a la economía familiar.

En el caso de Casandra, las precarias condiciones de vida asumen otros matices, dado que su padre no vivió con la familia porque trabajaba fuera del pueblo e iba muy poco a verlos. Él era mecánico en refrigeración. Aportaba recursos para la manutención cotidiana pero, en palabras de la joven, el dinero disponible no era suficiente para cubrir sus necesidades: “Y entonces... esos eran los pleitos que ella [la madre] tenía con mi papá, ¿no? Cuando él venía ella decía ‘es que no me alcanza...’, pero ella nunca nos dijo a nosotros directamente que no le alcanzaba”.

En un intento de cooperar para paliar las privaciones del hogar, Casandra empezó a trabajar, a los 12 años, en el restaurante de un tío y después fue vendedora en una tienda de ropa propiedad de su padrino. Desde los 16 y hasta los 18 años laboró como edecán en diferentes establecimientos. A partir de los 18, durante dos años, a cambio de algún ingreso vendía suscripciones para un periódico. El trabajo era de tiempo completo, pero no tenía una remuneración fija, ni un salario base.

Casandra además tuvo que lidiar con el autoritarismo de su padre, quien trató de imponerle la carrera una vez que ingresó en la universidad pública. Como ella se resistió a esta coacción, él decidió no brindarle ningún tipo de apoyo económico. Por ello, al terminar la preparatoria tuvo que suspender sus estudios por dos años. Posteriormente, ingresó a trabajar para financiarlos. Durante un largo periodo se dedicó al comercio al

menudeo: vendía perfumes de manera “informal” para subsistir y sufragar los gastos asociados con su educación superior. En los últimos años de su licenciatura, se desempeñó como becaria en varios proyectos de investigación.

Cassandra, al igual que Paula, reconoce que, en su caso, el trabajo ha sido fundamental para costear su manutención y los gastos de sus estudios, aunque haya tenido que aceptar malas condiciones laborales. En su caso, trabajo y estudio son dos actividades que ella ha aprendido a sobrellevar simultáneamente. Sin la primera, la segunda no es viable, y, sin el proyecto de vida que alimenta la segunda, no soportaría los sacrificios y las vejaciones que ha tenido que soportar en diferentes empleos.

Estas tres historias evidencian cómo las privaciones económicas empeoran frente a coyunturas familiares adversas como la ocurrencia de eventos catastróficos (abandono, muerte, enfermedades), el emprendimiento de proyectos que sobrepasan las capacidades financieras de la familia, pero que constituyen una aspiración central en el proyecto familiar, y la insuficiencia de los recursos proporcionados por el jefe del hogar debido no sólo a situaciones de desempleo o muy bajos salarios, sino también por su constante ausencia del hogar familiar.

Como resultado de las carencias económicas estas jóvenes tuvieron que ingresar a corta edad a la fuerza de trabajo con el fin de generar recursos para costear sus estudios y contribuir a la alicaída economía familiar. Debido a su condición de mujer, también se hicieron cargo de las labores de la casa y el cuidado de los hermanos en razón de patrones culturales que favorecen la inequitativa distribución de este tipo de trabajo al interior de sus hogares. Asimismo, en el campo laboral, enfrentaron pésimas condiciones de trabajo, e incluso situaciones de acoso por parte de los empleadores. No obstante, pese a todas estas adversidades evitaron truncar sus trayectorias escolares. Tuvieron que aprender a encarar estos obstáculos y postergar otros proyectos de vida, con el fin de *salir adelante*, lo que para ellas significa culminar su carrera profesional.

Las jóvenes indígenas

Las circunstancias se agravan para las jóvenes oaxaqueñas de origen indígena que pasaron su infancia en comunidades rurales. Además de los riesgos descritos anteriormente, ellas tuvieron que enfrentar la discriminación por su condición étnica. Sus necesidades son aún más extremas, resultado de los altos niveles de marginación y las escasas oportunidades educativas y laborales existentes en sus localidades de origen. Las vivencias de Azalea y Violeta, ambas de 22 años, y de Ernestina, con 24 años, muestran la especificidad de las adversidades que han tenido que superar para prolongar su trayectoria escolar hasta el ingreso a la universidad.

Azalea comenta que su padre, campesino y apicultor, había cursado algunos años en la primaria. Su madre no asistió a la escuela; atendía, la mayor parte del tiempo, las labores del campo y de la casa. La joven es la mayor de tres hermanos. Cabe añadir que el ambiente familiar fue problemático debido al alcoholismo y a las ausencias de su progenitor. Durante casi un año él abandonó a su familia para vivir con otra pareja, situación que expuso a su núcleo doméstico a momentos difíciles, generándoles inestabilidad y una sobrecarga de trabajo para la jefa de la casa, quien asumió la manutención económica del hogar en un contexto de privaciones severas.

Desde la niñez, Azalea y sus hermanos tuvieron que salir a trabajar para auxiliar a sus padres en las labores propias del campo. Ellos se dedicaban a la agricultura, específicamente al corte de café, actividad intensiva en el uso de mano de obra y que requiere la movilización de familias completas en las fincas cafetaleras durante los periodos de siembra y los meses de cosecha. La joven rememora:

Nos dedicábamos a sembrar... este, cafetal, nos dedicábamos a rellenar las bolsas y a plantar... [tenía] 5 [años] tal vez o más chica creo, como 4, porque ya mi papá ya nos ponía a rellenar bolsas... ahí estábamos todo el día, sí, todo el día, nada más regresábamos

en las tardes para comer un rato como unas dos horas, después volvíamos a regresar y ya regresábamos a la casa, hasta en la noche.

Cuando ingresó a la secundaria tenía un empleo asalariado, lavaba platos en un restaurante, ahí estuvo dos años y medio, después, por unos meses, trabajó como empleada doméstica en una casa particular. Renunció a ese empleo porque una ONG, Casa de la Mujer “Rosario Castellanos”, le otorgó una beca de estudios.⁶ Como contraprestación, ella tenía que impartir un taller de alfabetización. Posteriormente, volvió a trabajar en un centro de documentación, donde impartía talleres de acompañamiento escolar a niñas de secundaria. También se empleó en actividades de cuidado de adultos mayores. Finalmente, se incorporó como capturista en una empresa. En ninguna de estas actividades firmó un contrato o gozó de alguna prestación social o laboral; la inseguridad económica y la incertidumbre laboral son rasgos que caracterizan su trayectoria laboral. Además, ella se ha sentido discriminada por razones étnicas, por parte de sus empleadores. Considera que, además, ha tenido que superar múltiples trabas para conseguir empleos en los cuales le permitieran seguir estudiando; sus patrones eran reacios a aceptar que una persona con su origen social y étnico tuviese un fuerte compromiso escolar.

Su condición de indígena le hizo víctima de discriminación, lo cual ha limitado sus oportunidades de vida, pero también le dio acceso a hacerse acreedora de una beca de estudios por parte de una organización feminista que apoya el desarrollo educativo de mujeres indígenas de bajos recursos económicos. Asimismo, su condición étnica le permitió acceder a una beca para estudiar medicina en una universidad privada. Para garantizar su manutención, continuó trabajando para complementar

⁶ Es una organización feminista orientada a la defensa de los derechos y la promoción de liderazgos femeninos en Oaxaca. Desarrolla su trabajo a partir de un enfoque de equidad de género y una visión intercultural. Detalles sobre esta organización y sus proyectos pueden consultarse en <<https://www.gesmujer.org/web/>>.

sus ingresos, pues la beca no cubría todos sus gastos personales. Los fines de semana y en las vacaciones se desempeñaba como niñera y vendedora de diversos productos.

Cuando la entrevistamos cursaba el cuarto semestre de su carrera y era empleada de mostrador en un pequeño comercio de ventas al por menor localizado en la misma colonia donde ella reside. Los ingresos que percibía por su labor le permitían cubrir sus gastos de hospedaje y alimentación. Como en sus anteriores empleos, fue contratada de palabra, sin seguridad social y sin prestaciones. Ella espera que esta precariedad sea transitoria. Confía que, en el futuro, al graduarse, sus condiciones de vida y su situación laboral cambien para bien.

Violeta, por su parte, proviene de una familia cuyos progenitores se dedicaban a tareas manuales no calificadas de diverso tipo, lo cual no les permite generar suficientes ingresos para vivir sin penurias. La joven, en tanto hija menor, fue la única que logró estudiar más allá de los niveles básicos e ingresar a la universidad. Los hermanos mayores dejaron la escuela al terminar la secundaria, necesitaban trabajar, cubrir sus necesidades y aportar dinero a la casa.

Ella empezó a laborar a los 16 años como empleada doméstica para solventar los gastos de la escuela, útiles, ropa y comida, porque su familia no podía sufragar estos costos. Posteriormente, migró a la ciudad de Oaxaca con el objetivo de cursar la universidad, periodo en el que ingresó como dependiente en una papelería, sólo trabajaba sábados y domingos a fin de conciliar estudio y trabajo. Al momento de la entrevista cursaba el quinto semestre de lenguas extranjeras, era empleada en una pequeña tienda de venta de celulares al por menor, trabajo en el cual no firmó un contrato, no está asegurada y no le reconocen ninguna de las prestaciones laborales básicas. Ella nunca ha tenido acceso a condiciones de trabajo reguladas.

Al igual que Azalea, Violeta también obtuvo una beca, pero en su caso por parte de la universidad pública donde cursa estudios superiores. Sus padres tuvieron que hacer un gran sacrificio para brindarle, cuando ha sido imprescindible, algún respaldo

económico de forma adicional. Ella recalca que de no haber tenido ese apoyo se habría visto forzada a interrumpir su trayectoria escolar.

Ernestina, por otro lado, nos cuenta que la subsistencia cotidiana dependía, de manera exclusiva, de los ingresos que lograba generar su padre, un campesino que practica la migración circular indocumentada para trabajar, en periodos de cosecha, en los campos agrícolas en Estados Unidos. La familia dependía de estos ingresos, pues el resto del año él no lograba encontrar trabajo en su entorno. Esto implicó condiciones de pauperización extrema en las que la carencia de alimentos básicos era una constante:

Cuando era pequeña [la situación económica] era muy precaria [...] porque mi papá iba a los Estados Unidos y venía pero no tenía “papeles”,⁷ entonces las veces que se iba tardaba meses para entonces enviar dinero; después vino y estuvo trabajando de taxista y ahí sobrevivíamos, pero la verdad era muy precaria cuando yo era muy pequeña, cuando recién había nacido y tenía un año enseguida nace mi hermano, éramos dos, no había dinero, no había para la leche, no había para nada...

La joven es la mayor de cinco hermanos. Durante su niñez y adolescencia nunca trabajó fuera de la casa, porque en su pueblo existe una marcada división sexual del trabajo: las mujeres se encargan de las tareas del hogar y de cuidado, y cuando se tiene una parcela, también participan en la agricultura familiar. A los 5 años empezó su socialización de género de manera más sistemática, pues tuvo que “aprender a hacer tortillas, a trapear, a barrer, lavar los trastes”. Ella se dedicó, por primera vez, a labores extradomésticas ya en la ciudad de Oaxaca, cuando fue a realizar el servicio social. A partir de entonces ha cooperado

⁷ Expresión del habla popular mexicana para referirse al migrante laboral que se traslada a Estados Unidos en busca de trabajo, pero sin contar con los documentos requeridos. Este tipo de trabajador cruza la frontera de forma “irregular”, afrontando todos los peligros que ello conlleva.

económicamente con sus padres cuando es necesario. Incluso ha aportado ingresos para financiar los estudios de dos de sus hermanos menores, quienes, al igual que ella, lograron ingresar a la universidad pública. Ernestina subraya que no es mucho lo que puede aportar para la manutención de su hogar, pero sabe que es una ayuda vital para satisfacer las necesidades más apremiantes de su familia.

Desde su adolescencia, ella ha realizado una multiplicidad de trabajos. Tiene claro que en su vida ha tenido que compatibilizar trabajo y estudio, lo cual no ha sido fácil. Sus estudios universitarios, financiados con recursos propios y familiares, han sido factibles en la medida en que tienen lugar en una universidad pública, ya que, por su condición económica y su origen étnico, goza de excepción de pago de matrícula. A su juicio, esto le permite continuar su formación escolar, pues con sus ingresos no podría financiar el pago de una matrícula.

Estas jóvenes indígenas comparten con las jóvenes de origen de clase trabajadora riesgos vinculados a la situación de pobreza crónica de sus familias, las limitantes que impone la reproducción de pautas de género de orden patriarcal y la precariedad de sus trayectorias laborales. De igual forma afrontan ambientes familiares conflictivos, ya sea por la presencia de violencia, alcoholismo o autoritarismo de los padres. Empero, podemos decir que, para las indígenas, hay una acumulación de riesgos adicionales, cuyos efectos se potencian tornando aún más agudas las adversidades que deben encarar para *salir adelante*. Ellas afrontan, además, prácticas laborales discriminatorias debido a su condición étnica. Además, tuvieron que migrar solas a la ciudad para tener acceso a oportunidades de estudio y de trabajo. A todos estos riesgos, se suma la presencia de una más estricta división de los roles de género en sus localidades de origen. Desde una temprana edad, las niñas son socializadas para asumir los roles de madres y amas de casa que le son asignados socialmente y reforzados por usos y costumbres prevalecientes en sus comunidades. Resulta importante señalar que, en los casos estudiados, la condición de indígena, a la vez

que contribuye a incrementar los riesgos de interrupción de la trayectoria escolar, también posibilita su continuidad. Esto último se torna viable debido a la disponibilidad de becas de estudio otorgadas a mujeres indígenas, en algunos casos, por instituciones públicas, en otros, por ONG. Esto indica que un mismo factor puede, en determinadas situaciones, transformarse en un riesgo y, en otras, en un elemento de protección al abrir nuevas oportunidades. Sin embargo, hay que subrayar que, en el contexto mexicano, lo último es más una excepción, pues sólo una ínfima proporción de jóvenes indígenas logran tener acceso a este tipo de soportes sociales y cursar estudios universitarios.

Experiencias de riesgo derivadas del contexto escolar y social

Muchos son los aspectos por considerar derivados del contexto donde transcurre las biografías de las jóvenes analizadas. Las relaciones con los grupos de pares, el ambiente escolar, la organización del sistema educativo, el entorno cultural, entre otros, son elementos que pueden traer consecuencias negativas sobre sus itinerarios biográficos.

Las relaciones establecidas con los pares dentro de las instituciones escolares pueden llegar a ser problemáticas. Samanta vivió una experiencia arriesgada en el bachillerato cuando empezó a interactuar con nuevos amigos. En ese contexto estableció una relación de noviazgo que ella juzga como negativa, en tanto que diezmó su compromiso académico y la expuso a situaciones de mayor riesgo: “cambié todo por él, pues... o sea, dejé a mis amigas... dejé mi grupo... dejé mi forma de actuar, mi forma de pensar... a veces pues sí me jalaba las clases [se ausentaba]... empecé a fumar... empecé a tomar... nunca me drogué... sí me decían ¿quieres probar?... el novio que yo tenía se drogaba”.

Samanta relata que en ese periodo no asistía a clases, se iba todo el día con sus amigos, falsificaba justificativas por las ausencias mediante la presentación de recetas médicas fal-

sas. Años después, al reflexionar sobre lo ocurrido, ella piensa que corrió un gran peligro, aunque en ese momento no tuvo la perspectiva o madurez para visualizarlo en esos términos. Finalmente logró superar este obstáculo cuando, al terminar su relación de pareja, se distanció de los amigos referidos y consiguió retomar su vida escolar. Esa separación, señala, fue oportuna, pues recibía presiones para abandonar la escuela, establecer una relación de pareja e incursionar en el consumo de drogas. Al negarse a incurrir en esas acciones, devino la ruptura del noviazgo y el distanciamiento del grupo de pares, lo cual, en última instancia, considera que fue positivo en su vida.

Cabe añadir que las debilidades del sistema educativo, como la falta de oferta, la calidad de la formación ofrecida, así como el ausentismo de los maestros, pueden resultar en trabas adicionales, en tanto que afecta el compromiso y el interés de las y los jóvenes con los estudios. Asimismo, cuestionan la capacidad de la institución para operar como una comunidad de aprendizaje al ocasionar rezagos escolares que, al acumularse, disminuyen las oportunidades educativas futuras de las personas.

Las entrevistadas de origen indígena reportan que en sus pueblos no había centros educativos, lo cual las obligaba a trasladarse, diariamente y sin apoyo alguno, a otras localidades para acceder al sistema escolar. Ellas se vieron forzadas a migrar para tener acceso a la educación secundaria, media superior y universitaria.

En el caso de Azalea, a sus 7 años sus padres dejaron el rancho donde vivían y migraron a un pueblo para posibilitar que su hija asistiera a la escuela primaria; esto muestra el nivel de compromiso de algunos padres y madres para ampliar las oportunidades de vida de sus hijos e hijas. Al terminar la primaria, a sus 11 años, ella tuvo que migrar sola a otro municipio para cursar la secundaria, ya que en su comunidad la oferta educativa se circunscribía a la educación primaria. Esto le exigió no sólo migrar, sino distanciarse del seno familiar, y la forzó a trabajar para cubrir sus gastos escolares y de manutención. Ella indica que en aquella época vivió situaciones emocionales estresantes,

pues tuvo que dejar la casa de sus padres, su red de vecinos y a sus amigos. Se sentía sola, extrañaba a su madre y no se adaptaba ni se integraba al modo de vida de parientes lejanos con quienes se mudó inicialmente. Las carencias materiales también se agudizaron, especialmente las alimentarias.

Posteriormente, con 15 años, volvió a migrar, en esa oportunidad a la ciudad de Oaxaca, para continuar con los estudios de preparatoria, pues este nivel escolar tampoco se ofrecía en la localidad donde había realizado la secundaria. De nueva cuenta experimentó la privación de sus lazos sociales cercanos y se incrementó la distancia geográfica, mas no la social, respecto del lugar de residencia de su familia. Finalmente, logró inscribirse a la carrera de medicina. Ella es enfática al reconocer que esto último no habría sido posible de no obtener una beca por parte de una organización filantrópica. Las necesidades económicas, la falta de oferta institucional, la separación de su familia y la migración son obstáculos que ella tuvo que afrontar para ejercer su derecho a la educación.

Ernestina repite la misma situación, migra para estudiar la secundaria, la preparatoria y la universidad. A los 17 años ingresó a la facultad de medicina. La experiencia no fue positiva. No se pudo adaptar al cambio institucional que ello conllevaba. Por ese motivo interrumpió sus estudios y regresó a su pueblo a vivir con su familia. Posteriormente, volvió a migrar a la ciudad de Oaxaca, pero ahora para estudiar ciencias de la educación.

Violeta también se trasladó a la ciudad de Oaxaca para seguir estudiando e ingresar a la educación superior, porque en su pueblo y en los alrededores no había cómo estudiar lenguas extranjeras, la carrera que eligió.

Varios elementos son compartidos en la historia de estas jóvenes. Por ahora nos interesa destacar que ellas residían en localidades rurales que carecían de oferta educativa para atender las necesidades de esa población. En los tres casos, se observa algunos riesgos asociados con el diseño y funcionamiento del sistema educativo. Consecuentemente, quienes, con la ayuda familiar y la movilización de recursos allende la esfera domés-

tica, logran proseguir con su educación tienen que emigrar. Algunas lo hacen empezando su adolescencia, otras, unos años más tarde, aun siendo muy jóvenes. Superar esta barrera institucional es condición necesaria para remontar dificultades contextuales. Como sabemos, el grupo de quienes sí lo logran es muy reducido. La población indígena sigue presentando rezagos y brechas educativas significativas en todo el país, al ser el grupo con menor acceso a la oferta educativa y menor proporción de finalización de los tres ciclos de escolaridad (INEE, 2018). Téngase en cuenta, además, que la experiencia migratoria constituye en estos casos una desventaja más, frente a contingentes de jóvenes que no deben afrontar desafíos de tal magnitud para proseguir su trayectoria escolar.

De igual forma, el ausentismo de los maestros incluso puede ser visto como un factor de riesgo al afectar la calidad de la educación, disminuir el número de días efectivos de clase y acentuar rezagos difíciles de remontar en fases sucesivas de la trayectoria escolar, cuando el sistema educativo no es proactivo sobre el particular. Los relatos de las jóvenes son, de nuevo, ilustrativos sobre el particular. Azalea afirma que “en el pueblo pues sí faltan mucho los maestros, a veces nada más daban media semana de clases y ya se retiraban”. Ernestina, por su parte, agrega: “En la escuela hubo muchas carencias porque cambiaba de maestra a cada rato, creo que cada mes o cada dos meses porque llegaba una... y luego que se volvía a ir y llegaba el otro, entonces yo no sabía ni qué onda, tenía que tomar clases en las tardes, a veces en la mañana, a veces en las tardes”. El testimonio de la joven muestra, además, el desfase entre lo que se enseña en la escuela y el entorno social y cultural de los alumnos, lo que dificulta el proceso de aprendizaje. Nos revela la falta de condiciones de educabilidad (López y Tedesco, 2002) que ofrece el sistema escolar a la población de origen rural e indígena:

Como me lo explicaba el maestro yo no entendía porque lo explicaba tal y como venía en un libro de texto, pero mi papá siempre lo relacionaba con algo en la casa con cosas que uno vivía y digo

ah pues está fácil, si así me lo pudieran explicar en la escuela lo entendería fácil... hay cosas en que te las tiene que explicar como tú vives, en tu entorno, en tu contexto más que como vienen en un libro de texto.

Estos riesgos vinculados son el resultado de un problema sistémico que afecta de manera muy aguda a quienes, por su origen social y localización territorial, quedan a expensas de este tipo de pautas.

El entorno cultural que enmarca la cotidianidad de las jóvenes indígenas y no indígenas asume una gran relevancia para entender cómo la formación orientada a la reproducción de los roles de género, la división de los quehaceres al interior de las unidades domésticas, así como usos y costumbres en las comunidades rurales, constituyen trabas a superar por aquellas que buscan romper con los roles tradicionales asignados a las mujeres y *salir adelante* mediante la obtención de un alto nivel educativo.

Ernestina es contundente al hablar del desafío que significa ir en contra de los usos y las costumbres de su comunidad. Su testimonio es elocuente:

Me gusta la escuela, me gusta estudiar, tal vez no soy así como ¡ay!, la mejor estudiante, pero sí me gusta dentro de lo que cabe, ¿no?, ha sido como que un... reto en la vida ¿Por qué? Porque vengo de una comunidad rural donde la gente está acostumbrada a casar a sus hijas a los 13, 14 años, donde ya no ven otro futuro más que casarse y tener hijos. Tener que ir, tener que romper con esos esquemas y decir yo no voy a formar parte de esa comunidad de sólo casarme, ¿no?, sino yo quiero estudiar... en la ciudad es común, muy común que tú salgas y vayas a la escuela, pero en un pueblo no, en un pueblo donde las costumbres son otras es un reto.

Samanta, a su vez, ha cuestionado la socialización familiar orientada a formarla como “ama de casa”. Desde chica tuvo que ocuparse de las tareas del hogar y del cuidado de los hermanos. La división de las labores en su unidad doméstica, en el momen-

to de la entrevista, es clara: las mujeres jóvenes (ella y su cuñada) se hacen cargo de los quehaceres domésticos, la madre (que ya delegó estas tareas) sigue trabajando, al igual que los hermanos, para sustentar las necesidades económicas de la familia.

Su progenitora siempre se preocupó por educarla como una buena ama de casa, no quería que sufriera los mismos maltratos de los cuales ella fue víctima por parte de su esposo. Le decía que no “tenía que darle motivos al marido para que le estuviera pegando”, razón por la cual tenía que “aprender a hacer bien” las labores domésticas: cocinar, barrer, trapear, limpiar, planchar, lavar, etcétera. Samanta no concordaba con este tipo de enseñanza y desarrolló una actitud alternativa sobre el particular. Al respecto comenta:

Mi mamá me mandaba a hacer los quehaceres... mi mamá es un poco consentidora con mis hermanos... como eres hombre pues no haces esto... no haces lo otro... pues era como si me estuviera educando para ser ama de casa y pues a veces sí me molestaba porque pues yo no voy a ser ama de casa... yo no me voy a quedar en la casa a cocinar... desde chica no he pensado en ser ama de casa.

Samanta, al igual que Paula, es la mayor de los hermanos, aspecto que también le significó mayor carga de trabajo y responsabilidades domésticas. Paula, por su parte, se queja de la distribución desigual de los quehaceres de la casa: “siempre he renegado de eso de que soy la mayor... por eso piensan que tienes la responsabilidad de... ver por tus hermanos... a no equivocarte... sí soy la mayor, pero igual los otros... tienen su responsabilidad en lo que hacen”.

Los obstáculos que se presentan a las jóvenes de escasos recursos para llegar a la universidad, como hemos visto, son múltiples, Sin embargo, los asociados con los roles de género se encuentran entre los más difíciles de superar. Las normas y los valores culturales que asignan a las mujeres el trabajo doméstico y de cuidado están muy arraigados en nuestra sociedad.

En lo referente a las repercusiones que las movilizaciones de los maestros han tenido en sus vidas, encontramos reacciones diversas. Unas jóvenes las perciben como un obstáculo al afectar el calendario escolar y sus posibilidades de aprendizaje. Otras, más bien, las experimentan como un momento formativo, en tanto que muestran caminos para exigir derechos. En dichas coyunturas, sostienen, se tornan conscientes de las problemáticas que repercuten en su biografía. Violeta considera que el conflicto fue problemático para los estudiantes:

Lo del enfrentamiento de los maestros y de la APPO, sí fue un poquito difícil porque perdimos muchísimas clases, y, este, nos afectó bastante, porque, este, íbamos bien pero ya después nos atrasamos y... todo lo que son las actividades y los exámenes fueron como muy rápido; no, ahí sí fue un golpe muy duro para todos los estudiantes.

Las vivencias de Casandra fueron muy distintas, y más que percibir estos conflictos como aspectos que obstaculizaron sus estudios, ella los vivió como una oportunidad para sensibilizarse, comprometerse y solidarizarse con una lucha que considera legítima:

El movimiento social en Oaxaca... cambió la vida de algunas personas que, ciertamente, participaron o no dentro del movimiento. [...] Me volví más sensible a los problemas sociales. Pues apoyaba, ¿no?, en llevar como cosas a las barricadas... pan, cosas así... marchaba también, en las marchas... si yo no hubiera estudiado ciencias sociales, quizá, este... me hubiera dedicado a hacer otra cosa, ¿no? Y ni siquiera me hubiera importado independientemente que mi familia, perteneciera al magisterio o no.

Se trata, como podemos apreciar, de vivencias contrastantes en torno a un mismo hecho social. Estas discrepancias ponen de manifiesto la dificultad de identificar factores de riesgo universales, como bien ha sido formulado por Ungar (2013).

Las historias descritas muestran cómo algunos sujetos, por más restringidas que sean sus condiciones de vida, encuentran márgenes de acción para enfrentarse a las constricciones contextuales. En ello el apoyo familiar resulta vital de nueva cuenta, pero no hay que subvalorar la importancia de las decisiones personales y de los proyectos de vida que, desde temprana edad, van forjando los sujetos. Cuando el proyecto personal es reforzado por el entorno familiar y apuntalado en la movilización de apoyos materiales e inmateriales, los individuos despliegan una multiplicidad de acciones para encarar condiciones muy adversas. Es precisamente aquí donde el desarrollo de comportamientos de resiliencia adquiere centralidad, pero, como hemos subrayado previamente y analizaremos a continuación, se necesita mucho más que resistencia, sacrificio, esfuerzo y voluntad para que los proyectos que orientan la vida de estas jóvenes puedan materializarse.

FACTORES DE PROTECCIÓN:

APOYOS FAMILIARES E INSTITUCIONALES

Al investigar estos aspectos, los analistas de las conductas de resiliencia ponen énfasis en los procesos mediante los cuales los sujetos superan con éxito las trabas que se les presentan a lo largo de sus cursos de vida. Por lo general, destacan acontecimientos, situaciones o contextos que aminoran las dificultades y facilitan la adaptación a nuevas circunstancias. Los factores de protección pueden actuar como una mediación entre los problemas y las conductas de los individuos en la medida en que llegan a prevenir, atemperar o contener las consecuencias negativas de la exposición a eventos que comprometen la consecución de las metas propuestas (Werner y Smith, 1982; Jessor, 1993; Masten, 1994). Como sostiene Rutter (1993), los resultados positivos logrados por los individuos son consecuencia de la dialéctica entre protección y riesgo. La importancia de estos aspectos depende, en gran medida, de la dimensión de los obstáculos que

se presentan. Algunos autores plantean que, cuando se produce una mayor confluencia de elementos protectores, se incrementa la probabilidad de que las personas desarrollen conductas resilientes (Howard, Dryden y Johnson, 1999).

Entre los elementos de protección presentes en el entorno social que han permitido a las jóvenes consideradas en este capítulo superar los múltiples obstáculos y lograr trayectorias escolares atípicas entre personas de su origen social y étnico sobresalen los soportes familiares e institucionales recibidos. Detengámonos sobre estos aspectos debido a la trascendencia que tienen para entender el logro educativo del grupo que estamos observando.

Apoyos familiares

En el ámbito doméstico encontramos que, frente a la ausencia de los padres por trabajo, muerte o abandono, la figura materna se torna central en la vida de este grupo de jóvenes. En esta misma dirección, Garmezy (1985) destaca el papel de las madres como factor de protección en los hogares monoparentales. Además del auxilio para la manutención cotidiana, surge como relevante el apoyo emocional, el estímulo para continuar estudiando y la asistencia en la realización de las tareas escolares; incluso cuando las figuras a cargo del hogar carecen de formación educativa para atender con solvencia este tipo de funciones. En este sentido, el apoyo familiar no depende de la escolaridad de los progenitores. Si así fuese, la historia de estas jóvenes sería inverosímil. Podría decirse, en sentido contrario, que la carencia se convirtió, en sus casos, en una fuerza motriz en la definición de sus proyectos de vida. Sus familias, especialmente sus madres, han movido “cielo y tierra” para que las jóvenes contaran con oportunidades de vida que ellas no tuvieron.

Samanta valora mucho el esfuerzo de su progenitora, quien tuvo que mantener y educar a sus tres hijos sin ningún tipo de auxilio estatal, comunal o familiar cuando enviudó. En un

contexto caracterizado por la carencia de políticas públicas de cuidado infantil accesible a estas familias, las madres proveedoras experimentan la difícil decisión de dejar a sus hijos en su casa, sin supervisión por parte de una persona adulta, para salir a trabajar y obtener los recursos necesarios para garantizar su subsistencia. A pesar de esto, la presencia de la madre en la vida de Samanta ha sido crucial. Durante su niñez la atendía y auxiliaba en sus tareas escolares. En la adolescencia la ayudaba a conseguir empleo, además, la aconsejaba para enfrentar las circunstancias adversas. Durante sus años de juventud su orientación en los momentos crítico de Samanta fue fundamental, según ella, para evitar la interrupción de sus estudios. La joven no duda, ni un momento, al reflexionar sobre la centralidad que tiene la figura materna en su biografía: “Para mí el amor... yo creo que el amor es el que tiene mi mamá hacia mí, es el que ha dado todo por mí, el que ha sacrificado su vida sentimental por mí... su vida en sí por mí... eso creo es el amor... lo que ha hecho mi mamá por mí”.

En el caso de Casandra, vale recordar que su padre estaba ausente porque trabajaba fuera de la ciudad y visitaba con poca frecuencia a su familia. Ella y sus cuatro hermanos vivían, para todos los efectos prácticos, con la madre, quien les cuidaba, alimentaba y educaba: “mi mamá es comerciante, se dedica como al comercio, a vender cosas, todo..., entonces como el comercio informal, podría decir y entonces ella veía cómo le hacía para mantenernos”. Su madre la motivaba, día a día, para que se esforzara en sus estudios. Cuando Casandra se mostraba dubitativa por las penurias familiares, reforzaba en su hija altas expectativas de logro escolar. A su juicio, ni en las peores coyunturas, cuando la vida se ponía “cuesta arriba”, su madre cuestionó la centralidad de la educación para que Casandra forjara un camino de superación personal. Indiscutiblemente, en ausencia del padre, la presencia de una figura materna que cuida los hijos e hijas, les da soporte económico y emocional, constituye un factor de protección crucial para que las jóvenes puedan seguir adelante.

Paula, Azalea y Ernestina recibieron apoyos emocionales, consejos y orientación de sus progenitores, lo cual consideran un aporte invaluable. Ellas también resaltan la importancia del cobijo afectivo de sus madres. Además, subrayan, a diferencia de las otras jóvenes, la importancia de la figura paterna como promotora de un clima escolar propicio para que los hijos e hijas visualizaran la educación como un recurso valioso.

Paula destaca que “ellos [sus padres] siempre, digamos, me escucharon, siempre platicaron conmigo, nunca me dejaron así este abandonada”. Sin embargo, fue su padre el que más apoyó cuando ella tuvo que migrar para seguir estudiando: “mi papá me dijo... que si es por estudio no hay nada malo, o sea de irme a vivir aparte, irme a vivir a algún lugar, él sí me apoya en todo”. Anotemos que en su caso el apoyo que Paula recibió por parte de su padre no fue económico, pues no disponía de recursos, lo fundamental fue saber que contaba con el respaldo familiar y que su familia se preocupaba por su bienestar. El componente afectivo ocupa en su relato un lugar de primer orden como elemento motivacional, que le permite sobrellevar todas las adversidades experimentadas durante su periodo escolar.

Azalea también reconoce que ha tenido respaldo de su familia para afrontar las desventuras presentes a lo largo de su trayectoria. Subraya que su padre, a pesar del alcoholismo y los periodos de abandono del hogar, la estimuló y apoyó académicamente para que continuara estudiando. Incluso fue él quien, a pesar de sus limitaciones formativas, le enseñó a leer:

Antes de que entrara yo a la primaria, él siempre, no sé, como fue que le gustaba que yo estudiara, entonces... sí me enseñaba las vocales cuando estaba bien, este, me ayudaba porque, pues decía que a lo mejor no iba yo a ir a la primaria, como estábamos en el rancho, pero que yo aprendiera a leer, entonces él me enseñó y cuando yo entré a la primaria ya sabía leer, entonces sí eso me ayudó mucho...

Ernestina, a su vez, recibió el estímulo y la motivación por parte de su padre para asistir a la escuela. En razón de su origen social y del entorno local donde transcurrió su niñez,

este elemento resultó ser clave en su vida, pues le permitió contrarrestar las influencias contextuales que, a su entender, desestiman el logro escolar:

Yo vengo de una comunidad rural donde la mayoría de la gente no estudia, la mayoría de la gente sale a trabajar a Estados Unidos, de hecho mi papá... va a trabajar a Estados Unidos porque él tuvo la necesidad, entonces, desde pequeña él fue, como que me fue motivando bastante a la escuela, la escuela, la escuela, la escuela...

En suma, hay que destacar que las familias unidas y solidarias, a diferencia de las conflictivas y violentas, son un factor de contención que estimula a hijos e hijas a no salir de la ruta trazada, o a regresar a ella cuando se encuentran con dificultades de diversa índole. Las madres o los padres, según sea el caso, constituyeron un pilar que permitió moldear proyectos de vida constructivos, orientados al desarrollo futuro de las hijas, quienes han sido testigos y protagonistas de grandes sacrificios, materiales e inmateriales, realizados para abrir posibilidades para que tales planes se materializaran. En los casos examinados, la búsqueda de la superación por la vía escolar fue un elemento fundamental en la socialización familiar, en su prosecución se fueron tejiendo biografías que encuentran en la superación de los obstáculos un aliciente para probar sus capacidades y, como ellas expresan, para “no darse por vencido”.

Apoyos institucionales

Las instituciones públicas y las ONG pueden llegar a tener un papel central en la orientación del curso de vida de las personas, sea mediante el otorgamiento de becas, el financiamiento para ampliar oportunidades académicas o incluso para brindarles un lugar para vivir.

En el caso de estudiantes con orígenes humildes, la importancia de acceder a estos soportes sociales puede hacer la

diferencia entre continuar su formación o interrumpirla precozmente. Ya en el último nivel de estudios, el terciario, lo estratégico consiste en tener acceso a las instituciones de educación pública, donde la gratuidad y el acceso a programas de becas se tornan factores de primer orden para culminar con un título profesional.

Casandra subraya la relevancia de haber obtenido una beca para estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) mediante un programa de intercambio académico. Ella nos dice: “Abrieron una beca por parte de la universidad y pedían algunos requisitos y cumplía los requisitos, y metí mis papeles y me quedé. Entonces me pagaron como cinco mil pesos mensuales, que era mucho dinero para mí”. Para ella este apoyo económico le permitió estudiar becada en la UNAM y al mismo tiempo significó un fuerte estímulo académico. Por primera vez en su vida salía de su estado natal, lo cual representó una gran oportunidad. Ella nos comparte su vivencia e indica que, al llegar a Ciudad Universitaria, el campus central de esta universidad:

Me dediqué a estudiar y estudiar y estudiar. Me la pasaba todo el día estudiando en la UNAM. Me iba de Filosofía a Economía, de Economía a Ciencias Políticas, o luego me la pasaba, eh... visitando como instituciones, como El Colmex, como... la ENAH, ¿no? Otras instituciones... del campo de las ciencias sociales...

Para ella, esta beca le permitió conocer instituciones, académicos y otros estudiantes, lo que la motivó a plantearse metas más altas. Sobre esto último, por poner a prueba sus capacidades, se percató que podía redefinir sus proyectos, máxime porque había entrado en contacto con una comunidad académica que le brindaba nuevas oportunidades para fomentar su desarrollo personal.

Ernestina, a su vez, consiguió dos becas para realizar intercambios académicos. Una en la UNAM y otra en la Universidad de California, resultado de su buen desempeño académico. Esto

le permitió viajar a la Ciudad de México y a California. Mediante estas experiencias ensanchó sus redes sociales y académicas e incluso pudo mejorar el dominio de una lengua extranjera:

Tenía 21 años y ya nos fuimos ahí en una beca a la UNAM a la FES-Aragón, y pues fue bueno, o sea, yo digo bueno eso conocer otra gente, otros maestros, otro nivel educativo me ayudó bastante, igual, ahí aprender a distribuir la beca, ¿no? [risa] todo ha sido distribuir todo lo que me han dado... la otra fue en la Universidad de California..., para estudiar inglés... y teatro y saber que se pueden hacer las cosas me ayudó bastante.

En el caso de Violeta el acceso a una beca gracias a su buen récord académico le permitió realizar sus estudios universitarios. A su juicio, esto hizo posible que ella no truncara su formación: “no pensé que llegara a tener una beca... le estoy echando bastantes ganas... he logrado una beca, tengo ahorita un buen promedio y, pues, llevo ese promedio... he tratado de no bajarlo”.

Para Azalea el amparo institucional recibido también fue un factor clave en su vida, le hizo posible acceder a un programa que le ofreció una beca de estudios y una residencia, sin la cual, como ya mencionamos, le hubiese sido imposible, primero, cursar la secundaria y la preparatoria y, posteriormente, la educación superior. En su caso, las aportaciones clave provienen de la acción de organizaciones sociales.

La educación pública gratuita, las becas de estudio, los intercambios académicos y los recursos proporcionados por ONG cumplen un papel fundamental en sus biografías. Sin acceso a este tipo de recursos, difícilmente hubiera sido posible garantizar la continuidad de sus trayectorias escolares y el ingreso a la universidad. Las precarias condiciones económicas hubiesen sido limitaciones insalvables como, efectivamente, lo son para la gran mayoría de los sectores de clases trabajadoras pauperizadas y de comunidades indígenas en nuestro entorno. Adicionalmente, interactuar en espacios académicos con mayor desarrollo institucional les permitió reforzar la confianza

en sí mismas y ampliar sus horizontes de vida y sus redes académicas.

Es primordial resaltar la importancia de la confluencia de diferentes tipos de soportes sociales. Frente al abandono paterno, es clave la protección incondicional de las madres. Para lidiar con las restricciones económicas, las decisiones estratégicas de la familia de migrar o enviar a las hijas a otras ciudades o internados para que pudieran continuar su educación han sido de vital trascendencia. Ante las deficiencias de la oferta educativa institucional local resalta la relevancia que padres y madres, pese a sus bajos niveles de escolaridad, otorgan a la educación como un factor de superación. En el empeño de aminorar las carencias económicas del hogar, la movilización de recursos públicos y de la sociedad civil para acceder a becas de estudio adquiere un valor incalculable para estas jóvenes.

Por último, hay que destacar, como haremos a continuación, la relevancia de la motivación y del esfuerzo que ellas dedicaron para superarse. En este grupo de mujeres jóvenes todas son conscientes de la necesidad de persistir, trabajar y estudiar porque, si no lo hacen, no tienen condiciones para concretar sus proyectos de vida. Sin duda, hay que reiterar, son casos selectos.⁸ La bibliografía especializada da cuenta de que la actividad económica a temprana edad es un factor que, por lo general, obstaculiza el logro académico. Sin embargo, esta regularidad empírica no puede convertirse en una ley de hierro, pues, para un número importante de jóvenes, el trabajo constituye un elemento indispensable para financiar sus estudios. Sin los recursos que ellos mismos están obligados a generar no podrían garantizar su trayectoria escolar. Estos casos terminan constituyendo un modelo de acoplamiento entre trayectoria escolar y laboral, en el que debe reconocerse que la segunda está sujeta a la primera. El surgimiento de este modelo es obvio: resulta de la incapacidad del Estado para garantizar condiciones de vida

⁸ Para un análisis del éxito escolar de estudiantes mexicanos con condiciones sociales adversas, véase Rodríguez y Valdivieso (2008).

digna que permitan hacer efectivo el derecho al estudio a los sectores más desfavorecidos.

LA CAPACIDAD DE SOBREPONERSE A LAS DIFICULTADES

Muchos son los aspectos individuales que pueden contribuir a una conducta de resiliencia cuando los sujetos deben afrontar factores de riesgo estructurales. Vale recordar, como ya hemos señalado, la importancia de algunos atributos personales como el optimismo, la competencia intelectual, la autoestima, la introspección, la perseverancia y la motivación intrínseca. Taormina (2015) destaca otros aspectos, como la determinación, la resistencia, la adaptabilidad y la capacidad de recuperación como aspectos centrales de una trayectoria de resiliencia. Nosotros hemos subrayado que estos elementos requieren condiciones sociales e institucionales propicias para que puedan traducirse en proyectos de vida orientados al desarrollo personal; es decir, en el despliegue de una agencia proyectiva que permita a las personas cambiar sus circunstancias de vida. En ausencia de tales condiciones, es muy probable que este potencial humano no logre desarrollarse.

Entre las entrevistadas que ingresaron a la universidad, a pesar de las tribulaciones encontradas a lo largo del tiempo, observamos algunos rasgos similares, dentro de los cuales destacan una gran motivación y perseverancia para seguir estudiando, la capacidad de reflexión sobre sus experiencias, así como la habilidad de plantear con inteligencia pragmática proyectos de vida que se van expandiendo conforme se alcanzan metas intermedias. Ellas perciben y analizan las condiciones desfavorables, son conscientes de las acciones y elecciones que han tomado para enfrentar la adversidad y movilizar recursos para contrarrestarlas, elementos centrales del proceso de resiliencia (Schafer, Shippee y Ferraro, 2009). Cabe mencionar que Archer (2007) acuñó el término “diálogo de conversación interna” para denominar la capacidad que tiene el sujeto de

pensar críticamente sobre su vida y trazar proyectos de vida, tomando en consideración su localización en la estructura social y las oportunidades y los constreñimientos contextuales. A su entender este recurso resalta el componente reflexivo de la agencia humana.

Las jóvenes consideradas en este capítulo han mostrado la capacidad de transformar un elemento negativo en una oportunidad y formular aspiraciones, metas y planes futuros. Han privilegiado sus proyectos de vida, en particular sus metas escolares, lo que las ha llevado a aplazar otros eventos vitales, pese a que en sus comunidades de origen son muy valorados, como casarse, formar una familia, tener hijos. Por esta vía han logrado sobreponerse a las presiones sociales de sus entornos de origen, los cuales refuerzan la reproducción de roles tradicionales de género y desestimulan el logro escolar, en especial entre las mujeres jóvenes.

A Casandra siempre le gustó mucho estudiar, leer, aprender cosas nuevas. Cuando la entrevistamos estaba trabajando en su tesis de licenciatura. Planeaba iniciar estudios de maestría, un doctorado y conseguir un empleo relacionado con su carrera. Es consciente que ello depende de acceder a una beca en una universidad pública, lo cual implica competir por este recurso escaso. Esto último no la amedrenta. Toda su vida ha tenido que luchar para *salir adelante*.

Samanta también resalta su interés por los estudios y el placer de ampliar sus conocimientos. Se considera inteligente, aunque algo insegura. Es reflexiva, evalúa sus experiencias y llega a conclusiones. Durante su trayectoria escolar vivió situaciones difíciles que reforzaron la importancia del estudio para conseguir un buen trabajo. Una de ellas fue cuando no pudo entrar al bachillerato debido a que reprobó una materia al terminar la secundaria:

Para mí fue algo difícil porque en sí yo no quería dejar de estudiar... fue algo traumático... eso me hizo darme cuenta pues que... yo quería realmente tener un mejor trabajo, no trabajar de em-

pleada [doméstica] porque pues el salario es muy poco... el trabajo es más duro... más pesado... ese año que dejé de estudiar tuve yo que ir a pedir trabajo... buscar un trabajo y fue algo feo para mí... hizo que yo reflexionara más y que yo dijera... pues sabes... tienes una meta... seguirle estudiando más pues... no caer en lo mismo y reprobar alguna materia que me llevara a no ingresar a la universidad.

Ella incluso fue capaz de rechazar la propuesta de su novio para formar un hogar, a pesar de creer que estaba enamorada. Estuvo tentada, pero pensó:

Quiero estudiar... no quiero defraudar a mi mamá pues... que me vaya yo con alguien y... pues destruir todo lo que había logrado hasta ese momento... me hizo reflexionar para decir que no... pues en varias ocasiones él me decía que sí nos juntáramos... hasta el momento que me dijo que ya no quería nada conmigo... se lo agradezco mucho porque si hubiese seguido insistiendo tal vez me hubiera ido con él.

Esta joven ha logrado superar varios obstáculos. Eligió la carrera de contaduría pública, cuenta con una formación técnica, con conocimientos valorados en el mercado que le permiten hacer planes futuros. Por el momento no piensa en casarse, tener hijos ni ser ama de casa. Su meta es terminar la licenciatura, estudiar una maestría, conseguir un buen puesto que le dé satisfacción y una remuneración justa. En un futuro, sueña con abrir su propio despacho contable. Piensa viajar a Estados Unidos, donde mora su tío; trabajar, ahorrar y regresar a México para invertir en su negocio.

Violeta también planea terminar su carrera. Ya piensa en realizar una maestría al concluir su licenciatura. Ha aprendido que hay recursos institucionales que puede movilizar gracias a su buen desempeño académico. Asimismo, sabe que cuenta con el respaldo de su familia, pues en los momentos de apremio, duda y desorientación, siempre la han respaldado, escuchado y aconsejado.

Azalea, a su vez, ha tomado decisiones estratégicas, como cuando renunció a un buen empleo porque no le permitía seguir estudiando. Ella tiene un proyecto definido. Quiere terminar su formación en medicina para, posteriormente, cursar una especialidad en la Ciudad de México. En el futuro, espera tener un buen puesto, con mejores condiciones de trabajo. Su plan, más a largo plazo, es realizar un proyecto para ayudar a su comunidad y apoyar a sus hermanos.

A modo de síntesis, hay que señalar que gran parte de los riesgos presentes en las biografías de las jóvenes analizadas fueron aminorados a partir de la confluencia de por lo menos cinco elementos: un respaldo incondicional de alguno de los progenitores para sobrellevar la adversidad; la importancia conferida en sus familias a la educación como vía para la superación de las privaciones socioeconómicas; el sacrificio y esfuerzo personal desplegado de manera constante por estas jóvenes para proseguir con sus metas académicas; la conciliación exitosa de trabajo y estudio que, toda vez que emergen conflictos, se decanta en favor del logro escolar; finalmente, el acceso a recursos sociales movilizados por instituciones educativas, ONG y programas sociales públicos. Es precisamente la conjugación de este conjunto de factores, no cada uno de ellos por separado, lo que permite entender el logro escolar que ha protagonizado este grupo de jóvenes. Por ello hemos argumentado que la resiliencia es un elemento necesario para el despliegue de una agencia proyectiva orientada a revertir desventajas sociales estructurales, mas no una condición suficiente para lograrlo. Para esto se requiere interactuar con la constelación de factores que le dan viabilidad y la potencian.

LOS LÍMITES DE LA RESILIENCIA Y DE LA AGENCIA INDIVIDUAL

Las investigaciones sobre las conductas de resiliencia resaltan que para contrarrestar la acumulación de riesgos es fundamental contar con un conjunto de factores de protección ins-

titucionales, familiares y personales. Por nuestra parte, hemos argumentado que, cuando este conjunto de elementos actúa de manera simultánea, reforzándose y potenciándose unos a otros, es decir, cuando conforman una constelación de factores de protección, se despliega un modelo de agencia humana, de tipo proyectivo, que contribuye a la superación de las desventajas heredadas de la posición social familiar. Este postulado explica, con gran precisión, las rutas de vida de las biografías hasta aquí analizadas.

Ahora bien, resulta de interés detenernos en la biografía de Sofía, joven de 25 años, residente en la Ciudad de México. Su caso es distinto a los anteriores porque ella ha logrado inscribirse en la universidad a pesar de todas las desventajas presentes a lo largo de su biografía, sin tener acceso a otros soportes familiares, sociales e institucionales. Sin embargo, a diferencia de los casos antes analizados, ella no alcanzó a superar condiciones de vida muy precarias, lo que refuerza el planteamiento anterior.

Su historia pone en evidencia la ausencia de soportes familiares y de otros apoyos sociales indispensables para que jóvenes de clases trabajadoras pauperizadas puedan *salir adelante* en la vida. Al mismo tiempo, muestra los límites de las conductas resilientes, cuando los soportes sociales se erosionan, lo que revela el peso de los constreñimientos sociales. En este sentido, invita a poner en cuestión los discursos voluntaristas que suponen que las privaciones de primer orden, así como las constricciones estructurales, se superan adoptando una actitud asertiva y el desarrollo de una conducta de resiliencia.

Muchas han sido las desdichas que ella ha vivido: escasez de recursos, inestabilidad escolar, trayectoria laboral precaria, enfermedad crónica, abandono del padre, maternidad heredada al ocupar el lugar de “madre sustituta” cuando su progenitora abandonó el hogar y la dejó a cargo de sus hermanos menores.

Una revisión somera de su historia indicaría que la vida se ha ensañado con ella. No le ha brindado ninguna oportunidad para *salir adelante*, sino todo lo contrario. Conforme su vida

se despliega, las desventajas, tanto como las desventuras, se acumulan. Muchas jóvenes, frente a escenarios tan adversos, terminan en rutas de desafiliación social, como hemos analizado en el capítulo previo. Mas no es su caso. Pese a que todos los factores contextuales y familiares actúan en su contra, ella ha logrado su sueño de estudiar escenografía en una universidad pública, ¿cómo lo hizo?

El factor clave en su relato pareciera radicar en que su “*locus de control*” se localiza en sí misma. Ella se automotiva cuando “el mundo se me viene encima”. En su caso destacan su fuerza de voluntad, su esfuerzo, su perseverancia, su pasión por el aprendizaje, su vocación artística. Ella encuentra en este “autoimpulso” el móvil para enfrentar las adversidades, que no son pocas ni triviales, sino todo lo opuesto. Pese a ello encara la vida con optimismo.

Soffía, al momento de la entrevista, estudiaba escenografía, trabajaba como artista ambulante y vivía con sus amigas. Su pasado es aún más dramático. Ella creció en un hogar que, además de pobre, era inestable. Ni su padre ni su madre tenían empleo fijo. Su padre trabajaba en carpintería, plomería, cristalería y múltiples actividades ligadas a la construcción; ella lo define como “milusos”. Su progenitora ha laborado en muchas actividades, entre otras fue secretaria, vendía ropa de casa en casa y también laboró como panadera. A sus 15 años toda la familia migró, sin visa, a Estados Unidos en busca de mejores oportunidades. Al recordar las penurias que los orillaron a migrar ella recuerda:

Hubo momentos en los que ninguno de los dos tenía trabajo... tuvimos que llegar a casa de tíos, de la abuelita, acomodarnos en donde cupiera uno, irse también a los Estados Unidos fue parte de que pues no había varo [dinero], era buscar en otro lado.

Vivieron un año en Estados Unidos. Regresaron a México a consecuencia de la muerte de su abuela paterna. Luego sus padres se separaron. Ella y sus tres hermanos se fueron a vivir

con su padre. No tuvieron opción. Su madre los abandonó. Fue entonces cuando Sofía asumió tanto el rol de ama de casa como el de “madre sustituta”. Su relato es claro:

Hubo un momento en el que yo era la que hacía todo, pero sí era no sé, por horarios de mis hermanos o por lo que sea, o porque mi mamá pues sí se apoyaba más en mí, porque era como la mujercita mayor... cuando nos separamos de mi mamá, sí definitivamente yo fui la que adopté el rol de mamá en la casa.

Además de las responsabilidades con el quehacer doméstico, estudiaba y tenía que buscar alguna ocupación remunerada debido a las privaciones extremas en que vivía la familia. Todo lo que ganaba era para contribuir con la manutención de la casa. Sofía considera que todas estas obligaciones la hicieron más responsable y le permitieron madurar a temprana edad. Son estas experiencias las que la motivan para enfrentar con optimismo las desventuras. Sabe que no sólo está en juego su bienestar, sino el de sus hermanos, para quienes, en los hechos, ella constituye la figura de referencia.

Sofía empezó a trabajar siendo adolescente en labores de construcción, actividad que realizaba con su padre. Posteriormente, a los 16 años, se desempeñó como vendedora en una tienda de ropa, después en un café, también fue vendedora de rosas. Pese a estos trabajos, nunca interrumpió su trayectoria escolar. La cantidad de ocupaciones que ella ha desempeñado es muy grande, al considerar su corta edad. Cuando la entrevistamos hacia demostración de títeres en la vía pública, en fiestas o en algún festival. Ella dice que hace lo que “salga en chambitas”. Se define como artista ambulante y no tiene un ingreso fijo. Combina remuneraciones por sus servicios como “payasita” con las propinas que obtiene por medio de sus presentaciones en la vía pública. Estos ingresos, cuando le va bien, le permiten cubrir sus gastos de vivienda y, si la fortuna le sonríe, de alimentación.

A pesar de los infortunios, Sofía siempre mantuvo su interés por el estudio. Nos relata que la difícil situación económi-

ca familiar le generó inestabilidad escolar. Cuando estaba en la primaria cambió cuatro veces de escuela y dos veces en la secundaria. Los cambios fueron resultado de las constantes permutas de vivienda, pues sus progenitores no tenían dinero para pagar la renta; también por su experiencia migratoria. Pero ella siguió estudiando y logró entrar en el Centro Nacional de las Artes. Gracias a ello asume una actitud positiva frente al futuro: “No veo un límite, un fin en el estudio, terminando la carrera... voy a buscar más... complementar las ganas que tengo por saber y hacer más cosas, investigar...”. Todas sus ocupaciones han sido sin prestaciones y con remuneraciones muy bajas. A su entender, el trabajo es su principal y único recurso para cubrir sus necesidades vitales. También ha aprendido a valorar como algo positivo el trabajo independiente. Después de todo, el trabajo asalariado nunca le ha provisto más que de un salario de subsistencia.

Ella realiza con gusto su actividad de titiritera, aunque su condición es de alta precariedad, inestable e insegura; enfatiza la centralidad de los “valores expresivos” en la ponderación del trabajo. Así se expresa de su trabajo: “lo disfruto mucho... aunque no tenga seguro y que me puedan atropellar en un semáforo, no sé, me pone contenta... lo haría si tuviera las posibilidades de tener dinero... porque me llena, me hace sentir completa y me hace sentir útil...”.

A pesar de todo, Sofía se ha esmerado por sobrellevar los obstáculos, pero ha encontrado muchas trabas personales, familiares e institucionales. Le han detectado cáncer, pero no se ha asumido como enferma, le molesta que todos la miren con pena. Ha luchado para curarse. En términos de su cotidiano, un día se cansó de tener que hacerse cargo de todo el quehacer de su casa, dejó de estudiar y migró a Puebla, pero tuvo que regresar porque lo que ganaba no le permitía mantenerse por sí misma. Al retornar, su padre se va de la casa, abandona a sus hijos y la deja a cargo de sus hermanos. Para atender estas nuevas responsabilidades no contó con apoyo institucional alguno, menos aún, con el de sus progenitores.

Finalmente, agobiada por su situación y cansada de su rol de madre y padre “sustituta”, envía a sus hermanos a vivir con su padre y decide mudarse a vivir con unas amigas. A pesar de su incesante búsqueda, no ha logrado una ocupación estable que le permita mantenerse y satisfacer las necesidades elementales. Su situación socioeconómica es muy crítica. Por lo general, padece privaciones extremas: “A veces nos va bien y..., a veces no tenemos ni para nada, entonces carezco de comida, carezco de luz, estuvimos una vez cuatro meses sin luz por no pagarla, carezco de gas, de agua...”.

Ha sido arduo trabajar como artista ambulante. No ha tenido ningún tipo de respaldo institucional para realizar espectáculos en plazas públicas, más bien se ha encontrado con prácticas de extorsión a las que están sujetos trabajadores y trabajadoras de la calle:

Bueno, nos presentábamos en la plaza, teníamos que dar cierta cantidad de dinero o entrarle a un tipo de mafia para que pudieras estar ahí, para que pudieras trabajar... que hubiera espacios específicos donde pudieras hacer eso sin infringir la ley o tuvieras que estarte escondiendo... en la plaza no se puede poner cualquiera, tienes que estar en una sociedad de artistas callejeros, tienes que ver cómo está la movida, pero si no lo manejas con amistades sí te sale cara.

Sofía pretende terminar la carrera, tiene la expectativa de armar una compañía de títeres con otros compañeros, quiere participar en festivales. Aunque es consciente de la dificultad de establecerse por su cuenta al carecer de capital para invertir en su proyecto. Además, sabe que encontrar empleo en su campo profesional es problemático. Ella nos comenta: “sigo dentro de lo complicado y revoltoso de buscar trabajos aquí y allá”. Ella alcanzó su objetivo primario: cursar una carrera artística. Sin embargo, al momento de la entrevista, no había logrado revertir las desventajas estructurales acumuladas; al contrario, éstas se habían acentuado y diversificado.

El relato de Sofía pone de manifiesto la importancia de la perseverancia y de una actitud positiva para buscar alternativas de vida en contextos de acumulación de desventajas, privaciones e infortunios continuos. Pero, ante todo, muestra las limitaciones de modelos de resiliencia individual cuando no se puede echar mano de otro tipo de recursos sociales.

Su vocación artística, su pasión por los estudios, la responsabilidad adquirida al hacerse cargo de los hermanos, su lucha por la sobrevivencia y la superación de las múltiples experiencias de riesgo le han permitido encontrar la fortaleza para sobrellevar obstáculos cotidianos a lo largo de su trayectoria de vida. No obstante, esto no ha sido suficiente para *salir adelante*, es decir, para estabilizar sus condiciones de vida. Hasta la fecha vive atrapada en una espiral de desventajas sociales e inmersa en una cascada de desventuras y de privaciones socioeconómicas de gran magnitud.

En palabras de Kobasa (1979), podríamos estar frente a una personalidad resistente que se caracteriza básicamente por tres aspectos: compromiso, control y desafío. El compromiso implica involucrarse plenamente en todo lo que uno hace. El control es el sentimiento de que uno puede tener influencia sobre las acciones propias. El desafío es valorar el cambio como un rasgo necesario en la vida. Los individuos con personalidad resistente desarrollan estrategias para enfrentar enfermedades, situaciones estresantes y condiciones adversas (Becoña, 2006). Garmezy (1985), a su vez, señala que la vivencia y superación de múltiples experiencias de riesgo genera más condiciones para encarar nuevas dificultades. Como lo expresa Rutter (2012), la exposición a factores de estrés puede llevar a un aumento de la resistencia frente a nuevas situaciones estresantes.

Sin embargo, todo ello no es suficiente para superar las privaciones cotidianas. Para ello se requiere acceder a un buen empleo y contar con otros soportes sociales, institucionales y familiares. Su caso revela el valor de tales soportes sociales, precisamente porque ante su ausencia, el esfuerzo y sacrificio individual se torna insuficiente y extenuante. No disponer de

tales soportes sociales amenaza con situar al individuo en una ruta sin salida, en la cual la existencia queda sumida en la lucha por la subsistencia cotidiana. El único tipo de agencia a su alcance es de carácter adaptativo y se orienta, sin duda, por el imperativo de sobrevivencia.

A MANERA DE CIERRE

Las jóvenes analizadas, residentes en la Ciudad de México y Oaxaca, han vivido, en mayor o menor medida, situaciones de riesgo vinculadas a la muerte, la enfermedad, el alcoholismo o el abandono de los padres, así como con privaciones socioeconómicas muy severas. En consecuencia, tuvieron que realizar trabajos extremadamente precarios para contribuir a la manutención del hogar y costear su formación escolar. Sin embargo, acumularon, de igual forma, protecciones de los progenitores e instituciones —con la excepción de Sofía—, lo cual les ha permitido seguir invirtiendo en la educación universitaria como posible ruta para lograr una inserción laboral y social satisfactoria. Demostraron un comportamiento de resiliencia, al enfrentar dificultades y superándolas. Esto les permitió desarrollar un tipo de agencia proyectivo orientado, en su caso, a la consecución de sus proyectos de vida, organizados, en este caso, en torno a cursar una carrera universitaria. Logro que, en todos los casos, es atribuido tanto al esfuerzo personal como familiar.

La conjugación de varios aspectos ha hecho factible que las jóvenes en situación de pauperización crónica hayan seguido la ruta de la escolaridad, al avizorar una posible superación de las desventajas sociales heredadas. Primero, una decisión estratégica de sus progenitores, quienes, en su mayoría, estimularon a sus hijas a continuar en el sistema educativo y evitar la interrupción temprana de la trayectoria escolar. Subyace en este tipo de decisiones una fuerte valoración de la madre y, en algunos casos, también del padre, sobre la educación como medio de superación individual. Segundo, el acceso a recursos externos,

básicamente de ONG, programas sociales y universitarios. El acceso a éstos fue fundamental para contrarrestar las dificultades económicas del núcleo doméstico de origen, brindar mayores oportunidades y ampliar los horizontes de vida de esas jóvenes. Tercero, el ingreso precoz al mercado laboral y la asunción de responsabilidades domésticas desde la niñez no han puesto en riesgo la continuidad escolar, toda vez que en estos casos se logró conciliar trabajo y educación, gracias al propio esfuerzo individual y al apoyo familiar. El costo de esta conciliación forzada recayó en las propias jóvenes, quienes tuvieron que redoblar sus esfuerzos y hacer grandes sacrificios para no comprometer el logro de sus metas escolares. Cuarto, la postergación de eventos vitales como matrimonio, embarazo y nacimiento de hijos permite invertir los escasos bienes y el tiempo disponible en los proyectos de vida. Quinto, el propio interés del individuo, sus aspiraciones y metas educativas, su tenacidad para sobreponerse tanto a férreas restricciones socioeconómicas y culturales como a patrones culturales que fomentaban la reproducción de los roles tradicionales de género. El desarrollo de un proyecto de vida, que se ajusta de manera crítica y pragmática a las condiciones contextuales, familiares y personales, les ha permitido tomar elecciones y orientar su acción con el propósito de alcanzar sus metas escolares.

Estos casos revelan que la necesidad económica y las experiencias de vida adversas pueden constituir un fuerte incentivo para intentar progresar en la vida; aunque como bien nos lo indica el relato de Sofía, no siempre tiene un final positivo. El esfuerzo individual es una condición necesaria, mas no suficiente, para atemperar o superar las constricciones contextuales y las desventajas sociales acumuladas en el curso de vida de las personas. Para ampliar las oportunidades de vida de estas jóvenes, el acceso a una red más amplia de recursos sociales es indispensable. La ausencia de esta red, como lo muestra el relato de Sofía, torna improbable la superación de las desventajas heredadas por su origen social y las que se despliegan en sus propios recorridos biográficos.

Lo que no sabemos es en qué medida estas jóvenes lograrán finalizar con éxito su preparación universitaria, menos aún si alcanzarán a acceder a uno de los pocos trabajos que brindan protección, seguridad e ingresos decorosos. Las que eligieron cursar disciplinas en el campo de las ciencias sociales y humanidades, de las ciencias de la educación o ciencias de la salud saben que, en estas áreas, resulta más difícil obtener puestos de calidad. De ahí que planeen, a mediano y largo plazo, hacer una especialización o cursar estudios de posgrado. Las que estudian disciplinas con mayor demanda de mercado —contaduría o medicina—, quizá podrían experimentar menos obstáculos para asegurar el desarrollo de una carrera profesional satisfactoria. El escenario ocupacional futuro resulta más sombrío para quienes eligen carreras artísticas y carecen de los recursos familiares y del capital social requerido para sortear las restricciones de su campo profesional en épocas en que se han restringido aún más los fondos públicos para el desarrollo de estas actividades.

En suma, el grupo de jóvenes analizado tiene muchas esperanzas en sus posibles logros futuros, pero nada les garantiza que al terminar sus estudios puedan acceder a un empleo de calidad. Es conocido que los profesionistas encuentran muchas barreras para lograr una incorporación ocupacional acorde con su formación, en particular, cuando el origen social se convierte en un factor de desventaja y las carreras elegidas no son valoradas en el mercado de trabajo, además de que las economías locales muestran falta de dinamismo, como analizaremos en el próximo capítulo.

V. LA PARADOJA DE LA ESCOLARIDAD

INTRODUCCIÓN

EN MÉXICO, CONCLUIR con éxito la educación universitaria representa, para amplios sectores de la población, la promesa de una vida mejor. Algunos analistas han constatado que, en promedio, la obtención de un título universitario brinda a sus portadores ventajas laborales significativas. En particular, se ha establecido que ser profesionista incrementa la probabilidad de acceder a un empleo de calidad y también otorga un mayor premio salarial (Oliveira, 2006; De Ibarrola, 2009). Algunos autores han estimado que, en promedio, los profesionistas ganaban 74% más que una persona con estudios de nivel medio superior (De la Calle y Rubio, 2010; Estrada, 2011). Por su parte, el Instituto Mexicano de la Competitividad (Imco) (2019) calcula que, si bien el “premio salarial” que obtenían los profesionistas, entre 2008 y 2018, se redujo, pues la brecha de ingresos respecto a los trabajadores con preparatoria completa pasó de 88 a 72%, la diferencia sigue siendo considerable.

La investigación especializada en el campo reconoce la mejor posición de mercado de los profesionistas, pero enfatiza que esta tendencia general soslaya la presencia de disparidades sig-

nificativas en cuanto a las oportunidades de inserción ocupacional, remuneraciones, condiciones de trabajo y satisfacción profesional (Burgos y López, 2010; Estrada, 2011; De Vries, Vásquez y Ríos, 2013; De Ibarrola, 2016). Al mismo tiempo, estos investigadores argumentan que esas diferencias en la situación laboral de los profesionistas se explican por factores institucionales: la universidad de egreso, la calidad de la educación recibida y el tipo de carrera elegida; aspectos de orden social: posición familiar, capital social; y cuestiones laborales: rasgos estructurales de los mercados profesionales, por ejemplo, capacidad de absorción, tipo de demanda de mano de obra, nivel de regulación laboral.

Adicionalmente, una corriente de investigadores sostiene que las ventajas atribuibles a las credenciales universitarias se han erosionado en las últimas décadas. Estrada (2011) argumenta que, a inicios del siglo XXI, no se puede establecer una asociación directa entre educación superior y éxito profesional. Contrario a lo que se solía pensar, poseer un título universitario no constituye garantía de acceso a una carrera profesional estable y bien remunerada. Un creciente número de profesionistas estaría enfrentando dificultades para agenciarse un trabajo de calidad y no pocos se ven forzados a aceptar trabajos no acordes con sus cualificaciones para lidiar con la amenaza del desempleo.

Tres son los argumentos que suelen aducirse para explicar la erosión de las ventajas laborales que confiere un título universitario. Por un lado, se sostiene que la cobertura de la educación universitaria se expandió a un ritmo muy vertiginoso desde finales del siglo XX, ensanchando la oferta de profesionistas más allá de la capacidad de absorción del ámbito laboral. En última instancia, esto habría desencadenado una espiral creciente de títulos, lo cual habría producido una devaluación de ese tipo de recurso laboral (Domínguez *et al.*, 2017; Tenorio, 2007). Por otro lado, los críticos de esta visión reconocen que en el país la cobertura de la educación superior se ha expandido a un ritmo acelerado en las últimas cuatro décadas (Rubio, 2009). Sin embargo, sostienen que, comparado con otros países miembros de

la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), e incluso de América Latina, la proporción de fuerza de trabajo que goza de un título universitario continúa siendo baja (Estrada, 2011; OCDE, 2019). De manera tal que el deterioro de las oportunidades de los profesionistas no es atribuible a la devaluación de las credenciales educativas. Por lo tanto, proponen buscar las causas de tal deterioro en el estilo de desarrollo adoptado por el país. Esto implicaría reconocer que México implementó una estrategia de competitividad internacional basada en la reducción de costos laborales y en el uso intensivo de mano de obra con niveles de calificación baja o media. En consecuencia, el problema del desbalance entre oferta y demanda de profesionistas se origina en entornos que no han generado empleos suficientes para absorber los nuevos contingentes de profesionistas que, año tras año, buscan un lugar en el mercado de trabajo (Hernández, 2003; Rodríguez, 2003; Salgado, 2005; Burgos y López, 2010).

Finalmente, un tercer grupo sostiene que las dificultades ocupacionales que experimentan algunos profesionistas se originan en la baja calidad de la enseñanza y en el desfase de sus áreas de especialización respecto de los requerimientos del sector productivo. Como resultado, un amplio contingente de jóvenes profesionistas carecería de conocimientos, competencias y habilidades requeridos por las empresas para lidiar con las exigencias y los desafíos de la globalización económica en curso. En consecuencia, sus niveles de empleabilidad son bajos, pese a que posean un título profesional, lo cual los obliga a insertarse en puestos que no necesariamente guardan relación con su nivel de cualificación y su campo de especialidad (OCDE, 2019).

En el siglo XXI, la investigación sobre la participación económica de la mano de obra juvenil en México ha constatado la presencia de una estructura de oportunidades muy restrictiva para este grupo poblacional. Contrario a lo que se podría suponer, como ha sido ampliamente documentado, los sectores con un alto nivel de escolaridad no escapan a esta problemática

(Muñoz, 2001; Rodríguez, 2003; Rodríguez y Leyva, 2004; Burgos, 2008; De Vries y Navarro, 2011; Planas, 2013). De hecho, los niveles de desempleo de los universitarios graduados, menores de 30 años, son más elevados que los del resto de la fuerza de trabajo.¹ Asimismo, 46% de profesionistas jóvenes labora en trabajos no relacionados con su nivel de estudios y 27% desempeña ocupaciones informales (OCDE, 2019: 10).

Los estudios disponibles muestran un panorama heterogéneo. Algunas profesiones se enfrentan a un contexto laboral saturado, en tanto que otras —vinculadas a las tecnologías de información y comunicación— parecen estar mejor apertrechadas para responder a las demandas de una economía digital globalizada. Datos del Imco (2017) señalan que las profesiones mejor remuneradas son: física, química, ingenierías, finanzas y estadística; mientras que las de menor retribución son: lenguas extranjeras, filosofía y ética, formación docente y preescolar, deportes, criminología, orientación y asesoría educativa. El resultado de esta dinámica es la valoración/devaluación diferenciada de los títulos universitarios (Muñoz, 2006; Salgado y Miranda, 2007; Domínguez *et al.*, 2007; Tenorio, 2007; Burgos, 2008; De Ibarrola, 2009; Burgos y López, 2010; De Vries, Vázquez y Ríos, 2013; Planas, 2013).

Esto no implica desconocer la importancia de la educación superior para obtener una buena posición ocupacional y beneficiarse de una trayectoria profesional promisoría. El argumento esbozado señala que el potencial de inclusión de este tipo de escolaridad es desigual, varía de acuerdo con la importancia asignada a las diferentes profesiones en el contexto del nuevo modelo económico. Por lo tanto, cuanto más valorados por el mercado resultan los conocimientos, las habilidades, destrezas y competencias, mayores serán las posibilidades de éxito laboral

¹ De los profesionistas jóvenes, 9.4% se encuentra desempleado, en contraste con 3.4% del total de la fuerza de trabajo. Todas las estimaciones referidas a la participación laboral de la mano de obra en este capítulo, se elaboraron con base en la ENOE 2017, primer trimestre.

de las y los jóvenes profesionistas. Al contrario, quienes eligieron una carrera con bajo reconocimiento enfrentarán mayores obstáculos para acceder a un puesto de calidad. Esto último se agrava, aún más, en aquellas entidades o regiones que exhiben un bajo nivel de desarrollo, limitada diferenciación sectorial y escaso dinamismo económico.

Con la finalidad de ahondar sobre estos tópicos, en este capítulo exploramos las trayectorias y la inserción laboral de jóvenes con educación universitaria en la Ciudad de México, Oaxaca y Monterrey. Nuestro propósito es mostrar cómo la interrelación de diversos factores (estructurales, institucionales y socioindividuales) puede fomentar o contrarrestar el potencial de inclusión de la educación superior en ámbitos diversos. Además, hay que recordar que el grupo estudiado ingresó a la PEA en un periodo de reestructuración económica, lo que en México significó la profundización de los procesos de flexibilización de los mercados de trabajo, la acentuación de la precarización laboral y una creciente informalización de los mercados de trabajo (De la Garza, 2002; García, 2009 y 2010; Mora y Oliveira, 2010; Rojas y Salas, 2011; Pacheco, 2014).

LA PROMESA INCUMPLIDA

Como analizamos en el capítulo previo, los jóvenes universitarios depositan altas expectativas en la educación para obtener puestos de calidad y mejorar sus condiciones de vida. Cuando esto no se alcanza, como veremos en este capítulo, se generan formas de inserción precaria y sentimientos de insatisfacción laboral y frustración profesional. Para mostrar esto, estudiamos el itinerario laboral de veintidós jóvenes profesionistas ya titulados. Se trata de diez hombres y doce mujeres cuyas edades oscilan entre los 22 y los 35 años. Seis de los casos tienen entre 30 y 35 años. Aunque podría pensarse que quienes están en este rango de edad ya no pertenecen a la categoría de jóvenes, su presencia en el análisis nos permite observar cómo la preca-

riedad se proyecta más allá de la fase postitulación, al generar desventajas difíciles de remontar en los años subsiguientes. Estos profesionistas estudiaron diversas disciplinas: ingenierías, ciencias económicas y administrativas, ciencias sociales, humanidades. En su totalidad, el grupo formaba parte de la PEA cuando se les entrevistó (véase cuadro 4 en el anexo).

Sus orígenes son heterogéneos: padres profesionistas, pequeños comerciantes, técnicos y obreros. Seis residen en Monterrey, siete en Oaxaca y nueve en la Ciudad de México, lo cual nos permite valorar la importancia de diversos contextos económicos y la influencia de los mercados de trabajo locales. Análisis estadísticos previos han mostrado la relevancia de estos factores en el estudio de las condiciones de trabajo de la mano de obra juvenil (Navarrete, 2001; Oliveira, 2006; Mora y Oliveira, 2010; De Vries y Navarro, 2011; Planas, 2013).

Los contrastes en la situación de la mano de obra asalariada joven en las tres ciudades consideradas son acentuados. La desprotección es más notoria en la ciudad de Oaxaca, donde 38% de los profesionistas jóvenes asalariados no cuenta con acceso al seguro social; 50% no tiene estabilidad; 31% carece de acceso a las prestaciones básicas, y 28% percibe un salario mensual igual o inferior a dos salarios mínimos. En contraste, en contextos más dinámicos, como el de Monterrey, estos guarismos son considerablemente inferiores. Las cifras acerca de las condiciones laborales de los profesionistas jóvenes se reducen de forma importante: 11% labora sin seguridad social; 23%, sin estabilidad; 8%, sin prestaciones básicas y 8% percibe un salario de hasta dos salarios mínimos al mes. En la Ciudad de México, dado su tamaño y heterogeneidad ocupacional, las condiciones laborales de los profesionistas jóvenes se ubican en una posición intermedia: 21% no tiene seguridad social, 41% carece de estabilidad, 20% no tiene acceso a las prestaciones laborales básicas y 22% gana dos o menos salarios mínimos mensuales.

Para caracterizar las modalidades de participación económica de este grupo elaboramos una tipología de inserción en el mercado de trabajo. Esta clasificación es el resultado de un

análisis pormenorizado de las condiciones de trabajo del empleo reportado al momento de la entrevista. El resultado arroja la presencia de seis variantes posibles, a saber: inserción protegida, vulnerable, flexible, precaria extrema, desvinculada asalariada y desvinculada no asalariada (por cuenta propia). Estas dos últimas también son modalidades de trabajo precario, pero la diferencia principal es que la precariedad se traduce principal, aunque no exclusivamente, en desvinculación profesional.

A continuación, caracterizamos cada uno de los tipos de inserción ocupacional para mostrar cómo acontece la convergencia y acumulación de ventajas/desventajas sociales a lo largo de las biografías de las personas que dan vida a cada una de las seis agrupaciones arquetípicas identificadas. Por ello, a efectos de introducir un conjunto de testimonios que den contenido empírico al análisis, se seleccionó un “caso ejemplar”, al interior de cada uno de los tipos.

INSERCIÓN PROFESIONAL PROTEGIDA

Este tipo fue elaborado con base en cinco casos, tres mujeres y dos hombres. Uno de Monterrey, tres de la Ciudad de México y uno de la ciudad de Oaxaca. Las y los jóvenes de este grupo, en su mayoría, proceden de hogares nucleares de clase media. Sus progenitores son profesionistas o comerciantes, mas no se trata de familias afluentes, como en el caso de los jóvenes analizados en el capítulo dos. En todos los casos se trata de los hijos menores de estas familias, aspecto que constituye, en sí mismo, una ventaja.²

Esta forma de inserción laboral engloba asalariados en instituciones públicas y empresas privadas, quienes cuentan con contrato escrito, seguro social y todas las prestaciones de ley.

² Es conocido que la composición del hogar, su tamaño y la posición de una persona respecto a sus hermanos y hermanas son factores que pueden ejercer una influencia sobre las oportunidades de vida de los individuos.

Por lo general, perciben salarios muy altos en el contexto mexicano (diez salarios mínimos o más); vale tener presente que, en el país, tan sólo 13% de los universitarios graduados asalariados menores de 30 años recibe remuneraciones superiores a cinco salarios mínimos mensuales. Este grupo comprende profesionistas localizados en mercados dinámicos que tienen una estructura de oportunidades más amplia: principalmente en la Ciudad de México y Monterrey; predomina entre ellos el sentimiento de seguridad laboral y realización profesional. Por esta razón, la inserción ocupacional protegida es percibida como satisfactoria y exitosa.

La modalidad de incorporación profesional de estos jóvenes se finca en la confluencia de otras prerrogativas asociadas con el tipo de carrera elegida, la diversificación e influencia de sus redes sociales, y el desarrollo de recorridos ocupacionales asociados con su campo de especialización, lo cual les permitió acumular conocimientos de manera progresiva. También se observa la presencia de proyectos biográficos bien estructurados desde el inicio de su fase juvenil, lo que orientó sus decisiones de cara al logro de las metas definidas, teniendo en cuenta, claro está, que para ello contaron con la movilización de recursos familiares. Vale la pena detenernos en cada uno de estos aspectos.

Estos profesionistas estudiaron disciplinas tecnológicas con una marcada presencia masculina, como ingeniería de sistemas, informática o ciencias económico-administrativas, por ejemplo, contaduría, administración o finanzas. De acuerdo con sus percepciones y las de otros jóvenes entrevistados, son disciplinas bien valoradas por los empleadores, aspecto que contribuye a ampliar sus oportunidades ocupacionales. Los canales utilizados para acceder a su trabajo actual fueron múltiples: amigos personales, contactos escolares o relaciones establecidas durante sus prácticas profesionales.

Se trata de profesionistas con edades entre los 22 y 25 años. La mayoría se graduó a temprana edad —alrededor de los 21 años— y sus recorridos laborales apenas se iniciaron —de uno

a tres años de duración—. Al contar con condiciones que les permitieron titularse con prontitud, lograron vincularse, a temprana edad, al ejercicio de su profesión. Cabe añadir que no experimentaron problemas asociados con la inactividad forzada ni el desempleo. En sus experiencias previas destaca la presencia de empleos antes de la titulación, afines con su área de estudio, aspecto que les facultó para adquirir, progresivamente, conocimientos, contactos e información sobre las oportunidades ocupacionales disponibles y el funcionamiento de sus respectivos campos de especialización.

Ellos y ellas aspiran a desarrollarse tanto en el sector privado como en el gubernamental. Por ello, toman decisiones con orientación estratégica para abrirse camino en un entorno percibido como muy competitivo y con oportunidades diferenciadas según el área de estudio. Exhiben una actitud proactiva y horizontes futuros que orientan sus elecciones. De igual forma, presentan gran flexibilidad para ajustar sus planes a los cambios del contexto o a la evolución de su situación personal y familiar, y se muestran atentos para sacar provecho de las oportunidades emergentes. El éxito es visualizado como una meta alcanzable, aunque su logro exige “esfuerzo y sacrificio” constante. Tienen conciencia de que los puestos a que aspiran, por lo general, están reservados para personas más afluentes o que tienen acceso a redes sociales influyentes. Por tal razón, reconocen que ellos y ellas deben realizar un esfuerzo mayor. Saben que el “piso no es parejo” y la competencia por acceder a esas posiciones, para ellos, es “más dura”.

La participación económica de Patricio, joven de 24 años que trabaja en la Ciudad de México, revela cómo los aspectos mencionados: estudiar una carrera valorada en el mercado, titularse a temprana edad, contar con una experiencia que propicia la acumulación de conocimientos y permite hilar valiosas redes sociales, así como la presencia de un proyecto orientado al desarrollo profesional, contribuyen al logro de una inserción protegida, siempre y cuando haya oferta de empleo de calidad disponible.

Patricio proviene de un hogar de clase media. Sus progenitores se dedican al comercio en Cuernavaca, Morelos. Su familia ha gozado de una situación económica estable a lo largo del tiempo. Actualmente, él vive solo y trabaja en la Ciudad de México. Estudió la licenciatura de ingeniería en sistemas. Su relato muestra que eligió, a muy temprana edad, su campo de interés profesional. Él narra que desde la primaria empezó a sentirse cautivado por las computadoras. En la preparatoria tomó cursos de computación, de manera que al ingresar a la universidad ya contaba con conocimientos acumulados en ese campo: “fue de mucha utilidad, ya se me hizo fácil la carrera con todo eso que traía”.

El joven se tituló a los 22 años. Sus ocupaciones previas a la graduación le permitieron amasar conocimientos de gran utilidad en su profesión. Su primer trabajo aconteció cuando aún era un adolescente y cursaba la educación media superior. Laboró en una empresa privada. Le contrataron para que colaborara en el diseño y prueba de un sistema de cómputo. Posteriormente, ingresó en el sector público, donde desempeñó tareas similares. Al terminar los estudios renunció al cargo en el gobierno, debido a que los contratos estaban sujetos a decisiones políticas y esto le generaba mucha inseguridad, es decir, la estabilidad siempre estaba en juego, máxime si un nuevo partido político se hacía del poder. Para lidiar con esta incertidumbre decidió trabajar en el sector privado, al suponer que en ese ámbito ni la estabilidad ni su trayectoria profesional dependerían de la dinámica del juego político-electoral. En ese momento, ingresó a una empresa privada para trabajar como ingeniero en sistemas. De entrada, por su experiencia, logró acceder a un puesto protegido, con todas las prestaciones de ley, estabilidad y una remuneración que lo ubica en el selecto conjunto de profesionistas de ingresos altos, al percibir, mensualmente, un salario diez veces superior al mínimo.

Patricio valora positivamente este hecho, pero no enfatiza en su discurso ni su remuneración ni sus condiciones laborales, sino las posibilidades de aprendizaje continuo, lo que muestra

con claridad el componente valorativo que emplea para evaluar su quehacer profesional. “He aprendido mucho y por lo que veo tengo mucho más que aprender, mis otros trabajos me gustaban mucho porque aprendía y ahorita aquí estoy explotando todo lo que pueda”. Además, en sus horas libres también ha trabajado “por su cuenta”, desarrollando sistemas especializados para clientes que lo contratan por proyecto.

En un entorno propicio para el desarrollo de sus planes actuales pretende reforzar la estrategia que en el pasado le resultó favorable. A su entender, en su campo de trabajo “el recurso más importante que veo es el conocimiento y creo que hasta ahorita voy bien”. Sus expectativas, por el momento, lo conducen a asegurar su posición en la empresa privada y obtener mejores condiciones laborales: “más prestaciones, más días de vacaciones, mejor sueldo y un buen horario”. En el futuro, sin embargo, le gustaría iniciar un negocio propio como consultor en informática. A su juicio, esta meta es realizable.

En suma, este caso muestra cómo la imbricación de aspectos socioindividuales, familiares y estructurales generan posibilidades para que los jóvenes profesionistas desarrollen sus carreras de forma exitosa. La movilización de recursos del núcleo doméstico, la formación de un *habitus* académico, la elaboración de un proyecto y el despliegue de una agencia orientada a su consecución constituyen elementos clave para explicar el logro ocupacional observado. Este mismo es viable en tanto que su campo de especialización goza de una alta demanda de mercado, lo cual genera oportunidades ocupacionales que dan acceso a un trabajo de calidad y al desarrollo de una carrera profesional. Sus predilecciones por la agencia individual también están claramente definidas, lo cual lo decanta por el trabajo independiente. Las expectativas laborales futuras se asocian, en este caso, con el negocio propio, pero entendido como un espacio empresarial propicio para la venta de servicios profesionales especializados.

En general, para este grupo de jóvenes, la consecución de un título universitario se convirtió, de hecho, en una vía para

mejorar su situación de vida. Los años de esfuerzo y sacrificio en el espacio escolar resultaron favorables. Se exalta el esfuerzo personal y la acumulación de conocimientos especializados con alto valor de mercado como las claves de su “éxito personal”. Enfatizan, en consecuencia, la centralidad de la agencia individual para lidiar con los obstáculos que enfrentan en el mundo del trabajo. Su carrera profesional está asociada, en su lógica, con su desempeño individual. No hay lugar, por lo tanto, para pensar, ponderar y mucho menos favorecer cualquier estrategia de acción colectiva.

INSERCIÓN PROFESIONAL VULNERABLE

Esta segunda modalidad de incorporación ocupacional fue constituida con base en siete casos, seis hombres y una mujer —cuatro de Oaxaca, dos de Monterrey, uno de la Ciudad de México—. Ellos y ellas también son hijos de padres de sectores medios: profesionistas, técnicos y maestros, aunque sus familias son de mayor tamaño (de tres a siete hijos). Estos jóvenes experimentaron una vida sin privaciones, aunque sin privilegios.

Pese a disponer de un título universitario, no han ingresado a un empleo que brinde estabilidad laboral ni seguridad económica. Por lo general, logran asalariarse en su campo profesional e incluso acceden a un paquete amplio de prestaciones como seguro social, vacaciones pagadas, aguinaldo, ahorro para crédito de vivienda, entre otras. No obstante, sus contratos son temporales o están sujetos a la cláusula de “puestos de confianza”. Esta modalidad de contratación es muy socorrida en el empleo público mexicano y está considerada en la Ley Federal del Trabajo (De Buen, 2000).³ Inicialmente pensada para las posiciones de mayor jerarquía tanto en el sector público como en

³ Según datos del Censo Nacional de Gobierno Federal 2017, 17.5% de la mano de obra empleada en la administración pública federal estaba contratada bajo el modelo de “trabajador de confianza”, situación que se agudiza entre los empleados públicos estatales y municipales (Inegi, 2017).

el privado, este tipo de contrato se fue extendiendo hasta abarcar, actualmente, todo el espectro de posiciones ocupacionales. Los trabajadores de confianza no pueden ni sindicalizarse ni asumir cargos de representación sindical alguno. Asimismo, la ley autoriza al empleador a rescindir, unilateralmente y sin responsabilidad patronal, la relación laboral alegando un motivo “razonable” de pérdida de confianza. En la práctica, esto da cabida a un sin número de abusos que suelen incrementar las asimetrías de poder entre las y los trabajadores contratados bajo esta forma y sus superiores jerárquicos. La inseguridad que genera esta forma de contratación produce, en estos trabajadores, un sentimiento de vulnerabilidad e incertidumbre. En su caso no se trata sólo de un sentimiento de precariedad subjetiva (Linhart, 2013) asociada con la pérdida de control sobre el trabajo, sino un hecho también objetivo, pues, como hemos indicado, sus contratos pueden ser rescindidos unilateralmente por sus superiores.

Las vidas de este grupo de jóvenes transcurrieron, según varios testimonios, “sin carencias y sin lujos”. Por otra parte, han cursado disciplinas diversas con valoraciones disímiles en el mercado de trabajo local, como derecho, administración de empresas, contaduría, ingeniería industrial y comunicación. Todos consiguieron hacerse de un título académico, en gran medida porque tuvieron acceso a universidades públicas. A su juicio, esto fue fundamental, pues sus progenitores no tenían la solvencia económica para sufragar los costos de una universidad privada.

Varias de las ventajas identificadas en el grupo de incorporación ocupacional protegida están ausentes entre los sujetos con inserción vulnerable. Primero, ellos y ellas ya no son tan jóvenes (tienen entre 28 y 30 años); la mayoría se tituló después de los 25 años. Se encuentran en otra etapa del curso de vida; casi la mitad ya ha establecido un hogar independiente, viven solos o con sus parejas, o han asumido roles protagónicos en la manutención de sus unidades domésticas de origen. Por tal razón, la vivencia de inseguridad laboral se proyecta hacia otros ámbitos personales y familiares. Tienen claro que una eventual

pérdida del cargo no sólo pondría en entredicho su desarrollo ocupacional, pues perciben pocas oportunidades en su entorno, sino que tendría un impacto negativo en las condiciones de vida de sus hogares.

Segundo, en cuanto a sus itinerarios ocupacionales, todos se sumaron a la fuerza de trabajo en puestos sin protección, es decir, sujetos a diversas formas de precariedad. La mitad se tornó económicamente activo antes de los 20 años al concluir su bachillerato o iniciar sus estudios universitarios. Además, en todos los casos, su trayectoria pretitulación aconteció en cargos desligados de su campo de estudio. Esto les impidió acumular conocimientos y redes sociales para potenciar sus posibilidades de acceso a un empleo de calidad; lo que los ha obligado a depender, en mayor medida, de sus conexiones políticas. Asimismo, en este caso, todos los sujetos tienen experiencia de desempleo, lo cual, con toda certeza, también alimenta su sentimiento de inseguridad presente.

Sus expectativas se orientan, para unos, hacia el desarrollo de carreras académicas o políticas, mientras otros depositan sus esperanzas en el empleo profesional independiente o en el emprendimiento de un negocio propio. Quienes consideran que las oportunidades a su alcance son mínimas, califican el mercado de trabajo como cerrado y perciben el futuro como incierto. Los demás cifran sus expectativas en el trabajo autónomo. Ambos subgrupos no pierden el anhelo de destacar en su ejercicio profesional, motivo por el cual hay un optimismo moderado en su valoración del futuro.

La historia de Salomón, joven de 30 años, casado y con un hijo, permite mostrar que, en un mercado de trabajo alicaído, como el de la ciudad de Oaxaca, la carrera política partidaria constituye una ruta para el desarrollo ocupacional, cuando no se dispone de otros recursos sociales, aspecto que, aunado a la formación elegida (derecho), a sus aspiraciones personales (destacarse como líder social en su ciudad), y al empeño por *salir adelante*, lo motivan y ayudan a sobreponerse ante las constricciones contextuales.

Salomón terminó la licenciatura en derecho en una universidad pública. Ha obtenido becas, menciones por su récord académico y ha sido premiado en concursos de oratoria en su estado natal. Él se define como “un joven participativo”. Cuando inició a escribir la tesis de licenciatura, empezó a buscar un puesto relacionado con su campo de especialización. Comenta que “no fue fácil”. La espera fue larga; pasó “un año y medio para que me dieran la primera oportunidad”. Considera que, en Oaxaca, “el mercado laboral para los universitarios es casi inexistente”.

A los 24 años entró a trabajar en el gobierno estatal, pero renunció a su cargo por problemas políticos, en concreto, confrontaciones entre diferentes corrientes del partido político en el poder en su estado. Entonces participó en una campaña electoral municipal, ya como miembro del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Después, como resultado de su implicación política, ocupó por tres años un cargo de Secretario General en una dirección del sector público. A los 27 años colaboró en la campaña electoral para el cargo de gobernador del estado. Por ese medio obtuvo un cargo directivo en la administración pública estatal. Cuando fue entrevistado, tenía dos años de desempeñarse como jefe de una unidad del Gobierno del Estado de Oaxaca. Para este puesto, había firmado un contrato escrito, disfrutaba de seguridad social y de todas las prestaciones, asimismo, percibía una remuneración cercana a los diez salarios mínimos. Sin embargo, carecía de estabilidad por tratarse de una “plaza de confianza”; sabía que podía ser removido de su puesto en cualquier momento. Para evitar este desenlace debía obedecer, al pie de la letra, las instrucciones de sus superiores; mostrar su aceptación irrestricta al principio de subordinación jerárquica y, en particular, probar, cuantas veces fuese requerido, apoyo incondicional respecto de sus superiores. Salomón señala que esta ocupación “le da seguridad económica, pero no existe una seguridad en el empleo. La política es así. Cambian a alguien, nos vamos todos los que aquí estamos de confianza”. En la actualidad está terminando una maestría en derecho

político electoral, anhela hacer una carrera política y lograr cambios en su estado. Su futuro es percibido en el ámbito público. Estima que sus logros dependerán, en gran medida, de sus redes políticas.

La biografía de Salomón nos permite visualizar que, en un entorno falto de dinamismo económico, la ruta política constituye una de las pocas ventanas de oportunidad para algunos jóvenes profesionistas. Pese a tratarse de inserciones inestables, abren el camino para forjar una ruta profesional. Pero no cualquiera transita por este sendero. Se requiere tener vocación y habilidades, tanto como conexiones influyentes. Disponer de esta clase de “activos” puede catapultar las oportunidades de un joven, incluso granjearle un cargo directivo en la administración pública sin haber tenido experiencia previa. No obstante, ello no basta para que el sentimiento de vulnerabilidad se desvanezca. Salomón, al igual que los otros integrantes de este grupo, se sigue percibiendo a sí mismo en una posición frágil. Su futuro ocupacional es incierto y él lo reconoce. No hay espacio para un desliz. Cualquier controversia con su superior político lo pondría en la cuerda floja; la amenaza del paro es latente. Por ello, en su caso, la fidelidad y la sumisión a la autoridad constituyen el precio a pagar para evitar el retorno al mundo de la precariedad laboral o del paro.

INSERCIÓN PROFESIONAL FLEXIBLE

Este modo de participación en el mercado de trabajo fue reconstruido con base en dos casos de jóvenes de la Ciudad de México. Ellos, con edades de 28 y 35 años, provienen de diferentes sectores sociales: uno de familia de clase media acomodada y el otro de clase trabajadora. En este caso se hacen visibles nuevas modalidades de contratación de profesionistas: por honorarios, tiempo y obra determinada, en el sector público o privado, sin cobertura de seguridad social y sin prestaciones. En concreto, nos referimos a modalidades flexibles de contratación de mano

de obra profesional basada en la contratación de “servicios profesionales”.

El Servicio de Administración Tributaria (SAT) mexicano establece que el régimen de servicios profesionales —comúnmente denominado como “honorarios”— opera para personas físicas profesionales que obtienen ingresos de manera independiente por prestar sus servicios a empresas, dependencias de gobierno o a otras personas físicas. En las últimas décadas, este régimen ha sido utilizado por los empleadores, en el sector público y en el privado, para esconder la existencia de relaciones de trabajo asalariadas, lo que libera al empleador de sus obligaciones patronales y priva al trabajador de sus derechos fundamentales.

Una de las ventajas compartidas por quienes dan vida a este tipo es la elección de carreras con una gran demanda de mercado, como informática e ingeniería. Pero, a diferencia de quienes accedieron a un puesto protegido, aquí observamos dos situaciones. Primero, el trabajo profesional independiente. Segundo, la inestabilidad y desprotección persistente. Esto último nos faculta a subrayar que el logro de una carrera “exitosa” y satisfactoria no depende, exclusivamente, de la elección de un área de estudio con alta demanda de mercado. Otros elementos entran en juego, como ya ha sido puesto de manifiesto en el análisis de las situaciones previas.

Los dos jóvenes asumen una actitud distinta frente a la flexibilidad laboral. Sus historias nos permiten visualizar vivencias contrastantes de un mismo tipo de participación ocupacional. Por un lado, está quien se ha adaptado, con relativa facilidad y aceptación, a formas de contratación dúctiles. Por otro, se erige el prototipo del trabajador a quien esta modalidad de contratación le genera angustia, tensión y frustración. Analicemos esto con detalle.

Cuando se asume una visión positiva de la contratación flexible, se acepta la inestabilidad y falta de protección social como un riesgo que hay que asumir para concretar las expectativas laborales. En este caso, se valora el conocimiento ad-

quirido como un recurso que permite competir en mercados globalizados. Adicionalmente, se considera que la práctica de contratación por obra —por ellos nombrada “consultoría”— permite adquirir relaciones sociales que se tornan cruciales para asegurar oportunidades futuras. En este sentido, contar con una vasta red de contactos es visto como un recurso estratégico, como un activo de alto valor. El individualismo se torna crónico en estos casos, toda vez que la carrera profesional es concebida como un movimiento continuo de búsqueda de nuevos proyectos para asegurar una posición competitiva en el mercado. A lo sumo, como indicamos, se reconoce la importancia de las redes sociales, pero éstas se conciben como un resultado de la propia acción personal.

El sentimiento de logro se materializa en la idea de aplicar y ampliar los conocimientos, ejercer la profesión, encarar nuevos desafíos y en la aspiración de ser un consultor independiente. El rechazo a la subordinación, a la figura del patrón y al disciplinamiento, propio de las actividades asalariadas, es tan fuerte como el deseo de éxito profesional. Esto último está asociado, por supuesto, con el disfrute de mayor autonomía, alta remuneración, libre movilidad y flexibilidad horaria. Todos estos elementos son referidos como rasgos positivos que, en su discurso, permiten justificar la pérdida de derechos asociada con el trabajo asalariado profesional.

Sin embargo, quizá lo que más exalta es el sentimiento de estar siempre emprendiendo un proyecto nuevo. El desafío consiste en poner a prueba sus saberes, pericias e ingenio, al transformar la ocupación en una experiencia de aprendizaje continuo. Se evita, a toda costa, la monotonía y falta de creatividad del quehacer rutinario, característica distintiva, a su entender, de un cargo asalariado, por más especializado que sea.

Los jóvenes que valoran positivamente el modelo de contratación flexible resultan ser, en su autopercepción, sujetos que abrazan el riesgo. Según su imaginario, esta característica los asemeja a la imagen idealizada del empresario innovador. Cuando se valora positivamente la inserción flexible, no se an-

hela la estabilidad, ni la seguridad de un contrato de planta, ni se teme al desempleo, pues en el universo referencial, éste es susceptible de ser administrado mediante la activación de redes y la vocación emprendedora, ya sea como consultor independiente o al desarrollar algún negocio propio.

A todas luces, se trata de un universo ideológico que rememora las teorías schumpeterianas del empresariado, al exaltar algunos rasgos centrales que este autor confiere a este actor económico: la innovación y el emprendimiento continuo de nuevas empresas (Mehmood *et al.*, 2019). Asimismo, deja entrever la penetración que tienen algunas de las coordenadas ideológicas centrales del pensamiento neoliberal entre un conjunto de jóvenes, quienes se autodefinen como “emprendedores” más que como trabajadores. El énfasis en la libertad, el conocimiento, la competitividad individual, el riesgo, la innovación y el mercado como institución abierta da cuenta de ello. Es probable que la asunción de estos referentes ideológicos esté asociada con el hecho de que este tipo de jóvenes sabe que, en caso de fallar, disponen de una red de contención familiar que les asegura su bienestar, más allá de su desempeño “empresarial”.

El caso de Ángel ejemplifica esta visión positiva de la flexibilidad laboral. El joven de 28 años vive aún con sus progenitores y dos hermanos. Su padre, actualmente jubilado, era dueño de una imprenta que vino a menos con el cambio tecnológico. Su madre siempre ha sido ama de casa. Cuando él era niño su padre tenía trabajo abundante y “se notaba que había dinero”. Él tiene a su favor haber acopiado varias prerrogativas como la titulación a temprana edad y la construcción de una amplia red de contactos que, a su juicio, puede movilizar para acceder a nuevas consultorías o proyectos. Él se graduó en ingeniería informática a los 22 años.

Durante los últimos cinco años ha laborado, de manera ininterrumpida, en la misma empresa; no cuenta ni con estabilidad ni con prestaciones. Está contratado bajo el modo de “trabajo por honorarios” a efectos de desarrollar proyectos informáticos concretos. Sin embargo, señala que esto no le afecta,

pues percibe un buen salario, superior a diez salarios mínimos al mes. De hecho, su ingreso lo ubica en el estrato de trabajadores con mayores remuneraciones en el país. En su puesto realiza funciones afines con su profesión: desarrolla sistemas informáticos para bancos, aseguradoras y otras instituciones. Cada uno de los proyectos que le asignan, a su entender, le ofrece la posibilidad de ampliar sus conocimientos, enfrentarse a nuevos desafíos y evitar la monotonía laboral.

Ángel se siente satisfecho: “me gusta ir a trabajar, de momento no tengo ningún problema”. Como parte de sus funciones vivió un tiempo en Querétaro y pudo concursar para ir a España. Ha pensado estudiar una maestría, pero, por ahora, ha priorizado el trabajo para adquirir experiencia. Socializado en un ambiente familiar donde el padre era propietario de su propio negocio, el joven se piensa a sí mismo como un profesional independiente que puede establecer su propia empresa de consultoría informática. Anhela concretar este proyecto, “ser dueño de mis decisiones, de mis acciones”. En este sentido, valora su ocupación actual como una fase necesaria para ampliar sus conocimientos, redes y recursos, para en un futuro próximo desarrollar su propia empresa de consultoría.

En contraste, Érick proviene de una familia de extracción popular de escasos recursos económicos, a la cual se refiere en los siguientes términos: “somos personas sencillas sin un gran ingreso y viviendo modestamente, muy modestamente”. Su caso presenta una visión negativa de la inserción profesional flexible. Él resalta las dificultades de esta clase de actividad porque produce inestabilidad, inseguridad económica y frustración. Subraya que, desde su titulación, ha estado inmerso en cargos que no prometen ninguna clase de seguridad. Esto lo ha conducido a desarrollar una lectura crítica de su trayectoria postitulación, tanto como de su futuro ocupacional.

Érick también es un ingeniero ligado al área informática, especializado en el desarrollo de sistemas. En su relato verbaliza sentimientos de insatisfacción: “He sufrido más que las satisfacciones que he tenido en un trabajo”. Enfatiza las situacio-

nes de explotación a que puede dar lugar la contratación por honorarios o las consultorías, tanto por la competencia entre colegas como por las presiones a que están sometidos los desarrolladores de sistemas independientes por sus contratistas. Resalta, además, las extenuantes jornadas que se “autoimponen” para realizar los proyectos asignados: “Se trabaja bajo la presión de una fecha de entrega. El mercado es quien las fija y el que entrega más rápido el sistema es el que más tiene clientes. [...] Son jornadas extralargas que van desde las doce horas hasta las quince horas diarias”.

Entrevistado a los 35 años en la Ciudad de México, Erick contaba ya con una experiencia como profesionista de casi diez años. Después de la preparatoria suspendió sus estudios por razones económicas. “Quise entrar a una universidad de paga [se refiere a una universidad privada] lo cual era completamente inalcanzable para la situación económica de mi familia. Entré un semestre. Tuve que salir [por falta de recursos económicos]”. Al suspender su formación, cuando tenía 20 años, ingresó a trabajar en un videoclub y de ahí pasó a un negocio de juegos de video. En ninguno de estos puestos tuvo un contrato escrito, seguro social o prestaciones laborales.

A los 22 años reanudó sus estudios, pero ahora “en universidades públicas”, dedicándose, de manera exclusiva, a cursar su carrera. Se graduó como ingeniero en sistemas a los 26 años. Su situación postitulación “no ha sido fácil”, según su propia expresión. Desde entonces ha tenido seis empleos distintos, aunque todos relacionados con su área de interés. Casi siempre ha sido contratado bajo la modalidad de “honorarios por servicios profesionales”, lo cual le ha impedido contar con seguro social, prestaciones y estabilidad, así como cotizar para su futura jubilación. Podría decirse que su recorrido está marcado no sólo por la flexibilidad, sino también por la precariedad, pese a ejercer su profesión.

A los 29 años, Erick tomó una decisión que marcó su derrotero y comprometió sus posibilidades de realizar una trayectoria favorable. Renunció a un puesto profesional protegido

para cursar una maestría. No obstante, a los pocos meses, se vio obligado a abortar este proyecto, pues la beca de estudios prometida “no llegó a tiempo” y él carecía de recursos económicos para sufragar los costos de la universidad y la manutención personal. Él comenta: “Otra vez el ingreso empezó a ser corto porque ya no trabajaba y la beca que daban en la maestría llegó demasiado tarde”.

Entre los 33 y 34 años se ha dedicado, durante seis meses, a realizar por su propia cuenta labores en su área profesional, pero de naturaleza eventual. Se trató, sin duda, de un intento de autoempleo para resistir al desempleo inminente. Empero, ese proyecto tampoco logró madurar lo suficiente para habilitar una ruta alternativa. Regresó, entonces, al trabajo por proyectos. Gracias al apoyo de amigos y excompañeros, consiguió ser contratado como ingeniero en sistemas por una empresa que le ha dado cierta continuidad, mas no seguridad laboral. Sin embargo, pese a que es un profesionalista con vasta experiencia, sigue contratado bajo el régimen de honorarios. Le preocupa no cotizar en ningún sistema de jubilación; sabe que llegado el momento, no dispondrá de recursos para pensionarse.

Aunque su ingreso es alto —obtiene una remuneración que oscila alrededor de los ocho salarios mínimos—, Érick visualiza su futuro como incierto. Se siente frustrado porque no ha logrado un empleo formal, propicio para su desarrollo profesional, que le otorgue la anhelada estabilidad y seguridad económica. A diferencia de Ángel, aspira a encontrar un trabajo protegido. Visualiza el negocio propio como un refugio que, quizá, con suerte, le proporcione la estabilidad y tranquilidad que el trabajo asalariado flexible no le ha brindado hasta la fecha. Mas se muestra dubitativo. Ya lo ha intentado y la “suerte” no lo acompañó.

El relato de Érick muestra la relevancia de observar cómo el origen familiar de los individuos impone restricciones que no siempre pueden superarse con base en la agencia individual. El contraste entre la valoración que Ángel y Érick tienen de sus trayectorias nos permite poner de manifiesto cómo la vivencia

de la flexibilidad entre profesionistas con carreras de alta demanda está influida por su extracción social, su recorrido biográfico y sus horizontes ocupacionales.

Érick, a diferencia de Ángel, es un joven de clase media baja, la escasez de recursos le impidió, primero, estudiar en una universidad privada y, posteriormente, llevar a buen término sus estudios de maestría. Debido a esto ha desarrollado sentimientos insondables de frustración. Ángel, en cambio, no ha afrontado serias dificultades económicas, se ha graduado a más corta edad y logró acopiar conocimientos relevantes en su campo de especialización desde sus primeras incursiones laborales en la adolescencia. Además, ha tenido mejores oportunidades. Habitado por su entorno doméstico a las peripecias del negocio propio, no percibe la contratación flexible ni la inseguridad económica como obstáculos para su desarrollo, por el contrario, los asume con entusiasmo.

De cara al futuro, ambos aspiran a establecerse como profesionistas. Sin embargo, la diferencia es que Ángel visualiza esta salida como una meta, un proyecto realizable; en tanto que Érick, socializado en el contexto de una familia asalariada, concibe la opción del negocio propio como un refugio frente a la imposibilidad de acceder a un empleo protegido. Socializado en un ambiente familiar de clases trabajadoras, sus preferencias se decantan por gozar de una red de protección laboral institucionalizada tanto para el presente como para el futuro. Sabe que, cuando estas condiciones institucionales no existen, la vida se pone “cuesta arriba”.

INSERCIÓN PROFESIONAL CON PRECARIEDAD EXTREMA

Este tipo se elaboró con base en los relatos de tres mujeres jóvenes, una de la ciudad Monterrey y dos de la Ciudad de México; sus edades oscilan entre los 24 y 28 años. Proviene principalmente de hogares nucleares con dos o tres hijos. Sus padres laboraban en actividades no manuales calificadas.

En esta modalidad de participación laboral se agrupa a profesionistas que enfrentan una situación ocupacional muy adversa. Las tres jóvenes que dan vida a este tipo estudiaron carreras universitarias no valoradas en el mercado, lo cual ha significado que sus oportunidades ocupacionales sean bastante más limitadas. Se trata de trabajadoras que han sido contratadas por honorarios, pero que, a diferencia del grupo anterior, perciben ingresos muy bajos. Otras, incluso, tienen una situación más frágil en tanto que son “asalariadas disfrazadas”.

Para evadir la legislación, los empleadores utilizan estilos de contratación como “becarios”, “asistentes” o “practicantes”. Estas figuras encubren la relación laboral *de facto*, bajo el manto del “aprendiz”; escamotean al mismo tiempo, el estatus de trabajador a las personas sujetas a esta clase de contrato. Sus ingresos no son conceptuados como salarios, sino como “becas”, “ayudas” o “contribuciones”, otorgadas a cambio de una labor desempeñada. Por esta vía, los empleadores desatienden sus responsabilidades, privan a los sujetos del ejercicio de derechos e incluso evitan su libre organización en el lugar de trabajo. En sentido estricto, este grupo se encuentra en una situación de gran vulnerabilidad laboral, pues ni las instituciones reguladoras del trabajo los consideran como sujetos de derecho.

La desprotección e inseguridad, las formas de contratación al margen de la ley, así como los bajos salarios, permiten afirmar que estamos ante una manera de participación económica en que la precariedad se torna extrema. Quienes no han tenido más alternativa que adoptar esta forma de incorporación ocupacional, manifiestan cierto grado de resignación y buscan racionalizar su condición apelando a tres argumentos. Primero, esta clase de quehaceres les permite mantenerse activas y relacionadas con su campo de estudio. Segundo, pueden ampliar sus redes sociales, las cuales, esperan, reeditarán en mejores oportunidades en el futuro próximo. Tercero, se encuentran en una condición de aprendizaje; valoran su situación no por lo que el trabajo otorga, sino por la posibilidad de adquirir conocimientos prácticos para mejorar su condición ocupacional.

Sin embargo, todas ansían acceder a un empleo regulado y con protecciones básicas. Saben que bajo la figura de “asistente”, “becario” o “practicante” se está devaluando su estatus laboral. De igual forma, reconocen ubicarse en una posición muy delicada, ya que, con suma frecuencia, quedan expuestas al ejercicio arbitrario del poder por parte de sus superiores.

Ellas, por lo demás, tienen una valoración ambivalente frente a su situación laboral. Habiendo experimentado itinerarios ocupacionales discontinuos y precarios, encontraron en su colocación actual una alternativa para mantenerse activas y esquivar tanto el desempleo como la inactividad forzada. Aunque aspiran a desarrollarse en su campo de especialización, no han alcanzado aún revertir las restricciones asociadas con la débil demanda de mano de obra en sus áreas de interés.

Estamos ante una modalidad de participación-ocupación en la que poseer un título universitario no constituye garantía de acceso a una carrera profesional estable y bien remunerada. Además, estas jóvenes encuentran barreras adicionales relacionadas con prácticas de discriminación y procesos de segregación de género. Las referencias a la discriminación ocupacional por ser mujeres jóvenes son una constante en sus relatos.⁴ Sus historias transcurrieron en Monterrey y Ciudad de México. Estudiaron trabajo social y psicología en universidades públicas; carreras que posiblemente han aumentado la oferta más allá de la capacidad de absorción de los mercados de trabajo, aspecto que contribuye a la devaluación de los títulos en estas áreas de estudio (Domínguez *et al.*, 2017; Tenorio, 2007).

Se graduaron entre los 22 y 24 años. La mayoría tenía de tres a cinco años de experiencia postitulación al momento de la entrevista. Ingresaron a la fuerza laboral a una edad temprana, antes de los 16 años, en negocios familiares o como trabajadoras asalariadas, sin contrato ni prestaciones básicas. Sus ocu-

⁴ Para un análisis de las dificultades de inclusión laboral que encaran las mujeres, atribuibles a procesos de segregación ocupacional, véanse Inamu (2003), Mendoza y García (2009), Pérez Sáinz (2014) y Gómez, Huesca y Horbath (2017).

paciones previas a la conclusión de sus estudios universitarios estuvieron desligadas de su campo profesional. Esto no les permitió acumular conocimientos relevantes en su campo, ni tejer redes sociales que coadyuvaran con su inserción ocupacional una vez tituladas.

La mayoría señala que agenciarse un puesto ligado a su campo de interés ha sido muy difícil y problemático. Sin embargo, no han tenido situaciones de desempleo. Con seguridad, se han mantenido ocupadas porque han aceptado trabajos muy precarios. El recurso fundamental que les permitió conectar con tales empleos han sido sus redes sociales: parientes, amigos, conocidos. Según su opinión, en sus campos, la demanda de mercado es acotada y no suele canalizarse por medio del mercado. En este sentido, las redes sociales adquieren gran centralidad como mecanismo de asignación de posiciones ocupacionales.

Anhelan obtener un empleo asalariado formal que, además, les permita desarrollarse profesionalmente. Empero, la incertidumbre es el rasgo más destacado cuando se refieren a su futuro. Para lidiar con el riesgo que asocian a la falta de oportunidades y a la precariedad, algunas se plantean combinar empleo asalariado con trabajos por cuenta propia. Esto último no aparece asociado con el ejercicio independiente de su profesión, sino más bien con el emprendimiento de un negocio propio, por lo general, ligado al sector comercial. La diversificación de sus formas de participación económica es visualizada como un recurso para prevenir una eventual exclusión del mercado de trabajo.

La biografía de Ivonne brinda matices importantes para entender el proceso de superposición de desventajas entre estas profesionistas que, por ahora, parecen atrapadas en situaciones precarias. Cuando la entrevistamos tenía 27 años, estaba casada y era madre de una hija. Aunque ya había formado un hogar independiente, continuaba apoyando económicamente a su familia de origen para cubrir parte de los gastos de la madre y sus hermanos. Nació en la Ciudad de México en un hogar que, inicialmente, contaba con ingresos suficientes: “vivíamos bien.

No recuerdo que haya habido carencias graves”. No obstante, las condiciones de vida cambiaron de forma drástica cuando tenía 12 años, a raíz del divorcio de sus progenitores. El padre, un militar de alto rango, abandonó a la familia y no atendió sus responsabilidades, lo que dio origen a serias dificultades económicas en el hogar. Esto implicó un punto de inflexión en su biografía. Ella tuvo que trabajar desde la adolescencia para contribuir a la economía del hogar y costear sus estudios. Empezó a laborar a los 12 años en el negocio familiar, pues era la mayor de los tres hermanos. Sobre el inicio de su actividad económica, relata: “Empecé a trabajar ahí en las tardes, saliendo de la secundaria. Atendía el negocio. Después ya trabajé en panaderías, farmacias, tiendas de abarrotes y sí recibía sueldo, y ese sueldo lo aportaba casi todo a la familia”.

A los 18 años Ivonne ingresó a la universidad pública. Eligió cursar la licenciatura de trabajo social. En esos años, las dificultades económicas seguían presentes, por lo cual continuó combinando trabajo y estudio durante toda su carrera. Al graduarse, a los 22 años, fue contratada por una ONG, en la cual había realizado sus prácticas profesionales. Se trató de su primer trabajo vinculado a su campo de formación universitaria. La joven ha logrado mantenerse laborando en actividades relacionadas con el trabajo social, pero en condiciones muy precarias. Ha trabajado varios años en la misma institución, con contratos de seis meses. Cuando se termina el contrato, la inseguridad apremia, pues nunca sabe si será requerida de nueva cuenta. Tiene un contrato temporal bajo el régimen de “servicios profesionales”, por lo cual se encuentra desprotegida y no tiene acceso ni al seguro ni a las prestaciones más elementales. La remuneración, a su juicio, es baja para una persona con título universitario; su ingreso es inferior a cuatro salarios mínimos mensuales. Su descripción de lo que significa tener un empleo precario es más que elocuente, en tanto síntesis de los rasgos de este tipo de inserción:

En realidad no tengo ni seguro médico, ni ningún tipo de prestación. No hay posibilidad de hacer antigüedad ahí. No hay posibilidad de pensión cuando esté viejita. Estoy ahí y punto. Uno vive con esa incertidumbre de que en cualquier momento se termina y no hay nada que uno pueda hacer.

Ivonne sostiene que, actualmente, hay pocas oportunidades para los y las profesionistas. Esta situación le dificulta imaginar o planear con asertividad su futuro. La precariedad dificulta planear un proyecto a mediano y largo plazo. También impone un modelo de agencia orientado a sobrellevar el presente: “laboralmente de plano no me imagino [el futuro]. Yo deseo tener un mejor trabajo. Estar bien. Fantaseo eso. Pero realmente no me lo imagino. Me imagino trabajando y luchando porque tengo que hacerlo”.

Ella quiere buscar una ocupación con mayor estabilidad y seguridad. Ya que no percibe oportunidades como asalariada, piensa en complementar sus ingresos con un negocio propio. “Ya sea paralelo al trabajo, o de plano para dedicarme a eso, porque sí es difícil el mercado laboral”.

Su caso pone de manifiesto que una posición de ventaja relativa puede mudar por circunstancias ajenas al individuo, lo que nos lleva a recordar el “principio de vidas interrelacionadas”, ya que precipita a las personas a una realidad donde las carencias económicas sustituyen las comodidades iniciales. Asimismo, aunque concluyó tempranamente la facultad, su esfuerzo educativo no se ha visto recompensado en el terreno ocupacional. Su empeño y tenacidad, tanto como su agencia individual, son insuficientes para cambiar los patrones sociales de organización del trabajo y para afrontar una constricción estructural: la limitada valoración de sus conocimientos en el mercado. Sus obligaciones familiares actuales la comprometen a aceptar empleos precarios, lo que genera sentimientos de frustración que se profundizan conforme las malas condiciones de trabajo devienen en un rasgo persistente en su itinerario biográfico.

Su respuesta para sobrellevar su situación laboral gira en torno a ampliar sus fuentes de ingreso recurriendo, como la mayoría de los sujetos populares, a la idea de un “negocio propio”. Aunque por ahora es sólo una idea, la visualiza como una salida negativa, pues, de concretarse, tendría que sacrificar su carrera profesional.

INSERCIÓN DESVINCULADA ASALARIADA

Este grupo está constituido por dos mujeres, con edades de 26 y 30 años, oriundas de Monterrey, ciudad en la que estudiaron y donde acontece su itinerario laboral. Sus familias son de gran tamaño, entre cuatro y cinco hijos. Sus orígenes sociales son heterogéneos. En un caso, el padre era profesionista. En el otro, un trabajador manual. Ambas forman parte de unidades domésticas nucleares biparentales, de doble proveeduría; las madres se desempeñaban como maestras normalistas.

Esta forma de participación ocupacional se distingue de las anteriores debido a que quienes la integran desempeñan empleos asalariados desligados de sus áreas de especialización, o sea, se trata de trabajadoras profesionalmente desvinculadas. Estas jóvenes han vivido con recursos limitados a causa de la enfermedad o muerte de sus padres. Se incorporaron a la actividad económica antes de titularse, en ocupaciones varias, carentes de las normas de regulación laboral más elementales. Ambas han tenido experiencias de desempleo.

Una estudió letras, en una universidad privada, y la otra nutrición, en una institución pública. Se graduaron antes de los 24 años y sus trayectorias, postitulación tienen lugar en puestos que no ofrecen oportunidad de ejercer y ampliar sus conocimientos. No disponen de una amplia red social que coadyuve en su búsqueda de un trabajo profesional vinculado. Sin embargo, su entorno laboral (Monterrey) les brindó la posibilidad de insertarse como asalariadas en empresas que cumplen con las regulaciones básicas de trabajo. En este tipo de inserción

profesional, la precariedad no es resultado de la desprotección laboral, sino más bien de la desvinculación respecto de sus estudios universitarios. Esto último, según las entrevistadas, desencadena un proceso de descualificación profesional que a la postre compromete el ejercicio futuro de su profesión.

En general, este tipo de participación económica pone en evidencia el desfase entre el alto nivel de escolaridad alcanzado y las limitadas oportunidades existentes para carreras con baja demanda de mercado. En estos casos, hay una valoración baja negativa de la trayectoria ocupacional postitulación y un marcado sentimiento de frustración laboral. Se trata de profesionistas que fueron orilladas a sacrificar sus carreras al priorizar la búsqueda de un trabajo protegido, aunque no relacionado con sus áreas de interés, debido a tres razones: presencia de mercados que devalúan sus títulos académicos; itinerarios ocupacionales inciertos y hogares urgidos de su aporte económico. En este contexto, ellas se agenciaron un puesto asalariado que les otorga estabilidad, seguridad social e ingresos básicos —alrededor de cinco salarios mínimos—, mas no la posibilidad de ejercicio de su profesión. La protección laboral constituye, para quienes dan vida a este tipo, un recurso altamente valorado. Esto les faculta a esquivar las amenazas del desempleo. Además, les permite asumir sus responsabilidades familiares. Ellas, finalmente, han sacrificado su carrera profesional con tal de proveer de recursos económicos a sus hogares.

Sus relatos transcurren entre la difícil realidad del empleo desvinculado y la añoranza de un futuro mejor. Por un lado, cuando hablan de su situación ocupacional presente dan cuenta de una visión pesimista del funcionamiento del mercado de trabajo. Por otro, al pensar en el porvenir, aspiran a tener una vida profesional plena. Idealizan sus oportunidades futuras. Sueñan con desempeñar carreras profesionales prósperas, aunque saben que la realización de sus expectativas difícilmente se concretarán.

La historia de Elia (26 años) es un ejemplo de la cristalización de desventajas de diversos órdenes que la llevaron a una

inserción laboral desvinculada. Es la hija menor de una familia nuclear biparental de dos hijos. Todavía vive con sus progenitores y con su hermano. Su familia es de origen rural. Su padre apenas concluyó la primaria y su madre concluyó el bachillerato. La joven principió a trabajar a los 18 años como obrera en una imprenta. Permaneció en esa empresa alrededor de un año. Posteriormente, realizó labores voluntarias como docente de secundaria para ganar experiencia. Mientras estudiaba la licenciatura en letras en una universidad privada, gracias a una beca de estudios otorgada por la propia institución, se ocupó en diversas instituciones públicas, con contratos temporales, sin seguridad social ni prestaciones. Fue retribuida, en todas las oportunidades, bajo el modelo de “contratación por honorarios”. No logró en ninguna oportunidad un contrato de larga duración y mucho menos el anhelado contrato de planta.

Después de graduarse, participó en un programa de intercambio en Estados Unidos, pero a diferencia de otros universitarios de clase media-alta, como los analizados en el capítulo dos, tuvo que trabajar, cuidando niños, para costear su manutención y cubrir los costos de sus estudios en ese país. Al regresar a México estuvo desempleada. Realizó múltiples gestiones para encontrar un puesto afín con su profesión, mas no lo logró. Finalmente, decepcionada y angustiada por sus penurias económicas, decidió optar por un cargo seguro y protegido, aunque distante de su campo de especialidad. Al respecto comenta:

Tardé mucho en conseguir el trabajo. No quería regresar a trabajar por honorarios, llegar y regresar otra vez al siguiente proyecto. Batallé muchísimo. Después de tres meses conseguí trabajo en una fábrica de mochilas, en el área de recursos humanos y capacitación.

Sus estudios universitarios en una institución de prestigio no fueron de mucha utilidad para obtener el puesto en la fábrica. La clave que le permitió entrar a ese empleo fue su do-

minio del inglés, a lo cual agrega un segundo elemento: “tener una buena presentación”, refiriéndose a su aspecto físico. Esto último pone en evidencia modelos culturales que operan en el ámbito laboral, donde, en diversos contextos, la apariencia física es adoptada como un criterio de contratación por los empleadores. Este factor ha sido destacado, de manera reiterada, por las jóvenes regiomontanas como un elemento que puede operar en su contra, pues los empleadores suelen conferir mucha importancia a su apariencia física, con independencia del tipo de trabajo que podrían realizar en caso de ser contratadas.

Al reflexionar sobre su biografía, Elia sostiene con claridad que, actualmente, el logro educativo no conlleva acceso a una buena posición social: “académicamente me ha ido bien, o sea alcancé un grado universitario. Pero socialmente no siento que me ha ido como hubiera esperado. Ya voy para cinco años de que salí de la escuela y esperaba mejores oportunidades laborales y económicas”.

La joven es consciente de que su trayectoria laboral posgraduación, desvinculada durante cinco años ya, la coloca en una situación de desventaja. Sabe que para encontrar alguna oportunidad en su área de especialización, al no tener contactos influyentes, deberá regresar a la universidad a realizar estudios de posgrado. Concibe eso como una apuesta incierta. Por ello no está dispuesta a arriesgar la seguridad que le ofrece su empleo actual, pues pondría en riesgo las condiciones de vida de la familia, ya que actualmente es la proveedora principal.

Frente a tales circunstancias, Elia *sueña* con seguir estudiando, publicar en revistas internacionales, trabajar en un organismo internacional, en Nueva York, “linda ciudad”, mudarse a Costa Rica: “país estable con muy buen nivel educativo”, o a China, “¡otra cultura!” Pero sus anhelos no constituyen más que sueños; ella no ha emprendido ninguna acción en concreto para materializarlos. Mientras tanto su cotidiano transcurre en la fábrica donde se desempeña en el sector administrativo. Esta situación, según narra, refuerza sus sentimientos de frustración con respecto a su carrera ocupacional, al tiempo que

se sumerge, cada vez más, en un proceso de precarización por descualificación profesional. En el futuro próximo ella no avizora salida alguna, quizá por ello se ha refugiado en un porvenir fantasioso.

La incorporación asalariada desvinculada de la carrera concluida revela el riesgo al que están expuestos muchos profesionistas en el país. Terminar los estudios universitarios no garantiza el acceso a una carrera profesional ni a un trabajo de calidad. Incluso en mercados más dinámicos como el de Monterrey, los graduados en profesiones con baja demanda de mercado, o aquellos que escogieron carreras con alto grado de saturación, encuentran una estructura de oportunidades muy restrictiva. Frente a esta situación no pocos optan por evadir el desempleo y las malas condiciones de trabajo mediante un empleo protegido, pero no relacionado con su campo de interés. Sin embargo, por esa vía, conforme transcurren los años, disminuyen sus posibilidades de lograr una carrera profesional promisorias, al tiempo que la insatisfacción y la desilusión se tornan más intensas.

INSERCIÓN DESVINCULADA POR CUENTA PROPIA

Este tipo está formado por tres casos, dos de Oaxaca y uno de la Ciudad de México. Las tres jóvenes que integran este grupo pertenecen a familias de clase media. Sus padres son maestros o pequeños comerciantes y sus madres tienen carreras técnicas o universitarias. Señalan haber crecido en hogares pequeños. Al referirse a la situación económica familiar a lo largo de su vida, reportan que no experimentaron ningún tipo de carencia. Sin embargo, enfatizan que tampoco gozaron de una situación económica holgada.

Además de no ejercer su profesión, estas jóvenes no han accedido a trabajos asalariados. Por ello, han tenido que recurrir al autoempleo o emprender micronegocios, organizados por lógicas de subsistencia, a efectos de lidiar con las dinámicas de

exclusión que afectan a importantes contingentes de la mano de obra joven.

Quienes dan vida a este tipo desempeñan trabajos por cuenta propia, carentes de cualquiera modalidad de seguridad económica, formalización institucional o registro legal; se trata de labores no asalariadas totalmente desligados de sus campos de formación profesional. Sus ingresos son bajos, inferiores a tres salarios mínimos, sin descontar los gastos en que deben incurrir para mantener a flote sus “emprendimientos”. A todas luces, para un joven profesionalista esta clase de retribución monetaria está muy lejana de sus expectativas económicas.

Esta situación se puede observar en diferentes contextos, aunque es probable que sea mayor en ciudades con mercados poco dinámicos, los cuales, como hemos reiterado, ofrecen limitadas oportunidades para el desarrollo de individuos recién graduados. Se trata de mujeres con edades entre los 26 y 33 años, quienes se vieron forzadas a recurrir al autoempleo para asegurar algún medio de generación de ingresos y por esa vía lidiar con una estructura de oportunidades laborales muy acotada. Puede afirmarse que, en estos casos, el trabajo por cuenta propia opera como un refugio, como una salida para evadir el desempleo. Se trata de un recurso del cual han echado mano para mantenerse activas en el mercado de trabajo. Sin embargo, esta estrategia ha desencadenado un recorrido desprofesionalizante. A pesar de ello, como ha sido una senda de inserción ocupacional resultado del esfuerzo personal y familiar, produce una valoración positiva. La precariedad de sus negocios, la desvinculación profesional y la exigua retribución económica generada son percibidas como situaciones relativas, o bien como obstáculos a superar.

Sus historias laborales empezaron antes de los 20 años. Sus itinerarios son zigzagueantes, mas siempre precarios. Desempeñaron ocupaciones diversas, lo cual no les permitió acopiar conocimientos en su campo profesional, ni tejer redes sociales que pudieran activarse al concluir su formación universitaria. En los tres casos se reportan experiencias de desempleo, antes

y después de su titulación. De hecho, en sus itinerarios laborales el desempleo alterna con ocupaciones desprotegidas, tanto como con periodos de inactividad involuntaria.

Ellas eligieron carreras que, al menos teóricamente, les permitirían una incorporación satisfactoria en el mundo del trabajo, como administración de empresas, ingeniería mecánica y veterinaria. Sin embargo, en ciudades con economías deprimidas, escasa especialización productiva o elevada heterogeneidad productiva, estas carreras no parecen gozar de una buena posición de mercado. Las tres tienen más de cuatro años de experiencia de trabajo postitulación, pero no han logrado aún ejercer sus profesiones.

Como resultado de lo anterior, este grupo desarrolló una percepción crítica sobre sus posibilidades de experimentar una carrera profesional promisoría, debido a las falencias del mercado laboral local. Una de las entrevistadas describe lo anterior, de manera sintética, al señalar que, en su ciudad, para los profesionistas “la situación es sombría”. Frente a esta realidad se abre una ruta de participación donde el ejercicio de la profesión y el trabajo protegido dejan de ser parte de las expectativas laborales. Después de haber experimentado la inactividad forzada, diversas formas de precariedad laboral y el desempleo, optan por establecerse de manera independiente como trabajadoras por cuenta propia.

A pesar de sus grandes esfuerzos por consolidar su situación en el mercado laboral, lo cierto es que su posición ocupacional es de suma fragilidad. Carentes de recursos económicos para realizar inversiones significativas, sus “negocios” se debaten, constantemente, entre la “supervivencia y la quiebra”. Hasta la fecha de la entrevista, sus “emprendimientos” sobrevivían en un ambiente económico poco promisorio y sin ninguna forma de apoyo institucional. Mantener a flote sus negocios en esas condiciones ha sido una proeza, pese a que los mismos no sean rentables. En lo inmediato desean consolidar sus “mininegocios”.

Toda su energía vital se utiliza para mantener a flote estas actividades, a sabiendas de que al no hacerlo, serían expulsadas

del mercado de trabajo por tiempo indefinido. Por ello intentan compensar la precariedad de sus negocios con el exceso de trabajo, lo que recuerda las formas agudas de autoexplotación. A esto se suma la exaltación, acrítica, de sus supuestas capacidades empresariales.

La idealización del empresario-popular exitoso, exaltado por el discurso neoliberal en boga, alimenta sus esperanzas y motiva el sacrificio laboral, al mismo tiempo que soslaya la desvinculación profesional y la carencia económica en que se encuentran inmersas. En estos casos *salir adelante* se traduce en mantener a flote la esperanza de un futuro mejor, aferrándose al trabajo independiente para contrarrestar la fuerza de las tendencias que favorecen procesos de exclusión laboral.

El relato de Aurora, la mayor de este grupo, con 33 años, ejemplifica uno de los casos más extremos de confluencia de desventajas entre las profesionistas analizadas. Nació y ha vivido siempre en la ciudad de Oaxaca. Proviene de un hogar nuclear biparental de tres hijos, incluyéndola. Siempre ha vivido en la casa de su familia. Sus progenitores son ambos licenciados en educación. Por esto, no enfrentó problemas económicos significativos a lo largo de su vida.

Al ingresar a la universidad, Aurora tenía muchos planes e ilusiones. Quería estudiar psicología y música, pero su padre, de manera autoritaria, no la apoyó, imponiéndole la carrera de administración de empresas. Terminó la licenciatura a los 25 años. Antes de graduarse tuvo varios trabajos temporales sin seguridad social ni prestaciones. Al titularse obtuvo un cargo en un programa del gobierno federal, bien pagado, pero sin estabilidad y sin prestaciones; fue contratada bajo el régimen de servicios profesionales, percibiendo una remuneración por honorarios. Con el cambio de gobierno en turno, el programa fue eliminado y Aurora cesada. A partir de entonces la joven tuvo varias ocupaciones precarias que no estaban directamente relacionadas con su profesión.

Su relato pone al descubierto las dificultades que encuentran algunos profesionistas, en particular en ciudades sin cre-

cimiento económico y con una estructura laboral escasamente diversificada, como en Oaxaca. Al referirse a este mercado exterioriza, como la mayoría de las y los entrevistados, que “es muy difícil encontrar empleo, demasiado difícil”. Aun cuando en ciertas ocasiones logró asalariarse, siempre ha sufrido condiciones muy adversas; recuerda que en sus puestos “no tenía ningún tipo de seguro, ni de prestación ni estabilidad”.

Cabe añadir que Aurora enfatiza la persistencia de inequidades de género en el funcionamiento de las empresas: “Al hombre siempre le dan como un poquito más de oportunidades”. Estas acciones están insertas en prácticas abiertamente prejuiciosas. Sobre el trato discriminatorio e intimidatorio que ha experimentado en sus trabajos comenta que sus jefes siempre le han advertido: “en cuanto tú te embaraces o te cases, quedas fuera de la empresa”. Estas amenazas traslucen las desigualdades de género, las asimetrías de poder y los límites de la regulación laboral, toda vez que los actores laborales son omisos sobre el particular.

A estas desigualdades se suma la discriminación por razones de enfermedad. A su entender, esta condición ha restringido, aún más, sus escasas oportunidades de lograr un trabajo formal: “Soy diabética. En cualquier institución no aceptan personas con enfermedades crónico-degenerativas. Es muy difícil, aunque estés muy preparado y te hagan mil exámenes”.

Las pocas oportunidades, el trato discriminatorio de género, el amedrentamiento de los superiores jerárquicos, la inestabilidad, así como el desempleo recurrente, forzaron a Aurora a desarrollar una “miniempresa” que no siempre alcanza para cubrir sus gastos de operación. Según lo comenta ella, “no tuvo alternativa”, la opción era aceptar el desempleo o dedicarse a los quehaceres del hogar.

Cuando la entrevistamos, ella tenía esperanzas de *salir adelante* con su propio negocio. Asumía una postura ilusoria respecto a su porvenir: “En cinco años me voy a ver bastante, bastante fuerte”. En un entorno laboral difícil, ella parece sobrevalorar su micronegocio, pese a que, en varias ocasiones, ha

sufrido pérdidas significativas debido a que ha intentado ampliar, sin éxito, su escala de operaciones. En su opinión, las restricciones del contexto en que opera y la falta de recursos para invertir no le permiten crecer.

Ya que dedica toda su energía y recursos a mantener a flote su negocio en el ramo de la venta de productos naturistas, la joven no piensa ya en retomar su carrera profesional. Su camino futuro parece estar delineado. Se percibe y define como “empresaria”. Ha asumido ya el discurso ideológico que asocia el éxito empresarial con el sacrificio y el esfuerzo personal. Apelando a esto último, ella racionaliza las largas jornadas, su modesto ingreso y la falta de capital para invertir en su negocio. A la espera de mejores tiempos, ve cómo transcurren los años. Mientras tanto, la esperada bonanza, por la que tanto sacrifica, continúa sin tocar a su puerta.

La inserción ocupacional desvinculada por cuenta propia pone de manifiesto la insuficiencia de los estudios universitarios para ejercer una carrera profesional allí donde los mercados no tienen capacidad para absorber esta mano de obra. Cuando esto acontece, el autoempleo emerge como el último reducto para una mano de obra que, pese a su alto nivel de calificación, no logra acceder a un trabajo que dé pie a una carrera profesional promisoría.

A MANERA DE CIERRE

El análisis realizado pone de manifiesto una paradoja a la que se enfrentan los jóvenes profesionistas en el México contemporáneo. Por un lado, forman parte de un conjunto selecto de mano de obra que ha alcanzado un alto nivel de calificación, formándose, en consecuencia, altas expectativas respecto a su participación económica. Por otro, afrontan restricciones en un mercado que no genera suficientes puestos de trabajo calificado y que ofrece condiciones de incorporación ocupacional deficientes. En este contexto, poseer un título universitario es

necesario, mas no suficiente, para conseguir un puesto de calidad que abra el camino al desarrollo de una carrera profesional prometedora. Como no todos los profesionistas logran acceder a este tipo de inserción ocupacional, se produce un creciente proceso de diferenciación y polarización en los estratos más calificados de la mano de obra joven.

Consecuentemente, el grupo de profesionistas analizado experimenta modalidades contrastantes de incorporación al mercado de trabajo, así como trayectos disímiles. Por esta razón es factible localizar tales experiencias dentro de un *continuum* de posiciones ocupacionales, que oscila entre la integración exitosa —cargos protegidos con altos ingresos, seguridad y carrera profesional—, pasa por situaciones medias como las caracterizadas por las inserciones flexibles y las vulnerables, abriendo un camino de inserción deficiente, como la precariedad extrema; posteriormente se mueve en una dirección aún más desfavorable, donde se sitúa la incorporación desvinculada —universitarios titulados con empleos residuales— y culmina en el autoempleo pauperizado. La sobrevaloración del negocio propio es, en unos casos, resultado del énfasis conferido a la figura del emprendedor en el discurso neoliberal y del individualismo extremo que éste promueve, pero también constituye, en otros casos, una práctica de resistencia para contrarrestar las tendencias de exclusión en curso.

Estas diversas formas de inserción ponen de manifiesto que, en el actual modelo de crecimiento económico, las desigualdades sociales pueden adquirir gran centralidad, incluso entre los contingentes más calificados de la mano de obra. Entre ellos, la creciente diferenciación emerge como un rasgo muy notorio. Este proceso se relaciona, entre otros factores, con dinámicas derivadas de la valoración/devaluación diferencial de las credenciales educativas desencadenadas por la globalización, las condiciones de mercado de las economías locales, el origen social, el tipo de redes con que cuentan y las trayectorias laborales pre y posgraduación que protagonizan las y los jóvenes profesionistas. Además, como hemos expuesto en otros capítulos,

también influye la estratificación y el prestigio diferencial de las instituciones de educación superior.

El análisis mostró también la presencia de una valoración diferenciada de las profesiones. Aquéllas más ligadas con los requerimientos de mercados globalizados tienden a gozar de mayor reconocimiento. Por tanto, quienes las cursan tienen más oportunidades de acceder a un empleo de calidad, en particular si radican en ciudades con mayor dinamismo económico. En contraste, aquellos que estudian disciplinas con bajo o nulo valor de mercado, ven muy limitadas sus opciones de lograr una inserción satisfactoria. Entre estos últimos, la desprotección y la desvinculación son más notorias. En este sentido, puede concluirse que se está en presencia de un proceso de valoración/devaluación diferencial de las credenciales educativas, fenómeno que se agudiza en ciudades con estructuras productivas de escasa diversificación, limitado crecimiento económico y abundante mano de obra profesionalista.

Sin embargo, no basta con haber estudiado una profesión valorada para obtener un empleo de calidad. Como hemos indicado, para ello se requiere la articulación de un conjunto de elementos, entre los cuales el origen familiar, las redes sociales y el tipo de contexto en que están insertos tienen un papel de primordial importancia. Si las y los profesionistas provienen de hogares con escasos recursos económicos, sociales y culturales, carecen de redes amplias e influyentes, residen en contextos locales económicamente deprimidos o rezagados y han elegido carreras no valoradas, se incrementan las posibilidades de experimentar una incorporación ocupacional deficiente. Cuando esto ocurre se suelen producir sentimientos de frustración e insatisfacción laboral y se ponen de manifiesto los límites de la agencia individual de cara a la superación de estreñimientos estructurales.

En contraste, cuando se dispone de una constelación de prerrogativas, como provenir de una familia de profesionistas de clase media, estudiar en universidades privadas prestigiosas, titularse en el rango de edad normativa, tener experiencias

que permiten la acumulación de conocimientos y formación de redes con anticipación a la titulación, elegir una profesión valorada por el mercado y estar radicado en una ciudad con dinamismo económico, por lo general, mejoran las posibilidades de acceder a trabajos de mayor calidad que, al mismo tiempo, propician el desarrollo de una trayectoria profesional prometedora.

No obstante, tener padres profesionistas, gozar de una posición consolidada y haber concluido la formación universitaria tampoco son elementos que, por sí solos, garantizan una inserción de calidad y el inicio de una carrera profesional gratificante. Estos aspectos pueden ser anulados cuando las personas estudian disciplinas no valoradas en el mercado, están inmersas en entornos estancados y han tenido itinerarios ocupacionales discontinuos. Como resultado, emergen estilos de participación económica que insinúan el deterioro del logro educativo. Dichas dinámicas parecen acentuarse en el caso de las mujeres, quienes, adicionalmente, confrontan inequidades de género que merman sus oportunidades laborales.

Por el contrario, tener un origen social popular, estudiar en una universidad pública y no disponer de contactos influyentes son desventajas que podrían compensarse cuando las personas están insertas en economías locales dinámicas, estudian disciplinas valoradas y acumulan conocimientos y redes de apoyo que amplían sus recursos laborales con anterioridad a la conclusión de sus estudios. En estos casos se insinúan rutas que logran traducir el logro educativo en una carrera profesional promisoría.

El escenario más desfavorable resulta de la formación de una constelación que aglutina todas las adversidades comentadas. En este caso, las personas suelen quedar atrapadas en rutas de descalificación profesional. En esa situación, la desconexión entre la profesión estudiada y el trabajo ejercido dilapida el esfuerzo personal y la inversión educativa, social, familiar y personal. Al mismo tiempo, muestra que las dinámicas de exclusión laboral también pueden afectar a las y los profesionistas

jóvenes. Si bien estas fuerzas pueden ser resistidas por medio del autoempleo, con una alta dosis de sacrificio personal, rara vez logran convertirse en una alternativa para el desarrollo de una carrera profesional estimulante.

VI. LA PROTECCIÓN LABORAL ANHELADA Y EL SUEÑO DEL TRABAJO AUTÓNOMO

INTRODUCCIÓN

COMO HEMOS DOCUMENTADO en los capítulos previos, en un periodo histórico caracterizado por la reestructuración productiva, la desregulación de los mercados de trabajo, la flexibilidad laboral y la apertura comercial, la calidad de los empleos se ha deteriorado en el marco del nuevo modelo mexicano de acumulación.

La evidencia empírica muestra que en la historia reciente del país gran parte de la mano de obra juvenil ha ocupado los puestos más precarios, esto es, carentes de los derechos laborales elementales: estabilidad, seguridad social, prestaciones, remuneraciones satisfactorias (Oliveira, 2006; Mora y Oliveira, 2009; Jiménez y Boso, 2012; Pérez, 2018). Investigaciones realizadas a fines del siglo xx ya evidenciaban la acentuación de los procesos de precarización laboral entre la fuerza de trabajo joven (Rendón y Salas, 1996; Navarrete, 1998). Al iniciar el presente siglo el panorama tampoco es muy alentador. Incluso el grupo de jóvenes de mayor edad —entre 25 y 29 años— presenta situaciones deficitarias. Entre las personas jóvenes de esta franja etaria que se incorporan a la población activa bajo moda-

lidades asalariadas¹ y sin un título universitario,² 49% no tiene acceso a seguridad social; 62% carece de estabilidad, no cuenta con un contrato escrito o posee uno temporal; 39% no tiene las prestaciones básicas exigidas por la Ley Federal del Trabajo y 83% recibe remuneraciones insuficientes (tres o menos salarios mínimos mensuales).

En un contexto de alta precariedad como el mexicano, para la población joven con bajo nivel educativo acceder a un puesto con cierta protección laboral constituye un evento poco probable, mas no inexistente. Persisten algunos ámbitos donde la escisión entre trabajo y derechos no se ha consumado del todo, aunque se trata de reductos con limitada capacidad de absorción laboral y un acceso limitado a los estándares laborales normados en la legislación laboral vigente. Denominamos a estos espacios como “nichos laborales”, que examinaremos en este capítulo. Son de gran importancia para jóvenes de extracción popular, particularmente, para quienes a lo largo de su vida laboral han quedado al margen de los circuitos de mayor productividad, retribución y mejores condiciones de trabajo. Asimismo, han experimentado diversas formas de precariedad laboral, lo cual los ha privado de los recursos indispensables para fomentar su desarrollo personal y superar las privaciones socioeconómicas que aquejan a sus familias.

Acceder a un trabajo con algún nivel de protección laboral constituye un verdadero giro biográfico para quien siempre ha estado expuesto a la precariedad. Esto se traduce, en los relatos analizados, en percibir remuneraciones por encima del mínimo, tener cobertura de seguridad social y algunas prestaciones básicas. Esto permite la superación de sus carencias sociales más agudas, sufragar los costos asociados al estudio de hijos

¹ En este grupo 81% de la mano de obra ingresa al mercado de trabajo bajo la modalidad de “trabajadores subordinados y remunerados”, según datos de la ENOE 2019, segundo trimestre. Salvo cuando se indique lo contrario, todas las cifras sobre empleo que se presentan en este capítulo se elaboran con base en esta fuente de información.

² Tan sólo 25% de este grupo de edad dispone de un título universitario.

e hijas en escuelas públicas y estar en posibilidad de auxiliar económicamente a sus familiares en situaciones de crisis. Los casos más afortunados también pudieron adquirir una vivienda popular, por medio un préstamo hipotecario de interés social por parte de las instituciones públicas del ramo.

Pese a lo anterior, no debe sobreestimarse el potencial de estos “nichos laborales”, ya que no garantizan una posición segura en el mercado de trabajo. Tampoco dan lugar al ejercicio activo de los derechos laborales asociados con la organización colectiva de las y los trabajadores, ni suponen la desaparición de prácticas de hostigamiento por parte de los empleadores o el personal que ocupa posiciones de mando.

Como veremos a continuación, en mercados con alto nivel de flexibilidad, limitada capacidad de regulación estatal y ausencia de organizaciones que representen los intereses de la fuerza laboral, los nichos laborales pueden ser frágiles, e incluso estar sujetos a un amplio grado de discrecionalidad por parte de los empleadores, lo cual refuerza las asimetrías de poder entre los empleadores y trabajadores. Más aún, en algunas situaciones, el acceso a un paquete “mínimo de protección” convive con la violación de otros derechos básicos del trabajo.

La exploración de los itinerarios ocupacionales de la mano de obra juvenil vinculada a un nicho laboral, en contextos urbanos con dinámicas económicas contrastantes, como los existentes en las ciudades de Oaxaca y Monterrey, permite hacer visible la presencia de estos “nichos laborales” en diferentes contextos.

Para cada una de las ciudades consideradas introducimos casos prototípicos con el propósito de articular la biografía individual y las dinámicas locales. El análisis está basado, como en los otros capítulos, en la inspección cuidadosa de relatos y, en particular, en las historias de nueve casos, tres mujeres y seis hombres, de los cuales cinco residen en Monterrey y cuatro en la ciudad de Oaxaca; sus edades oscilan entre los 20 y 30 años.³

³ La ausencia de jóvenes de la Ciudad de México no implica que en este contexto no existan “nichos laborales” para la mano de obra juvenil. Optamos por

Las y los entrevistados son sujetos que, pese a no tener un título universitario, lograron acceder a un “nicho laboral”. Importa conocer las condiciones de trabajo que caracterizan este tipo de empleos, así como la valoración que sobre ellos expresan las y los trabajadores jóvenes que han tenido oportunidad de trabajar en estos espacios ocupacionales.

Adicionalmente, examinamos los relatos de vida de estos y estas jóvenes con un triple propósito. Primero, entender mejor los procesos de operación de los mercados de trabajo locales. Segundo, mostrar la importancia que adquieren las actividades con cierta protección para la población juvenil en general y, de forma especial, para quienes reportan un bajo nivel de escolaridad. Tercero, observar otras manifestaciones de la precariedad laboral, relacionadas con los modelos de organización del trabajo, la flexibilidad en la contratación/despido de la fuerza de trabajo, el ambiente y las relaciones laborales.

Al aludir la existencia de una matriz autoritaria soterrada nos referimos a situaciones signadas por presiones excesivas por parte de los empleadores, presencia de diferentes formas de maltrato, discriminación, explotación, abuso de autoridad y acoso sexual. Esto último permite sostener la necesidad de dar cabida a un concepto más amplio de precariedad no circunscrito a la privación de los derechos fundamentales. Además, sirve para no idealizar la protección a que tiene acceso la mano de obra joven en el actual escenario laboral mexicano.

NICHOS LABORALES EN LA CIUDAD DE MONTERREY

Monterrey, como hemos señalado anteriormente, es una ciudad con un nivel alto de desarrollo económico y social, cuenta con bajos niveles de rezago social y con mejores condiciones de vida. Su mercado de trabajo presenta un elevado predominio

analizar, en este capítulo, relatos de las dos ciudades más contrastantes desde el punto de vista económico, social y laboral.

de mano de obra asalariada. De la mano de obra juvenil, 91% labora bajo la categoría de “trabajador subordinado y remunerado”. El sector manufacturero ha perdido importancia desde el inicio de los procesos de reestructuración económica en la década de 1980, lo que dio lugar a la expansión de diversas ramas del sector terciario (Garza, 2006). No obstante, la presencia de un núcleo duro de industrialización aún ofrece importantes oportunidades de empleo fabril para 60% de mano de obra juvenil, la cual reporta un nivel de escolaridad de secundaria completa o menos.

La estructura económica regiomontana ha experimentado un intenso proceso de reestructuración productiva. Como ha sido ampliamente documentado por la sociología del trabajo, las políticas de reestructuración de la actividad productiva implicaron una reorganización de las relaciones capital-trabajo que se concretizaron en una profunda desregulación de los mercados en búsqueda de una mayor flexibilización laboral (Carrillo, 1990; De la Garza y Bouzas, 1998; Contreras, 2000; De la O, 2001; De la Garza, 2002).

Estos procesos han generado nuevas formas de contratación de la mano de obra. Varias son las prácticas que se generalizaron a partir de estos cambios. Entre las principales, cabe mencionar: el pago por honorarios, el despido y la recontractación de los trabajadores para evitar la acumulación de antigüedad, los recortes de personal en función del ciclo productivo, la subremuneración de la mano de obra al emplear el “salario mínimo” como referencia para la fijación de los ingresos y su complementación con formas flexibles de retribución basadas en pago por productividad (bonos, incentivos, etcétera), cabe añadir la utilización de los procesos de subcontratación, la implantación de turnos rotativos y la obstrucción de las formas de organización autónoma de las y los trabajadores.

Las grandes empresas que cumplen, en mayor medida, los estándares básicos de la legislación laboral todavía garantizan un estándar mínimo de protección a su personal. Estos establecimientos dan empleo a dos décimas partes de la mano de

obra juvenil. Aunque el cumplimiento de las normas básicas es desigual, sin llegar a una cobertura total en ninguno de los estándares fundamentales, son sin duda las unidades productivas que mayor cumplimiento reportan sobre este particular. De manera tal que quienes logran incorporarse en una empresa grande, tienen, en los hechos, mayores posibilidades de gozar de un mínimo de protección (Oliveira, 2006).⁴

Reconstruimos el recorrido laboral de cinco jóvenes (tres mujeres y dos hombres), residentes en Monterrey, los cuales han obtenido puestos protegidos en fábricas, distribuidoras o grandes comercios. Aunque es importante subrayar que este tipo de empresas no ha escapado a los procesos de reestructuración y desregulación laboral señalados (Pozas, 1998; Martínez, 2002).

Como veremos con más detalle, los itinerarios de Eduardo (30 años) y Mercedes (29 años) están signados por la reestructuración económica y la flexibilización laboral. Ambos nacidos a finales de la década de 1970, ingresaron al mundo laboral al inicio de la década de 1990, en los años previos a la crisis económica de 1995. En el caso de Concepción (25 años), su historia muestra, además, los riesgos asociados con el emprendimiento de un negocio propio como vía para lidiar con el problema de la conciliación entre la vida laboral y la familiar.

Los recorridos de los otros dos jóvenes, María y Facundo, ponen de manifiesto otros rasgos de la participación ocupacional. La trayectoria de María (21 años) ejemplifica las oportunidades y los límites de las “agencias de intermediación” para la obtención de un puesto de trabajo en el sector servicios, mien-

⁴ En la ciudad de Monterrey, el acceso a los derechos laborales básicos por parte de la mano de obra joven, en establecimientos de 51 y más trabajadores, varía según el indicador que se tome de referencia. De la mano de obra joven, 87% reporta tener seguro social; 65%, un contrato de planta que brinda estabilidad; 66%, una jornada de trabajo regular; sólo 35% percibe una retribución igual o superior a tres salarios mínimos y apenas 17% está afiliado a alguna organización sindical. Aunque este último indicador sobreestima, no es sinónimo de organización laboral autónoma de la mano de obra, debido a la presencia de “sindicatos de protección” y “sindicatos blancos”.

tras que la trayectoria de Facundo (22 años) pone en evidencia la importancia de la formación técnica para insertarse en un trabajo protegido en la industria.

Eduardo y Mercedes: el trabajo industrial en contextos de flexibilización laboral

El recorrido ocupacional de Eduardo ejemplifica una ruta obrera típica. Él nació en Monterrey, tenía 30 años cuando fue entrevistado. Es el menor de un hogar nuclear biparental de tres hermanos. Vivió con sus padres hasta los 22 años, cuando se casó y formó su propio hogar, en el cual procreó dos hijos. Años más tarde, se divorció y retornó a residir con su familia. Su padre, ahora jubilado, también fue operario fabril, supervisor en una gran fábrica en la rama de producción de alimentos. Su madre, a pesar de tener diploma de secretaria, nunca ingresó a la PEA, pues se encargó de organizar y realizar todas las tareas de reproducción social de la familia. Su familia de origen es un caso típico del hogar nuclear biparental, con proveedor único, en una ciudad industrial cuyo auge tuvo lugar en el contexto del modelo sustitutivo de importaciones.

Eduardo hubiera querido ser contador, pero, como tantos otros jóvenes de clases populares, interrumpió la preparatoria para iniciar su vida laboral, obtener un salario y colaborar con la manutención económica de su hogar. Aunque su móvil principal no fue el económico, pues su familia no tenía en ese momento necesidades económicas apremiantes. Su caso parece mostrar, más bien, las expectativas de vida de las clases trabajadoras urbanas en una ciudad industrial, para las cuales el trabajo fabril es considerado una ruta de vida deseable.

Eduardo tuvo su primer trabajo a los 15 años, en una fábrica de conductores. Según él, fue una de las primeras empresas que empezó a contratar menores de edad, siempre y cuando presentaran las últimas constancias de estudios y una autorización de su padre o madre. Eduardo recuerda que el reclutamiento se

organizaba directamente en la fábrica, pero la empresa buscaba atraer a jóvenes que aún estaban estudiando, mediante “la colocación de mantas en las preparatorias”, en las que “ofrecían trabajo para quienes no querían seguir estudiando”. Él, como muchos otros jóvenes, vio una oportunidad de trabajo. Se presentó a la empresa y lo contrataron.

Laboró en esta empresa durante cuatro años. Narra que, desde el inicio, contó con todas las prestaciones de ley, aunque ganaba poco. Al cuarto año, cansado de realizar día tras día las mismas tareas, tediosas y monótonas, empezó a ausentarse para sobrellevar el hastío. Por ese motivo lo despidieron. Él sabía que esto sucedería, mas no le importó. La monotonía era insoponible. No aguantaba más la rutina impuesta por un modelo de organización del trabajo taylorista, ni la rigidez horaria propia de este tipo de régimen productivo. Este último, a su juicio, lo privaba de la posibilidad de mantener relaciones activas con sus pares.

Posteriormente, a los 19 años, ingresó a su ocupación actual. Ha trabajado durante una década en la misma fábrica, aunque reporta que ha tenido “entradas y salidas”. Eduardo es un trabajador manual calificado. Desempeña el puesto de operador de producción de ensamble de piezas automotrices. Primero, trabajó de manera ininterrumpida por cinco años, pero la empresa lo despidió junto con varios trabajadores por razones de “reestructuración”, que consistieron, básicamente, en el “cambio de razón social”. Cuando fue despedido la firma le comentó, al igual que a sus compañeros, que “los volverían a recontratar”. Eduardo tomó el periodo de desempleo como “vacaciones”; tenía certeza de que sería recontratado. Él piensa que lo cesaron para evitar que acumulara muchos años de antigüedad. Dos meses más tarde lo recontrataron, sin embargo, no le reconocieron los años de experiencia previa, razón por la cual su salario fue ajustado a la baja.

Este tipo de práctica pone de manifiesto uno de los mecanismos empleados por las empresas industriales para afrontar los retos de competitividad derivados de la apertura comercial y la

creciente globalización económica. De igual forma, se observa cómo el costo de tal proceso ha recaído, de manera significativa, en el factor trabajo. Asimismo, desvela uno de los artilugios utilizados por el capital para quebrantar, sin costo alguno, las normas laborales vigentes, lo cual no sería posible sin un alto grado de connivencia de las autoridades del sector laboral.

Desde su recontractación, Eduardo ha laborado, por otros seis años, en la misma empresa. Actualmente tiene estabilidad, mas no ha gozado de “oportunidades de ascenso”. La empresa le ofrece cursos de capacitación e incrementa su salario, no obstante, permanece siempre realizando el mismo tipo de actividades. Eduardo, a pesar de tener un puesto estable, contar con aguinaldo, Infonavit, vacaciones, fondo de ahorro y reparto de utilidades, no se encuentra del todo satisfecho en su trabajo. No le gusta el sistema de trabajo de rotación por turnos, en particular le molesta cubrir el horario nocturno. Esta jornada le impide disponer de tiempo libre para estudiar y socializar con su familia y amigos. Sus tareas le resultan fastidiosas. La monotonía laboral que conduce al tedio, los horarios por turnos que invaden el tiempo de ocio y alteran la vida cotidiana y la falta de alternativas de desarrollo ocupacional, le llevan a esperar el despido como una forma de superar el trabajo rutinario. El joven afirma: “Últimamente como que sí me dan ganas de... de renunciar o que me corran... Porque pus, porque sí te aburre de hacer lo mismo siempre. [...] Es muy fastidiosa esa misma rutina”.

Si se quedara desempleado, fantasea, como la inmensa mayoría de las y los jóvenes que hemos entrevistado, con la posibilidad de emprender un negocio propio. Esta imagen evoca una situación sin subordinación, con autonomía y flexibilidad horaria, en la cual se trabaja “en lo propio”. Eduardo señala: “Pues desde el momento que me quedara sin trabajo, este, guardaría el dinero que me dieran... Pues como no tengo estudios y no tengo otra profesión, pues bueno tratar de hacer un negocio... Pues me gustaría una tienda... Una tienda de abarrotes o... puesto de tacos o lo que sea... Que deje dinero. Más que nada que deje dinero”.

Ese sueño pronto cede ante la realidad. Se proyecta, a futuro, en la misma empresa, con casa propia, adquirida mediante un préstamo de Infonavit, y viviendo con su familia; es decir, se visualiza como un típico obrero industrial que, pese haberse integrado a la PEA en la era de la reestructuración productiva y la flexibilidad, tiene acceso a un paquete mínimo de protecciones sociales y laborales. Su relato nos recuerda que no es una posición segura. Las nuevas estrategias de gestión de la mano de obra podrían situarlo en una condición muy frágil por su bajo nivel educativo; en una realidad donde los puestos de calidad son cada vez más escasos, los requerimientos de contratación más elevados y el compromiso de la empresa con respecto al bienestar de la fuerza laboral es débil, como ya lo vivió en carne propia Eduardo.

En suma, en comparación con los otros casos que veremos, la situación de Eduardo es de las más “favorables”. Durante su vida activa ha gozado de cierta estabilidad y protección. Sin embargo, no es suficiente para generar “identificación del operario con la empresa”. Eduardo se queja por carecer de posibilidades de ascenso y expresa una marcada insatisfacción producto de la persistencia de sistemas de producción basados en la repetición constante de tareas rutinarias en la fábrica. Su relato también es indicativo de las prácticas empresariales de flexibilidad laboral, orientada a la disminución de los costos de la planilla mediante el recorte de personal, tanto como a las prácticas de gestión dirigidas a interrumpir la acumulación de antigüedad. Destaca, por su ausencia, la apelación a cualquier forma de acción colectiva para confrontar las asimetrías de poder en la empresa, tanto como lidiar con las prácticas de flexibilidad laboral o de ejercer algún tipo de resistencia a las mismas. En su defecto, en su repertorio de acción lo que está presente es la gestión individual de la vida laboral, exaltada por el discurso empresarial como la única vía legítima de superación personal.

La trayectoria ocupacional de Mercedes, por su parte, se caracteriza por la participación en diversos empleos en el sector terciario, en las ramas del comercio y los servicios. Al igual que

Eduardo, Mercedes nació en Monterrey, a finales de la década de 1970. Ella es la hija mayor de un hogar nuclear, biparental, con proveedor único y cuatro hijos. Su padre es un obrero calificado, de oficio mecánico. Su madre es ama de casa. Debido a que la realidad económica de su núcleo doméstico era difícil, su padre no pudo costear sus estudios, aun cuando, durante muchos años, tuvo dos empleos simultáneos para sobrellevar los gastos de la familia.

Desde la secundaria, Mercedes sabía que no dispondría de ingresos para pagar una carrera universitaria, incluso en una institución pública. Por esa razón optó por realizar estudios de preparatoria de carácter técnico, cursó el área de secretariado. Su elección, como es evidente, está influenciada por la reproducción de roles tradicionales de género en el campo laboral.

Su primer empleo, a los 18 años, como cajera, fue en una dulcería. En este establecimiento trabajó, por un año, sin ningún tipo de prestación, estabilidad o seguridad social, es decir, su socialización laboral “primaria” estuvo permeada por la disociación entre trabajo y derechos. A los 19 años fue contratada por una gran empresa de comercialización de muebles, también como cajera. En ese puesto contó con cobertura de seguro social, las prestaciones de ley y vales de despensa,⁵ lo cual le permitió conocer, de manera directa, las ventajas del trabajo regulado. Después de tres años y medio fue despedida. La firma adujo la necesidad de “recortar personal”, para disminuir

⁵ Debido a que el mercado de trabajo mexicano tiende a subremunerar la mano de obra, las firmas recurren a pagos complementarios. Uno de ellos es el denominado “vale de despensa”. Se trata de una especie de “cupón” que puede ser utilizado, en establecimientos comerciales, para la adquisición de alimentos. Se utiliza como una estrategia administrativa para reportar una planilla de menor costo al fisco y, por esa vía, disminuir las responsabilidades de las empresas. Adicionalmente, como una parte del salario se expresa bajo esta modalidad, también se reduce el costo de las planillas laborales reportadas ante las instituciones de seguridad social, lo que genera, de nueva cuenta, un “ahorro” que favorece a los empleadores. Sin embargo, a las y los trabajadores esta práctica les perjudica, pues en caso de incapacidad o de jubilación, el sueldo de cotización está referido al salario base, el cual no incluye este tipo de “retribuciones”.

el costo de la planilla, práctica que, como hemos indicado, se ha convertido en una estrategia muy socorrida en las empresas para disminuir sus costos laborales. Esta medida, según su relato, tuvo como finalidad “liquidar a todos los trabajadores que tenían mayor antigüedad”, lo que muestra, con nitidez, la lógica que motivó tal “ajuste”, es decir, la empresa buscó reducir sus gastos de operación mediante la contratación de personal sin antigüedad, previo despido de las y los trabajadores de mayor antigüedad. Una vez más, el costo de la reestructuración recayó en la fuerza de trabajo.

Al perder este empleo, a sus 22 años, Mercedes estuvo casi un año desempleada. En ese periodo buscó activamente trabajo: presentó su currículum vitae en bolsas de trabajo, revisó, diariamente, el periódico, pidió ayuda a sus parientes y recurrió a sus conocidos para que le informaran de posibles vacantes. Enfrentó una circunstancia difícil no sólo por la pérdida de ingresos: el desempleo alimentó en ella, como en muchos otros trabajadores que lo experimentan, sentimientos de frustración y desesperación. Finalmente, por la información proporcionada por una pariente, encontró, a los 23 años, su actual trabajo como secretaria. Está satisfecha con su actividad, tiene un contrato escrito, seguro social, cotiza en el sistema de vivienda estatal, recibe vales de despensa y un estímulo adicional para la compra de útiles escolares. Ha laborado en este cargo durante más de cinco años.

A pesar de disponer de un puesto estable y gozar de los derechos laborales básicos, ella sostiene que, en el largo plazo, le gustaría tener un negocio propio. Piensa en una ferretería, ya que su esposo tiene conocimientos en el ramo. Juzga que, por esta vía, estaría más cubierta frente a un nuevo episodio de paro. Se siente vulnerable e insegura. Sabe que en el mercado de trabajo no hay que dar nada por sentado.

Mercedes, al igual que Eduardo, ha tenido acceso a ocupaciones con cierta protección en empresas de gran tamaño. No obstante, su trayectoria ha sido más inestable. Enfrentó un periodo prolongado de desempleo. Eduardo, por el contrario,

tuvo una situación de paro “transitoria” que no vivió con angustia. Ella es consciente de que no es fácil superar el desempleo por la existencia de barreras de ingreso, resalta que las empresas utilizan, con mucha frecuencia, varios criterios para concretar la contratación: “buscan mano de obra joven con alto nivel de calificación y experiencia laboral”. Su relato también expresa que, para la obtención de un puesto, muchas veces los mecanismos formales de búsqueda son insuficientes, lo cual confiere mayor centralidad a los contactos informales. En su caso, tener un oficio (secretariado) le permitió reintegrarse a un empleo protegido y con mayor estabilidad que el promedio de las opciones hoy en día disponibles para la mano de obra joven.

Estos dos casos revelan que incluso quienes consiguen acceder a ámbitos donde es plausible tener un nivel básico de protección y seguridad social, no están libres de afrontar coyunturas adversas. Ambos han experimentado, en “carne propia”, los costos de la flexibilidad laboral. Los dos, a pesar de tener empleos formales, se ilusionan, al igual que muchos otros jóvenes, con la idea de establecer su negocio propio sin tener en cuenta las dificultades que podrían enfrentar para salir airosos en este terreno. Esto denota, por un lado, cierta insatisfacción con el trabajo asalariado, incluso en contextos que ofrecen protección básica; por otro, la alta expectativa que deposita un gran número de jóvenes en el negocio propio de cara al logro de autonomía e independencia laboral, así como mayores ingresos.

Nótese también que ambos jóvenes han asumido como un hecho dado la existencia de dinámicas que no son susceptibles de ser revertidas por medio de la acción colectiva. En su imaginario, la defensa organizada de los derechos de las y los trabajadores no tiene cabida. En su lugar, se piensa que la conquista de una buena posición en el mercado es un asunto por resolver de manera individual, que la misma, puede obtenerse mediante el emprendimiento de un negocio propio. Esta creencia es indicativa del influjo del discurso ideológico de libre mercado en los contingentes juveniles de la fuerza de trabajo, el cual,

por un lado, hace apología del emprendimiento “microempresarial” y, por otro, desestima y estigmatiza la acción colectiva de las y los trabajadores asalariados. Pero, como analizaremos en el caso siguiente, la ruta del negocio propio conlleva riesgos que suelen ser soslayados, cuando no naturalizados, por este tipo de discurso ideológico.

*Concepción: entre el trabajo asalariado
y los riesgos del negocio propio*

Hace falta entender por qué los sujetos, aunque tengan puestos con cierta protección, casi siempre proponen como meta, a largo plazo, emprender un negocio propio. Por lo general, las y los jóvenes trabajadores entrevistados asocian el trabajo por cuenta propia con mayor autonomía, flexibilidad horaria y remuneraciones más altas. Sin embargo, se suele obviar que el inicio de un negocio propio también conlleva un conjunto de riesgos. Se comprometen bienes escasos, sino es que se adquieren deudas, con la pretensión de aprovechar las “oportunidades” que ofrece el mercado. Con frecuencia no se dispone de la información, la capacitación, el conocimiento, los recursos y la experiencia que permitirían aumentar las posibilidades de éxito.

La marcada inclinación por el negocio propio está enraizada en una larga tradición de emprendimientos populares que, las más de las veces, no producen los frutos esperados, pero generalmente alimentan el sueño de la independencia económica y la autonomía laboral. Este último, como hemos anotado, ha sido reforzado culturalmente por el discurso proempresarial como una meta factible y aconsejable para que los sectores populares lidien con peripecias, riesgos e incertidumbres laborales generadas por el nuevo modelo económico en el contexto del capitalismo global.

Los jóvenes entrevistados crecieron en una sociedad que ha reforzado este tipo de discurso durante más de cuatro décadas. No es de extrañar, entonces, la centralidad que el “nego-

cio propio” adquiere entre ellos como forma de garantizar una inserción ocupacional “exitosa”. Empero, como veremos, es un camino largo y sinuoso, lleno de obstáculos y contratiempos que tan sólo una minoría logra recorrer de forma solvente.

Diversos estudios evidencian que la “mortalidad” de nuevos microemprendimientos, en el primer año de operaciones, es elevada. Por lo general, el “emprendedor” precisa esperar meses o años para obtener ganancias. Se debe, por lo general, disponer de un capital de reserva que permita sobrellevar los tiempos difíciles. Cifras del Inegi⁶ revelan que de cada 100 negocios abiertos, 33 se cierran en el primer año, 65 en un periodo de cinco años y 76 a los diez años; es muy probable que la tasa de mortandad entre los emprendimientos impulsados por jóvenes de extracción popular sea aún más alta.⁷

La historia laboral de Concepción permite adentrarnos en el arduo proceso de establecer un negocio propio y las múltiples razones que inducen este tipo de iniciativas. Su vida familiar estuvo marcada por la ausencia de la figura paterna. Ella nació a principios de la década de 1980, es la menor de tres hermanas, con quienes compartió su vida durante 18 años. Su crianza y manutención corrió a cargo de su madre (nacida en Monterrey), pues su padre, oriundo de San Luis Potosí y de oficio albañil, la abandonó al migrar a Estados Unidos cuando ella tenía tres años: “pues lo típico... que le negaron la visa... pues hasta que se fue de mojado... y ya, fue por eso por lo que ya no podía regresar y perdimos contacto con él”. Ella recuerda que en la adolescencia tuvo que trabajar para ayudar a la manutención del hogar, ya que a su mamá “no siempre le alcanzaba para pagar las deudas”.

⁶ Consúltense en el sitio de internet del Inegi, “Esperanza de vida de los negocios en México”: <https://www.inegi.org.mx/temas/evnm/default.html#Informacion_general>, elaborado con datos de los censos económicos de 1989 a 2014.

⁷ Para América Latina, Schott, Kew y Cheraghi (2015) indican que tan sólo 5% de los jóvenes (de 18 a 34 años) que emprenden un negocio logra mantenerse en el mercado, es decir, la tasa de éxito de los emprendimientos juveniles en la región suele ser muy baja.

Su vida laboral, como la de tantos otros jóvenes, inició a los 14 años. Trabajaba los fines de semana atendiendo un puesto comercial de venta de discos, camisetas y cinturones. Ahí laboró por dos años sin contar con acceso a prestación laboral alguna, seguridad social o contrato escrito.

A raíz de un embarazo no planificado, truncó su formación escolar a los 17 años e ingresó, de tiempo completo, a trabajar en otro establecimiento comercial. Los dueños la contrataron sin saber que estaba embarazada; al enterarse no la despidieron, pero ella se vio forzada a renunciar porque “la situación se puso difícil”. Hace referencia a los maltratos, abusos y vejaciones de que fue objeto. A su entender, el ambiente de trabajo se tornó hostil con el propósito de que ella se diera por vencida y renunciara. Por esa vía los patronos se protegían de una eventual denuncia ante la Secretaría del Trabajo.

Concepción manifiesta que sufrió discriminación laboral, primero por su embarazo, posteriormente por ser madre soltera. Ella buscaba trabajo, pero no la aceptaban porque al tener una hija recién nacida, se presumía, no priorizaría el trabajo. Esta situación pone de manifiesto otras barreras que deben afrontar las madres adolescentes para lograr insertarse en el mercado laboral. Muestran, asimismo, prácticas de discriminación que persisten hasta nuestros días y dificultan, aún más, la difícil tarea de la maternidad adolescente. Adicionalmente, pone al descubierto otro problema: la “conciliación” trabajo-familia en el contexto mexicano, para la gran mayoría de las mujeres, sigue siendo un tema que debe resolverse en el ámbito privado. Ni el Estado ni las empresas han asumido las responsabilidades que les corresponden en este campo. Frente a estos obstáculos, Concepción decidió realizar un curso corto de “cultura de belleza” para aprender un oficio. Esto la habilitó para ingresar, como asalariada, en una estética, su primer “nicho laboral”. Para entonces ella tenía 19 años y sus abuelos la apoyaban con el cuidado de su hija.

Al entrar a la estética, ella firmó un contrato de trabajo y tuvo acceso a las prestaciones laborales básicas. Sin embargo, como la mayoría de las y los trabajadores en esta actividad, per-

cibía un salario por comisión, 20% del monto por cada corte de cabello. Ella renunció a ese empleo a los 23 años, cuando su hija ingresó al kínder, su horario laboral era incompatible con el horario escolar de la niña.

Frente a la ausencia de soportes gubernamentales para el cuidado de su hija y sin recursos para pagar un servicio de guardería privada, Concepción decidió emprender su propia estética. Este “emprendimiento”, inicialmente, no estuvo motivado por la puesta en práctica de capacidades protoempresariales. En su defecto, resultó ser el único camino a su alcance para conciliar la generación de ingresos con el cuidado de su hija. Como acontece con muchas mujeres, conciliar trabajo y familia recayó en sus hombros, lo que muestra el sesgo de género que rige el trabajo de cuidado.

Concepción comenta que cuando inició su negocio tenía un “local chico” y “le iba muy bien”. Por tal motivo, resolvió ampliarlo y contratar a dos empleados. En apariencia había logrado el sueño del emprendedor popular. Durante año y medio su estética no enfrentó dificultades para cubrir sus gastos de operación, pero cuando incrementaron la renta del local que alquilaba, no logró generar ingresos suficientes, lo cual la obligó a cerrar. Su experiencia muestra los obstáculos financieros que, por lo general, acaban minando la prosperidad de este tipo de iniciativas. Al mismo tiempo hace evidente que el riesgo laboral no desaparece bajo el halo del “negocio-propio”.

A raíz del fracaso de su negocio, Concepción estuvo seis meses desempleada. Buscó trabajo por medio de anuncios en el periódico, repartía solicitudes, se apoyó en referencias de conocidos, mas no lograba reinsertarse laboralmente. “Sí, estuvo difícil”. El desempleo se tornaba cada vez más apremiante. Finalmente, a los 25 años, entró a laborar en una “empresa financiera”, en el área de cobranzas de créditos, su segundo “nicho laboral”. Inmersa en un clima laboral hostil, en el cual la presión la sobrepasaba, tomó la decisión, ocho meses más tarde, de renunciar, con lo cual, de nueva cuenta, experimentó un periodo de desempleo.

El aprendizaje de su primer periodo de desempleo la motivó, en esta ocasión, a no arriesgarse. Por tal razón ingresó a trabajar como asalariada en la estética que le había dado empleo años atrás. Al igual que en su primera ocasión, le pagan prestaciones básicas y su salario se fijaba por una comisión, ahora de 25% por cada corte. En su caso, mantenerse laboralmente activa es vital, pues el trabajo es su única fuente de ingreso.

Concepción, pese a las dificultades experimentadas en su primer intento de poner un negocio propio, no desiste de la idea de abrir, por segunda vez, su propia estética. Ella estima que “teniendo un negocio... se puede ganar hasta el doble en un día”, comparado con el sueldo que percibe como asalariada en una estética. No obstante, aclara que esto tiene costos, pues no tendría ni prestaciones ni seguridad laboral. A pesar de ello, planea ahorrar durante un año, adquirir más conocimiento y abrir, de nueva cuenta, otra estética. No renuncia a la idea de “tener algo propio”.

Dos son las razones que la motivan a mantener viva la idea de un negocio propio. Primero, la posibilidad de incrementar sus ingresos. Segundo, y no menos importante, la necesidad de resolver el cuidado de su hija. A las prácticas restrictivas de las empresas, respecto a la contratación de mujeres con hijos, se adiciona la falta de sostén institucional para su cuidado. Las firmas carecen, en su mayoría, de guarderías, y la oferta pública en el ramo no es sólo insuficiente, sino que tienen horarios inapropiados para responder a las necesidades de las madres trabajadoras.

En suma, la historia de Concepción muestra, por un lado, la discriminación laboral a que están expuestas las mujeres embarazadas y con hijos pequeños cuando tratan de conseguir o mantener un trabajo asalariado. De igual forma, es indicativa de la presencia de “modelos flexibles” de remuneración del trabajo, los cuales sustituyen el salario fijo por el pago por comisión, lo que transfiere a la mano de obra la incertidumbre económica que conlleva este tipo de arreglo laboral. Asimismo, el desempleo es una amenaza latente que con frecuencia se tor-

na realidad, poniendo en riesgo la única fuente de ingresos de las y los trabajadores.

Por otro lado, su relato visibiliza los obstáculos que se presentan al tratar de emprender un negocio propio cuando los medios económicos son escasos, los soportes institucionales nulos y las responsabilidades familiares impostergables e intransferibles. Esto muestra los límites financieros que pronto ponen punto final a este tipo de iniciativas. En el caso de Concepción, esto supuso, por un tiempo, estar desempleada y ligarse a un trabajo desvinculado de su oficio.

Finalmente, su insistencia en el negocio propio pone al descubierto una de las estrategias empleadas por la mano de obra femenina para conciliar su participación en el mercado laboral y sus responsabilidades domésticas. Disponer de flexibilidad horaria, tanto como de facilidades para cuidar a sus hijos e hijas en el lugar de trabajo deviene algo indispensable. Cuando el trabajo asalariado no garantiza esta solución, aparece la ruta del negocio propio, aunque sea de subsistencia, como una alternativa.

María: las agencias de empleo, nichos laborales frágiles

Muchas son las modalidades que asumen las agencias de empleo, unas ofrecen trabajo temporal, otras se dedican al reclutamiento de trabajadores y a la selección de personal, otras prestan servicios de recolocación entre o al interior de las empresas (Blanpain y Graham, 2004; Araujo, 2016). Cabe añadir que existen agencias de subcontratación que suministran mano de obra a otras empresas para realizar diversas tareas (Bensusán, 2007; Rodríguez, 2014; Ruiz-Medrano, 2019; González, 2019).

Es conocido que bajo esta modalidad de contratación la relación entre el empleador y el trabajador se diluye, se debilitan las posibilidades de organización sindical y se contribuye al abaratamiento de la mano de obra (Rubiano, 2013; Busser y Orsatti, 2013). Por tales razones, la existencia de este modelo de trabajo es muy controvertido. Incluso la Secretaría del Tra-

bajo y Previsión Social (STPS) de México diferencia, con base en la Ley Federal del Trabajo, entre la subcontratación legal y la ilegal. La primera atiende las normas y no genera perjuicios al trabajador; en tanto que la segunda incurre en daños severos a los empleados al privarlos del ejercicio de sus derechos laborales básicos.⁸

Pese a que las violaciones laborales son una práctica común en la mayoría de las firmas de intermediación, muchas personas recurren a ellas en busca de empleo. Se estima que, hasta inicios de 2021, en el país existían más de seis mil empresas de subcontratación ilegal, las cuales empleaban alrededor de cinco millones de trabajadores (STPS, 2020). En un entorno con escaso potencial de inclusión laboral, en especial para sectores de extracción popular y bajo nivel de empleabilidad, contar con un empleo que ofrezca un mínimo de protección puede representar una vía para sortear trayectorias ocupacionales precarias y erráticas (Araujo, 2016).

El caso de María visibiliza cómo las y los trabajadores jóvenes intentan conseguir algún beneficio de las agencias de subcontratación. La situación económica en su infancia fue estable, pero se tornó difícil a raíz de la muerte de su padre cuando ella tenía 10 años. Su madre era costurera y gracias a su tesón lograron hacerle frente a la vida.

La joven apenas logró terminar la secundaria; la falta de recursos económicos le impidió continuar con su trayectoria escolar. Ante esa realidad, ella tuvo que dedicarse, tiempo completo, a trabajar. Se incorporó a la PEA a los 13 años, como auxiliar en una estancia infantil propiedad de una conocida; posteriormente, entre los 14 y 16 años, fue obrera en una fábrica del giro alimentario propiedad de otro conocido de la familia. La rutina laboral se tornó muy pesada, razón por la que renunció. Aunque era menor de edad, la contrataron haciendo caso omiso de las regulaciones laborales de acatamiento obligatorio.

⁸ Consúltense <<https://www.gob.mx/stps/prensa/stps-trabaja-en-conjunto-con-otras-instituciones-para-terminar-con-la-subcontratacion-ilegal?idiom=es>>.

A los 16 años ingresó como recepcionista en el área de atención al cliente en una tienda de autoservicio. En ese cargo gozó de seguro social, pero sólo laboró en esa empresa algunos meses. Sus compañeras la motivaron para trabajar como demostradora y le proporcionaron las direcciones de las empresas de contratación. En el mismo año, se integró, vía agencias y procesos de subcontratación, como demostradora. Primero, en establecimientos de autoservicio por un periodo de tres años. Posteriormente, la enviaron a negocios de venta por mayoreo, donde se desempeñó, en la misma ocupación, por otros tres años. María estaba más satisfecha en este último tipo de empresa; no tenía que estar parada todo el tiempo ofreciendo los productos a las y los clientes. Sin embargo, la compañía en que desempeñaba su actividad decidió iniciar su propia firma de subcontratación, motivo por el cual ella fue transferida, a realizar su función de demostradora, a tiendas de autoservicio.

Como a María ya no le agradaba estar en este tipo de establecimiento, decidió renunciar. Comenta que inició la búsqueda de trabajo por iniciativa propia, pero no logró colocarse en un nuevo empleo. Por esa razón recurrió, de nueva cuenta, a los servicios de colocación de otra agencia de subcontratación. Esto le permitió ingresar como demostradora en otras tiendas de venta al por mayor. Ha permanecido laborando en esta empresa durante más de cinco años. Le otorgan las prestaciones básicas, seguro social y sus ingresos superan los percibidos en sus trabajos anteriores. Su retribución está compuesta por un salario base, comisiones y bonos por las ventas efectivas. No obstante, se percató, al solicitar su licencia de maternidad, después del nacimiento de su primer hijo, que su remuneración tuvo una reducción brusca, sólo le pagaban su sueldo base, cantidad que ella define como insuficiente para cubrir sus necesidades vitales.

La joven comprende que emplearse por medio de firmas de subcontratación acarrea un conjunto de desventajas, ya que “estás contratada por una agencia, pero a servicio de otra

empresa”. En los hechos, esta modalidad es más favorable para el empleador que para el trabajador, pues diluye la figura del empleador, tanto como sus responsabilidades con respecto a la mano de obra, lo que torna inviables las reivindicaciones asociadas con el cumplimiento de las leyes del trabajo, así como con el mejoramiento de las condiciones de trabajo. Además, María es consciente de la inseguridad que ocasiona este tipo de arreglo laboral: “en la agencia firmas un contrato... pero no es algo así como si tú trabajaras para una fábrica... se pueden deshacer de ti cuando ellos quieran”; esto revela los límites de los contratos de trabajo flexible que en el sector servicios constituyen una práctica generalizada.

De igual forma, ella refiere la existencia de prácticas de discriminación asociadas con su apariencia física y presentación, basada en la explotación de algunos rasgos estéticos femeninos: “Te exigen requisitos de edad, peso y talla”; además, “tienes que estar siempre muy bien arreglada, maquillada”. Finalmente, señala que en este tipo de entorno el acoso sexual es muy común, desvelando, una vez más, la matriz patriarcal que alimenta la conducta machista de sus colegas, superiores o clientes: “a veces lo que no me ha gustado han sido las personas... los *avientes*⁹ que hay no son buenos. A las demostradoras no se les tiene en buen concepto...”.

Pese a estas desventajas, María no deja de referir algunos rasgos positivos asociados con esta modalidad de contratación, a lo cual otorga gran importancia. El principal, contar con la cobertura de seguridad social, prestación que es extensiva a su esposo, madre e hijo. A su juicio, esta prestación constituye la razón primordial para continuar laborando por medio de agencias de contratación. No es sorprendente la importancia atribuida a este tipo de prestación social, puesto que 56.1% de la PEA en México no cuenta con acceso a la misma.

A pesar de lo anterior, con la finalidad de conciliar la actividad extradoméstica y el cuidado del hijo, recién nacido, a María

⁹ Por “aviente” la entrevistada se refiere a prácticas de acoso sexual.

le gustaría, como a muchas otras mujeres, emprender un negocio propio: “tener algo qué hacer y estar con mi familia”. Su caso, una vez más, evidencia que, ante la falta de políticas públicas de cuidado infantil y frente a la reticencia de las empresas para desarrollar servicios de guardería, son las propias madres trabajadoras quienes tienen que idear soluciones acordes a sus posibilidades. Sobre ellas recae aportar a la manutención económica del hogar, realizar las tareas de la casa y resolver el cuidado y la crianza de hijas e hijos.

María se niega a hablar del futuro: “se me hace que nunca he pensado en mi futuro”. Sus dos referencias aluden, por una parte, a su idea de tener un negocio y, por otra, al anhelado sueño de la casa propia para brindar seguridad a la familia, pero no es casual que las certezas se busquen tanto del lado de la familia como del negocio propio. En el primer caso, el de la familia, revela la centralidad de este tipo de institución para velar por el bienestar de sus integrantes, allí donde ni el mercado ni el Estado cumplen con esta labor; en tanto que, en el segundo caso, el negocio propio deja entrever un imaginario social complejo. Por un lado, muestra una legítima búsqueda de autonomía laboral. Por otro, como ya indicamos, una vía para conciliar trabajo y familia que corre a cuenta de las mujeres. Sin embargo, también deja entrever, en su caso, la búsqueda por iniciativa propia de mayor seguridad en el trabajo, algo que la subcontratación vía agencias de intermediación laboral no puede garantizarle.

En suma, las experiencias de María retratan, simultáneamente, la importancia y las limitaciones de los “nichos de protección”, cuando éstos quedan sujetos a procesos de flexibilidad, como es el caso de la operación de las agencias de subcontratación. Quizá lo más relevante es que estas agencias se han constituido en una ruta de acceso al empleo para un numeroso conjunto de jóvenes. Algunas de estas empresas, las menos, posibilitan a los y las trabajadoras disponer de un paquete básico de protecciones y salarios por encima de los umbrales mínimos, debido a la existencia de “incentivos y bonos”. Asimismo, dan

acceso a la seguridad social. Esto último no resulta despreciable para los sectores populares por varias razones. Primero, reduce su gasto de bolsillo en salud.¹⁰ Segundo, les otorga un piso de protección frente a enfermedades y riesgo de trabajo, así como también, en el caso de las mujeres, les faculta a activar la licencia de maternidad. Tercero, les permite contribuir a un sistema público de pensiones que podrían activar durante la tercera edad, si logran cubrir el número de cuotas fijado por la ley. Finalmente, les proporciona acceso a créditos para la adquisición de vivienda, operados por instituciones públicas, cuando se cumple con los requisitos reglamentados.

Pese a lo anterior, lo cierto es que estos “nichos” son frágiles y sus aspectos favorables pueden erosionarse rápidamente cuando las empresas de subcontratación operan con la lógica de reducción de costos para favorecer la ganancia del sector empresarial. Asimismo, este tipo de arreglos de contratación ha echado mano de modalidades de flexibilidad salarial, asociadas con el pago por comisión y la retribución por bonos que, por lo general, suelen operar en detrimento de la mano de obra. Aunque, en el corto plazo, este tipo de retribución podría ser favorable para los trabajadores, en tanto que les permite compensar los bajos salarios, de igual manera los deja en una situación de vulnerabilidad, ya que estos “ingresos adicionales” no forman parte de su salario base. Esto último afecta sus remuneraciones cuando deben acogerse a una licencia con goce salarial por razones de maternidad, enfermedad o accidentes de trabajo. También disminuye su aporte y el del empleador al sis-

¹⁰ El gasto de bolsillo en salud en México es uno de los más altos entre los países miembros de la OCDE. Según esta institución, las unidades domésticas aportan 45% del total del gasto en salud que realiza el país, el complemento corresponde a la inversión pública en este campo. Se estima que el gasto de bolsillo en salud representa cerca de 10% del ingreso de los hogares, proporción que se incrementa, de manera significativa, entre los hogares de menores recursos económicos y en el último año de vida del adulto mayor (Salinas-Escudero *et al.*, 2019). Por su parte, Díaz y Ramírez (2017) sostienen que este tipo de gastos constituyen un riesgo para los hogares, ya que pueden generar procesos de empobrecimiento e incrementar la morbilidad y mortalidad de la sociedad.

tema solidario de ahorro para el retiro, lo cual, en el largo plazo, terminará minando sus ingresos por pensión al alcanzarse la edad de jubilación.

De igual manera, se observan prácticas discriminatorias por razón de género en la contratación de mano de obra. En este caso, las agencias imponen criterios asociados a la apariencia y buena presentación que no constituyen más que recursos que exaltan criterios estéticos patriarcales. Además, los riesgos de asedio sexual a que están expuestas las mujeres en el ámbito laboral pueden agudizarse por el esquema de subcontratación en cadena, al disolver la figura del empleador directo. Las dificultades de ejercer los roles de madre y trabajadora, por otro lado, evidencian, una vez más, la falta de políticas públicas orientadas a la creación de instituciones abocadas al desempeño de las labores de cuidado de infantes y la falta de interés del sector privado en la materia.

Por lo anterior, hay que subrayar que las agencias de subcontratación pueden constituir, en el mejor de los casos, un “nicho laboral” frágil. En caso contrario, cuando se trata de modelos de “subcontratación ilegal”, desencadenan procesos de precarización, como bien lo ha reconocido la STPS (2020) al indicar que “la subcontratación [ilegal] precariza la estabilidad en el empleo, el pago de utilidades, la antigüedad, ingresos por prima de vacaciones, aguinaldo y el derecho para la vivienda”.

Facundo: la importancia de la formación técnica

En el contexto de globalización económica e innovación tecnológica, se ha incrementado en el país la demanda de fuerza de trabajo con formación técnica afín a los requerimientos del sector productivo. Como señala Casalet (1994), los requisitos de calificación deben propiciar la participación de los obreros en los esfuerzos por aumentar la productividad, la competitividad y la calidad en el proceso productivo. Frente a los bajos niveles de capacitación de la mano de obra en México, el

contar con una formación técnica aumenta las posibilidades de agenciarse un empleo con buenas condiciones de trabajo.

La experiencia de Facundo revela las ventajas relativas que la formación técnica otorga a trabajadores que cumplen con esta condición en un mercado laboral local con alta demanda de mano de obra con este perfil. Él nació a mediados de la década de 1980, todavía vive con sus padres y tres hermanos. Durante su infancia su padre se desempeñó como supervisor de un almacén en una empresa de productos lácteos; actualmente es dueño de una tortillería. Su madre atendía un negocio propio de abarrotes, pero hace dos años emigró a Estados Unidos, donde labora como ayudante de cocina.

Al concluir la secundaria Facundo interrumpió, por dos años, su trayectoria escolar. Sostiene que, a diferencia de otros casos, esta decisión la motivó su desafección escolar y la inclinación de su familia por favorecer el aprendizaje de oficios técnicos. Al suspender sus estudios, de inmediato comenzó a trabajar. A los 15 años, trabajó como ayudante de un maestro pintor que era su amigo, puesto en el que se desempeñó alrededor de ocho meses. Como la mayoría de los jóvenes que experimentan este tipo de inserción laboral, no gozó de ningún tipo de prestación laboral, seguridad social o contrato de trabajo. Posteriormente, se ocupó, por un tiempo, como chofer-repartidor en la tortillería de su padre. A los 17 años regresó a estudiar, en un Conalep (Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica),¹¹ y cursó una carrera de técnico en máquinas y herramientas. Realizó sus prácticas profesionales en una industria de fabricación de máquinas y accesorios. Al concluir su formación, esta empresa le ofreció un contrato de trabajo, el cual rechazó porque “no le gusta el ambiente laboral”.

Al terminar su carrera técnica, ingresó como tornero-fresador en una fábrica de autopiezas. Fue su primer y único trabajo

¹¹ El propósito del Conalep es la formación de “cuadros técnicos” a nivel de educación media superior. Es un organismo público descentralizado del Gobierno Federal. Ofrece la formación profesional técnica y la formación profesional técnica-bachiller. Consúltese <http://www.sems.gob.mx/en_mx/sems/conalep>.

con prestaciones básicas, es decir, su “nicho laboral”. Estuvo en esa firma por dos años. Renunció a ese puesto a raíz de una suspensión que él consideró injustificada. La empresa lo sancionó por rechazar un viaje de trabajo con fines de capacitación. Posteriormente, se empleó como tornero en un pequeño taller, propiedad de un amigo. Esa empresa está inserta en una cadena de subcontratación en el sector industrial. Facundo comenta que el taller “es subcontratado por talleres de mayor tamaño, los que son subcontratados por las grandes empresas”. En el último eslabón de la cadena de subcontratación, Facundo trabaja sin seguro social ni prestaciones, pero su salario es más alto que el percibido en su anterior trabajo y le pagan las horas extra de trabajo. Sostiene que a pesar de no tener un contrato escrito su empleo es estable. Afirma que a él le gusta más este empleo porque tiene más responsabilidades y es encargado de supervisar a otro operario. Considera que el ambiente laboral es más cordial y hay más oportunidades de ampliar sus conocimientos. Al ser un taller pequeño debe realizar múltiples tareas, lo cual contrasta con el trabajo más rutinario que caracterizó su trabajo previo.

Él sabe que el oficio de fresador es un recurso laboral muy valorado por las empresas, lo cual le faculta, en caso de ser necesario, a moverse con soltura en el sector industrial. Por su propia experiencia, reconoce la existencia de una alta demanda de trabajadores calificados en su ramo de especialidad. Incluso ha recibido ofertas para laborar en Estados Unidos y Japón. No las ha aceptado porque no aspira a realizar una carrera como asalariado, sino como trabajador independiente.

A futuro, al igual que muchos otros jóvenes, quiere establecer un negocio propio. Piensa, siguiendo la ruta de su padre, en una tortillería. Una vez instalada, planea dejarla a cargo de parientes, migrar a Estados Unidos, laborar en el sector industrial, ahorrar e invertir para expandir su negocio y abrir varias sucursales. Cuando esta meta esté lograda, se ve regresando a México para ponerse al frente de sus negocios.

El relato de Facundo enseña, por un lado, un itinerario típico de familias trabajadoras, donde el aprendizaje de un oficio se

concebe como un recurso valioso para el desarrollo personal. La adquisición de conocimientos técnicos puede realizarse por dos vías. Por un lado, mediante un proceso de formación práctica, a partir de la ocupación como ayudante en un oficio técnico bajo la supervisión de un maestro. Por otro, puede concretarse por medio de la formación técnica en instituciones escolares vocacionales, lo cual le posibilita no sólo aprender un oficio sino disponer de una credencial que respalda tal conocimiento. Lo segundo se materializó, en su caso, cuando tomó la decisión de cursar una carrera técnica. En su intento de aprender un oficio, siempre contó con el respaldo familiar.

Su trayectoria por el sector industrial en grandes empresas pone de manifiesto, de nueva cuenta, las prioridades electivas de jóvenes obreros. En su caso, también, el trabajo monótono y rutinario es percibido como fastidioso y, si se quiere, alienante. Una vez adquiridas las destrezas prácticas indispensables, la rutina se transforma en tedio y, a su vez, en desaliento. La resistencia laboral por parte del trabajador no tarda en hacerse presente, siempre en el nivel individual, esta vez bajo la forma de “ausentismo”, “rechazo a ofertas de capacitación” y renuncia “voluntaria”, comportamientos posibilitados, en gran medida, por dos condiciones. Primero, Facundo sólo realiza aportaciones parciales a la economía familiar; el bienestar familiar no se vería diezmado de manera significativa si él pierde su empleo. Segundo, es consciente de que su oficio, una especialidad escasa en el mercado industrial, le confiere mayor poder de negociación ante las empresas y que, en su oficio, la demanda laboral es alta.

La presencia y operación de las cadenas de subcontratación prevaecientes en la producción industrial enseña cómo la reestructuración productiva ha favorecido la externalización del trabajo, lo que genera oportunidades para el surgimiento de pequeños talleres industriales. No obstante, al ocupar un lugar subordinado en la cadena de valor, suelen ser ámbitos donde el incumplimiento de los estándares laborales básicos es muy generalizado. Por otro lado, pone de manifiesto la preferencia

de algunos trabajadores por desempeñarse en contextos con relaciones laborales menos asimétricas, aunque esto pueda conllevar la pérdida de derechos laborales básicos.

Al igual que en otros casos, Facundo renuncia a un cargo con estabilidad, seguridad y prestaciones a cambio de emplearse en una empresa que le ofrece mayores posibilidades de desarrollo profesional. ¿Cómo entender este tipo de decisiones? La clave para explicar este comportamiento yace, a nuestro entender, en la confluencia de varios elementos que le permiten a Facundo minimizar el riesgo de su elección. En primer lugar, se trata de un operario calificado en un área muy especializada, que ha acumulado una valiosa experiencia, y que se sabe portador de un recurso valorado, en tanto escaso, en el medio industrial en que habita. Esto le confiere cierto poder para moverse con más soltura en el mercado de trabajo local. En segundo lugar, Facundo es un joven soltero, en tanto tal, no tiene responsabilidades de manutención de una familia propia, lo cual le facilita disponer de más grados de libertad a la hora de tomar decisiones laborales. En tercer lugar, aún vive con su familia de origen, lo cual disminuye la presión para generar recursos económicos, al vivir en la casa de sus progenitores, cuenta con su respaldo para solventar su manutención. En cuarto lugar, se encuentra, según su entender, en una fase de acumulación de conocimientos y experiencia, por ello privilegia trabajar en una empresa que, aunque pequeña, ofrece mayores posibilidades de aprendizaje comparado con las grandes industrias. Finalmente, a lo largo de su trayectoria, ha ido tejiendo una red de vínculos sociales a la que puede recurrir cuando hay necesidad en busca de trabajo. Este recurso le permite minimizar el riesgo de desempleo.

En suma, los casos prototípicos presentados enseñan los distintos caminos que transitaron jóvenes con perfiles disímiles en el mercado de trabajo de Monterrey, hasta alcanzar cierta protección laboral. Adicionalmente, posibilitan reconocer la importancia de las redes sociales (familiares, amigos, conocidos) como vehículo para conseguir un empleo asalariado. Pero también la trascendencia que, para la mayoría, reviste contar

con un sistema básico de protección social y laboral cuando sus recursos de empleabilidad son bajos.

Con la excepción de Eduardo, un caso relativamente atípico entre la mano de obra joven, pues siempre ha contado con empleos protegidos —salarios superiores al mínimo, prestaciones de ley, estabilidad y seguro social—, los otros cuatro casos han estado expuestos a situaciones de alta precariedad. Encontrar un “nicho laboral” ha sido importante en sus vidas. Estar cubiertos por la seguridad social por medio del trabajo, les otorga la opción de acceder a un préstamo para la adquisición de una casa propia.

Pese a estas ventajas, este grupo no percibe la actividad asalariada como su ruta laboral futura, es decir, como el modelo de inserción ocupacional que quisieran conservar durante toda la vida. Más bien se quejan de los bajos salarios, recortes de personal, cambios de turno, rutinas tediosas, exceso de presiones, falta de oportunidades de desarrollo ocupacional, prácticas de disciplinamiento excesivas y, en el caso de las mujeres, de la discriminación de género y el acoso sexual a que están expuestas.

La ausencia de organizaciones laborales que representen sus intereses y pongan límites claros a los abusos de poder de los patrones les ha obligado a activar un mecanismo de defensa individual. En situaciones límite, en que las arbitrariedades son extremas, o ante la ausencia de posibilidades de desarrollo profesional, optan por renunciar a sus empleos. Saben que esto los pone en una condición de desventaja, porque sus oportunidades de acceder a otro nicho son limitadas, excepto cuando se poseen recursos laborales muy valorados por el sector empresarial, lo cual parece ser excepcional. Sin embargo, son conscientes de la fragilidad de estos nichos desde el punto de vista de la amplitud, el ejercicio y la exigibilidad de sus derechos.

En sus imaginarios, como en el de tantos otros jóvenes, el negocio propio representa la posibilidad de adquirir autonomía, satisfacción, flexibilidad horaria y mayores ingresos. Esto es comprensible en virtud de la disociación estructural existen-

te en el México contemporáneo entre trabajo y ciudadanía, así como por la persistencia, sino es que acentuación, de un sistema de relaciones laborales sustentado en prácticas autoritarias. Aunque la centralidad del negocio propio es afín con el repertorio cultural de la ideología neoliberal, ha centrado las expectativas de desarrollo ocupacional en el despliegue de la agencia individual en los mercados. Asimismo, ha exaltado el “negocio propio” y el *ethos* “emprendedor” como valores de primer orden en la era del capitalismo globalizado.

EN BUSCA DE UN NICHOS LABORAL EN LA CIUDAD DE OAXACA

La actividad productiva del municipio de Oaxaca de Juárez, como hemos descrito en el capítulo introductorio, depende en gran medida de las ramas de comercio y servicios. Su economía tiene una alta dependencia de los ingresos provenientes de las actividades turísticas, así como del empleo en el sector público.

En esta urbe, los individuos entre 25 y 29 años, sin título universitario, se incorporan principalmente en las diversas ramas del sector terciario, en orden de importancia están: comercio (25%), servicios diversos (15%), gobierno y organismos internacionales (11%), transportes, comunicaciones, correo y almacenamiento (10%), servicios sociales (9%), restaurantes y servicios de alojamiento (8%) y servicios profesionales, financieros y cooperativos (6%). La participación de este grupo poblacional en la industria manufacturera y la construcción es muy baja, 6 y 10%, respectivamente.

En general, las condiciones de trabajo de este grupo etario son muy deficientes, como acontece con el resto de la mano de obra en ese estado: 57% no accede a seguridad social, 67% no tiene estabilidad, 51% no cuenta con las prestaciones básicas establecidas por la ley, 83% gana tres o menos salarios mínimos mensuales y 63% trabaja jornadas fuera de lo establecido por la norma.

En este entorno, acceder a cargos que ofrezcan por lo menos las prestaciones establecidas en la Ley Federal del Trabajo no es

fácil, como se aprecia en las historias laborales de los cuatro casos prototípicos analizados. La trayectoria de cada uno de estos jóvenes, todos varones, permite mostrar rutas diversas orientadas hacia la consecución de un “nicho laboral”. Para Maurilio (28 años), los servicios personales le ofrecen una alternativa, para Anastasio (25 años), el sector turístico constituye una buena opción. Mientras que para Aurelio (27 años), el aprendizaje de un oficio y la obtención de un puesto en el sector público abren el camino hacia la posibilidad de una mayor protección laboral. Por último, el itinerario de Ambrosio (25 años) muestra el largo camino recorrido hacia la obtención de uno de los pocos empleos fabriles protegidos disponibles en una economía terciarizada.

Maurilio: un nicho laboral en el sector servicios

En el mercado de trabajo de la ciudad de Oaxaca, la precariedad laboral está muy extendida en todas las ramas de actividad. Por esta razón, la mayoría de los jóvenes que se incorporan al mundo del trabajo exhiben un itinerario marcado por la privación de sus derechos básicos. Esto se acentúa cuando la participación acontece en pequeños establecimientos, muchos de los cuales están sumidos en lógicas de reproducción simple. Sin embargo, hay casos, como el de Maurilio, ilustrativos del cómo, cuando los empleadores acatan las leyes de trabajo, por sentido de responsabilidad social, se generan alternativas que pueden llegar a ser fuente de inclusión laboral.

Maurilio, con una trayectoria laboral de veinte años, sólo ha tenido tres empleos en el sector servicios, que le otorgaron acceso a las prestaciones laborales básicas. Su biografía revela un recorrido ocupacional sinuoso, con cambios constantes de ocupación y desprotección general recurrente hasta experimentar un punto de quiebre donde este patrón se modifica. Su padre era fotógrafo y su madre ama de casa. Se trataba de una familia humilde cuyas condiciones de vida no garantizaban la satisfac-

ción de las necesidades básicas de sus miembros. Maurilio era el menor de tres hermanos. A los 8 años se mudó a vivir con su abuela para hacerle compañía, porque “ella estaba muy sola...”. Vivió con ella durante ocho años.

Su itinerario laboral inicia a temprana edad. De los 8 a los 11 años trabajó como ayudante en una pollería; recordándonos que en ámbitos sociales pauperizados la adultez forzada marca la existencia de los sujetos desde la niñez. Durante tres años estuvo matando y limpiando pollos, ganaba poco y parte de su retribución era en especie: “me daban un pollo por día y las menudencias”. Rememora que esto les permitió consumir algún tipo de carne, los ingresos de su abuela y los suyos no eran suficiente para “darse este lujo”. Posteriormente, trabajó en un estudio fotográfico. El manejo de productos químicos, durante año y medio, afectó su salud, ya que no disponía de equipamiento para realizar esta tarea de manera segura. Por esa razón decidió cambiar de actividad. A los 13 años se emplea como ayudante en un restaurante vegetariano y, al igual que en todos sus empleos previos, el contrato fue “apalabrado” y no tuvo acceso ni al seguro social ni a prestación laboral alguna. A los 16 años fue contratado en un “Bed & Breakfast”, donde aprendió el oficio de cocinero. Vivía en el lugar de trabajo y ganaba el salario mínimo. Una vez más laboró sin ningún tipo de protección sociolaboral durante cuatro años.

Al cumplir 20 años, Maurilio había trabajado de manera ininterrumpida durante doce años, en su biografía laboral, trabajo y derecho constituían dos mundos inconexos. Su historia laboral, hasta este momento, muestra la trayectoria típica de un joven de clase trabajadora pauperizada, para quien el trabajo era fundamentalmente un recurso de subsistencia. Lejos estamos, como en tantos otros casos semejantes, del trabajo como fuente de la ciudadanía social moderna.

La situación económica de su familia era tan apremiante que aceptó someterse a una relación laboral despótica. Aceptó la sumisión más extrema, reiteradas vejaciones y los abusos constantes de su empleador, a cambio de obtener una mayor

remuneración y la promesa de una vivienda. Ésta constituía, a su entender, la única vía para asegurar a su familia de origen la esperanza de una vida más tranquila, la superación de las peripecias asociadas con la renta de viviendas en colonias que no brindan acceso a los servicios públicos de primera necesidad. Esto aconteció cuando Maurilio trabajó en el “Bed & Breakfast”. En esa ocasión su patrón, un extranjero “con un carácter muy difícil”, le propuso un contrato por cuatro años. El acuerdo comprometía a Maurilio a permanecer en el empleo y soportar los abusos de su patrón, “tenía que aguantar”; a cambio, el empleador se comprometía a comprarle una vivienda popular. Este arreglo abusivo rememora modelos laborales de antaño, enraizados en las haciendas de finales del siglo XIX y principios del XX, en los que la relación con el empleador estaba sujeta a un vínculo paternalista e imbuida en el ejercicio autoritario y arbitrario del poder. Se demandaba, en aquel entonces, al igual que en el caso de Maurilio, en el presente, la total sumisión del empleado, con el fin de hacerse acreedor de la venia del patrón.¹²

Para Maurilio, ese trabajo resultó difícil de sobrellevar. No obstante, considera que el resultado fue favorable, tanto para él como para su familia. Al referirse a esta experiencia, manifiesta: “Ese empleo cambió nuestra vida totalmente porque sí, nosotros éramos humildes”. Concluido el contrato de cuatro años, él dio por terminada la relación laboral, se trasladó a vivir con su familia y empezó a buscar otro trabajo.

El oficio de cocinero le permitió colocarse en una casa particular, propiedad de una pareja de estadounidenses. Permaneció en ese empleo por tres años. Simultáneamente, impartió un taller de alimentos y bebidas por seis meses. En este trabajo, por primera vez, Maurilio percibió un buen salario, contrato, seguro social, prima vacacional y pago de horas extras. Lamentablemente, concluyó cuando sus jefes retornaron a su país de origen.

¹² Sobre este tipo de modelo laboral, véanse Ponce (2010) y Legorreta y Ramos (2016).

La pérdida de este “nicho laboral” sumió a Maurilio, una vez más, en una trayectoria precaria. Primero, se empleó por un mes en un hotel. Después estuvo desempleado, aunque por un periodo corto. Ya que carecía de ingresos para sobrellevar el paro, trabajó por cuenta propia, prestando servicios de “catering” en actividades diversas, como bodas, bautismos, venta de pan y similares. Esta actividad apenas le permitió cubrir parcialmente las necesidades alimentarias personales y familiares.

Finalmente, a los 23 años, pudo vincularse a un trabajo protegido, en esta ocasión en una ONG, en una Fundación Comunitaria. Actualmente es el encargado del mantenimiento de vehículos y de logística. En este cargo disfruta de prestaciones: seguridad social, fondo de ahorro para el retiro, estabilidad y un mejor salario. Consiguió este empleo por medio de sus contactos personales. Específicamente, porque años atrás, cuando trabajaba en el “Bed & Breakfast”, había conocido al dueño de la fundación. Indica que ese trabajo, “me fue abriendo caminos y [fui] conociendo gente que me fue ayudando durante estos años de mi vida”.

Al momento de la entrevista tenía cinco años de trabajar en la fundación. Se sentía tranquilo. Sin embargo, aspiraba a independizarse. Planeaba, como la mayoría de los jóvenes entrevistados, poner un negocio propio. En su caso, un pequeño local de comida que le permita ejercer su oficio de cocinero: “mi propio proyecto de vida es poner un negocio de cocina, ¿no?, volver otra vez a la cocina... tengo ahora sí que un sueño, hacer como donde trabajé, poner un ‘bed and breakfast’”.

La trayectoria de Maurilio transparenta la inestabilidad, precariedad y explotación a la que, por lo general, están expuestas las personas humildes que se dedican a prestar servicios personales. Igualmente ratifica que el esfuerzo personal y la agencia individual son insuficientes para superar rasgos estructurales de los mercados de trabajo, en su caso, la precariedad laboral generalizada, relaciones laborales autoritarias y la asimetría de poder en mercados de trabajo con limitada capacidad de absorción de la mano de obra. Sobreponerse a una trayectoria laboral

signada por la precariedad sólo es posible si se logra acceder a un empleo que restablezca el nexo entre trabajo y derechos. Cabe añadir que su caso también evidencia la coexistencia, en el presente, de dos modelos laborales contrapuestos. Uno caracterizado por la sobreexplotación, el abuso y la sumisión de los trabajadores. El otro, por el cumplimiento de las normas laborales básicas, resultado de empleadores que acatan las leyes correspondientes. Desafortunadamente, en los contextos de escaso dinamismo económico, el segundo modelo no suele ser el predominante.

Para Maurilio, el aprendizaje del oficio de cocinero le abrió algunas oportunidades para mejorar su posición en el mercado laboral, también le ha permitido pensar su futuro laboral. Su relato revela que, para los individuos de extracción popular, con bajo nivel escolar y recursos laborales limitados, encontrar un puesto protegido es una proeza, particularmente en contextos donde el desempeño del mercado de trabajo local es poco prometedor. Al mismo tiempo, pone de manifiesto que, en estos contextos, tener acceso a un “nicho laboral” no es garantía de seguridad en el largo plazo. Su pérdida suele desembocar, la mayoría de las veces, en el reinicio de tramos biográficos signados por la inseguridad económica y la desprotección laboral. Empero, mientras estos nichos perduran, se producen giros importantes en la vida de los sujetos. Se logra superar las formas más extremas de inseguridad económica y se ensanchan los horizontes de vida. La cotidianidad deja de estar capturada por la lógica de la sobrevivencia y la agencia desplegada puede adquirir otras formas, como en su caso, cuando la evaluación del presente y la planeación del futuro permiten definir una ruta de vida para la consecución de la independencia laboral. Esto será posible si Maurilio logra conservar su trabajo actual, algo que no depende sólo de su responsabilidad, esfuerzo y desempeño, sino también, y muchas veces principalmente, de factores contextuales allende la agencia individual.

Anastasio: el turismo como una alternativa ocupacional

La ciudad de Oaxaca de Juárez, como destaca un estudio del Instituto Politécnico Nacional (IPN), fue muy afectada por el conflicto sociopolítico de 2006 entre la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y el gobierno estatal, el cual cimbró el régimen de dominación política vigente en todo el estado (Estrada, 2016), al tiempo que erosionó su base económica. El impacto sobre el comercio y el sector turístico fue considerable, por lo que se registró una reducción en el número de visitantes, nacionales e internacionales. Como consecuencia, las pérdidas económicas fueron muy elevadas (alrededor de 950 millones de pesos) y seis mil trabajadores fueron despedidos. A pesar de ello, algunos años más tarde, las actividades vinculadas al turismo habían iniciado un proceso de recuperación, lo que genera oportunidades ocupacionales que son fundamentales en el contexto oaxaqueño (IPN, 2014).

En el itinerario de Anastasio se aprecia la importancia que adquieren, para la mano de obra juvenil, los puestos en la rama de restaurantes y servicios de alojamiento asociados al turismo. En un entorno poco dinámico, donde las ocupaciones industriales son escasas y no absorben ni a una décima parte de mano de obra juvenil, el turismo deviene una de las principales fuentes para este contingente poblacional. Para Anastasio el haber encontrado un cargo con prestaciones básicas en un restaurante fue el resultado de un largo recorrido. Su realidad familiar lo orilló a iniciar su vida laboral a los 12 años. Él perdió a su padre a los 7 años, tiempo después su madre enfermó y se vio forzada a retirarse del mercado de trabajo. Frente a esa realidad, Anastasio asumió el rol principal en la manutención familiar, haciéndose cargo de su madre y su hermano menor.

A sus 25 años, Anastasio ha acumulado trece años de vida laboral activa; periodo en el cual ha tenido cinco empleos, la mayoría precarios. A lo largo de una década, Anastasio transitó por puestos sin protección que no le auguraban un futuro esperanzador. El primero tuvo lugar como dependiente en una ver-

dulería; renunció tres años más tarde porque consideraba que ese trabajo le quitaba mucho tiempo, interfería negativamente con sus estudios y le parecía un quehacer tedioso. En seguida, al iniciar la educación media superior, se incorporó como empacador en un supermercado. Como cualquier “cerillo”, no percibía un salario por su quehacer sino sólo las propinas que le daban los clientes. En ese puesto también laboró tres años. Al terminar la preparatoria, logró ingresar a la universidad para cursar la carrera de derecho, pero a los 20 años abandonó sus estudios, desilusionado por su elección, así como forzado por las crecientes demandas económicas familiares. A continuación, inició un diplomado en gastronomía, pero no pudo finalizarlo por falta de recursos económicos.

Después de salir del cargo de empacador, Anastasio se ocupa como promotor voluntario en el Seguro Social, donde se queda poco tiempo, debido a que percibía una retribución muy baja por su trabajo. Finalmente, a los 22 años, logra su primera ocupación con protección social en un restaurante, con puesto de repartidor de pizzas. Accedió a este empleo gracias a que su hermano lo recomendó con los dueños del establecimiento. Pese a tratarse del mejor trabajo que había tenido, sólo lo conservó por ocho meses. Enfrentó problemas con el subgerente, quien le asignaba tareas que no correspondían con su función de repartidor de pizzas. En concreto, para disciplinarlo y forzarlo a asumir una actitud sumisa, lo mandaba a barrer la tienda, lavar baños y distribuir volantes en la vía pública. Finalmente, al no lograr su cometido, lo despide. Esta experiencia ratifica la existencia cotidiana de un conjunto de prácticas de disciplinamiento y hostigamiento laboral, las cuales suelen ejercerse contra los trabajadores que resisten a someterse al ejercicio arbitrario del poder en el espacio laboral.

Luego se trasladó a trabajar en una empresa de abarrotes. En esa ocasión, como en tantas otras, no firmó un contrato. Para él esta circunstancia no representa una anomalía, más bien caracteriza la principal estrategia, en materia de contratación de personal, del sector privado. Sobre el particular explica: “las

empresas... no te están firmando ningún contrato... o te hacen firmar de antemano una renuncia voluntaria cuando ingresas a cualquier centro laboral”.¹³ Adicionalmente, no le respetaban el horario y tampoco le pagaban horas extras. Por tales abusos, mantuvo una búsqueda activa de otro trabajo, manifestando su intención de agenciarse un empleo protegido.

Finalmente, por recomendación de un amigo, se incorporó en otro restaurante. En este establecimiento ha estado, de manera ininterrumpida, durante cuatro años, cuenta con salario, seguro social y las prestaciones laborales obligatorias. Relata que debido a los conflictos sociales en el centro de la ciudad de Oaxaca, el restaurante estuvo a punto de cerrar. Fueron momentos difíciles en los que la fragilidad social de las personas, la ausencia de soportes institucionales y la carencia total de recursos para afrontar la eventualidad del paro, dieron lugar a pensamientos autodestructivos que, para su bien, no se concretaron. Él expone las angustias en que estuvo sumido frente al riesgo de la pérdida de su trabajo en los siguientes términos:

Te pones a pensar ¿qué voy a hacer sin dinero?, ¿qué voy a hacer si tengo gastos que solventar?, te cuestionas... incluso llegas a pensar en vender drogas... en robar... ves que no está bien, y hasta el momento pues no, la verdad no he incurrido en ninguno de estos delitos... también en una de las opciones pensé en el suicidio porque ya no soportaba tanta presión.

Anastasio sabe que su vida mejoraría si tuviese un buen empleo. En su definición implica, como mínimo, estabilidad, seguridad, prestaciones sociales y un salario que le permita solventar las necesidades familiares. Por ello continúa su bús-

¹³ La gran mayoría de nuestros entrevistados y entrevistadas indican que “firmar hojas en blanco, renunciaciones por adelantado o la aceptación del despido sin responsabilidad personal” es una práctica muy socorrida por los empleadores en el sector privado. En particular, es utilizada por empresas que requieren la firma de un contrato escrito. Mediante este recurso se escamotea la aparente “rigidez” de la legislación laboral mexicana en materia de contratación y despido de mano de obra.

queda activa en el mercado de trabajo. Ha realizado entrevistas y espera ingresar, como cajero, al sector bancario. De lograrlo, cree que podría ahorrar para emprender un negocio propio, en su caso, una cafetería. Como la mayoría de nuestros entrevistados y entrevistadas, sueña con “ya no ser empleado, sino ser el patrón”. Reconoce que está lejos de lograrlo, porque no dispone del capital para realizar este proyecto. Aunque, a diferencia de otros entrevistados, él ha comenzado a comprar el equipo básico para echar a andar esta iniciativa.

En su caso, se observa con claridad que detrás de la aspiración de tener un “negocio propio”, emerge, otra vez, la idea de que el trabajo por cuenta propia le permitiría obtener una mayor seguridad económica e ingresos más elevados, flexibilidad horaria y liberarse de las arbitrariedades de empleadores o de los directivos de las empresas.

En el relato de Anastasio se distingue una trayectoria precaria, inestable y errática, atada a relaciones laborales jerárquicas y abusivas, en las cuales las violaciones de la legislación laboral son cotidianas; además, la inferiorización del trabajador constituye una práctica recurrente para obtener su sumisión frente a la autoridad. En este contexto, un “nicho laboral” se transforma en un ámbito excepcional, al cual se accede sólo en muy pocas ocasiones. Pero, igualmente, se deja entrever que aun en puestos con cierta protección, el individuo puede estar expuesto al abuso de autoridad y a tratos humillantes por parte de sus superiores, lo cual torna visible la persistencia o reconstitución de una jerarquía social muy marcada en el mundo del trabajo mexicano. Adicionalmente, muestra que la precariedad laboral se proyecta allende el incumplimiento de los estándares laborales del trabajo, al incursionar en aspectos relacionados con el ejercicio del control y las prácticas de dominación de la mano de obra.

Aurelio: el empleo público como ruta de inserción laboral

El gobierno y los organismos internacionales absorben 12% de la población ocupada en la ciudad de Oaxaca. Por lo general, en esta ciudad el sector público representa la oportunidad de obtener un buen trabajo. En efecto, este sector de actividad ofrece mejores condiciones para los y las trabajadoras asalariadas: 88% tiene seguridad social, 94% accede a las prestaciones básicas previstas en la legislación, 76% cuenta con contrato de planta y 55% percibe remuneraciones equivalentes a tres o más salarios mínimos mensuales. Sin embargo, las condiciones de trabajo en la administración pública no son homogéneas. Por un lado, están quienes tienen un contrato de base, lo que les otorga estabilidad, protección, derecho de organización sindical y todas las prestaciones de ley más prestaciones adicionales derivadas de los procesos de negociación colectiva con los sindicatos existentes. Por otro lado, se encuentran los trabajadores de confianza, así como aquellos que son contratados bajo modelos “flexibles”. Para este grupo, la administración pública es sinónimo de precariedad laboral. En este caso, es el propio Estado el que quebranta la Ley Federal del Trabajo.

Una práctica generalizada en México, en el sector público, consiste en despedir a los “empleados de confianza” cuando hay cambio de gobierno o del equipo de dirección de una institución pública durante una misma administración. Esto es factible debido a la inexistencia o falencias, según sea el caso, de un servicio civil de carrera en el sector público, así como a la desprotección laboral, derivado de la imposibilidad que tiene este personal de sumarse a una organización sindical. De forma tal que la inseguridad constituye un rasgo intrínseco entre quienes ingresaron a la burocracia estatal bajo un contrato flexible, cualquiera sea la forma que el mismo asuma.

Como se aprecia en la historia de Aurelio, el camino para acceder a un puesto en el sector público fue largo. Él demoró veinte años para conseguir esta meta. Aunque no todas las personas tienen recorridos tan prolongados, el suyo refleja una de

las consecuencias de no contar con redes políticas o contactos influyentes que aceleren este proceso.

Aurelio, joven nacido en el Istmo de Tehuantepec, hijo único de una madre soltera, con quien vivió su infancia y adolescencia, migró a la ciudad de Oaxaca a los 13 años para cursar estudios secundarios. Al concluir este nivel educativo, regresó a su localidad natal. Dos años más tarde, se trasladó por segunda vez a Oaxaca con el propósito de cursar la preparatoria. Su itinerario laboral inició en su lugar de origen, aún siendo niño. Entre los 5 y 7 años ayudaba a su madre lavando platos; ella era dueña de una “cocina económica”.¹⁴ A los 8 años trabajó lavando coches en el “autolavado” de un vecino, actividad que realizó por dos años.

Entre los 10 y 13 años, Aurelio trabajó en un autolavado propiedad de su madre, quien para entonces había cerrado su “fonda” y abierto ese negocio. A los 15 años, cuando migró, por tercera vez, a la ciudad de Oaxaca, se empleó como ayudante por unos meses en una bodega de frutas, propiedad de una tía, en la Central de Abastos de esta ciudad. Como las tareas eran muy pesadas, renunció para dedicarse sólo a estudiar. A los 17 años, cuando todavía cursaba la educación media superior, su vida dio un giro radical. Sin planificarlo, su novia quedó embarazada, nació su primer hijo y contrajo matrimonio con su actual esposa. Para mantener su hogar truncó su formación escolar: “las cosas se fueron dando. No tenía para nada pensado eso. Yo lo que tenía pensado era estudiar, pero pues ya no se podía estudiar y mantener un hogar al mismo tiempo. Entonces, me dediqué a lo segundo, a mantener un hogar y nada más”.

Al abandonar los estudios estuvo desempleado por cinco meses. Enfrentó dificultades para encontrar un trabajo por ser menor de edad y carecer de calificaciones ocupacionales. Cuando finalmente consiguió emplearse, tuvo que aceptar una

¹⁴ Término popular con el que se suele hacer referencia a una “fonda”. Esta última es definida como: “Restaurante de poca categoría, precios bajos y de clientela modesta” (DEM, 2020).

remuneración inferior a la de sus compañeros por ser menor de edad: “nadie me daba trabajo por lo mismo, y pues de ahí, luego al encontrarlo, pues, me pagaban menos que a cualquier persona mayor de edad...”. Esta situación deja entrever la mayor vulnerabilidad de la mano de obra que se incorpora al mercado sin haber alcanzado la mayoría de edad.

Posteriormente, después de mucho buscar, Aurelio ingresó a una empresa fumigadora donde permaneció cerca de tres años. Esa empresa fue a la quiebra, por este motivo él quedó desempleado y reinició su periplo de trabajos temporales precarios. Alrededor de los 19 años, mientras trabajaba en un estacionamiento, aprende a conducir. Renuncia a esta actividad a los pocos meses porque necesitaba más ingresos para hacer frente a la manutención de su núcleo doméstico. Desde entonces, se ha desempeñado como chofer en diversos lugares. Primero se incorporó, por recomendación de un primo, en una papelería, disfrutando de todas las prestaciones de ley, pero carecía de estabilidad. Fue su primer empleo con cierta protección. Laboró en este establecimiento cerca de un año, con varias entradas y salidas. La primera vez lo despidieron por recorte de personal. Posteriormente, fue recontratado y nuevamente cesado en función de los ajustes a la planilla que realizaba la empresa, según los ciclos económicos. Finalmente, por cuestiones de horario y porque le exigían ausentarse de la ciudad, lo que comprometía la atención de sus responsabilidades familiares, fue él quien renunció a ese empleo.

A los 20 años Aurelio trabaja como taxista, sin ningún tipo de prestaciones ni seguridad social. Él nos aclara que era un trabajo pesado. La jornada era extensa y el salario muy bajo. Además, el mantenimiento del coche y sus gastos de operación corrían a cuenta del trabajador: “no nos dejaba mucho qué ganar, porque todo lo que se descomponía, había que pagarlo nosotros, él [dueño] casi no ponía nada más que el vehículo y nada más, pero si se descomponía, uno tenía que pagar todo”.

Después, a los 22 años, se desempeñó como repartidor en una empresa de material eléctrico, donde tenía contrato escri-

to, seguro social y vacaciones. Se trataba en apariencia de un trabajo protegido, pero, durante más de dos años, estuvo sujeto a una política de contratación flexible. Lo empleaban y despedían de acuerdo con las necesidades de la empresa. Cuando lo despedían, le prometían su recontractación cuando la empresa lo requiriera, motivo por el cual, afirma, no le pagaban indemnización alguna. El joven comenta: “ahí estuve igual como chofer... pero cada que hacían recorte, siempre salía yo ‘bailando’ [perjudicado], pero luego había la manera de entrar, ingresé como tres o cuatro veces al mismo lugar”.

Esta práctica hace transparente, una vez más, el grado de flexibilidad laboral que, en materia de contratación y despido de mano de obra, caracteriza la dinámica de los mercados de trabajo en el país. Asimismo, deja ver que la misma se torna viable en mercados con presencia de un excedente estructural de fuerza de trabajo, máxime cuando esta última carece de recursos para rechazar este tipo de “arreglos”.

Finalmente, a los 25 años, por recomendaciones de amigos, pudo colocarse como chofer en una institución del gobierno estatal. Esta ocupación le otorga un nivel básico de estabilidad y prestaciones. En un principio, durante un año, sólo percibía su sueldo, después obtuvo prestaciones. Desde hace dos años labora en este empleo. Señala que ha sido el periodo más positivo de su biografía ocupacional. Un verdadero punto de inflexión. Le permitió superar una trayectoria tan inestable como precaria, en la cual la búsqueda de ingresos para subsistir consumía su energía vital y nunca le permitía atender cabalmente las necesidades básicas de su familia. Por ahora, consciente de algunas limitaciones, comparte el giro biográfico a que dio lugar el ingresar a trabajar en el sector público, en particular para cubrir la manutención básica de su familia: “hay cosas que sí, que no me alcanza, pero midiendo el dinero pues sí, lo básico que necesito para vivir, sí, no sé, comer, educar a mi hijo, pagar la escuela, todo esto sí, hasta este momento sí, sí me alcanza”.

Aunque su situación actual es “estable”, Aurelio sabe que su condición es muy endeble y el porvenir es incierto. Un simple

cambio de jefe puede causar su despido inmediato. Por esta razón se siente vulnerable. Esto le produce gran angustia, toda su familia depende de su trabajo por tratarse de un hogar de proveedor único.

El joven ha pensado muchas veces en poner un negocio propio, “tener un comedor o un puesto de ropa”, pero “lo único que falta es el dinero para poder tenerlo”. Como esto le parece difícil de plasmar, espera, al menos, encontrar una ocupación estable, “ya saber que ya nadie me va a mover de ahí”. Le hubiera gustado continuar estudiando para estar “mejor económicamente”, pero sabe que “eso ya no es posible”. Sus obligaciones familiares se lo impiden. Hoy en día, más que pensar en su educación, debe velar por el bienestar de sus hijos.

En la historia de Aurelio se aprecian los obstáculos que encaran las y los jóvenes de origen social humilde y recursos laborales escasos para obtener un empleo de cierta calidad en un ámbito deprimido y precarizado como el oaxaqueño. En su itinerario ocupacional se intercalan precariedad, inestabilidad y desempleo. Desde la adolescencia ha estado en búsqueda de un trabajo que le brinde estabilidad, seguridad económica y una retribución digna para evitar que su familia viva penurias económicas. Es consciente de los obstáculos que debe enfrentar para lograrlo: falta de oportunidades laborales, prácticas de contratación flexible, remuneraciones muy exiguas, carencia de credenciales educativas y redes sociales poco influyentes en el mercado de trabajo.

Su biografía enseña que el tan anhelado “nicho laboral” no siempre ofrece la estabilidad deseada, sea por las prácticas recurrentes de recorte de personal en las empresas privadas o por la fragilidad existente en el sector público cuando no se cuenta con un contrato de tiempo indefinido. No obstante, sólo el acceso a este tipo de trabajo es el que le posibilita mejorar sus condiciones de vida y pensar en proyectos laborales futuros.

Cabe resaltar en la trayectoria de Aurelio la importancia de las redes primarias en la búsqueda y el acceso al trabajo, ya que constituyen su principal recurso para lidiar con la inestabilidad laboral. Empero, como él mismo reconoce, sus redes, al estar

circunscritas a personas de su misma extracción social, alcanzan sólo para insertarse en los segmentos más deprimidos del mercado de trabajo.

Ambrosio: la ruta clásica del trabajo fabril

En una economía terciarizada, las oportunidades en el sector manufacturero son muy escasas, tan sólo 6% de los trabajadores entre 25 y 29 años, sin título universitario, se emplea como asalariado en este sector. Sus condiciones son extremadamente precarias, únicamente 16% accede a las prestaciones básicas, 30% labora jornadas semanales de 35 a 48 horas y 18% percibe remuneraciones superiores a tres salarios mínimos mensuales.

Ambrosio ha sido uno de los pocos jóvenes que han encontrado un empleo fabril con cierta protección en la ciudad de Oaxaca. Él nació en un rancho en el interior del estado. Su vida laboral ha durado ya diecisiete años. En este lapso tuvo once empleos, la mayoría en su pueblo natal. Se radicó en la ciudad de Oaxaca cuando tenía 23 años. Él también transitó un camino largo y sinuoso antes de obtener un empleo estable con cierta protección. Su caso muestra el gran esfuerzo que deben realizar jóvenes de clases trabajadoras empobrecidas para encarar las adversidades que emergen en la vida cotidiana. Él tuvo que responsabilizarse, siendo todavía un niño, de su madre y su hermano. A pesar de las desventajas sociales heredadas de su familia de origen, su historia es prototípica de aquellos jóvenes para quienes el trabajo constituye el único recurso vital a su alcance. Ambrosio da cuenta de esto al sostener que:

La vida... me ha tratado... duro, muy duro... me ha enseñado... todo lo que me he comido me ha costado, nadie me ha dado nada [...] pero es bueno, al final de todo es bueno, porque, porque aprendes... no quedarte estancado en lo que estás, sino enfrentar lo que te pasa y *salir adelante* y eso te da, te da fuerza, te da fuerza y tienes mucho carácter para enfrentar las cosas.

Al igual que los casos anteriores, él tuvo una adultez forzada producto del inicio a temprana edad de su biografía laboral. Aconteció cuando tenía 8 años, apoyaba a su padre en la carnicería de su propiedad, negocio familiar del que dependían para vivir. Este trabajo duró pocos años. Se interrumpió, abruptamente, por el fallecimiento de su progenitor en un accidente. Su vida experimentó un giro biográfico total. A raíz de este suceso su abuela se hizo cargo, durante varios años, de la crianza y cuidado de Ambrosio. Para él fueron tiempos difíciles porque tenía que ayudar a “cuidar sus animales, ir a la escuela y tener su ropa limpia y planchada”. Tuvo a su cargo tareas de pastoreo y trabajo agrícola por alrededor de cuatro años. A partir de entonces, el trabajo determinó sus actividades diarias, el tiempo de ocio, el descanso y la recreación quedaron relegados.

De los 13 a los 18 años tuvo múltiples empleos. Laboraba, como la mayoría de los jóvenes de extracción popular entrevistados, en trabajos disponibles en la economía local. Fue un periodo de constante permutas ocupacionales. Primero se incorpora en una microempresa de productos lácteos, donde trabaja dos años. Debido a que la empresa entró en crisis, Ambrosio se vio forzado buscar otro quehacer. Consiguió empleo en un rancho, donde se ocupó en labores agrícolas durante un año. Posteriormente, al ingresar a la preparatoria, conoce a un maestro que le apoya a conseguir trabajos ocasionales de plomería y reparación de aparatos, actividades que realizó durante dos años. Después se dedicó un año, por cuenta propia, a la producción y venta de nieves.

A pesar de toda la carga laboral, logró terminar la preparatoria e ingresar a una universidad tecnológica pública, en la carrera de ingeniería industrial. Los recursos requeridos para financiar sus estudios los generó con su trabajo; a lo largo de su trayectoria escolar nunca tuvo acceso a una beca.

A los 19 años, regresó a trabajar, por segunda ocasión, en la empresa de elaboración de productos lácteos, permaneció en esta ocupación por un año y medio. Posteriormente, por unos pocos meses, se vinculó a la industria forestal, su tarea consistía

en la medición del diámetro de los troncos. Todas estas ocupaciones las realizó sin firmar contrato alguno, tampoco fue asegurado o gozó de algún tipo de prestación. Hasta ese momento, en su itinerario laboral lo único que le retribuye el trabajo es un modesto salario. Sus redes sociales, básicamente amigos y conocidos, conforman el recurso mediante el cual obtiene referencias, contactos o recomendaciones para conseguir trabajo.

Ambrosio cursó cinco semestres de la carrera de ingeniería, pero se vio forzado a interrumpir de forma definitiva sus estudios universitarios por falta de recursos económicos. Su salario era insuficiente para cubrir sus gastos personales, mantener a su familia de origen y financiar sus estudios. En la práctica, él fungía en esa época como el jefe de familia, por ser el único proveedor económico en su hogar. Sus estudios, aunque trunco, le permitieron en este mismo año, después de dos meses de desempleo, vincularse a un “nicho laboral”. En esa ocasión se incorporó a una empresa financiera, donde trabajó como analista de crédito. Por primera vez en su itinerario ocupacional, tuvo un contrato escrito, seguridad social y demás prestaciones de ley, aunque su salario seguía siendo muy modesto. Gestionó este empleo gracias a sus contactos personales. Conocía al dueño de la empresa, quien al enterarse de que se encontraba desempleado le ofreció trabajo. En esa empresa laboró durante año y medio. Renunció en procura de un mejor salario; las demandas familiares lo orillaron a buscar una ocupación mejor retribuida. Pronto se colocó como chofer particular y obtuvo una mejor remuneración, pero perdió la seguridad social y sus prestaciones básicas; tampoco firmó contrato de trabajo. De nuevo estaba inserto en el mundo de la precariedad, en el cual permaneció por varios meses. Sacrificó, como tantos otros trabajadores, un “nicho laboral” por un mejor salario. No tuvo alternativa, nuevos apremios familiares lo conminaron a realizar esta permuta.

Finalmente, a los 24 años, ya en la ciudad de Oaxaca y gracias a la recomendación de un amigo, fue contratado como operador industrial en una de las pocas fábricas existentes en esta ciudad. Labora con contrato, prestaciones, seguro social y

percibe un mejor salario. Ha estado dos años en esta fábrica. Se trata, a su entender, del mejor empleo de su vida. Ambrosio, finalmente, ha desarrollado un sentimiento de seguridad laboral. Su trabajo actual le ha permitido superar las privaciones más básicas existentes en su familia. A pesar de ello, sus aspiraciones futuras se decantan en favor de emprender un pequeño negocio. Ha trazado algunos planes. En el mediano plazo, relacionados con la compra de un terreno, la construcción de su casa, la formación de su familia de procreación y la puesta en marcha de su actividad como trabajador independiente: “en diez años voy a tener mi negocio y voy a trabajar, y trabajar y trabajar”.

El recorrido ocupacional de Ambrosio se asemeja, en varios aspectos, a los anteriormente descritos: empleos precarios, inestables, mal remunerados, que alternan con periodos cortos de paro y la realización de tareas ocasionales por cuenta propia. Incluso él ha dejado un puesto con prestaciones para buscar otro que, aunque precario, ofrecía una retribución más alta, lo cual era indispensable para atender, aunque de manera parcial, las demandas familiares. Asimismo, sus amigos y conocidos son el principal vehículo de búsqueda y obtención de empleo. De igual forma, contempla y quizás idealiza el negocio propio como la mejor ruta laboral para quienes tienen un origen social humilde. También, como en los demás casos, el trabajo ha constituido el principal eje organizador de su vida y su principal recurso para encararla. Por ello mismo, en su imaginario futuro este elemento constituye un referente simbólico de primer orden. Lo que distingue la trayectoria de Ambrosio es su mayor empleabilidad, atribuible a que cursó varios semestres de la carrera de ingeniería industrial. Sus conocimientos, aunado a sus redes, le abrieron nuevas oportunidades en un mercado de trabajo caracterizado por un déficit estructural de trabajos de calidad.

En síntesis, los cuatro casos de jóvenes oaxaqueños examinados son típicos de un grupo que ha experimentado situaciones familiares muy difíciles por la persistencia de privaciones socioeconómicas básicas, las cuales se agudizaron por la au-

sencia, el abandono o la muerte de la figura paterna. Esto los forzó a asumir roles adultos desde su niñez. En los cuatro casos implicó el inicio de la vida laboral a temprana edad, lo que redujo sensiblemente sus oportunidades para acceder a un buen trabajo.¹⁵

Biografías ocupacionales intrincadas, inmersas en las formas más extremas de desprotección, expuestas al riesgo permanente de paro y presas de las modalidades más perniciosas de flexibilidad laboral explican la persistencia de trayectos ocupacionales precarios. A lo largo de sus recorridos biográficos, trabajo, derecho y bienestar son realidades escindidas. El trabajo constituyó, en este escenario, básicamente, un medio para la sobrevivencia diaria. Sólo el acceso a un “nicho laboral” brindó a este grupo de jóvenes una ventana de oportunidad para sobreponerse a las penurias vitales y reorientar su curso de vida. En sus empleos demandan ser valorados por su desempeño y tratados con respeto por sus superiores. Quizá por ello sea entendible la centralidad que en sus historias adquiere la referencia al negocio propio, visto como un espacio donde la dignidad se potencia con la conquista de la autonomía, es decir, con el rechazo de una posición sumisa frente al superior jerárquico y la aceptación, por necesidad e impotencia, de la humillación a que han sido sometidos en algunas empresas. Adicionalmente, el trabajo independiente es percibido como un camino para obtener una mejor retribución por su labor y, por esa vía, alcanzar una vida sin tantas carencias.

Por lo menos cuatro elementos confluyen para que sus vidas experimentaran un giro sustantivo: *a)* ingresar a una ocupación donde se cumplen las regulaciones laborales básicas y se ofrecen posibilidades de aprendizaje; *b)* aprender un oficio, en el lugar de trabajo o acumular conocimientos técnicos en espa-

¹⁵ Esta realidad no es privativa de jóvenes oaxaqueños. De hecho, situaciones similares pueden observarse a lo largo y ancho de todo el país. Por tal motivo, las consideraciones analíticas que se desprenden del análisis de estos casos no se restringen ni a las historias narradas ni a la ciudad observada. Constituyen, en sentido estricto, un rasgo típico de las clases trabajadoras pauperizadas.

cios académicos formales, lo cual les proporciona mayor poder de negociación en el mercado; c) contar con redes sociales solidarias que actúan como el vehículo principal para conseguir trabajo, y d) desarrollar una fuerte ética, fundada en tres valores: “responsabilidad, honestidad y laboriosidad”. Entre estos jóvenes el trabajo constituye el eje vertebrador del curso de vida y el recurso a movilizar en procura de garantizar a sus familias un mejor nivel de vida.

Si bien sus trayectorias empezaron a cambiar con la consecución de una posición ocupacional protegida, su situación ocupacional no debe ser sobreestimada. Este grupo, como tantos otros, no tienen el futuro asegurado. Como sus mismos relatos lo indican, la amenaza de pérdida del “nicho” está siempre latente, con excepción de un caso, sus escasos recursos de empleabilidad podrían sumirlos, una vez más, en el mundo de la privación asociado a la precariedad entre las clases trabajadoras desposeídas.

A MANERA DE CIERRE

El análisis detallado de las historias ocupacionales en este capítulo ha permitido observar algunos de los aspectos que caracterizan los mercados de trabajo de Monterrey y la ciudad de Oaxaca. Mostramos cómo las posibilidades de acceder a empleos con cierta protección dependen, en gran medida, de factores estructurales propios de la configuración laboral mexicana.

En Monterrey, una ciudad más globalizada y con una potente base industrial, los casos analizados evidencian los diferentes caminos transitados hasta la obtención de un “nicho laboral”. En este centro urbano las y los jóvenes han contado con la ventaja de tener mayores oportunidades laborales en grandes fábricas, centros comerciales y en el sector servicios. Pese a que los nichos laborales son escasos, en varias ocasiones las y los jóvenes se han visto forzados o motivados a buscar otro tipo de

empleo. Dos razones resaltan para explicar esta decisión. Por un lado, la marcada asimetría de poder existente en estos espacios laborales, que da lugar a prácticas sistemáticas de abuso de poder por parte de los empleadores. Con alguna frecuencia esto conlleva la redefinición unilateral e ilegal de los contratos de trabajo, lo cual es factible en virtud de la ausencia de organizaciones que representen y defiendan los derechos e intereses de la mano de obra. Por otro lado, la existencia de un conjunto de condiciones laborales deficientes, relacionadas con la baja remuneración, la ausencia de mercados internos, las escasas posibilidades de promoción, la vigencia de prácticas tayloristas de producción que tornan la labor diaria en un quehacer rutinario, monótono y tedioso y, por último, pero no menos importante, la invasión del tiempo libre por el trabajo.

Las y los entrevistados refieren, además, la conformación de un modelo de relaciones laborales donde el maltrato y el abuso por parte de los superiores jerárquicos se han tornado cotidianos. Las estrategias de reestructuración productiva, en aras de conquistar una mayor productividad, competitividad y ganancia, se traducen en recortes de personal, despidos injustificados, pérdida de antigüedad, fragmentación de las remuneraciones y excesiva presión para el logro de las metas de productividad. Estas modalidades de gestión productiva y laboral denotan diferentes formas de precariedad, suelen ser comunes en contextos que carecen de contrapesos; entiéndase donde la mano de obra no está organizada de manera autónoma y, por tanto, no puede velar por el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y en contra del autoritarismo y la arbitrariedad en sus empleadores. Las tasas de sindicalización en el país son muy bajas y presentan una tendencia decreciente. Además, como sostiene Bensusán (2013), los sindicatos han dejado de representar los intereses del conjunto de los asalariados para concentrarse, en el mejor de los casos, en la búsqueda de beneficios para sus agremiados o, como en el caso de los “sindicatos de protección”, para servir a los intereses patronales. Los trabajadores más vulnerables han quedado sin representación para encauzar la defensa de sus de-

rechos fundamentales. Los más jóvenes muestran gran desconfianza y distancia crítica respecto de las organizaciones que, en teoría, existen para restablecer el balance de poder entre capital y trabajo.

En los relatos de las y los regiomontanos también se vislumbra la presencia de las cadenas de subcontratación, estructuradas a partir de la intermediación de las agencias de empleo privadas, cuyas prácticas debilitan la posibilidad de ejercicio de derechos al ocultar y diluir la figura del patrón y sus obligaciones en materia laboral. Igualmente, fomentan formas discriminatorias de contratación de mano femenina, al imponer criterios asociados con la apariencia y la buena presentación, por lo que contribuyen con la reproducción de estereotipos y desigualdades de género en el mundo del trabajo.

Frente a las modalidades de flexibilización laboral descritas, las y los trabajadores jóvenes regiomontanos fantasean con la idea de independizarse mediante el establecimiento de un negocio propio. No obstante, quienes lo intentan, han encontrado una serie de obstáculos derivados de la falta de medios económicos, planeación y previsión de los riesgos inherentes en este tipo de labor. Es igualmente importante considerar que la discriminación a que están expuestas las mujeres con hijos pequeños en las grandes empresas, las lleva a buscar en la actividad por cuenta propia una alternativa para ejercer, simultáneamente, los roles de madre y trabajadora. La ausencia de políticas públicas dirigidas a la creación de instituciones orientadas al desempeño de las labores de cuidado infantil y la negativa de las empresas a asumir responsabilidades sustantivas en este terreno depositan en la mano de obra femenina esta responsabilidad social. Cuando esto ocurre, la denominada “conciliación” trabajo-familia termina recayendo sobre ellas.

En un escenario de búsqueda de mayor productividad y competitividad, la formación técnica de los operarios resulta favorable para ampliar el abanico de opciones y aumentar las posibilidades de encontrar empleos con cierta protección. Empero, en presencia de medidas excesivas de disciplinamiento

fabril y un ambiente altamente jerarquizado, el trabajador con mayor empleabilidad puede renunciar a la protección laboral en pro de salarios más altos, autonomía en el trabajo, nuevas responsabilidades y posibilidades de desarrollo profesional.

En mercados de trabajo de menor dinamismo, como el existente en la ciudad de Oaxaca, los pocos puestos de calidad tienden a concentrarse en la administración pública, entre algunas ONG, en diferentes ramas de la industria turística, como hoteles y restaurantes, y en las pocas fábricas establecidas en la ciudad. Por la mayor escasez de empleos protegidos, las y los jóvenes en Oaxaca tuvieron que batallar mucho más que sus homólogos regiomontanos para conseguir un “nicho laboral”. En promedio, demoraron muchos más años para lograrlo y su exposición al trabajo precario ha sido más prolongada. La obtención de un puesto con cierta protección laboral ocurre a una mayor edad, exige un nivel educativo más alto, el aprendizaje de un oficio valorado en el mercado local o la movilización de redes sociales influyentes.

En Oaxaca, las trayectorias laborales han sido más zigzagantes, con cambios frecuentes entre ramas y ocupaciones, aspecto que ha impedido la acumulación de conocimientos y capacitación vinculados con una ocupación particular. En este contexto, el aprendizaje de un oficio permite, si el azar lo posibilita, sobrellevar en cierta medida las limitaciones del mercado de trabajo. Debido a que el trabajo de calidad es un bien escaso, las redes sociales, el clientelismo político y las relaciones de padrazgo social adquieren más centralidad.

En la ciudad de Oaxaca, a diferencia de Monterrey, hay una mayor presencia de empresas pequeñas que no cumplen con la legislación, ya sea porque carecen de los recursos para atender estas obligaciones, pues la mayoría son unidades económicas orientadas por lógicas de subsistencia, o bien porque los empleadores han hecho de la violación de las normas de trabajo una práctica común, ante la ausencia de una supervisión estricta y eficaz de los establecimientos. Los jóvenes oaxaqueños contemplados en este capítulo se quejan porque

los patrones no respetan los horarios, no pagan horas extras, violan impunemente la legislación y se aprovechan del excedente de mano de obra para fijar salarios insuficientes para satisfacer las necesidades básicas de una familia trabajadora. En una realidad caracterizada por fuertes asimetrías de poder y un gran excedente de fuerza de trabajo, ellos están expuestos a modelos laborales de corte autoritario. En relación con esto, los relatos parecen mostrar que en un entorno desregulado, con escasa inspección y baja capacidad de hacer cumplir la ley por parte de las autoridades, la diferencia está dada por aquellos empleadores que, a pesar de tener a su alcance todos los estímulos para violar las normas laborales, deciden cumplirlas. Cuando esto acontece, generan nichos de calidad. Sin embargo, estos nichos son vulnerables ya que dependen de la “buena voluntad” de los empleadores y pueden dar lugar al surgimiento de relaciones definidas por vínculos paternalistas, donde lo laboral queda subordinado a lo social y, en algunos casos, exige la sumisión total del trabajador como condición necesaria para la obtención de la gracia del patrón. Como, por ejemplo, empleados a quienes los jefes demandan realizar tareas no asociadas con su función y fuera del centro laboral, como por ejemplo, “sacar a pasear los perros”, “cuidar sus casas”, “atender a sus hijos”, “realizar reparaciones en sus hogares”, “sacar a jugar a sus hijos”, “aceptar maltratos”, bajo amenaza de despido en caso de mostrar algún tipo de resistencia o disconformidad.

En Oaxaca, al igual que en Monterrey, las y los trabajadores jóvenes sueñan con tener su propio negocio, imaginan que así podrían tener horarios más flexibles, mayores ingresos y conquistar una mayor autonomía laboral. La actividad por cuenta propia se valora como una alternativa de independencia, pero, además, como una vía que posibilita no quedar atrapados en posiciones que propician subordinación extrema, sumisión laboral y explotación económica. Sin embargo, es sabido que este anhelo se enfrenta con una realidad de carencias. Primero, la falta de recursos económicos para garantizar inversiones

que den viabilidad a los “proyectos”. Segundo, la operación en mercados deprimidos y pauperizados. Tercero, la marginación del sistema financiero como vía alternativa para financiar sus proyectos.

Es plausible pensar que la gran expectativa depositada por los jóvenes en el trabajo por cuenta propia deja entrever, también, la influencia del contexto histórico. Socializados en el periodo de auge del neoliberalismo, este grupo ha estado expuesto a la exaltación del esfuerzo individual como vía de superación personal. Ellos no han tenido contacto alguno con modelos de acción colectiva para reivindicar derechos laborales; al contrario, han sido testigos de la erosión del poder sindical. Toda vez que han enfrentado problemas en el trabajo han tenido que recurrir a la agencia individual para solventarlos, pero este tipo de acción tiene límites cuando se trata de revertir rasgos estructurales. Quizá por ello se ven forzados a renunciar a sus empleos cuando las condiciones adversas se tornan insostenibles, para encontrarse, cual Sísifo, en una situación semejante una vez que logran superar el desempleo.

Importa destacar aquí que pese a las tendencias de precarización en boga aún existen algunos nichos de protección. Éstos son relevantes porque demuestran que para las clases trabajadoras el cumplimiento de las regulaciones laborales representa una oportunidad de inclusión social y la vía para la superación de las formas más extremas de privación socioeconómica. Aunque no se debe sobreestimar el peso de las ventajas que ofrecen los “nichos laborales”: a pesar de su presencia, la inseguridad, los bajos salarios y el abuso de poder por parte de los empleadores siguen siendo prácticas muy enraizadas en el contexto mexicano. Más aún, el riesgo de pérdida de estos nichos se convierte en el preludio de una nueva fase de penurias vitales.

A pesar de los beneficios que la protección brinda a la población joven, esta situación puede ser transitoria. Los avances de la flexibilidad y la desregulación laboral, la persistente violación de las normas laborales, la baja generación de empleos de cali-

dad y la acentuación del desbalance de poder en los mercados de trabajo acotan la presencia de estos nichos. Cuando un trabajador queda al margen de la inserción laboral protegida, por lo general, tiene lugar una incorporación laboral precaria. En consecuencia, el divorcio entre trabajo, ciudadanía y bienestar se consuma.

CONCLUSIONES

A LO LARGO de los diferentes capítulos de este libro buscamos mostrar la convergencia de múltiples factores que han propiciado, por un lado, la reproducción de los privilegios sociales y, por otro, la persistencia del riesgo de desafiliación social. También examinamos los procesos que han permitido aminorar, en cierta medida, las desventajas asociadas con la posición social. Para ello reconstruimos las trayectorias biográficas de jóvenes de diversa extracción social: clases medias-altas, clases trabajadoras urbanas y clases trabajadoras pauperizadas.

Resulta importante retomar algunas cuestiones metodológicas que orientaron la estrategia analítica utilizada, señalar su utilidad y algunas de sus limitaciones. El acercamiento micro-social biográfico y el énfasis en los cambios a lo largo del curso de vida de las y los jóvenes hicieron posible, mediante una mirada diacrónica, examinar procesos de acumulación de ventajas o desventajas sociales. Los conceptos: *trayectorias*, *transiciones*, *puntos de inflexión*, *momentos críticos* y *contingencias* constituyeron herramientas metodológicas cruciales en la sistematización de los relatos de vida, en el estudio de las continuidades y rupturas, y reorientaciones de los recorridos biográficos. Debe reiterarse que nos alejamos de un enfoque centrado en el es-

tudio de atributos individuales para explicar procesos sociales. Como destaca Jelin (1976), el análisis de las historias de vida no reemplaza la investigación histórica o estructural, más bien la complementa. Los relatos de vida están inmersos en contextos sociales e históricos. Para analizarlos tuvimos en cuenta la confluencia de diferentes formas de inequidad, como la clase social, la etnicidad, el género y la socioterritorialidad.

Examinamos, además, la convergencia e imbricación de diferentes elementos relacionados con la familia de origen, la educación, el trabajo, los soportes sociales y la agencia individual. No indagamos la importancia de uno u otro factor de forma aislada, sino cómo todos ellos interactúan, convergen, forman configuraciones que dan acceso o no a diferentes tipos de recursos sociales, abren o cierran oportunidades y moldean de forma conjunta los caminos de vida transitados. El estudio del papel que tienen estas configuraciones de elementos nos ha permitido entender, en cierta medida, los procesos de reproducción, acentuación o ruptura de las inequidades sociales que cruza la biografía de las personas desde su nacimiento.

También tuvimos en cuenta la temporalidad y el momento de ocurrencia de los fenómenos analizados. Examinamos cómo el proceso de acumulación de ventajas o adversidades puede darse tanto en un corto periodo de tiempo, casi de forma simultánea, como de forma progresiva, a lo largo de los años vividos. La acumulación de desventajas que se concatenan en tiempos cortos, en coyunturas críticas, la encontramos frente a contingencias como la muerte del progenitor en sectores pauperizados, lo cual suele desencadenar, a su vez, otros procesos como, por ejemplo, el truncamiento escolar y el ingreso abrupto, a corta edad, al mercado de trabajo. Una acumulación progresiva, en cambio, se manifiesta frente a la ocurrencia de pequeños obstáculos o de beneficios que se van yuxtaponiendo paulatinamente a lo largo del tiempo.

Mediante una mirada comparativa observamos los matices de diferenciación tanto entre sectores sociales como al interior de un mismo sector. Para captar la heterogeneidad,

la diversidad al interior de situaciones particulares, utilizamos como herramienta metodológica la construcción de tipologías, las cuales posibilitan maximizar las diversidades entre los tipos y minimizar sus diferencias internas. Las tipologías utilizadas para captar ya sea la diversidad de riesgos de desafiliación social o las distintas modalidades de participación económica de los y las jóvenes se refieren a su situación al momento de la entrevista, razón por la cual tienen un carácter sincrónico. Para compensar esta limitación, se complementan con la presentación de casos prototípicos para mostrar el elemento diacrónico, procesual, del análisis basado en la reconstrucción del curso de vida a partir de relatos.

Hay que destacar que una limitación inherente al estudio de una población joven, no mayor a 35 años, deriva de centrar el análisis en un tramo de sus vidas, lo que posiblemente podría ocurrir en los años venideros está presente sólo como una propensión. Para reconstruir esta tendencia probabilística se consideró no sólo la imbricación entre el recorrido biográfico y la situación presente, sino también el futuro-posible mediante la consideración de planes futuros, aspiraciones y expectativas, así como los tipos de agencia humana observada. Elaboramos conjeturas sobre las rutas posibles de cara al futuro, pero únicamente mediante el seguimiento prospectivo de estos casos sería factible determinar en qué medida los caminos de vida proyectados lograron concretarse.

Asimismo, es importante tener en cuenta el carácter no probabilístico de los casos seleccionados, los resultados empíricos reportados no son generalizables al conjunto de los sectores sociales de los cuales forman parte los jóvenes estudiados. Empero, el análisis de los relatos de vida nos permitió mostrar la importancia analítica de diferentes aspectos y su papel contrastante en las vidas analizadas. Examinamos las situaciones en que: *a)* la familia de origen actúa como un ámbito de protección en unos casos y como un factor de riesgo en otros; *b)* la educación opera como un medio de superación de adversidades, pero también de reproducción de las ventajas de origen; *c)* el

trabajo, componente central en la reestructuración de las vidas analizadas, lleva a la inclusión social por medio de la protección laboral o a situaciones de precariedad extrema; *d*) los apoyos personales, familiares o institucionales son un factor clave tanto para intensificar las ventajas sociales como para aminorar desventajas sociales heredadas, y su debilidad o ausencia, un elemento que incrementa el riesgo de desafiliación social, y *e*) la agencia individual presenta rasgos distintos al comparar a los y las jóvenes pertenecientes a sectores sociales privilegiados y pauperizados. Se trata de una agencia situada, constreñida por factores contextuales, que guarda relación estrecha con la disposición de medios para sostener la vida, tanto como con otros soportes sociales indispensables para favorecer el desarrollo humano y el bienestar social.

El acercamiento microsocia nos posibilitó, asimismo, formular conjeturas teóricas, empíricamente fundadas, sobre varios aspectos relevantes: las prácticas y formas de convivencia familiar que pueden acentuar o reducir las inequidades sociales; las estrategias utilizadas por los y las jóvenes para conciliar trabajo y estudio; las distintas modalidades de desigualdades de género prevalecientes en el ámbito familiar y laboral; la importancia de los planes futuros en las decisiones que se toman en el presente; el papel de los mercados de trabajo (dinámicos o estancados) para generar o limitar las oportunidades laborales requeridas para alcanzar una vida mejor, y las prácticas de explotación, humillación y maltrato utilizadas por diversos empleadores.

ACERCA DEL PAPEL DE LAS FAMILIAS

Las familias de origen han tenido un lugar central en el análisis. Se trata de un ámbito en el cual se dan los procesos de socialización, convivencia y organización de la vida cotidiana. En su seno encontramos los vínculos de afecto y solidaridades, así como la presencia de jerarquías, tensiones, conflictos y vio-

lencia. Adicionalmente, la familia de origen define la posición social de los individuos a lo largo de la niñez, la adolescencia y la juventud. También condiciona el acceso a los recursos económicos, sociales y culturales indispensables para la organización de la vida de las personas.

En un contexto como el mexicano, la familia constituye el principal recurso del que disponen los individuos para sobrellevar la vida, dada la escasa vocación redistributiva del Estado. Sin embargo, pudimos constatar que el rol de las familias en la promoción del desarrollo de sus integrantes y en la prosecución de su bienestar no es homogéneo. En diferentes sectores sociales, las familias pueden tener un papel significativo como *factor de apoyo, estímulo y protección para el fomento del bienestar de hijos e hijas*, no obstante, las modalidades empleadas para lograr tal cometido presentan marcados contrastes al comparar las familias privilegiadas con las que enfrentan privaciones severas.

En las familias de clases medias-altas se observaron varias acciones orientadas a organizar y controlar la vida de hijos e hijas con miras a la reproducción de sus privilegios sociales. Cabe mencionar: *a)* la movilización de todos los recursos económicos, sociales y culturales al alcance para socializar individuos proactivos orientados a mantener o incluso mejorar su posición en la estructura social; *b)* la expansión de los horizontes de vida de los descendientes al fomentar el desarrollo de expectativas y aspiraciones orientadas al éxito profesional y económico; *c)* la elección de las instituciones educativas privadas de alto costo, de mayor prestigio y calidad académica, donde se pueda aprender dos o más idiomas, y que garantizan la interacción con personas del mismo origen social; *d)* la complementación de la escolarización formal con actividades extraescolares dirigidas a la ampliación del bagaje cultural, como cursos de música, pintura, danza, idiomas, entre otros; *e)* la promoción y financiación de viajes al extranjero, así como de intercambios académicos en universidades de reconocido prestigio internacional para fomentar el desarrollo personal y académico; *f)* la transferencia a los hijos e hijas de todo el conocimiento con que cuentan para

asesorarlos y guiarlos en el proceso de selección de sus profesiones, y g) la oferta de una segunda oportunidad educativa que faculta a hijos e hijas a cursar otra carrera universitaria cuando no están conformes con su primera elección o no resultó ser una vía para garantizar acceso a un buen empleo.

Otras ventajas que las familias con recursos brindaron a sus descendientes son, por un lado, la dedicación exclusiva al estudio y la disponibilidad de tiempo libre para el ocio o la ampliación de su universo cultural. También la oportunidad de permanecer en la casa de los padres hasta concluir la universidad, e incluso durante la realización de estudios de posgrado. No hay presión hacia las y los jóvenes para formar sus propias familias. Además, cuentan con todo el apoyo económico y emocional de los progenitores cuando tienen que migrar y residir de forma independiente para proseguir con sus estudios. Todas las circunstancias señaladas propician lo que se puede denominar un proceso de “adultez postergada”, sustentado en la disposición de una dotación amplia de recursos para sobrellevar la vida.

En las familias que enfrentan situaciones de pauperización, el escenario es muy distinto. Los recursos de diversa índole son escasos, los obstáculos que hijos e hijas enfrentan para tratar de *salir adelante en la vida* son múltiples; con frecuencia se desencadena un proceso de reproducción intergeneracional de privaciones socioeconómicas y desventajas sociales. A pesar de ello, sobresalen los casos que muestran cómo la unión y solidaridad en el seno de los hogares se tornan un recurso crucial para enfrentar las adversidades. Es notable en estos casos el empeño de padres y madres para apoyar a sus hijos e hijas a alcanzar un logro escolar, a efectos de mejorar sus oportunidades de vida. Los progenitores tienen que laborar por largas jornadas, realizar múltiples actividades a la vez y migrar en búsqueda de mejores oportunidades de trabajo y mayores ingresos. Todos los esfuerzos familiares se justifican apelando al valor de la escolaridad como un medio de superación individual entre las familias de clases trabajadoras.

La solidaridad al interior de estas unidades familiares también se manifiesta cuando algunos de los y las hermanos/as trabajan para que otros puedan continuar sus estudios. Además, en ausencia de los padres, sobresale la dedicación y la sobrecarga de trabajo de las madres para apoyar a sus hijas e hijos. Aun así, no siempre el trabajo de varios integrantes de los hogares es suficiente para que los y las jóvenes puedan proseguir sus estudios hasta terminar la universidad. Cuando esto se logra, es resultado del esfuerzo adicional del propio joven que, aunque haya tenido que ingresar al mercado de trabajo o asumir responsabilidades domésticas y de cuidado desde la niñez, alcanza, mediante el despliegue de estrategias múltiples, a conciliar trabajo y educación. Son circunstancias donde el tiempo de ocio es escaso y el trabajo se torna crucial para la obtención de recursos económicos indispensables para continuar con la trayectoria escolar. Los apoyos extrafamiliares son indispensables en estos casos, al igual que la disponibilidad de la enseñanza pública para no interrumpir la formación escolar.

Ahora bien, no todo en el ámbito familiar es armonía, estímulo y solidaridad, también se presentan *tensiones, conflictos y situaciones críticas*. Lo que distingue a los sectores privilegiados de los menos favorecidos, es la forma de afrontar estas situaciones. En las familias de clase media-alta, frente a divorcios, enfermedades o muertes del jefe de hogar, la disponibilidad de recursos económicos contribuye a aminorar el posible impacto negativo sobre las trayectorias de hijos e hijas. Ellos y ellas no tienen que contribuir a la manutención del hogar, no interrumpen sus estudios y tampoco cambian el estilo de vida. En situaciones críticas, cuando algún miembro de la familia sufre crisis emocionales, se busca la asistencia médica especializada o se recurre a atenuantes ligados con actividades de ocio y esparcimiento en el país o en el extranjero.

Al interior de estas familias, también hemos encontrado tensiones y conflictos, resultado, por ejemplo, del autoritarismo de algunos padres que intentan imponer a hijos e hijas la profesión que ellos consideran como la más promisoría. Este

tipo de situación es más visible en el caso de las hijas que están expuestas a una mayor presión para modificar sus preferencias originales en concordancia con la visión de sus progenitores. Las desigualdades de género también se hacen presentes, por un lado, en la mayor dificultad que enfrentan las familias para aceptar que sus hijas migren solas en búsqueda de mejores oportunidades educativas y, por otro, en una socialización orientada a la reproducción de los roles tradicionales de género prevalecientes en la realidad mexicana. Estas conductas dejan entrever universos culturales permeados por ideologías patriarcales de larga data.

En los sectores con fuertes privaciones económicas las consecuencias de coyunturas críticas como la muerte, la enfermedad o el abandono del padre pueden llegar a ser dramáticas, en especial cuando la familia es numerosa y los hijos aún son pequeños. En ausencia del proveedor principal del hogar, las familias tienen que poner en marcha diferentes arreglos para conseguir la manutención cotidiana. Cuando las madres cuentan con alguna capacitación y logran insertarse en el mercado laboral, hijos o hijas mayores se hacen cargo de las labores de la casa y el cuidado de los hermanos menores. Dependiendo de la carga de trabajo requerida, ellos y ellas pueden verse forzados a abandonar los estudios. En otras situaciones, si las madres no logran generar los ingresos suficientes, hijos o hijas se ven en la necesidad de realizar actividades remuneradas. En estos casos, el ingreso a temprana edad al ámbito laboral, con frecuencia, implica la interrupción de los estudios con repercusiones negativas sobre las posibilidades de *salir adelante en la vida*.

Frente a coyunturas críticas se hacen visibles las ambigüedades presentes al interior de estos hogares. Por un lado, se genera una mayor solidaridad entre sus integrantes para afrontar las dificultades, pero, por otro, las obligaciones y responsabilidades son distribuidas de forma desigual tanto entre hijos e hijas como entre los hermanos varones. Las hijas son las que mayormente se hacen cargo de las labores domésticas y de cuidado de sus hermanos y hermanas, al asumir el rol de “madres

sustitutas”. En el caso de los hermanos varones hemos visto que mientras unos trabajan de forma remunerada para apoyar en la manutención del hogar, otros siguen con su trayectoria escolar. Incluso algunos hermanos trabajan para garantizar la continuidad escolar de los demás. Esto evidencia que bajo la noción de solidaridad y compromiso con la familia se ocultan prácticas de reproducción de las desigualdades al interior de las unidades domésticas.

En contraposición con el proceso de “adultez postergada”, señalado en el caso de las familias privilegiadas, encontramos en los sectores con privaciones severas un proceso de “adultez forzada”, referido a las situaciones en las que, durante la niñez y la adolescencia, hijos e hijas tienen que asumir responsabilidades propias de los adultos con el propósito de contribuir a la reproducción de la unidad familiar o, en los casos más desfavorables, hacerse cargo de su manutención en ausencia de apoyos sociales o familiares.

En situaciones extremas, las formas de convivencia familiar pueden convertirse en un factor de riesgo de primer orden. La presencia de maltrato infantil, acoso sexual, violencia en la pareja aunado al alcoholismo o la drogadicción de, por lo menos, uno de los progenitores, puede ocasionar la ruptura del núcleo familiar. Hay circunstancias en las familias con privaciones severas en las que los niños o adolescentes tuvieron que vivir en situación de calle para huir de las prácticas violentas en el seno del hogar. Cuando la familia nuclear no brinda los soportes necesarios a sus descendientes, sea resultado de la pobreza extrema o de la prevalencia de altos niveles de violencia doméstica, otros integrantes de las familias extensas, en especial los abuelos y las abuelas, pueden llegar a cumplir el rol de protección y contención, fundamental para el desarrollo personal de nietos y nietas; aunque al interior de las familias extensas también hallamos prácticas de maltrato y acoso, sobre todo por parte de tíos o primos de las y los jóvenes, aspecto que refuerza la diversidad de experiencias familiares a que han estado expuestos los sujetos analizados.

LOS SOPORTES SOCIALES Y LA AGENCIA HUMANA

Así como las condiciones socioeconómicas, las prácticas de socialización y las dinámicas de convivencia familiar tienen un fuerte influjo sobre la trayectoria de vida de las y los jóvenes, también es cierto que sus recorridos biográficos están influidos por la presencia o ausencia de otros soportes sociales. Éstos contribuyen a generar, diferencialmente, las condiciones de posibilidades indispensables para superar las desventajas sociales heredadas o maximizar las oportunidades de vida asociadas a una posición social favorecida, según sea el caso. Empero, su ausencia favorece dinámicas asociadas con la reproducción de carencias sociales básicas y restringe aún más las oportunidades de desarrollo personal y el logro de condiciones básicas de bienestar social entre las y los jóvenes de orígenes sociales humildes.

En los casos extremos, cuando las personas de estratos bajos son privados, durante la infancia o al iniciar la adolescencia, de los recursos familiares, sus trayectorias de vida suelen quedar inmersas en rutas de vida marcadas por cuadros agudos de desafiliación social e incluso de destitución humana. Esto es un resultado esperado en una sociedad que ha transferido a las familias, casi de manera exclusiva, la responsabilidad de velar, con independencia de la disponibilidad de recursos, por el bienestar de sus integrantes, al tiempo que relegó al Estado a una función subsidiaria en esta materia.

Desmontar las constricciones objetivas que orillan a un contingente de jóvenes a sobrevivir en condiciones muy adversas no es un tema trivial. Además del indispensable compromiso individual, se requiere reactivar las redes de apoyo familiar, la asesoría y orientación de instituciones especialistas en la materia, y la movilización de múltiples recursos sociales. De trascendental importancia, en estos casos, resultó ser el acceso a programas sociales y el apoyo de organizaciones de la sociedad civil y de instituciones religiosas, orientados a generar nuevas oportunidades de vida para estos contingentes juveniles; es de-

cir, se requiere reconstituir las condiciones de posibilidad, asociadas con la presencia de un conjunto amplio de condiciones sociales, que pueden permitir a las y los jóvenes movilizar recursos materiales y emocionales para recuperar el control de sus vidas y construir un porvenir alternativo. En ausencia de soportes sociales y de recursos que ponen a disposición de los individuos, el despliegue de la iniciativa personal y sus constantes luchas para afrontar las adversidades cotidianas se tornan infructuosas, en consecuencia, el proceso de deterioro humano puede continuar profundizándose.

Logramos dar cuenta de tres tipos de agencia que movilizan la acción individual de las y los jóvenes considerados en el estudio. Adicionalmente, observamos que estas modalidades de acción en el mundo se relacionan con la posición social de los individuos y los soportes sociales existentes en su entorno vital.

El primero, la agencia habitual, es el tipo predominante entre los contingentes juveniles que han experimentado procesos crónicos de pauperización. Este tipo de agencia, como se mostró en el análisis, implica un gran desgaste vital, además supone desarrollar la capacidad de adaptarse al contexto, en este sentido, es tanto práctica como adaptativa. Lejos de lo que se suele suponer, esta modalidad de acción en el mundo no guarda relación alguna con una actitud pasiva, ni tan siquiera con una actitud de resignación. Al contrario, implica la búsqueda incesante de medios para garantizar la subsistencia cotidiana a partir del despliegue de la iniciativa personal. No obstante, en este caso el universo temporal está constreñido por el presente. Por lo general, la falta de medios económicos, sociales y culturales impide a quienes desarrollan este patrón agencial pensar y programar su porvenir, tanto como tomar el control de sus vidas, garantizar su independencia personal y conducirse como actores sociales dotados de poder para orientar su desarrollo y garantizar su bienestar; es decir, como sujetos dotados de cierto poder para tomar el control de sus vidas y lidiar con los infortunios y las restricciones sociales que caracterizan sus itinerarios biográficos. Éste pareciera ser el caso de las y los jóvenes que

han quedado atrapados en rutas de pobreza estructural. Estos jóvenes, como indicamos, experimentaron procesos de adultez forzada, resultado de contingencias familiares o de la escasez crónica de recursos en sus familias. Su prioridad fue garantizar su sobrevivencia y contribuir a la de otros miembros de su familia. Desprovistos de los más elementales soportes sociales e institucionales, sus horizontes de vida se fueron achicando, al igual que sus oportunidades para remontar las desventajas heredadas por su origen social. Este modelo de agencia humana pone al descubierto los límites de la acción individual para revertir la imbricación de factores estructurales que obstaculizan el desarrollo de las personas en sociedades con limitada capacidad redistributiva y soportes institucionales disminuidos o inexistentes.

Una situación diferente se observa entre jóvenes de extracción popular que lograron, con base en el esfuerzo personal y en la movilización de recursos disponibles en su entorno, desplegar un modelo de agencia proyectiva. Este tipo de agencia los facultó para abrir el horizonte de vida futura, formular proyectos a su alcance y estar en una posición favorable para su prosecución, lo cual no necesariamente garantiza que hayan logrado con éxito lidiar con las constricciones estructurales que acotan sus oportunidades de vida tanto como su desarrollo personal.

Entre los soportes sociales que hicieron posible el desarrollo de este tipo de agencia sobresalen, en el ámbito familiar, las dinámicas que favorecieron la continuidad de las trayectorias escolares. En el campo laboral, la posibilidad de llegar a arreglos informales con algunos empleadores, lo cual les permitió conciliar trabajo y estudio, aunque, claro está, los esfuerzos escolares tuvieron que redoblar, lo que implica mayores sacrificios personales. En el espacio educativo, la comprensión y el apoyo de maestros y compañeros de estudio fue fundamental para impedir el truncamiento escolar antes de concluir la educación media superior o el ingreso a la universidad. En el dominio institucional, el acceso a becas de estudio por parte de instituciones públicas o de ONG resultó de suma importancia

para ampliar las oportunidades de vida de este grupo de jóvenes. La clave, a nuestro entender, es que estos jóvenes lograron acceder a recursos allende sus familias de origen. Estos medios resultaron vitales para dar viabilidad a sus anhelos de superación personal. Conforme lograban una meta sus horizontes de vida se expandían, al tiempo que sus planes se ajustaban a las oportunidades emergentes. En el medio, ellos iban adquiriendo mayor poder para conducir sus vidas. Privados de estos apoyos sociales, sus vidas, muy probablemente, hubiesen quedado atrapadas en las rutas de pauperización y sus capacidades agenciales circunscritas a la lucha por la subsistencia cotidiana.

El tercer tipo de agencia observado, la práctica-evaluativa, se despliega, con mayor nitidez, entre las y los jóvenes que han gozado, desde su nacimiento, de condiciones de vida más favorables, en tanto que provienen de familias de clases medias-altas. Liberados de las constricciones estructurales que impone la privación de medios económicos, este grupo de jóvenes ha podido planear su futuro y orientar su vida para realizar los proyectos trazados. Adicionalmente, ensancharon sus horizontes de vida e hicieron uso de los capitales personales y familiares —económicos, sociales, culturales y simbólicos— para ajustar sus proyectos a las transformaciones sociales en curso. Estas orientaciones de vida son sometidas a evaluación continua, ajustándose, cuando la coyuntura lo amerita, a efectos de sortear los obstáculos que afloran en sus recorridos biográficos, tanto como para sacar provecho de las oportunidades emergentes. Este grupo de jóvenes movilizó los soportes familiares e institucionales a su disposición para situarse en una posición social ventajosa. También antepuso su formación universitaria, postergando otros eventos vitales, a efectos de no poner en riesgo la acumulación de privilegios sociales. En su mayoría, logran sacar provecho de sus credenciales académicas, su formación extraescolar y sus redes sociales para agenciarse una buena posición ocupacional.

LA CENTRALIDAD DEL TRABAJO Y LAS TRAYECTORIAS OCUPACIONALES

Hemos constatado la centralidad vital que el trabajo continúa teniendo en la organización del recorrido biográfico de las y los jóvenes entrevistados, con independencia de su origen social, nivel educativo, modalidad de participación y calidad del empleo. Sin temor a equivocarnos, podemos concluir que, para las y los entrevistados, el trabajo continúa organizando sus trayectorias biográficas, tanto como sus proyectos de vida. En él depositan sus expectativas para *salir adelante*, superar las privaciones heredadas de sus familias de origen, remontar las desventajas acumuladas a lo largo de la vida o preservar y mejorar las posiciones sociales privilegiadas en el caso de los sectores más favorecidos.

De hecho, el trabajo es tan importante para las y los jóvenes estudiados que su pérdida desencadena, en la mayoría de los casos, sentimientos de frustración, desesperanza, impotencia y temor. Como era de esperarse, éstos se multiplican y acentúan cuando el desempleo se torna una experiencia de larga duración que, en el caso de los sectores medios, amenaza con erosionar las ventajas sociales acumuladas a lo largo de la vida, en particular, sus posibilidades de acceder a un empleo de calidad y a una carrera profesional promisoría, es decir, cuando el mercado de trabajo no exhibe el potencial esperado en términos de absorción de los contingentes juveniles de mayor calificación. Mientras que, entre los jóvenes de clases sociales trabajadoras, el desempleo se vive como una experiencia de vida muy devastadora. Se pone en riesgo, en estos casos, la necesidad imperativa de contribuir a la manutención económica del hogar, lo cual constituye, en muchos casos, una fuente de gran tensión psicológica. En el extremo, esto desemboca en sentimientos de impotencia que pueden dar lugar a pensamientos y conductas autodestructivas o antisociales, como bien hemos puntualizado en este libro.

También constatamos estrategias diferenciales de gestión del desempleo, pero siempre orientadas a buscar la reco-

nexión con el mundo laboral. Entre las y los jóvenes de clases medias afluentes, acontecen procesos de recalificación ocupacional, asociados con la movilización de recursos familiares para facilitar segundas oportunidades educativas o el ejercicio profesional por cuenta propia. Adicionalmente, se recurre de forma activa a la movilización de redes sociales, familiares y personales para romper los obstáculos que bloquean su acceso al mundo del trabajo, de manera explícita, hay intentos sistemáticos por evitar el desarrollo de trayectorias precarias. Las energías, los esfuerzos, apoyos y contactos se dirigen a buscar la inserción en los segmentos que ofrecen mayores posibilidades de desarrollo ocupacional.

En contraste, entre otros jóvenes de familias profesionistas de menores recursos, es decir, clase medias no afluentes, observamos prácticas de resistencia frente a las dinámicas de exclusión. En consecuencia, se tiende a aceptar las trayectorias precarias siempre y cuando permitan mantener el vínculo con el campo de especialidad profesional que han cursado. El propósito pareciera ser evitar la desvinculación profesional, a sabiendas que ello constriñe las redes sociales que resultan de gran importancia para abrir, de cara al futuro, mejores oportunidades ocupacionales. En qué grado este tipo de prácticas desembocan en una inserción precaria crónica o en el acceso a empleos de calidad vinculados a sus campos profesionales es un tema abierto a la investigación, pues exige un seguimiento prospectivo de los casos analizados.

Entre los jóvenes de extracción popular, en particular entre los menos favorecidos, la gestión del desempleo se rige bajo una lógica pragmática. Sujetos al imperativo de la sobrevivencia, estos jóvenes no pueden darse el lujo de permanecer desempleados por mucho tiempo. En consecuencia, activan intensos procesos de búsqueda de trabajo, recurriendo, principalmente, a medios informales, como sus redes de amigos, familiares y conocidos, para maximizar sus oportunidades. Cuando no lo consiguen, no dudan en promover iniciativas de autoempleo como forma de sobrellevar su situación, pero siempre a la espera de

una nueva oportunidad que les permita mejorar su situación. Su lógica de búsqueda es la más amplia posible. En este sentido, sus trayectorias laborales se tornan discontinuas, en tanto que experimentan cambios recurrentes de sector de actividad, ocupación, empleador y en sus condiciones laborales, aunque éstas siempre muestran un marcado déficit respecto a los estándares básicos.

Sólo en los casos extremos, en los que la marginación social desembocó en un franco proceso de desafiliación social y deterioro humano, encontramos estrategias de generación de ingresos que no necesariamente pasaban por ocupar una posición ocupacional definida. Se recurre a múltiples formas de procuración de ingresos dentro de las que destacan la mendicidad urbana, el autoempleo de subsistencia más elemental, el trabajo casual —a veces de un día, a veces de unas horas—, tanto como a formas ilícitas de generación de ingresos. Sin embargo, incluso este contingente juvenil se muestra proclive a replantear su vínculo con el mundo del trabajo cuando sus oportunidades de vida mejoran como resultado del acceso a diferentes recursos sociales. La ausencia de tales apoyos, por el contrario, los sumerge en procesos de destitución social en los que las actividades ilícitas ponen en riesgo su seguridad.

Aunque el trabajo continúe siendo un eje central en la organización de la vida de los diferentes grupos juveniles analizados, no significa que éstos no mantengan una relación problemática con el mundo del trabajo. En la investigación demostramos que las cohortes juveniles examinadas que sí ingresaron al mercado laboral, una vez consolidados los cambios del modelo de apertura comercial, liberalización económica y desregulación institucional, han encontrado menores oportunidades de inclusión ocupacional. También se muestran reticentes a tolerar prácticas autoritarias, actividades rutinarias y formas inflexibles de organización del tiempo de trabajo.

No cabe duda de que los procesos de informalización y precarización de los mercados de trabajo mexicanos han contribuido a moldear las trayectorias ocupacionales de los contingentes

juveniles. Esto ha dificultado el acceso a empleos de calidad, bien retribuidos y apegados a los estándares básicos. La creciente vulnerabilidad de estos contingentes de la mano de obra no está asociada sólo, ni principalmente, con su condición etaria. Es resultado, sin duda, de cambios societales vinculados con las transformaciones en el régimen laboral, las políticas de flexibilidad y la profundización del desbalance de poder entre empleadores y trabajadores, aunado al ensanchamiento de la población excedentaria. Empero, las y los trabajadores jóvenes suelen ser más frágiles al impacto de tales cambios, puesto que, como se documentó en el análisis, al vincularse al mercado de trabajo carecen de experiencia laboral, tienen redes sociales muy acotadas, no cuentan con experiencia organizativa y mantienen una actitud crítica y distante de las organizaciones sindicales, todo ello reduce su poder de negociación frente a los empleadores. Observamos cómo las y los jóvenes considerados en el estudio casi siempre tienden a encarar las relaciones y los conflictos laborales a partir de la acción individual, ya sea por su desconfianza respecto de los actores sindicales, por la sobrevaloración de su poder de acción, o por trabajar en unidades productivas pequeñas o estar sujetos a diversas formas de contratación flexible en grandes empresas. Como era previsible, esta lógica de afrontar el mundo del trabajo termina agudizando la asimetría de poder respecto de los empleadores y, en consecuencia, aumenta su fragilidad.

La mayor vulnerabilidad laboral no se expresa ni de igual manera, ni con la misma intensidad entre las y los entrevistados. Aquí, de nueva cuenta, las diferencias según el estrato social son marcadas. La condición de desempoderamiento se agudiza en el caso de la mano de obra joven que cuenta con baja escolaridad y carece de competencias técnicas para orientar su inserción ocupacional. Este contingente ha visto mermado, casi por completo, sus oportunidades de *salir adelante en la vida* a partir del trabajo. De hecho, en sus trayectorias, el autoempleo de subsistencia, el empleo precario, el desempleo y la inactividad forzada constituyen rasgos casi permanentes y estadios que

se alternan de forma recurrente. Podría decirse que este contingente, muy numeroso actualmente, no sólo se encuentra en una condición de vulnerabilidad crónica, sino que ha sido relegado al segmento de subsistencia. Para ellos, el trabajo es, básicamente, el único recurso vital para la obtención de ingresos. El trabajo no ha constituido, en su experiencia, un espacio de ejercicio de autonomía personal, realización ocupacional, luchas colectivas o ejercicio de derechos. En su trayectoria, trabajo y ciudadanía son fenómenos escindidos, lo cual no obstaculiza, sin embargo, que se planteen metas de progresión ocupacional o aspiren a mejorar su situación de cara a conquistar estabilidad y seguridad económica en sus vidas.

Una mejor posición de mercado se reportó entre las y los jóvenes que lograron culminar sus estudios de educación media superior y/o adquirieron competencias laborales técnicas demandadas en los mercados de trabajo locales. Esto les dotó de mayor poder de negociación y les proporcionó posiciones ocupacionales mejor remuneradas y con mayor protección. Puede decirse que este grupo ha logrado acceder a los escasos nichos ocupacionales aún existentes para jóvenes con educación media. Como bien se pudo constatar en el análisis, estos “nichos de mercado” no sólo son escasos sino también frágiles y de difícil ingreso. Acceder a este tipo de trabajo le permite a un o una joven tener estabilidad, seguridad social —extensiva a sus familias— y un mejor salario. En este sentido, el acceso a ese tipo de nichos ocupacionales se decanta como una de las vías para la superación de privaciones socioeconómicas de larga data, así como uno de los pocos caminos al alcance de estas poblaciones para acceder a mejores condiciones de vida. En su caso, lo que parece estar en disputa es la permanencia en esos nichos laborales. Cuando las tendencias de flexibilización se incorporan en estos campos, la precariedad se torna, de nueva cuenta, en el rasgo predominante en la trayectoria ocupacional.

Por su parte, entre las y los jóvenes profesionistas también se observaron dos situaciones de mercado. Por un lado, estarían quienes han logrado acceder a una buena posición ocupacional

y disfrutaran de mayor protección, mejores condiciones laborales, seguridad social y remuneraciones más altas. Por otro, quienes han quedado marginados de las mismas y frente a la amenaza del desempleo recurren al autoempleo de subsistencia o el trabajo asalariado precario. Cuando este último asume la modalidad de desvinculación profesional, se desencadenan procesos de descualificación ocupacional y pérdida de redes sociales que, con el tiempo, tornan muy difícil el retorno al ejercicio profesional. En tanto que en el primer caso permanece la esperanza de acceder a un trabajo protegido que permita el ejercicio de la profesión estudiada; la apuesta, en este caso, es resistir la desvinculación profesional para tejer redes con mayor influencia, ampliar los recursos laborales, al acumular experiencia y ampliar los conocimientos y, en algunos casos, avanzar en la carrera profesional mediante la realización de estudios de posgrado financiados con fondos públicos.

El acceso diferencial a los mercados de trabajo depende de una constelación dinámica de factores dentro de los cuales pueden destacarse, analíticamente, los siguientes. La posición social de la familia de origen es de vital importancia, ya que esto permite a las y los jóvenes acumular un conjunto de recursos, extraacadémicos que gozan de alto reconocimiento de mercado, como dominio de dos o más idiomas, horizonte cultural cosmopolita, experiencias de intercambios internacionales, posesión de títulos con mayor valor de mercado acreditados por universidades con alto prestigio social. También es clave contar con un capital social amplio e influyente que permita evadir los obstáculos de mercado de cara al acceso a las mejores posiciones ocupacionales. De crucial importancia resultó ser la intermediación de las instituciones educativas superiores de élite en materia de intermediación laboral, ya que funciona como un mecanismo que ensancha las oportunidades de las y los jóvenes que se graduaron en esas instituciones para acceder a trabajos de mayor calidad, mejor remuneración y que ofrecen posibilidades para el desarrollo de una carrera profesional promisoría. No fueron menos importantes las diferencias entre los merca-

dos de trabajo locales, aquellos con mayor participación en los procesos de globalización económica, más poder de atracción de inversión pública o privada y mayor dinamismo económico, exhiben una estructura de oportunidades más favorable para la incorporación de las y los jóvenes al mundo del trabajo.

En sentido contrario, las ventajas de un origen social afluente pueden comprometerse debido a las elecciones críticas de los individuos, tanto como por factores contextuales adversos. En el primer caso, destaca la realización de una carrera profesional en un área de especialización devaluada por los mercados de trabajo o, en el caso de las mujeres jóvenes, la subordinación de la trayectoria ocupacional al ejercicio de roles tradicionales de género, lo que compromete su inserción y carrera profesional al privilegiar las tareas ligadas al quehacer doméstico y a la procreación.

Los factores más críticos parecen ligarse con elementos contextuales allende la capacidad de gestión de los núcleos familiares y de los individuos. Nos referimos, en concreto, a la estructura productiva local, al balance de poder entre trabajadores y empleadores, a la capacidad de regulación de las instituciones de trabajo y al grado de generalización de la flexibilidad laboral, que pueden llegar a afectar incluso la trayectoria ocupacional de las y los jóvenes profesionistas más afluentes. Cuando esto acontece, las familias deben redoblar sus esfuerzos para evitar que sus hijos e hijas queden atrapados en dinámicas de precarización del empleo y pongan en peligro la reproducción social de su posición social. Quienes están privados de este tipo de recursos tendrán menos posibilidades de acceder a un buen trabajo y a una trayectoria ocupacional prometedora. Esto nos recuerda de nueva cuenta que los mercados de trabajo están inmersos en un entramado de redes e instituciones sociales que orientan, diferencialmente, la asignación de los individuos a las distintas posiciones ocupacionales existentes.

EL TRABAJO INDEPENDIENTE: ASPIRACIÓN COMÚN, RACIONALIDADES CONTRAPUESTAS

Hemos subrayado la tendencia de los diferentes contingentes juveniles entrevistados, con independencia de su edad, sexo, estrato social y posición ocupacional, a valorar como un rasgo muy positivo la autonomía. Ésta se expresa como el proyecto, ambición o anhelo de lograr un trabajo independiente, no sujeto a ningún tipo de relación de subordinación, inflexibilidad horaria y alejado de la figura del patrón. De hecho, para muchos, la aspiración principal, y buena parte de sus energías vitales, se sitúan en torno a la necesidad de emprender un negocio por cuenta propia. Esta esperanza deja entrever elementos comunes, al tiempo que oculta las diferencias en cuanto al significado atribuido al trabajo independiente.

En cuanto a los elementos comunes, tres son los rasgos más destacados. Se deja vislumbrar, en la importancia conferida al trabajo por cuenta propia, el influjo de la ideología de la época, inspirada en creencias fundadas en el libre mercado, exaltación del individualismo, enaltecimiento del emprendedurismo y glorificación del riesgo entre quienes están iniciando su participación económica. Los relatos de vida examinados muestran el fuerte influjo que estas ideas ejercen sobre los imaginarios de los jóvenes. Adicionalmente, su experiencia de involucramiento en un mercado de trabajo con alto grado de desregulación y de tolerancia a los abusos patronales los ha orillado a desarrollar estrategias individuales para gestionar sus trayectorias ocupacionales. Esto ha reforzado la confianza que depositan en la agencia individual para desenvolverse en este campo.

No obstante, detrás de la apelación al sueño del “negocio propio” subyacen racionalidades contrastantes entre las personas consideradas en este estudio. Entre los contingentes más carenciados, el trabajo por cuenta propia representa el valor del autoempleo como vía de resistencia frente a las fuerzas de exclusión laboral que actúan en su contra. Además, constituye la posibilidad de disminuir su vulnerabilidad, ya que de lograr-

se, la seguridad económica y la continuidad en el empleo no estarían bajo la amenaza del despido y del cambio recurrente de giro ocupacional que caracteriza sus biografías. Por lo general, como hemos constatado, este grupo termina realizando enormes sacrificios, personales y familiares, para emprender actividades de generación de ingresos que rara vez logran superar la lógica de la reproducción simple, aunque en su discurso siempre se apela a la esperanza de un futuro mejor, en el que la inversión y el esfuerzo realizado redundarán en la transmutación de sus actividades en negocios prósperos.

Entre los grupos de calificación intermedia, representa el sueño del trabajo autónomo del trabajador calificado. La posibilidad de liberarse de principios burocráticos y disposiciones autoritarias que coartan tanto sus posibilidades de desarrollo ocupacional como su libertad para organizar el tiempo de trabajo según sus prioridades de vida. No menos importante es la idea de que su esfuerzo no está remunerado apropiadamente y no lo estará en tanto no sean ellos quienes controlen el fruto de su trabajo. Una mejor retribución, en estos casos, sólo tendrá lugar cuando puedan establecerse como dueños de sus propios negocios; piensan lo mismo respecto a la ansiada flexibilidad horaria que les permita conciliar trabajo y vida social. Carentes de capital para impulsar estos proyectos, el avance hacia el negocio propio es lento; planean estrategias, gestionan apoyos, realizan pequeñas inversiones. Calculan el riesgo y son precavidos. No pueden jugarse la vida en una apuesta apresurada. Mientras tanto, continúan laborando como asalariados, a la espera del momento indicado para concretar sus diversos proyectos de independencia económica.

Por su parte, entre el grupo de las y los jóvenes más afluentes, las justificaciones del trabajo profesional independiente adquieren un matiz adicional. No sólo se trata de ganar autonomía respecto a los empleadores, tener mayor flexibilidad horaria, recibir una mejor retribución por su trabajo o desarrollar a plenitud sus competencias laborales. Entre ellos lo fundamental es emprender negocios de alta rentabilidad. Se confía en que

favorecerán procesos de acumulación dinámica y el éxito profesional que tanto anhelan y que su medio social los estimula a conquistar. Se conciben a sí mismos como la generación de reemplazo de los empresarios “senior”; su escala de prioridades se ajusta con esa autopercepción. No dudan en movilizar los recursos disponibles en su entorno social para dar viabilidad a sus emprendimientos, conscientes de que un eventual fracaso no pondrá en riesgo su bienestar personal ni mucho menos el familiar. Saben que su estilo de vida está garantizado por sus familias y, al menos por ahora, no depende del éxito o fracaso de sus emprendimientos empresariales.

A MANERA DE CIERRE

Finalmente, llegamos a la conclusión de que la posición social de la familia de origen, la localización territorial, la condición étnica, el género, los soportes sociales, el tipo de agencia, las características de los mercados de trabajo locales y la modalidad de incorporación laboral, al imbricarse y reforzarse mutuamente, continúan ejerciendo gran influencia en la orientación del trayecto biográfico y en el margen de maniobra que las personas tienen para *salir adelante en la vida*. El penetrante influjo que estos elementos tienen sobre las y los jóvenes deriva de su tendencia a configurar constelaciones dinámicas de ventajas o desventajas sociales que, una vez constituidas, se resisten a los intentos de transformación que protagonizan los agentes sociales. Cuando estas configuraciones sociales tienen lugar en una sociedad caracterizada por un patrón distributivo regresivo y excluyente, tanto como por una economía inmersa en procesos de globalización económica, liberalización económica y flexibilización laboral, se terminan forjando las condiciones ideales para la reproducción ampliada de las desigualdades presentes en el futuro próximo.

BIBLIOGRAFÍA

- Andres, L. y Wyn, J. (2010). *The Making of a Generation: The Children of the 1970s in Adulthood*. Toronto: University of Toronto Press.
- Anger, S. y Schnitzlein, D. (2017). Cognitive Skills, Non-Cognitive Skills and Family Background: Evidence from Sibling Correlations. *Journal of Population Economics*, 30 (2): 591-620.
- Araujo, N. (2016). Trabalho intermediado, percursos instáveis e sociabilidade juvenil. *Linhas Críticas*, 22 (47): 15-40.
- Araujo, N. *et al.* (2012). Trajetórias, atributos e relações. Representações sobre redes e obtenção de trabalho. *Redes*, 22 (1): 106-145.
- Araujo, N., Alves de Brito, M. y Da Silva, P. (2010). O acesso a oportunidades de trabalho no Brasil: Uma comparação inter-metropolitana sobre os mecanismos de circulação da informação ocupacional e a reprodução da desigualdade. Série Textos para Discussão, núm. 9, Centro de Estudos da Metrópole.
- Araujo, N., Marteleto, L. y Alves de Brito, M. (2018). *The School-to-Work Transition in Brazil: Patterns and Determinants of Young People Trajectories*. Brasília: OIT (Serie School to Work Transition Survey).

- Archer, M. (2001). *Being Human. The Problem of Agency*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Archer, M. (2003). *Structure, Agency and the Internal Conversation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer, M. (2007). *Making Our Way through the World: Human Reflexivity and Social Mobility*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ariza, M. (2006). Mercados de trabajos urbanos y desigualdad de género en México a principios del siglo XXI. En E. de la Garza y C. Salas (coords). *La situación del trabajo en México*. (pp. 377-411). México: UAM.
- Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) (2003). *Mercado laboral de profesionistas en México*. México: ANUIES.
- Assis, S. G. de (1999). *Traçando caminhos em uma sociedade violenta: A vida de jovens infratores e de seus irmãos não-infratores*. Río de Janeiro: Editora Fiocruz/Unesco.
- Bäckman, O. y Nilsson, A. (2011). Pathways to Social Exclusion-A Life-Course Study. *European Sociological Review*, 27 (1): 107-123.
- Balán, J., Angell, R. y Nasn, J. (1974). *Las historias de vida en ciencias sociales: teoría y técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bandura, A. (2001). Social Cognitive Theory: An Agentic Perspective. *Annual Review of Psychology*, 52, 1-26.
- Barba, C. (2004). *Régimen de bienestar y reforma social en México*. Santiago: Cepal (Serie Políticas Sociales, 92).
- Barg, K. (2015). Educational Choice and Cultural Capital: Examining Social Stratification within and Institutionalized Dialogue between Family and School. *Sociology*, 49 (6): 1113-1132.
- Barrett, C. y Edgerton, J. (2016). Parentocracy Revisited: Still a Relevant Concept for Understanding Middle Class Educational Advantage? *Interchange*, 47, 189-210.
- Bayón, M. C. (2009). Oportunidades desiguales, desventajas heredadas. Las dimensiones subjetivas de la privación en México. *Espiral*, 15 (44): 163-192.

- Becoña, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11 (3): 125-146.
- Bensusán, G. (2007). La subcontratación laboral y sus consecuencias: ¿problemas de diseño institucional o de implementación? En A. Bouzas (coord.), *Propuestas para una reforma laboral democrática* (pp. 131-147). México: UNAM.
- Bensusán, G. (2013). *Reforma laboral, desarrollo incluyente e igualdad en México*. México: Cepal (Serie Estudios y Perspectivas, 143).
- Berger, R. (2008). Agency, Structure and the Transition to Disability: A Case Study with Implications for Life History Research. *The Sociological Quarterly*, 49 (2): 309-333.
- Bertaux, D. (1993). Los relatos de vida en el análisis social. En J. Aceves (comp.), *Historia oral* (pp. 136-148). México: Instituto Mora/UAM.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5 (8): 5-31.
- Blanpain, R. y Graham, R. (eds.) (2004). *Temporary Agency Work and the Information Society. International Conference on Temporary Agency Work and the Information Society*. The Hague/Londres: Kluwer Law International.
- Blossfeld, H. (ed.) (2008). *Young Workers, Globalization and the Labor Market: Comparing Early Working Life in Eleven Countries*. Northampton: Edward Elgar.
- Bolívar, A. (2012). Metodología de la investigación biográfico-narrativa: recogida y análisis de datos. En M. C. Passeggi y M. H. Abrahão (eds.), *Dimensões epistemológicas e metodológicas da investigação (auto)biográfica*, tomo 11 (pp. 79-102). Porto Alegre: Editora da PUCRS.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. (1995). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Fontamara.
- Bowles, S., Durlauf, S. y Hoff, K. (eds.) (2006). *Poverty Traps*. Nueva York: Russell Sage Foundation/Princeton University Press.

- Brenneman, R. (2014). Wrestling the Devil. Conversion and Exit from Central American Gans. *Latin American Research Review*, 49 (special issue): 112-128.
- Brown, P. (1990). The 'Third Wave': Education and the Ideology of Parentocracy. *British Journal of Sociology of Education*, 11 (1): 65-85.
- Brown, P. (1995). Cultural Capital and Social Exclusion: Some Observations on Recent Trends in Education, Employment and the Labor Market. *Work, Employment & Society*, 9 (1): 29-51.
- Brunello, G. y Schlotter, M. (2011). Non Cognitive Skills and Personality Traits: Labour Market Relevance and their Development in Education & Training Systems. IZA. Discussion Paper Series No. 5743.
- Burgos, B. (2008). Sobreeducación y desfase de conocimientos en el mercado laboral de profesionistas. *Revista de la Educación Superior*, 37 (148): 57-68.
- Burgos, B. y López, K. (2010). La situación del mercado laboral de profesionistas. *Revista de la Educación Superior*, 34 (156): 19-33.
- Busser, E y Orsatti, A. (2013). Marco general y resultados de los estudios para América Latina y el Caribe. En A. Orsatti (ed.), *Tercerización mediante agencias de trabajo temporal en América Latina* (pp. 16-41). São Paulo: CSA-CSI, GTAS.
- Bustos, A. y Leyva, G. (2016). Hacia una estimación más realista de la distribución del ingreso en México. *Este País*, 26 de junio, <<http://bit.ly/2wXx7g9>> (consultado el 21 de agosto de 2017).
- Bynner, J. (2001). Childhood Risks and Protective Factors in Social Exclusion. *Children and Society*, 15 (5): 285-301.
- Campos, R., Chávez, E. y Esquivel, G. (2014). *Los ingresos altos, la tributación óptima y la recaudación posible*. México: Centro de Estudios de las Finanzas Públicas, Cámara de Diputados.
- Carlson, S., Gerhards, J. y Hans, S. (2017). Educating Children in Times of Globalization: Class-Specific Child-Rearing Practices and the Acquisition of Transnational Cultural Capital. *Sociology*, 51 (4): 749-765.

- Carnoy, M. (2004). Las TIC en la enseñanza: posibilidades y retos. En Lección inaugural del curso académico 2004-2005 de la UOC. Barcelona: UOC, <<http://www.uoc.edu/inaugural04/dt/esp/carnoy1004.pdf>> (consultado el 20 de septiembre de 2019).
- Carrillo, J. (1990). *Reestructuración industrial: maquiladoras en la frontera México-Estados Unidos*. México: Conaculta.
- Casal, J. (1996). Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración. *REIS*, (75): 295-316.
- Casal, J. et al. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers*, 79, 21-48.
- Casalet, M. (1994). La formación profesional y técnica en México. *Comercio Exterior*, 44 (8): 725-733.
- Casillas, M., Ortega, J. y Ortiz, V. (2015). El circuito de educación precaria en México: una imagen del 2010. *Revista de la Educación Superior*, 44 (173): 47-83.
- Casique, I. y Castro, R. (2012). Análisis comparativo de prevalencia de las violencias de pareja, y principales variables asociadas. En I. Casique y R. Castro (coords.), *Retratos de la violencia contra las mujeres en México. Análisis de resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2011* (pp. 144-213). México: Inmujeres (Cuadernos de Trabajo 35).
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castillo, D. (2008). *Precarización del empleo urbano asalariado privado en Panamá. Determinantes sociodemográficos y socio-laborales*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México-CEDUA.
- Chant, S. (2003). Nuevas contribuciones al análisis de la pobreza. Desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género. Santiago: Cepal (Serie Mujer y Desarrollo, 47).

- Chaparro, S. (2016). Fresas, nacos y lo que le sigue: Towards and Sketch of Two Mexican Emblematic Models of Personhood. *Working Papers in Educational Linguistics*, 31 (1): 43-68.
- Chaves, M., Fuentes, S. y Vecino, L. (2016). *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Chin, T. y Phillips, M. (2004). Social Reproduction and Child-Rearing Practices: Social Class, Children's Agency, and the Summer Activity Gap. *Sociology of Education*, 77, 185-2010.
- Coneus, K., Gernandt, J. y Saam, M. (2010). Noncognitive Skills, School Achievements and Educational Dropout (Revised Version). SOEP papers on Multidisciplinary Panel Data Research, No 311. Berlín: Deutsches Institut für Wirtschaftsforschung.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2018). Medición de la pobreza 2008-2018. Pobreza 2018. Bases de datos, <<https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza-2018.aspx>>.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2012). *Índice de intensidad migratoria México-Estados Unidos 2010*. México: Conapo, <http://www.conapo.gob.mx/swb/CONAPO/Indices_de_intensidad_migratoria_Mexico-Estados_Unidos_2010>.
- Contreras, O. (2000). *Empresas globales, actores locales: producción flexible y aprendizaje industrial en las maquiladoras*. México: El Colegio de México.
- Cortés, F. y Rubalcava, R. (1991). *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento: la distribución del ingreso familiar en México, 1977-1984*. México: El Colegio de México.
- Dannefer, D. (1987). Aging as Intracohort Differentiation: Accentuation, the Matthew Effect, and the Life Course. *Sociological Forum*, 2 (2): 211-236.
- Dannefer, D. (2003). Cumulative Advantage/Disadvantage and the Life Course: Cross-Fertilizing Age and Social Science Theory. *Journal of Gerontology. Serie B: Social Sciences*, 58 (6): 327-337.

- De Barbieri, T. (2003). *Género en el trabajo parlamentario: la legislación mexicana a fines del siglo xx*. Buenos Aires: Clacso.
- De Buen, N. (2000). *Derechos del trabajador de confianza*. México: Cámara de Diputados-LVIII Legislatura/UNAM.
- De Garay, A. y Del Valle, G. (2012). Una mirada a la presencia de las mujeres en la educación superior en México. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 3 (6): 3-30.
- De Ibarrola, M. (2009). El incremento de la escolaridad de la PEA en México y los efectos sobre su situación laboral y sus ingresos, 1992-2004. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 11 (2): 1-9.
- De Ibarrola, M. (2016). Claroscuros en las relaciones entre la escolaridad y el trabajo. Configuraciones y límites. *Páginas de Educación*, 9 (2): 1-33.
- De la Calle, L. y Rubio, L. (2010). *Clasemediero. Pobre no más, desarrollado aún no*. México: CIDAC.
- De la Garza, E. (1990). Reconversión industrial y cambios en el patrón de relaciones labores en México. En A. Anguiano (comp.), *La modernización de México* (pp. 315-362). México: UAM-Xochimilco.
- De la Garza, E. (2002). La flexibilidad del trabajo en México (una nueva síntesis). En B. García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo xxi*. México: El Colegio de México.
- De la Garza, E. y Bouzas, A. (1998). Flexibilidad del trabajo y contratación colectiva en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 60 (3): 87-122.
- De la O, M. (2001). Hacia un nuevo modelo de organización del trabajo: ¿cambio radical o moda pasada? *Estudios Sociológicos*, 19 (55): 101-128.
- De la O, M. y Flores, A. L. (2012). Violencia, jóvenes y vulnerabilidad en la frontera noreste de México. *Desacatos*, 38, 11-28.
- De la O, M. y Medina, N. (2008). La precariedad como trayectoria laboral. Las mujeres de la industria maquiladora en México. *Carta Económica Regional*, 100, 49-74.
- De Vries, W. y Navarro, Y. (2011). ¿Profesionistas del futuro o futuros taxistas? Los egresados universitarios y el mercado

- laboral en México. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 2 (4): 3-27.
- De Vries, W., Vázquez, R. y Ríos, D. (2013). Millonarios o malparados: ¿de qué depende el éxito de los egresados universitarios? *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 4 (9): 3-20.
- Del Castillo, M. (2015). *La magnitud de la desigualdad en el ingreso y la riqueza en México: una propuesta de cálculo*. México: Cepal (Serie Estudios y Perspectivas, 167).
- Del Monte, J. (2018). *El vórtice de la precarización. El proceso de indigencia en una ciudad fronteriza del norte de México*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México-CES.
- Delajara, M. et al. (2018). *El México del 2018. Movilidad social para el bienestar*. México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Devine, F. (2004). *Class Practices. How Parents Help their Children Get Good Jobs*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dias, L. y Campos, E. (2008). *Três famílias: identidades e trajetórias transgeracionais nas classes populares*. Río de Janeiro: FGV.
- Díaz, E. y Ramírez, J. (2017). Gasto catastrófico en salud, transferencias gubernamentales y remesas en México. *Papeles de Población*, 23 (91): 65-91.
- Diccionario del Español de México (DEM)* (2020). México: El Colegio de México, <<http://dem.colmex.mx>> (consultado el 4 de marzo de 2020).
- DiMaggio, P. y Garip, F. (2012). Network Effects and Social Inequality. *Annual Review of Sociology*, 38: 93-118.
- DiPrete, T. y Eirich, G. M. (2006). Cumulative Advantage as a Mechanism for Inequality: A Review of Theoretical and Empirical Developments. *Annual Review of Sociology*, 32: 271-297.
- Domínguez, A. et al. (2017). Investigación sobre las oportunidades de empleo para los profesionistas recién egresados utilizando bsc. *Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo*, 8 (15): 116-134.
- Dornan, P. y Woodhead, M. (2015). How Inequalities Develop through Childhood: Life Course Evidence from the Young

- Lives Cohort Study. Innocenti Discussion Paper no 2015-01. Florencia: Unicef Office of Research.
- Du Bois-Reymond, M. (1998). I don't Want to Commit Myself Yet. Young People's Life Concepts. *Journal of Youth Studies*, 1 (1): 63-79.
- Dubet, F. (2011). *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Duncan, G. y Brooks-Gunn, J. (eds.) (1997). *Consequences of Growing Up Poor*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Echarri, C. y Pérez, J. (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 22 (1): 43-77.
- Elder, G. (1985). *Life Course Dynamics: Trajectories and Transitions, 1968-1980*. Ithaca: Cornell University Press.
- Elder, G. (1991). Lives and Social Change. En W. Heinz (ed.), *Theoretical Advances in Life Course Research. Status Passages and the Life Course*, vol. 1. Weinheim: Deutscher Studien.
- Elder, G. (1994). Time, Human Agency and Social Change: Perspectives on the Life Course. *Social Psychology Quarterly*, 57 (1): 4-15.
- Elder, G. (2002). Historical Times and Lives: A Journey through Time and Space. En E. Phelps, F. F. Furstenberg y A. Colby (eds.), *Looking at Lives: American Longitudinal Studies of the 20th Century* (pp. 194-218). Nueva York: Russel Sage Foundation.
- Elder, G., Johnson, M. y Crosnoe, R. (2003). The Emergence and Development of Life Course Theory. En J. T. Mortimer y M. J. Shanahan (eds.), *Handbook of the Life Course* (pp. 3-19). Nueva York: Kluwer.
- Emirbayer, M. y Mische, A. (1998). What is Agency? *American Journal of Sociology*, 103 (4): 962-1023.
- Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) (2018). México: Inegi.
- Encuesta Nacional de Juventud (Enjuve) (2010). México: Imjuve.
- Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) (2017). México: Inegi.

- Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) (2019). México, Inegi.
- Espíndola, F. (2013). *Grietas en el tejido social: experiencias biográficas de jóvenes montevideanos desde los “lugares” del espacio social*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México-CES.
- Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del Estado de bienestar*. Valencia: Ediciones Alfons El Magnànim.
- Esping-Andersen, G. (2004). Unequal Opportunities and the Mechanisms of Social Inheritance. En M. Corak (ed.), *Generational Income Mobility in North America and Europe* (pp. 289-314). Cambridge: Cambridge University Press.
- Esping-Andersen, G. (2005). Inequality Incomes and Opportunities. En A. Giddens y P. Diamond (eds.), *The New Egalitarianism* (pp. 8-39). Cambridge: Polity Press.
- Esping-Andersen, G. (2009). *The Incomplete Revolution: Adapting Welfare States to Women’s New Roles*. Oxford: Polity Press.
- Esquivel, G. (2015). *Desigualdad extrema en México. Concentración del poder económico y político*. México: Oxfam.
- Estrada, M. (2016). *El pueblo ensaya la revolución: la APPO y el sistema de dominación oaxaqueño*. México: El Colegio de México.
- Estrada, R. (2007). *Ingreso laboral de profesionistas en México por área de conocimiento, 1988-2007*. México: CIDAC.
- Estrada, R. (2011). *Profesionistas en vilo. ¿Es la universidad una buena inversión?* México: CIDAC.
- Evans, K. (2002). Taking Control of their Lives? Agency in Young Adult Transitions in England and the New Germany. *Journal of Youth Studies*, 5 (3): 245-271.
- Evans, K. (2007). Concepts of Bounded Agency in Education, Work and the Personal Lives of Young Adults. *International Journal of Psychology*, 42 (2): 85-93.
- Evans, K., Schoon, I. y Weale, M. (2010). *Life Chances, Learning and the Dynamics of Risk throughout the Life Course*. Londres: Centre for Learning and Life Chances in Knowledge Economies and Societies.

- Fergus, S. y Zimmerman, M. (2005). Adolescent Resilience: A Framework for Understanding Healthy Development in the Face of Risk. *Annual Review of Public Health*, 26 (1): 399-419.
- Fergusson, D. y Lynskey, M. (1996). Adolescent Resiliency to Family Adversity. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 37 (3): 281-292.
- Ferraro, K. (2001). Aging and Role Transitions. En R. H. Binstock y L. K. George (eds.), *Handbook of Aging and the Social Sciences* (pp. 313-330). Nueva York: Academic Press.
- Ferraro, K. y Kelley-Moore, J. (2003). Cumulative Disadvantage and Health: Long-Term Consequences of Obesity? *American Sociological Review*, 68 (5): 707-729.
- Ferraro, K. y Shippee, T. P. (2009). Aging and Cumulative Inequality: How Does Inequality Get Under the Skin? *The Gerontologist*, 49 (3): 333-343.
- Ferraro, K., Shippee, T. P. y Schafer, M. (2009). Cumulative Inequality Theory for Research on Aging and the Life Course. En V. L. Bengtson, D. Gans, N. M. Putney y M. Silverstein. (eds.), *Handbook of Theories of Aging* (pp. 413-434). Nueva York: Springer.
- Furlong, A. et al. (2003). *Youth Transitions: Patterns of Vulnerability and Processes of Social Inclusion*. Edinburgo: Scottish Executive Social Research.
- Furlong, A., Cartmel, F. y Biggart, A. (2006). Choice Biographies and Transitional Linearity: Re-conceptualising Modern Youth Transitions. *Papers*, 79, 225-239.
- Furstenberg, F. F. (2006). Diverging Development: The Not-So-Invisible Hand of Social Class in the United States. Documento presentado en Biennial Meeting of the Society for Research on Adolescence. San Francisco, March 23-26.
- Furstenberg, F. F. (2008). The Intersections of Social Class and the Transition to Adulthood. En J. T. Mortimer (ed.), *Social Class and Transitions to Adulthood* (pp. 1-10). San Francisco: Jossey-Bass (New Directions for Child and Adolescent Development, 119).

- García, B. (2009). Los mercados de trabajo urbanos de México a principios del siglo XXI. *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (1): 5-46.
- García, B. (2010). Inestabilidad laboral en México: el caso de los contratos de trabajo. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 25 (1, 73): 73-101.
- García, B. y Oliveira, O. de (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- García, B. y Oliveira, O. de (2006). *Familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. México: El Colegio de México.
- García, E. y Weiss, E. (2017). Education Inequalities at the School Starting Gate. Gaps, Trends, and Strategies to Address Them. Washington, D.C.: Economic Policy Institute.
- Garmezy, N. (1985). Stress-Resistant Children: The Search for Protective Factors. En J. E. Stevenson (ed.), *Recent Research in Developmental Psychopathology: Journal of Child Psychology and Psychiatry Book Supplement*, No. 4 (pp. 213-233). Oxford: Pergamon.
- Garmezy, N. (1993). Children in Poverty: Resilience Despite Risk. *Psychiatry*, 56, 127-136.
- Garmezy, N. A. y Masten, A. (1994). Chronic Adversities. En M. Rutter, E. Taylor y L. Hersov (eds.), *Child and Adolescent Psychiatry Modern Approaches* (pp. 191-207). Oxford: Blackwell Scientific.
- Garza, G. (coord.) (2006). *La organización espacial del sector servicios en México*. México: El Colegio de México.
- Garza, G. y Cruz, F. (2014). Configuración microespacial de la industria en la Ciudad de México a inicios del siglo XXI. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 29 (1): 10-52.
- Gerson, K. (2010). *The Unfinished Revolution: How a New Generation is Reshaping Family, World and Gender in America*. Nueva York: Oxford University Press.
- Giddens, A. (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Gil Antón, M. *et al.* (2009). *Cobertura de la educación superior en México. Tendencias, retos y perspectivas*. México: ANUIES.
- Gilbert, D. (2007). *Mexico's Middle Class in the Neoliberal Era*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Gómez, D., Huesca, L. y Horbath, J. (2017). Estudio de la segregación ocupacional por razón de género en el sector turístico de México. *El Periplo Sustentable*, (33): 159-191.
- Gómez, E. (2008). Adolescencia y familia: revisión de la relación y la comunicación como factores de riesgo o protección. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 10 (2): 105-122.
- González, J. (2019). *La subcontratación laboral en el marco de la nueva legislación del trabajo*. México: Cámara de Diputados-LXIV Legislatura/CESOP.
- González de la Rocha, M. (1999). *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: CIESAS/Plaza y Valdés.
- González de la Rocha, M. (2006). Vanishing Assets: Cumulative Disadvantage among the Urban Poor. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 606 (1): 68-94.
- González de la Rocha, M. (2020). Poverty and Resilience in Mexico. *Oxford Research Encyclopedias: Anthropology*. Oxford University Press, <<https://oxfordre.com/anthropology/view/10.1093/acrefore/9780190854584.001.0001/acrefore-9780190854584-e-214>>.
- González de la Rocha, M. y Villagómez, P. (2006). Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y aislamiento social. En G. Saraví (ed.), *De la pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina* (pp. 137-166). Buenos Aires: CIESAS/Prometeo.
- González, M. y Mojarro, M. (2011). De la victimización a la agencia. Denuncia de violencia conyugal por mujeres en ocho regiones indígenas de México. En A. M. Tepichin (coord.), *Género en contextos de pobreza* (pp. 11-34). México: El Colegio de México.

- Gorman, T. (1988). Social Class and Parental Attitudes Toward Education. Resistance and Conformity to Schooling in the Family. *Journal of Contemporary Ethnography*, 27 (1): 10-44.
- Gorman, T. (2017). *Growing Up Working Class*. Nueva York: Palgrave/MacMillan.
- Granovetter, M. (1974). *Getting a Job. A Study of Contacts and Careers*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hannon, L. (2003). Poverty, Delinquency, and Educational Attainment: Cumulative Disadvantage or Disadvantage Saturation? *Sociological Inquiry*, 73 (4): 575-594.
- Hareven, T. y Masaoka, K. (1988). Turning Points and Transitions: Perceptions of the Life Course. *Journal of Family History*, 13 (1): 271-289.
- Hatch, S. (2005). Conceptualizing and Identifying Cumulative Adversity and Protective Resources: Implications for Understanding Health Inequalities. *The Journals of Gerontology: Series B*, 60 (Issue special 2): 130-134.
- Haveman, R. y Wolfe, B. (1995). The Determinants of Children's Attainment: A Review of Methods and Findings. *Journal of Economic Literature*, 33 (4): 1829-1878.
- Hernández Laos, E. (2003). Panorama del mercado laboral de profesionistas en México. México: ANUIES.
- Hernández Laos, E. (2004). Panorama del mercado laboral de profesionistas en México. *Economía UNAM*, 1 (2): 98-109.
- Hernández Laos, E. (coord.) (2012). *Mercado laboral de profesionistas en México: diagnóstico (2000-2009) y prospectiva (2010-2020)*. Informe final. México: ANUIES.
- Hitlin, S. y Johnson, M. (2015). Reconceptualizing Agency Within the Life Course: The Power of Looking Ahead. *American Journal of Sociology*, 120 (5): 1429-1472.
- Holland, J. y Thomson, R. (2009). Gaining Perspective on Choice and Fate. Revisiting Critical Moments. *European Societies*, 11 (3): 451-469.
- Howard, S., Dryden, J. y Johnson, B. (1999). Childhood Resilience: Review and Critique of Literature. *Oxford Review of Education*, 25 (3): 307-323.

- Instituto Mexicano para la Competitividad (Imco) (2017). *Compara carreras 2017: Boletín de prensa* (agosto), <<https://imco.org.mx/compara-carreras-2017/>>.
- Instituto Mexicano para la Competitividad (Imco) (2019). *Compara carreras 2019: Boletín de prensa* (abril), <<https://imco.org.mx/compara-carreras-2019/>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2013). Sistema de Cuentas Nacionales de México. Información de Interés Nacional, <<https://www.inegi.org.mx/datos/>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2015). Encuesta Intercensal 2015. México: Inegi, <<https://www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2017). Censo Nacional de Gobierno Federal 2017, <<https://www.inegi.org.mx/programas/cngf/2017/>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018). Comunicado de Prensa Núm. 644/18, Producto Interno Bruto por Entidad Federativa 2017, 10 de diciembre, <<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/OtrTemEcon/PIBEntFed2017.pdf>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2019). Comunicado de Prensa Núm. 384/19, El Inegi da a conocer los resultados de la ENIGH (2018), 31 de julio, <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2019/EstSociodemo/enigh2019_07.pdf>.
- Instituto Nacional de Evaluación de la Educación (INEE) (2018). *Panorama educativo de la población indígena y afrodescendiente 2017*. México: INEE/Unicef, <https://www.unicef.org/mexico/media/936/file/PEPIA_2017.pdf>.
- Instituto Nacional de las Mujeres (Inamu) (2003). *Informe para la OIT. Área Gestión de Políticas para la Equidad*. San José: Inamu.
- Instituto Politécnico Nacional (IPN) (2014). *Estudio de competitividad turística del destino Oaxaca de Juárez*. Oaxaca: IPN-Centro de Educación Continua Unidad Oaxaca/Sectur/Gobierno de Oaxaca, <<http://www.sectur.gob.mx/wp-content/uploads/2015/02/PDF-Oaxaca.pdf>>.

- Jarness, V. (2017). Cultural vs Economic Capital: Symbolic Boundaries within the Middle Class. *Sociology*, 51 (2): 357-353.
- Jelin, E. (1976). El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el uso de historias de vida a partir de la experiencia de Monterrey. *Estudios Sociales núm. 1* (Trabajo preparado para el “Seminario teórico-metodológico sobre las investigaciones de población, con especial referencia a las encuestas”).
- Jelin, E. (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. México: FCE (Colección Popular, 554).
- Jelin, E., Llovet, J. J. y Ramos, S. (1986). Un estilo de trabajo: la investigación microsocia. En R. Corona et al., *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*. México: PISPAL-El Colegio de México.
- Jessor, R. (1993). Successful Adolescent Development among Youth in High-Risks Settings. *American Psychologist*, 48 (2): 117-126.
- Jiménez, M. L. y Boso, R. (coords.) (2012). *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*, Cuernavaca: CRIM-UNAM.
- Juárez, F., Quilodrán, J. y Zavala, M. (1989). De la fecundidad natural a una controlada: México, 1950-1980. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 4 (1): 5-41.
- Kaufman, P. (2005). Middle-Class Social Reproduction: The Activation and Negotiation of Structural Advantages. *Sociological Forum*, 20 (2): 245-270.
- Kaztman, R. (2001). Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de la Cepal*, (75): 171-189.
- Kessler, G. (2010). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Khan, S. y Jerolmack, C. (2013). Saying Meritocracy and Doing Privilege. *The Sociological Quarterly*, 54, 9-19.
- Kleinman, M. (1998). Include Me Out? The New Politics of Place and Poverty. Centre for the Analysis of Social Exclusion. CASE Paper 11: London School of Economics.
- Kobasa, S. C. (1979). Personality and Resistance to Illness. *American Journal of Community Psychology*, 7, 413-423.

- Kohli, M. (1988). Aging as Challenge for Sociological Theory. *Aging and Society*, 8 (4): 367-394.
- Kornblit, A. L. (2004). Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas. En A. L. Kornblit (coord.), *Metodologías cualitativas en ciencias sociales: modelos y procedimientos de análisis* (pp. 15-33). Buenos Aires: Biblos.
- Korpi, W., Ferrarini, T. y Englund, S. (2013). Women's Opportunities Under Different Family Policy Constellations: Gender, Class, and Inequality Tradeoffs in Western Countries Re-examined. *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, 20 (1): 1-40.
- Lareau, A. (1987). Social Class Differences in Family-School Relations. The Importance of Cultural Capital. *Sociology of Education*, 60 (2): 73-85.
- Lareau, A. (2000). Social Class and the Daily Lives of Children: A Study from the United States. *Childhood: A Global Journal of Child Research*, 7 (2): 155-171.
- Lareau, A. (2002). Invisible Inequality: Social Class and Child-rearing in Black Families and White Families. *American Sociological Review*, 67 (5): 747-776.
- Lareau, A. (2015). Cultural Knowledge and Social Inequality. *American Sociological Review*, 80 (1): 1-27.
- Layte, R. y Whelan, C. T. (2002). Cumulative Disadvantage or Individualisation? A Comparative Analysis of Poverty Risk and Incidence. *European Societies*, 4 (2): 209-233.
- Legorreta, C. y Ramos, I. (2016). Autoridad, poder y dominación en el ocaso de las haciendas de Ocosingo, Chiapas. *Revista Mexicana de Sociología*, 78 (1): 33-59.
- Leisering, L. y Leibfried, S. (1999). *Time and Poverty in Western Welfare States: United Germany in Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lin, N. (2000). Inequality in Social Capital. *Contemporary Sociology*, 29 (6): 785-795.
- Lin, N., Ensel, W. y Vaughn, J. (1981). Social Resources and Strength of Ties: Structural Factors in Occupational Status Attainment. *American Sociological Review*, 46 (4), 393-405.

- Linhart, D. (2013). La emergencia de una “precariedad subjetiva” en los asalariados estables. En B. Tejerina, B. Cavia, S. Fortino y J. Calderón (eds.), *Crisis y precariedad vital. Trabajo, prácticas sociales y modos de vida en Francia y España* (pp. 67-84). Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Lomnitz, L. y Pérez, M. (1993). *Una familia de la élite mexicana: parentesco, clase y cultura 1820-1980*. México: Alianza.
- Longo, M. (2011). Heterogeneidad de trayectorias laborales y temporalidades juveniles. *Cuestiones de Sociología*, (7): 54-77.
- Loomis, C. (2005). Understanding and Experiencing Class Privilege. En S. Anderson y V. Middleton (eds.), *Explorations in Privilege, Oppression and Diversity* (pp. 31-39). Belmont: Thomson & Brooks/Cole.
- López, N. (2007). *Equidad educativa y desigualdad social: desafíos de la educación en el nuevo escenario latinoamericano*. Buenos Aires: Unesco-IIPE.
- López, N. y Tedesco, J. C. (2002). Las condiciones de educabilidad de los niños y adolescentes en América Latina. *Documento para discusión*. Buenos Aires: Unesco-IIPE.
- Lungo, I. (2017). *Nosotros, educados y emprendedores: legitimación de privilegios socioeconómicos en clases medias altas en El Salvador*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México-CES.
- Luthar, S. S. y Zelazo, L. B. (2003). Research on Resilience: An Integrative Review. En S. S. Luthar (ed.), *Resilience and Vulnerability: Adaptation in Context of Childhood Adversities* (pp. 510-549). Nueva York: Cambridge University Press.
- Luthar, S. S., Cicchetti, D. y Becker, B. (2000). The Construct of Resilience: A Critical Evaluation and Guidelines for Future Work. *Child Development*, 71 (3): 543-562.
- Machado Pais, J. (2007). *Chollos, chapuzas y changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona: Antrophos/UAM.
- Martínez, J. (2007). Regímenes del bienestar en América Latina. Documento de Trabajo 11. Madrid: Fundación Carolina-CeALCI.

- Martínez, M. (2002). *Calidad del empleo manufacturero de Monterrey en los noventa*. Tesis de maestría. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Martínez, R. (2014). Language Ideology in Mexico. The Case of *Fresa Style* in Mexican Spanish. *Texas Linguistics Forum*, 57, 86-95.
- Masten, A. S. (1994). Resilience in Individual Development: Successful Adaptation Despite Risk and Adversity. En M. C. Wang y E. W. Gordon (eds.), *Educational Resilience in Inner-city America: Challenges and Prospects* (pp. 3-25). Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Masten, A. S. y Garmezy, N. (1985). Risk, Vulnerability and Protective Factors in Developmental Psychopathology. En B. B. Lahey y A. E. Kazdin (eds.), *Advances in Clinical Child Psychology*, vol. 8 (pp. 1-52). Nueva York: Plenum Press.
- Mayer, S. E. (1997). *What Money Can't Buy: Family Income and Children's Life Chances*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mehmood, T. et al. (2019). Schumpeterian Entrepreneurship Theory: Evolution and Relevance. *Academy of Entrepreneurship Journal*, 25 (4): 1-10.
- Mendoza, J. (2018). *Subsistemas de Educación Superior. Estadística básica 2006-2017*. México: UAM-DGEI (Cuadernos de Trabajo 15).
- Mendoza, J. y García, K. (2009). Discriminación salarial por género en México. *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, 40 (156): 77-99.
- Mier y Terán, M. y Rabell, C. (2004). Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y jóvenes. En M. Coubès, M. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en México del siglo xx: una perspectiva de historias de vida* (pp. 285-329). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/Porrúa.
- Mora Salas, M. y Oliveira, O. de (2009). El desafío de la inclusión frente a las tendencias de exclusión laboral: el empleo

- precario en dos países latinoamericanos. *Revista de Sociología del Trabajo*, 66, 47-72.
- Mora Salas, M. y Oliveira, O. de (2010). Las desigualdades laborales en México: evolución, patrones y tendencias. En F. Cortés y O. de Oliveira (coords.), *Desigualdad social. Los grandes problemas de México. 5: Desigualdad social* (pp. 101-139). México: El Colegio de México.
- Muñiz, L. et al. (2013). Trayectorias laborales en Argentina: una revisión de estudios cualitativos sobre mujeres y jóvenes. *Laboratorio. Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, 25 (14): 57-79.
- Muñoz Izquierdo, C. (1998). Efectos de la escolaridad en la fuerza de trabajo. En P. Latapí (coord.), *Un siglo de educación en México*, tomo I. México: FCE.
- Muñoz Izquierdo, C. (2001). Implicaciones de la escolaridad en la calidad del empleo. En E. Pieck (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social* (pp. 155-200). México: UIA/Imjuve/Unicef/Cinterfor-OIT/RET/Conalep.
- Muñoz Izquierdo, C. (2006). Determinantes de la empleabilidad de los jóvenes universitarios y alternativas para promoverla. *Papeles de Población*, 12 (49): 75-89.
- Muñoz Izquierdo, C. y Silva, M. (2013). La educación superior particular y la distribución de oportunidades educativas en México. *Revista de la Educación Superior*, 42 (166): 81-101.
- Navarrete López, E. (1998). Algunas notas teóricas para acercarse a la mano de obra joven. *Papeles de Población*, 4 (16): 214-226.
- Navarrete López, E. (2001). *Juventud y trabajo: un reto para principios de siglo*. Toluca: El Colegio Mexiquense.
- Navarrete López, E. y Román, G. (2019). Cuando los hijos no se van. El caso de los jóvenes *canguro* en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM). *Relap. Revista Latinoamericana de Población*, 13 (25): 138-161.
- Newman, K. (1999). *Falling from Grace. Downward Mobility in the Age of Affluence*. Chicago: University of California Press.
- Nolan, B. et al. (2011). The Role of Social Institutions in Intergenerational Mobility. En T. Smeeding, R. Erikson y M. Jäntti

- (eds.), *Persistence, Privilege, and Parenting: The Comparative Study of Intergenerational Mobility* (pp. 331-367). Nueva York: Russell Sage Foundation.
- O'Rand, A. (1996). The Precious and the Precocious: Understanding Cumulative Disadvantage and Cumulative Advantage Over the Life Course. *The Gerontologist*, 36 (2): 230-238.
- Oliveira, O. de (2006). Jóvenes y precariedad laboral en México. *Papeles de Población*, 12 (49): 37-73.
- Oliveira, O. de y Mora Salas, M. (2011). Las diversas formas de hacerse adulto en México: diferencias de clase y género a principios del siglo XXI. En A. M. Tepichin (coord.), *Género en contextos de pobreza* (pp. 35-55). México: El Colegio de México.
- Oliveira, O. de y Salles, V. (2000). Reflexiones para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo. En E. de la Garza (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo* (pp. 619-643). México: FCE/El Colegio de México/UNAM/Flasco-México.
- Ordóñez, G. (2009). El régimen de bienestar mexicano: entre la exclusión, la segmentación y la universalidad. En C. Barba, G. Ordóñez y E. Valencia (coords.), *Más allá de la pobreza. Regímenes de bienestar en Europa, Asia y América* (pp. 401-437). México: Universidad de Guadalajara/El Colegio de la Frontera Norte.
- Orellana, C. (2017). *La Mara y la fe: la desistencia pandilleril a través de la religión*. El Salvador: Friedrich Ebert Stiftung (Análisis II).
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (2019). *Higher Education in Mexico: Labour Market Relevance an Outcomes*. París: OECD Publishing.
- Pacheco, E. (2014). El mercado de trabajo en México a inicios del siglo XXI: heterogéneo, precario y desigual. En R. Guadarrama, A. Hualde y S. López (coords.), *La precariedad laboral en México. Dimensiones, dinámicas y significados* (pp. 45-100). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/UAM-Cuajimalpa.
- Páez, O. y Zavala de Cosío, M. (2017). Tendencias y determinantes de la fecundidad en México: las desigualdades sociales.

- En M. Coubès, P. Solís y M. Zavala de Cosío (coords.), *Generaciones, curso de vida y desigualdad social en México* (pp. 36-59). México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Paugam, S. (1996). L'exclusion: l'état des savoirs. *Revue française de sociologie*, 37 (4): 642-645.
- Paugam, S. (2012). Protección y reconocimiento. Por una sociología de los vínculos sociales. *Papeles del CEIC*, (2): 1-19.
- Pearlin, L. I. (2010). The Life Course and the Stress Process: Some Conceptual Comparisons. *The Journals of Gerontology Series B: Psychological Sciences and Social Sciences*, 65B (2): 207-215.
- Pearlin L. I. y Skaff, M. (1996). Stress and the Life Course: A Paradigmatic Alliance. *The Gerontologist*, 36 (2): 239-247.
- Pearlin, L. I. et al. (1981). The Stress Process. *Journal of Health and Social Behavior*, 22 (4): 337-356.
- Pedrero, M., Rendón, T. y Barrón, A. (1997). *Segregación ocupacional por género en México*. México: UNAM-CRIM.
- Pérez, E. (ed.) (2018). *Entre la oportunidad y la precariedad: jóvenes y mercados de trabajo en México*. Ciudad de México: UNAM, Seminario de Investigación en Juventud (Colección Juventud, tomo 3. Serie: línea nuevos aportes).
- Pérez Islas, J. (2017). *La ruptura del acceso a la vida adulta. Trayectorias y significados juveniles entre la familia, la escuela y el trabajo*. Tesis de doctorado. México: UAM-Iztapalapa.
- Pérez Islas, J. A. y Urteaga, M. (2001). Los nuevos guerreros del mercado, trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo. En E. Pieck (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social* (pp. 355-400). México: UIA/Imjuve/Unicef/Cinterfor-OIT/RET/Conalep.
- Pérez Sáinz, J. (2014). *Mercados y bárbaros: la persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. San José: Flacso-Costa Rica.
- Pérez, E. y Santos, C. (2011). Diferenciación socioespacial en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. *Investigaciones Geográficas*, (74): 92-106.

- Planas, J. (2013). Los itinerarios laborales de los universitarios y la calidad de su inserción laboral. *Revista de la Educación Superior*, 42 (1): 31-62.
- Ponce, M. (2010). El habitus del hacendado, *Historia y Grafía*, (35): 51-91.
- Pozas, M. (1998). Tendencias recientes de la organización de la industria en Monterrey. En F. Zapata (comp.), *¿Flexibles o productivos?: estudios sobre flexibilidad laboral en México* (pp. 69-93). México: El Colegio de México.
- Pozas, M. (2002). *Estrategia internacional de la gran empresa mexicana en la década de los noventa*. México: El Colegio de México.
- Pozas, M. (2006). Aportes y limitaciones de la sociología económica. En E. de la Garza (coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques* (pp. 70-87). México: Anthropos/UAM-Iztapalapa.
- Pujadas, J. J. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (Cuadernos metodológicos, 5).
- Reimer, D. (2014). Subjective and Objective Dimensions of Turnings Points. *Social Work and Society International Online Journal*, 12 (1).
- Rendón, T. (2003). *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*. México: CRIM/PUEG-UNAM.
- Rendón, T. y Salas, C. (1996). Empleo juvenil en México. Situación actual y tendencias. *Jóvenes*, 1 (1): 34-45.
- Roberti, M. (2012). Rupturas y subjetividades: un acercamiento a la perspectiva de trayectorias laborales. *Trabajo & Sociedad*, 18 (15): 267-277.
- Rodríguez, C. (2003). La inserción laboral de egresados de la educación superior en el estado de Hidalgo. *Revista de la Educación Superior*, 32 (127): 7-22.
- Rodríguez, M. (2014). El intermediario y el derecho del trabajo mexicano. Análisis de las *outsourcing*. En P. Kurczyn y R. Tena (coords.), *Temas selectos de derecho laboral: Liber amicorum. Homenaje a Hugo Ítalo Morales Saldaño* (pp. 509-529). México: IJ-UNAM.

- Rodríguez, S. (2016). *Conformación de parejas y desigualdad social: un análisis comparativo del Área Metropolitana de Buenos Aires y la Ciudad de México*. Tesis de doctorado. México: CES-El Colegio de México.
- Rodríguez, J. y Leyva, M. (2004). Profesionista y trabajo en México: dilemas y posibilidades. En torno a los egresados de la UNAM. *El Cotidiano*, 29 (126).
- Rodríguez, C. y Valdivieso, A. (2008). El éxito escolar de alumnos en condiciones adversas. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 38 (1-2): 81-106.
- Rojas, G. y Salas, C. (2011). Precariedad laboral y la estructura del empleo en México, 1995-2004. En E. Pacheco, E. de la Garza y L. Reygadas (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo* (pp. 117-160). México: El Colegio de México.
- Rubalcava, R. y Schteingart, M. (2012) *Ciudades divididas: desigualdad y segregación social en México*. México: El Colegio de México.
- Rubiano, C. (2013). Trabajadores precarios y acceso a la negociación colectiva: ¿existen obstáculos legales? En Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras de las Américas (CSA). *Procesos de autorreforma sindical en las Américas, avances del Grupo de Trabajo sobre Autorreforma Sindical (GTAS) en 2012-2013* (pp. 74-85). São Paulo: CSA.
- Rubio, J. (coord.) (2006). *La política educativa y la educación superior en México, 1995-2006: un balance*. México: SEP/FCE.
- Rubio, J. (2009). Evaluación como un medio de promoción de la equidad educativa. En J. Rubio y A. Mungaray (coords.), *El reto de la equidad en la educación mexicana* (pp. 47-193). México: UABC/Porrúa.
- Ruggera, L. y Barone, C. (2017). Social Closure, Micro-Class Immobility and the Intergenerational Reproduction of the Upper Class: A Comparative Study. *The British Journal of Sociology*, 68 (2): 194-214.
- Ruiz-Medrano, S. (2019). Implicaciones de la figura del *outsourcing* en los derechos laborales y ganancias de las empresas en México: un análisis comparado. *Acta Universitaria*, 29, 1-18.

- Rutter, M. (1993). Statistical and Personal Interactions, Facets and Perspectives. En D. Magnusson y V. Allen (eds.), *Human Development: An Interactional Perspective* (pp. 295-319). Nueva York: Academic Press.
- Rutter, M. (2006). Implications of Resilience Concepts for Scientific Understanding. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1094, 1-12.
- Rutter, M. (2012). Resilience as a Dynamic Concept. *Development and Psychopathology*, 24, 335-344.
- Salgado, M. (2005). Empleo y transición profesional en México. *Papeles de Población*, 11 (4): 255-285.
- Salgado, M. y Miranda, S. (2007). Mercado de trabajo y profesionistas en el Estado de México. *Quivera*, 9 (1): 223-247.
- Salinas-Escudero, G. et al. (2019). Gasto de bolsillo en salud durante el último año de vida de adultos mayores mexicanos: análisis del Enasem. *Salud Pública de México*, 61 (4): 504-513.
- Saraví, G. (2004). Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. *Revista Cepal*, 83, 33-48.
- Saraví, G. (2005). Nuevas dimensiones de la pobreza en América Latina: acumulación de desventajas y biografías de exclusión. Ponencia presentada en el X Congreso Internacional del CLAD sobre Reforma del Estado y Administración Pública, Santiago de Chile (18-21 de octubre).
- Saraví, G. (2006). Atmósfera familiar y transición a la adultez en México. Factores de riesgo asociados con transiciones tempranas. En R. Esteinou (ed.), *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México* (pp. 341-383). México: CIESAS.
- Saraví, G. (2008). Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la Ciudad de México. *Revista EURE*, 34 (103): 93-110.
- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: Flacso-México/CIESAS.

- Schafer, M., Shippee, T. y Ferraro, K. (2009). When Does Disadvantage not Accumulate? Toward a Sociological Conceptualization of Resilience. *Swiss Journal of Sociology*, 35 (2): 231-251.
- Scherger, S. y Savage, M. (2010). Cultural Transmission, Educational Attainment and Social Mobility. *The Sociological Review*, 58 (3): 406-428.
- Schott, T., Kew, P. y Cheraghi, M. (2015). Future Potential: A GEM Perspective on Youth Entrepreneurship, <<https://youtheconomicopportunities.org/resource/2744/future-potential-gem-perspective-youth-entrepreneurship>>.
- Secretaría de Economía y Trabajo (Sedet) (2019). Coyuntura económica de Nuevo León. Balance 2018-Expectativas 2019, <<http://www.nl.gob.mx/publicaciones/coyuntura-economica-de-nuevo-leon-balance-2018-expectativas-2019>>.
- Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) (2020). Comunicado Número 002/2020, <<https://www.gob.mx/stps/prensa/stps-trabaja-en-conjunto-con-otras-instituciones-para-terminar-con-la-subcontratacion-ilegal>>.
- Shanahan, M. J. (2000). Pathways to Adulthood in Changing Societies: Variability and Mechanisms in Life Course Perspective. *Annual Review of Sociology*, 26, 667-692.
- Smith, C., García, N. y Pérez, D. (2008). Análisis de la ideología empresarial regiomontana. Un acercamiento a partir del periódico *El Norte*. *CONFINES de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, 4(7): 11-25.
- Solís, P. (2016). De joven a adulto en familia. Trayectorias de emancipación familiar en México. En M. L. Coubés, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.), *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 193-220). México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Soto, F. G. y Dávila, O. (2005). Cursos y discursos escolares en las trayectorias juveniles. *Última Década*, 13 (23): 33-76.
- Souza, J. (2017). *A elite do atraso. Da escravidão á Lava Jato*. Río de Janeiro: Editora Casa da Palavra.

- Taormina, R. (2015). Adult Personal Resilience: A New Theory, New Measure, and Practical Implications. *Psychological Thought*, 8 (1): 35-46.
- Tapia, L. y Valenti, G. (2016). Desigualdad educativa y desigualdad social en México. Nuevas evidencias desde las primarias generales en los estados. *Perfiles Educativos*, 38 (151): 32-54.
- Taylor, M. *et al.* (1992). Young People's Attitudes Toward the World of Work in Three Canadian Labour Markets. *Canadian Journal of Counselling*, 26 (3): 177-188.
- Tedesco, J. (2004). Igualdad de oportunidades y política educativa. Texto presentado no Seminário: Políticas Inclusivas e Políticas Compensatórias na Agenda de Educação. Comemorativo dos 40 anos da Fundação Carlos Chagas, realizado em 30.9 e 1º.10.2004, São Paulo.
- Tenorio, L. (2007). El mercado de trabajo de profesionistas y la vinculación de los sectores educativo, productivo y gubernamental: análisis y propuestas para México. *Redes*, 13 (26): 145-170.
- Tepichin, A. (2011). Desigualdades de género y pobreza femenina. En A. M. Tepichin (coord.), *Género en contextos de pobreza* (pp. 11-34). México: El Colegio de México.
- Tholen, G. (2016). Symbolic Closure. Towards a Renewed Sociological Perspective on the Relationship between Higher Education, Credentials and the Graduate Labor Market. *Sociology*, 51 (5): 1067-1083.
- Thomson, R. *et al.* (2002). Critical Moments: Choice, Change and Opportunity in Young People's Narratives of Transition. *Sociology*, 36 (2): 335-354.
- Tilly, C. (1998). *Durable Inequality*. Berkeley: University of California Press.
- Törnqvist, M. (2019). The Making of an Egalitarian Elite School Ethos and the Production of Privilege. *The British Journal of Sociology*, 70 (2): 551-558.
- Torres, I. (2018). *¿Y qué me aporta a mí esto? Construcción de sentido en jóvenes dealers de Guadalajara*. Tesis de doctorado. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, <<http://www>>

- publicaciones.cucsh.udg.mx/kiosko/2019/y_que_me_importa_a_mi.pdf>.
- Ugarte Díaz, R. (2001). La familia como factores de riesgo, protección y resiliencia en la prevención del abuso de drogas en adolescentes. En A. Zavaleta Martínez (ed.), *Factores de riesgo y protección en el consumo de drogas en la juventud* (pp. 131-169). Lima: Centro de Información y Educación para la Prevención del Abuso de Drogas.
- Ungar, M. (2013). Resilience, Trauma, Context, and Culture. *Trama, Violence and Abuse*, 14 (3): 255-266.
- Urteaga, M. y Ortega, E. (2004). Identidades en disputa: fresas, wannabes, pandros, alternos y nacos. En R. Reguillo *et al.* (coords.), *Tiempo de híbridos: entre siglos. Jóvenes México-Cataluña* (pp. 114-132). Distrito Federal: SEP/Imjuve/Secretaría General de Juventud/ CIIMU.
- Vandecasteele, L. (2011). Life Course Risks or Cumulative Disadvantage? The Structuring Effect of Social Stratification Determinants and Life Course Events on Poverty Transitions in Europe. *European Sociological Review*, 27 (2): 246-263.
- Vázquez, G. y Ortiz Ávila, E. (2018). La emancipación de los jóvenes indígenas urbanos en México. *Revista Latinoamericana de Población*, 12 (22): 85-105.
- Villagómez, P. (2019). *La constitución social de experiencias alimentarias en la pobreza. Un estudio cualitativo con familias de estratos populares en Iztapalapa, Ciudad de México*. Tesis de doctorado. México: CES-El Colegio de México.
- Vinken, H. (2007). New Life Course Dynamics? Career Orientations, Work Values and Future Perceptions of Dutch Youth. *Young*, 15 (1): 9-30.
- Welti, C. (2012). Análisis de la fecundidad en México con los datos del Censo de Población y Vivienda 2010. *Papeles de Población*, 18 (73): 1-31.
- Werner, E. E y Smith, R. S. (1982). *Vulnerable but Invincible: A Longitudinal Study of Resilient Children and Youth*. Nueva York: McGraw-Hill.

- Werner, E. E y Smith, R. S. (1992). *Overcoming the Odds. High Risk Children from Birth to Adulthood*. Ithaca: Cornell University Press.
- Wiborg O. N. y Hansen, M. N. (2009). Change Over Time in the Intergenerational Transmission of Social Disadvantage. *European Sociological Review*, 25 (3): 379-394.
- Yaschine, I. (2015). *¿Oportunidades?: política social y movilidad intergeneracional en México*. México: El Colegio de México/ UNAM.
- Zamudio, C. A. (2013). Jóvenes en el narcomenudeo: el caso Ciudad de México. *URVIO. Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (13): 111-123.

ANEXO

Cuadro 1. Características sociodemográficas: acumulación de privilegios: jóvenes de clase media-alta en México

<i>Nombre</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Carrera¹</i>	<i>Núm. hermanos</i>	<i>Posición con respecto a los hermanos</i>	<i>Con quién vive</i>	<i>Ocupación actual</i>	<i>Entrevistado tiene hijos</i>	<i>Ocupación padre</i>	<i>Ocupación madre</i>
Alfredo	Monterrey	23	Soltero	Ingeniería en Mecatrónica	2	Medio	Madre y hermanos	Estudiante de maestría	No tiene	Médico	Profesora
Antonia	Monterrey	24	Soltera	Relaciones Internacionales	2	Mayor	Padres y hermanos	Asistente general en ONG	No tiene	Gerente de banco	Decoradora de interiores
Arturo	Monterrey	25	Soltero	Ingeniería en Sistemas	1	Mayor	Padres y hermanos	Jefe de sistemas	No tiene	Ingeniero químico	Ama de casa
Camila	Monterrey	24	Soltera	Ciencia Política y Administración Pública	Hija única	No aplica	Sola	Asistente de director general	No tiene	Empresario	Administradora
Ernesto	Monterrey	25	Soltero	Psicología Empresarial	1	Mayor	Padres y hermanos	Estudiante de maestría	No tiene	Veterinario	Profesora
Gerardo	Monterrey	28	Soltero	Ciencia Política y Administración Pública	5	Segundo	Padres y hermanos	Director de instituto estatal	No tiene	Director de cámara empresarial	Directora en dependencia gubernamental

Íngrid	Monterrey	30	Soltera	Odontología	1	Menor	Padres y hermanos	Ortodoncista	No tiene	Ingeniero mecánico (jubilado)	Ama de casa
Ismael	Monterrey	23	Soltero	Diseño Gráfico y Publicitario	2	Menor	Madre y hermanos	Estudiante de maestría	No tiene	Empresario (falleció)	Ama de casa
Leonardo	Monterrey	25	Soltero	Ciencia Política	3	Mayor	Madre y hermanos	Consultor	No tiene	Director de división en universidad	Artista plástica
Sonia	Monterrey	28	Casada	Derecho	2	Mayor	Esposo	Maestra de flamenco	Tiene	Director de consorcio empresarial	Ama de casa
Vania	Monterrey	23	Soltera	Comunicación	2	Menor	Padres y hermanos	Editora de revista	No tiene	Dueño de negocio	Dueña de negocio
Wilson	Monterrey	28	Soltero	Odontología	3	Medio	Padres y hermanos	Ortodoncista	No tiene	Dueño de negocio	Ama de casa

¹ Todos los sujetos poseen un título universitario.

Cuadro 2. Características sociodemográficas: rutas de exclusión social

<i>Nombre</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Nivel de escolaridad¹</i>	<i>Núm. hermanos</i>	<i>Posición con respecto a los hermanos</i>	<i>Con quién vive</i>	<i>Ocupación actual²</i>	<i>Entrevistado tiene hijos</i>	<i>Ocupación padre³</i>	<i>Ocupación madre</i>
<i>Esperanzados</i>											
Alejandro	Oaxaca	17	Soltero	Secundaria incompleta	4	Mayor	Padres y hermanos	Limpieza en baños públicos	No tiene	Vendedor ambulante	Ama de casa
Armando	Ciudad de México	20	Soltero	Secundaria completa	1	Menor	Tía	Costurero	No tiene	Hojalatero (ausente)	Ama de casa (falleció)
Celeste	Ciudad de México	20	Soltera	Primaria completa	8	Medio	Casa de patrones	Empleada doméstica	No tiene	No se sabe	Campesina
Dionisio	Ciudad de México	18	Soltero	Preparatoria incompleta	2	Medio	Madre, hermanos y abuelos	Obrero desempleado	No tiene	Rotulista (ausente)	Ama de casa
Emiliano	Ciudad de México	17	Soltero	Preparatoria incompleta	3	Medio	Tíos	Instalador de espectaculares	No tiene	No aplica	Ama de casa (falleció)
Gloria	Ciudad de México	21	Soltera	Secundaria incompleta	8	Menor	Madre y hermanos	Empleada doméstica	No tiene	Falleció	Ayudante en restaurante
Lucio	Ciudad de México	18	Soltero	Secundaria incompleta	2	Medio	Padre y hermanos	Comerciante	No tiene	Comerciante	Ama de casa (falleció)
Paulina	Oaxaca	18	Soltera	Secundaria completa	4	Mayor	Casa de patrones	Empleada doméstica	No tiene	Campesino/Albañil	Ama de casa

<i>Rescatados</i>											
Antonio	Ciudad de México	19	Soltero	Secundaria incompleta	Hijo único	No aplica	Abuelos	Empleado en protección civil	No tiene	Taxista	No se sabe
Elías	Oaxaca	21	Soltero	Preparatoria incompleta	3	Menor	Institución religiosa	Misionero (voluntariado)	No tiene	Comerciante	Comerciante
Jaime	Monterrey	26	Divorciado	Secundaria completa	4	Medio	Padre y hermanos	Obrero	Tiene	Chofer	Secretaria
Pablo	Oaxaca	28	Divorciado	Preparatoria incompleta	6	Mayor	Solo	Músico desempleado	Tiene	Campesino/zapatero	Campesina
Rodolfo	Oaxaca	18	Soltero	Secundaria incompleta	3	Medio	Institución religiosa	Misionero (voluntariado)	No tiene	Falleció	Auxiliar de limpieza
<i>Atrapados</i>											
Lucelia	Ciudad de México	23	Soltera	No aplica	9	Medio	Tía	Vendedora ambulante	Tiene	Campesino (falleció)	Campesina
Manuel	Ciudad de México	24	Casado	No se sabe	8	Medio	Esposa e hijos	Limpia parabrisas	Tiene	No se sabe	No se sabe
María José	Monterrey	31	Divorciada	Secundaria completa	3	Mayor	Hijos	Fichera ²	Tiene	No aplica	Vendedora de diversos productos
Nadia	Ciudad de México	29	Casada	Secundaria incompleta	2	Mayor	Esposo e hijos	Ama de casa	Tiene	No aplica	Cocinera (falleció)

¹ No aplica, se refiere a que nunca asistió a la escuela.

² Fichera: Mujer que se dedica a acompañar a los clientes de un bar, a bailar y a beber con ellos, a la que entregan una ficha por cada periodo de tiempo o por cada bebida ordenada (DEM, 2020).

³ No aplica, se refiere a los hijos de madres solteras.

Cuadro 3. Características sociodemográficas: la educación como promesa de una vida mejor

<i>Nombre</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Nivel de escolaridad</i>	<i>Carrera</i>	<i>Núm. hermanos</i>	<i>Posición con respecto a los hermanos</i>	<i>Con quién vive</i>	<i>Ocupación actual</i>	<i>Entrevistado tiene hijos</i>	<i>Ocupación padre¹</i>	<i>Ocupación madre</i>
Azalea	Oaxaca	22	Soltero	Universidad en proceso	Medicina	3	Mayor	Institución de apoyo juvenil (A.C.)	Estudiante/ Empleada en tienda	No tiene	Campesino	Negocio propio (tienda de abarrotes)
Casandra	Oaxaca	25	Soltero	Universidad en proceso	Ciencias Sociales	4	Medio	Sola	Asistente de investigación	No tiene	Mecánico en refrigeración	Comerciante
Ernestina	Oaxaca	24	Soltero	Universidad en proceso	Ciencias de la Educación	4	Mayor	Sola	Tesista	No tiene	Carpintero	Ama de casa
Paolo	Ciudad de México	24	Soltero	Universidad en proceso	Sociología	1	Menor	Solo	Asistente de investigación	No tiene	Milusus (Ausente)	Vendedora de diversos productos
Paula	Oaxaca	22	Soltero	Universidad en proceso	Contabilidad	2	Mayor	Hermano	Estudiante/ Empleada en cafetería	No tiene	Auxiliar de limpieza	Ama de casa

Samanta	Oaxaca	20	Soltero	Universidad en proceso	Contabilidad	2	Mayor	Madre y hermanos	Estudiante/ Auxiliar contable	No tiene	Carpintero (falleció)	Niñera
Sofía	Ciudad de México	25	Soltero	Universidad en proceso	Actuación y escenografía	3	Medio	Con amigos	Estudiante/ Artista callejera	No tiene	Milusos ¹	Vendedora de diversos productos
Violeta	Oaxaca	22	Soltero	Universidad en proceso	Lenguas extranjeras	3	Menor	Tía	Estudiante/ Empleada en tienda	No tiene	No se sabe	No se sabe

¹ Milusos: persona que se presta y busca llevar a cabo cualquier clase de trabajo para poder sobrevivir (DEM, 2020).

Cuadro 4. Características sociodemográficas: la paradoja de la escolaridad

<i>Nombre</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado Civil</i>	<i>Carrera¹</i>	<i>Núm. hermanos</i>	<i>Posición con respecto a los hermanos</i>	<i>Con quién vive</i>	<i>Ocupación actual</i>	<i>Entrevistado tiene hijos</i>	<i>Ocupación padre²</i>	<i>Ocupación madre</i>
<i>Con empleos protegidos</i>											
Alicia	Ciudad de México	25	Soltera	Contaduría	3	Menor	Madre y hermanos	Contadora en Secretaría de Hacienda	No tiene	Abogado (falleció)	Ama de casa
Araceli	Oaxaca	28	Casada	Comunicación	4	Medio	Esposo	Comunicadora social en dependencia estatal	No tiene	Abogado	Secretaria (falleció)
Martha	Monterrey	22	Soltera	Informática Administrativa	1	Menor	Ambos padres	Auditora en sistemas	No tiene	Negocio propio	Ama de casa
Benjamín	Ciudad de México	23	Soltero	Ingeniería en Sistemas	1	Menor	Solo	Ingeniero en sistemas	No tiene	Contador	Directora de escuela
Patricio	Ciudad de México	24	Soltero	Ingeniería en Sistemas	1	Mayor	Solo	Programador web	No tiene	Comerciante	Comerciante

Con empleos vulnerables

Andrés	Oaxaca	29	Soltero	Administración de Empresas	6	Menor	Hermanos	Capacitador en aseguradora	No tiene	Técnico Dental	Ama de casa
Antonieta	Oaxaca	28	Soltera	Comunicación	Hija única	No aplica	Madre y abuelo	Periodista	No tiene	No aplica	Enfermera
Javier	Monterrey	29	Casado	Psicología	2	Medio	Padres, esposa y hermanos	Diseñador de cursos por internet	No tiene	Obrero industrial	Empleada en tienda de autoservicio
Juvenal	Oaxaca	31	Soltero	Administración de Empresas	3	Menor	Padres y hermanos	Auxiliar de almacén en sector público	No tiene	Contador público (jubilado)	Ama de casa
Óscar	Monterrey	28	Soltero	Ingeniero industrial	2	Mayor	Madre y hermanos	Ingeniero industrial	No tiene	Empleado sector bancario (falleció)	Secretaria
Salomón	Oaxaca	30	Casado	Derecho	3	Medio	Esposa e hijo	Jefe de unidad estatal	Tiene	Maestro en educación básica	Maestra en educación básica
Sebastián	Ciudad de México	30	Casado	Derecho	5	Medio	Esposa	Asesor en el Poder Judicial	No tiene	Negocio propio	Negocio propio

Cuadro 4. Continuación

<i>Nombre</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado Civil</i>	<i>Carrera¹</i>	<i>Núm. hermanos</i>	<i>Posición con respecto a los hermanos</i>	<i>Con quién vive</i>	<i>Ocupación actual</i>	<i>Entrevistado tiene hijos</i>	<i>Ocupación padre²</i>	<i>Ocupación madre</i>
<i>Con empleos flexibles</i>											
Ángel	Ciudad de México	28	Soltero	Informática	2	Mayor	Padres y hermanos	Programador	No tiene	Impresor (jubilado)	Ama de casa
Érick	Ciudad de México	35	Soltero	Ingeniería Electrónica	1	Menor	Padres y hermanos	Programador en sistemas	No tiene	Jubilado	Ama de casa
<i>Con empleos precarios</i>											
Ivonne	Ciudad de México	27	Casada	Trabajo Social	2	Mayor	Chofer	Trabajadora social	Tiene	Militar (jubilado)	Obrera
Jéssica	Monterrey	24	Soltera	Psicología	1	Menor	Padres y hermanos	Orientadora educativa	No tiene	Empleado en agencia automotriz	Secretaria (jubilada)
Marina	Ciudad de México	28	Casada	Trabajo Social	1	Mayor	Esposo e hijos	Asistente de investigación	No tiene	Negocio propio	Vendedora de diversos productos

<i>Con empleos asalariados desvinculados</i>											
Elia	Monterrey	26	Soltera	Letras Hispánicas	3	Menor	Padres y hermanos	Personal administrativo en fábrica	No tiene	Velador	Maestra en educación básica
Victoria	Monterrey	30	Soltera	Nutrición	3	Medio	Madre y hermanos	Personal administrativo en universidad	No tiene	Contador (falleció)	Maestra en educación básica
<i>Con trabajos por cuenta propia desvinculados</i>											
Adelaida	Ciudad de México	26	Soltera	Veterinaria	1	Menor	Padres y hermanos	Cibercafé	No tiene	Compra- venta de autos	Abogada
Aurora	Oaxaca	33	Soltera	Administración de Empresas	2	Medio	Padre y hermanos	Vendedora de productos naturistas	No tiene	Maestro en educación básica	Maestra en educación básica/ bailarina
Martina	Oaxaca	27	Soltera	Ingeniería Mecánica	Hija única	No aplica	Madre	Vendedora de productos de belleza	No tiene	No aplica	Vendedora de diversos productos

¹ Todos los sujetos poseen un título universitario.

² No aplica, se refiere a los hijos de madres solteras.

Cuadro 5. Características sociodemográficas: nicho laboral

<i>Nombre</i>	<i>Ciudad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado Civil</i>	<i>Nivel de escolaridad</i>	<i>Núm. hermanos</i>	<i>Posición con respecto a los hermanos</i>	<i>Con quién vive</i>	<i>Ocupación actual</i>	<i>Entrevistado tiene hijos</i>	<i>Ocupación padre¹</i>	<i>Ocupación madre</i>
Ambrosio	Oaxaca	25	Soltero	Universidad incompleta	2	Medio	Madre y hermano	Operador de fábrica	No tiene	No se sabe (falleció)	Comerciante
Anastasio	Oaxaca	25	Soltero	Universidad incompleta	3	Medio	Madre	Cajero	No tiene	Comerciante (falleció)	Ama de casa
Aurelio	Oaxaca	27	Casado	Preparatoria incompleta	Hijo único	No aplica	Esposa e hijo	Chofer	Tiene	No aplica	Negocio propio (auto lavado)
Concepción	Monterrey	25	Soltera	Preparatoria incompleta	2	Menor	Hija	Estilista	Tiene	No aplica	Secretaria (falleció)
Eduardo	Monterrey	30	Divorciado	Preparatoria incompleta	3	Menor	Pareja sentimental	Operador de producción	Tiene	Obrero (jubilado)	Ama de casa
Facundo	Monterrey	22	Soltero	Carrera técnica completa	3	Medio	Padre y hermanos	Tornero	No tiene	Negocio propio (Tortillería)	Ayudante de cocina
María	Monterrey	21	Casada	Secundaria completa	Hija única	No aplica	Esposo	Demostradora	Tiene	No se sabe (falleció)	Costurera
Maurilio	Oaxaca	28	Casado	Universidad incompleta	2	Menor	Madre, esposa e hijos	Encargado de logística	Tiene	Fotógrafo (falleció)	Ama de casa
Mercedes	Monterrey	29	Casada	Bachillerato técnico completo	3	Mayor	Esposo	Secretaria	No tiene	Mecánico	Ama de casa

¹ No aplica, se refiere a los hijos de madres solteras.

LISTA DE BECARIOS DE INVESTIGACIÓN

Alberto Merlín Rodríguez
Ángeles Rubí Fuentes Pérez
Araceli Alfaro Espidio
Cynthia Rodríguez
Edzná Karin González
Francisco Sebastián Ramírez
Gabriela Delgadillo Guevara
Iraís Salazar
Jaime Vera Alpuche
Jessica Paulina Vega
Leticia Sánchez García
Manuel Echarri Cotler
María de Lourdes Velasco
Mariana Hernández
Mariana Lizbeth Muñoz
Miztli Xóchitl Hernández
Sarahí Arana Hernández

Entre la desilusión y la esperanza: jóvenes en una sociedad desigual
se terminó de imprimir en agosto de 2022, en los talleres
de SmartbooksMx Press, Av. Universidad 626,
col. Letrán Valle, 0350, Ciudad de México.

Portada: Pablo Reyna

Composición tipográfica y cuidado de la edición: Logos Editores
bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones

de El Colegio de México

La edición consta de 500 ejemplares.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Este libro sintetiza los principales resultados de una investigación sobre los procesos de gestación, reproducción, acentuación o superación de las desigualdades sociales entre jóvenes mexicanos en el presente siglo. El proyecto fue desarrollado en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

Este estudio se sitúa en el México contemporáneo y aborda un contexto histórico caracterizado por hondas transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales. La vida de las personas jóvenes entrevistadas acontece en un periodo marcado por la persistencia de desigualdades sociales estructurales y por el surgimiento de nuevas desigualdades derivadas del cambio social en el marco del capitalismo global.

A partir de un exhaustivo trabajo cualitativo, basado en el análisis de 184 relatos biográficos de jóvenes de diferentes estratos sociales y residentes de tres ciudades distintas, con niveles de desarrollo económico, oportunidades laborales y condiciones sociales contrastantes, se analizan sus itinerarios para identificar los procesos que moldean sus cursos de vida, las dinámicas que conducen a la acumulación de desventajas o privilegios sociales, los recursos sociales a su disposición y la agencia que despliegan, en unos casos, para sobrellevar sus penurias, luchar contra sus privaciones y abrirse paso en la vida, y, en otros, para sacar provecho de su origen social, de su portafolio de recursos y de sus redes sociales.

El texto constituye un aporte a la comprensión de las dinámicas de reproducción de las desigualdades sociales en el ámbito microsociedad, así como los intentos fructuosos o fallidos que realizan las poblaciones juveniles mexicanas más desfavorecidas por abatir rezagos sociales heredados, desmontar las desventajas sociales acumuladas, ampliar sus oportunidades e imaginar horizontes futuros más promisorios. También da cuenta de las prácticas y acciones que despliegan jóvenes de clase media alta y sus familias para preservar su posición social, mejorar su situación de clase y ampliar sus ventajas en su afán por ensanchar los privilegios sociales que han disfrutado desde su nacimiento.

ISBN: 978-607-564-370-0

